



ÍCONOS|20

Revista de Ciencias Sociales
FLACSO-Ecuador
Publicación cuatrimestral
No 20, septiembre, 2004
ISSN 13901249

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ÍCONOS

Director de Flacso-Ecuador
Adrián Bonilla

Director de ÍCONOS
Eduardo Kingman

Editor de ÍCONOS
Edison Hurtado

Consejo editorial
Felipe Burbano de Lara
Mauro Cerbino
Edison Hurtado
Hugo Jácome
Eduardo Kingman
Carmen Martínez
Franklin Ramírez
Alicia Torres

Producción
FLACSO-Ecuador

Diseño
Antonio Mena

Ilustraciones
Gonzalo Vargas
Antonio Mena

Impresión:
Rispergraf C.A.

FLACSO-Ecuador
Ulpiano Páez N 19-26 y Av. Patria
Teléfonos: 2232-029/ 030 /031
Fax: 2566-139

E-mail: revistaiconos@flacso.org.ec

FLACSO. DE MÓNTE

Índice

Coyuntura

6

A las puertas del abismo

Las implicaciones del TLC para Ecuador

Hugo Jácome E.

14

Las formas de una guerra amorfa: drogas, democracia y derechos humanos en Ecuador

Fredy Rivera Vélez

Dossier

26

Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura

Eduardo Kingman Gracés

35

Los centros históricos en la era digital

Fernando Carrión

45

El Pelourinho de Bahia, cuatro décadas después

Paulo Ormindo de Azevedo

53

Exclusión constitutiva: las organizaciones pantalla y lo anti-social en la renovación urbana de Guayaquil

Chris Garcés

64

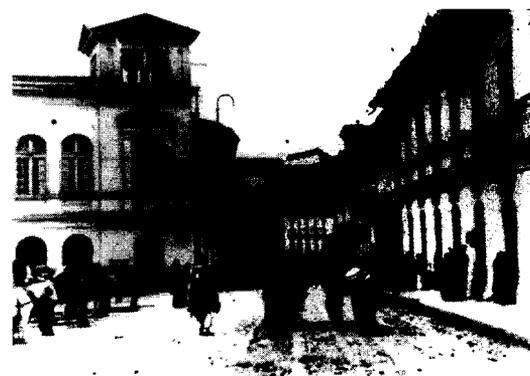
Burocracia: museos, políticas culturales y flexibilización laboral en Guayaquil

Xavier Andrade

73

Museos y patrimonio: fracturando la estabilidad y la clausura

Mireya Salgado



84

Dolarización y desdolarización: más elementos para el debate

Comentarios al dossier de Íconos 19

Rafael Correa

90

Iconofilia y prácticas artísticas

Apuntes sobre la Bienal de Cuenca

Ana Rodríguez



Diálogo

98

Marxismo, ensayo y ciencias sociales

Diálogo con Alejandro Moreano

Eduardo Kingman y Felipe Burbano

Temas

110

Musas, ondinas y misses:

estereotipos e imágenes de las mujeres quiteñas en los años treinta del siglo XX

Ana María Goetschel

114

Historias de misses, historias de naciones

Andrea Pequeño

118

Econometría, teoría política y económica:

el Nóbel de Economía 2003

Salvador Marconi

Frontera

Feminismo, fundamentalismo islámico y la política de la contrainsurgencia

Saba Mahmood y Charles Hirschkind

128

Déficit democráticos y globalización

Manuel Guedán

136

Reseñas

144



Las implicaciones del TLC para Ecuador

A las puertas del abismo

Hugo Jácome E.¹

La “Iniciativa de las Américas”, propuesta por George Bush (padre) en 1990, empieza a configurar la estrategia comercial de los Estados Unidos para todo el continente americano. La necesidad de impulsar el modelo neoliberal y mejorar los niveles de competitividad, a través de liberalización de barreras de entrada de los productos y servicios de las empresas privadas norteamericanas, ha sido fundamental ante la amenaza de consolidación de bloques comerciales en el resto de América, como el MERCOSUR y la CAN (Rodríguez 2001). Esta maniobra se fortalece en la Cumbre de las Américas, celebrada en la ciudad de Miami en diciembre de 1994, en la que 34 países del continente, excepto Cuba, se comprometieron a la configuración del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en el marco de los siguientes compromisos: preservar y fortalecer la comunidad de democracias en América, promover la prosperidad a través de la integración económica y el libre comercio, erradicar la pobreza y la discriminación en el hemisferio, y garantizar el desarrollo sostenible y conservar nuestro me-

Jácome, Hugo, 2004, “A las puertas del abismo. Las implicaciones del TLC para Ecuador”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 6-13.

dio ambiente para las generaciones futuras.

En la segunda Cumbre de las Américas, celebrada en Santiago de Chile en 1998, se inicia formalmente el proceso de negociación del ALCA y se indica que este proceso debe ser, entre otras características, transparente, que tome en cuenta las diferencias en los niveles de desarrollo y tamaño de las economías con el fin de facilitar la participación plena de todos los países, y coherente con la OMC. En la tercera Cumbre de las Américas, celebrada en Québec en abril de 2001, se presentó el primer borrador del acuerdo del ALCA y la fecha límite para la finalización de las negociaciones, enero de 2005, y su implementación, hasta diciembre de 2005.

Para avanzar en el proceso, desde 1994 se han realizado una serie de reuniones con los ministros responsables del comercio de los países comprometidos; además, se han conformado algunos comités y grupos encargados de tratar temas relacionados con las negociaciones como el Grupo consultivo sobre economías más pequeñas, un Comité de representantes gubernamentales sobre la participación de la sociedad civil, un Comité conjunto de expertos del sector público y privado sobre comercio electrónico, y un Comité técnico de asuntos institucionales.

Todos estos pasos que se han dado durante el proceso de conformación del ALCA no han podido solventar las serias dudas de varios sectores de la sociedad latinoamericana sobre la transparencia de información y los alcances de las negociaciones, sobre la falta de claridad en los reales impactos que puede te-

1 Coordinador del Programa de Maestría en Economía de FLACSO-Ecuador. Agradezco la colaboración de la Ec. Nora Fernández, asistente de investigación del Programa de Economía.

ner este proceso en la pobreza y desarrollo, especialmente de economías pequeñas y sin poder de negociación como las andinas, y la utilización de barreras proteccionistas por parte del gobierno estadounidense, como los subsidios a la agricultura y la discrecionalidad en la aplicación de medidas *anti dumping*. Este último punto tuvo eco en la conferencia de la OMC celebrada en Cancún -en septiembre de 2003- en la que el G22² planteó su oposición a estas prácticas utilizadas por los Estados Unidos y Europa, y pusieron en entredicho la fecha tentativa (enero de 2005) de culminación de las negociaciones ALCA.

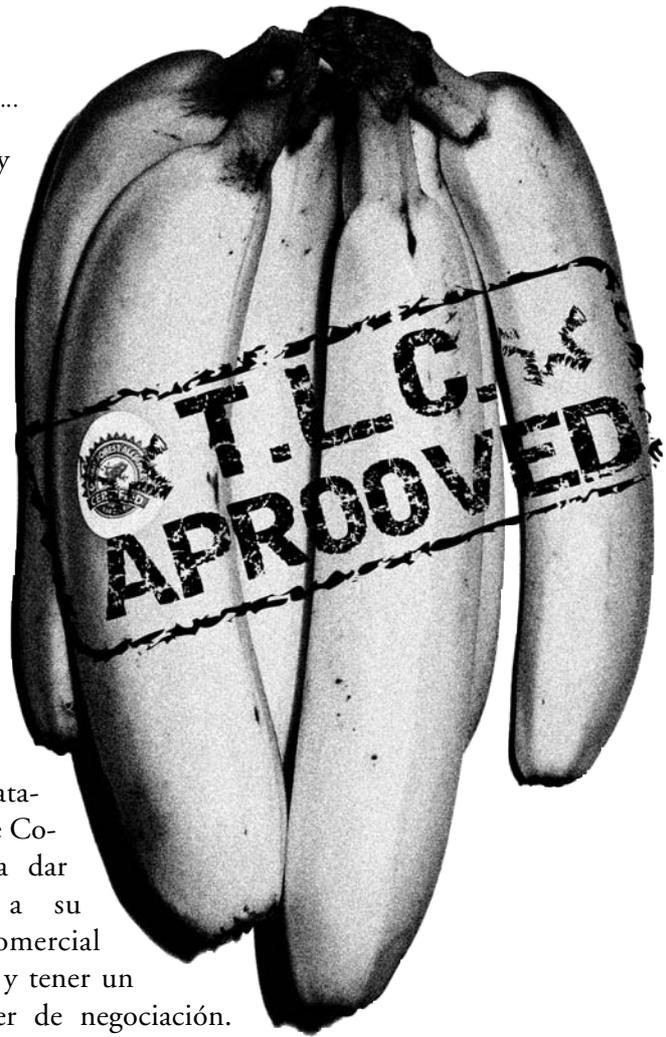
A esto hay que añadir que el ALCA, como se ha ido configurando a lo largo de estos años, lejos de incorporar los elementos de una integración profunda, como por ejemplo la plena movilidad laboral sin restricciones migratorias o compensaciones económicas del tipo europeo a los países con menor grado de desarrollo económico, tiende a incrementar los desniveles de desarrollo y equidad en el continente (Romero 2003). Las reformas seguidas tras el Consenso de Washington, entre ellas la apertura comercial y el crecimiento liderado por las exportaciones, alertan sobre los impactos que puede tener el ALCA. Durante la década de los noventa, América Latina no logró un aumento significativo del crecimiento económico; más bien, desde la segunda mitad de los años noventa se ha registrado una desaceleración del crecimiento y menor desempeño económico, una escasa diversificación del comercio, una menor penetración de las exportaciones en los mercados internacionales debido a pérdidas de competitividad, y un mayor incremento de la dependencia a las importaciones (Vos, Ganuza y

Morley y 2004; Vos y Morley y 2004).

El gobierno de los Estados Unidos, ante la dificultad de establecer acuerdos de consenso con todos los países a la vez, opta por los Tratados de Libre Comercio para dar viabilidad a su proyecto comercial en América y tener un mayor poder de negociación.

La firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) con Chile en 2002 permitió consagrar a los TLC bilaterales como una alternativa paralela de mediano plazo para los Estados Unidos que le permita unir, en algún momento, las piezas del rompecabezas ALCA.

Así, a poco más de un año para que se termine el período de negociaciones del ALCA (que por cierto, después de la reunión de la OMC en Cancún, no está claro que vaya a ser en enero de 2005), el 18 noviembre de 2003 el Representante de Comercio de los Estados Unidos, Robert B. Zoellick, informa a la Cámara de Representantes el inicio de las negociaciones para la firma de Tratados de Libre Comercio con los países andinos, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia (Zoellick 2003). Ante esta invitación, Bolivia se mantiene prudente como país observador de las negociaciones, mientras que Colombia, Ecuador y Perú entran a una franca negociación como grupo en aspectos generales, pero bilateralmente en la definición de productos y servicios.



2 El G-22 está formado por Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, China, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Egipto, El Salvador, Filipinas, Guatemala, India, México, Pakistán, Paraguay, Perú, Sudáfrica, Tailandia, Turquía y Venezuela. Este grupo fue formado semanas antes del inicio de la conferencia de la OMC, para contrapesar las propuestas comunes de los Estados Unidos y la Unión Europea.

¿Qué significa para los Estados Unidos el TLC con los países andinos?

Sin lugar a dudas, para los Estados Unidos los TLCs con los países andinos se enmarcan no solamente en una estrategia comercial sino también en una geopolítica. Con estos acuer-

Lejos de una integración profunda, el ALCA tiende a incrementar los desniveles de desarrollo y equidad en el continente. Con estos acuerdos se busca tener el libre acceso al mercado de economías en desarrollo que sirvan de impulso a la expansión de las transnacionales estadounidenses, frente al capital europeo y asiático.



dos se busca tener el libre acceso al mercado de economías en desarrollo que sirvan de impulso a la expansión de las transnacionales estadounidenses, frente al capital europeo y asiático (Petras 2002). Además, se busca desintegrar los acuerdos y la regulación de bloques comerciales que puedan limitar la expansión estadounidense, como el MERCOSUR y la CAN, y perpetuar el apoyo que necesita de los países andinos para combatir el narcotráfico.

Joseph Stiglitz (*El Universo*, 27 de junio de 2004), señala que los TLCs son acuerdos de una sola vía, en los que “todo el poder está del lado de los Estados Unidos, y éste usa ese poder no de una manera justa, para promover un acuerdo comercial justo, sino uno que sólo sirva a sus propios intereses”.

Esta afirmación se ve ratificada en la carta que Robert B. Zoellick, Representante Comercial de los Estados Unidos, envía a la Cámara de Representantes en noviembre de 2003, previo al inicio de las negociaciones con los países andinos; en la misma Zoellick señala que se encuentra comprometido a realizar acuerdos que “abran mercados para be-

neficiar a nuestros granjeros, trabajadores, negocios y familias”; y más adelante señala que “ayudará a fomentar el crecimiento económico y a crear trabajos altamente pagados en los Estados Unidos por la reducción y eliminación de las barreras de comercio e inversión”. Sin duda alguna, el mercado andino tiene un potencial significativamente importante para los exportadores e inversionistas estadounidenses en sectores como la agricultura, la industria, los servicios y el suministro al sector público, como señala el mismo Zoellick.

Adicionalmente, el TLC refleja la estrategia geopolítica de los Estados Unidos para combatir el narcotráfico. En 1991 el Congreso de los Estados Unidos promulgó la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas, *Andean Trade Preference Act – ATPA*, que liberó un grupo de productos/partidas arancelarias andinas del pago de aranceles como una alternativa económica a la producción y comercio ilegal de drogas. Este acuerdo se mantuvo en vigencia hasta el 4 de diciembre de 2001. Estados Unidos renovó este acuerdo de forma unilateral bajo la Ley de Promoción Comercial Andina y Erradicación de la Droga, *Andean Trade Promotion and Drug Eradication Act - ATPDEA*, que entró en vigencia, de forma retroactiva, desde el 4 de diciembre de 2001 y se extiende hasta el 31 de diciembre de 2006.

La firma de Tratados de Libre Comercio con los países andinos evita a los Estados Unidos caer en nuevas negociaciones y concesiones unilaterales a finales del 2006, cuando termina el *ATPDA* con los países andinos, para sostener su lucha anti droga. Como menciona el representante de Comercio Robert Zoellick, el TLC sirve “como un complemento natural del Plan Colombia”.

Este “complemento natural” se nutre de una serie de condicionalidades sostenidas en las rondas de negociación del TLC con los países andinos, en Cartagena (mayo de 2004) y Atlanta (junio de 2004), en las que se ha notado la débil capacidad negociadora y preparación de los países andinos. Los Estados Unidos se presentan ya con los textos redac-

Algunas propuestas de los Estados Unidos en el TLC con los países andinos

EE.UU. presentó en la I Ronda del TLC, celebrada en Cartagena del 18 al 22 de mayo, un borrador del texto del Acuerdo, del cual se puede extraer algunas de sus peticiones:

- **Sector agrícola:** EE.UU. deja muy en claro su pretensión de no tocar el tema de sus subsidios agrícolas, pero si de obligar a los países andinos a eliminar cualquier tipo de barreras arancelarias o para-arancelarias que afecte sus exportaciones agrícolas.
- **Propiedad Intelectual:** se plantea que se patente todo tipo de invenciones incluyendo plantas, animales, y procedimientos, diagnósticos terapéuticos y quirúrgicos para el tratamiento de humanos y animales, todo esto desconociendo la protección al conocimiento ancestral de los países andinos. Esta situación limita la libre elaboración y comercialización de los medicamentos genéricos, necesarios para la salud humana, especialmente de los segmentos pobres de la población. Otro tema preocupante es la posibilidad de que las leyes norteamericanas de propiedad intelectual pueden hacerse extensivas a los países andinos siempre que no haya contravención entre las leyes. Asimismo, se pide a los gobiernos compensaciones económicas y acciones legales a favor de las empresas si se violan los derechos de propiedad intelectual.
- **Telecomunicaciones:** se propone operaciones transfronterizas (negocios y oferta de servicios) sin la necesidad de que las empresas proveedoras tengan una representación en el país, esto pondría en situación de desventaja a las empresas que sí tienen una representación dentro del territorio nacional. Otra de las exigencias es que cada Estado elimine totalmente su participación de capital en los servicios de telecomunicaciones (privatización).
- **Adquisiciones gubernamentales:** EE.UU. pide para sus empresas un tratamiento similar que el que se da a bienes, servicios o proveedores domésticos en los procesos de adquisiciones públicas en los países andinos.
- **Salvaguardas:** se plantea la utilización de salvaguardas, las cuales no se pueden aplicar por un periodo superior a dos años ni sobre el mismo bien más de una vez. Tampoco se podrán aplicar cuotas ni restricciones cuantitativas. El país que adopte una salvaguarda deberá compensar a su contraparte.
- **Inversión:** se propone dar derecho a los inversionistas, nacionales y foráneos, para trasladar su inversión “libremente y sin retraso” dentro o fuera del país, lo cual incluye aportes de capital, dividendos, ganancias de capital y beneficios de la venta o liquidación total o parcial de la inversión, exceptuando los casos de quiebra financiera. Las empresas foráneas tampoco tendrían la obligación de transferir tecnología de todos sus procesos de producción a los países donde desarrollen sus actividades.

tados y propuestas listas³ (USTR, 2004). Ver recuadro.

Apertura comercial y TLC para Ecuador

El proceso de apertura en el Ecuador se consolidó en la década de los noventa y no ha producido los beneficios que se suponía debía dar. A lo largo de estos años, el país no ha revertido su dependencia hacia las exportaciones de productos primarios como banano, ca-

marón, pero principalmente petróleo, el mismo que ha causado graves daños ambientales y sociales (Falconí y Larrea 2004). Por otro lado, no ha logrado impactos significativos en el bienestar, ninguno en la reducción de la pobreza y, más bien, ha incrementado la desigualdad de ingresos debido a las diferencias

3 Estos textos han sido calificados como confidenciales por el gobierno de los Estados Unidos, y recién el 5 de julio estuvieron disponibles, en idioma inglés, en el Ministerios de Comercio Exterior, Industrialización, Pesca y Competitividad del Ecuador.

salariales entre la mano de obra calificada y la no calificada (Vos y León 2004).

Esta situación se ha agudizado con la adopción de la dolarización, la misma que ha contribuido con saldos negativos en la balanza comercial, con la apreciación del tipo de cambio real y con la puesta en evidencia de los problemas estructurales de competitividad que tiene el país. De acuerdo al *World Economic Forum* (2004), el Ecuador sigue ocupando los últimos puestos a nivel mundial en competitividad; el *Growth Competitiveness Index* de 2003 le ubicó en el puesto 86 entre 102 países, mientras que su próximo socio comercial en el TLC, Estados Unidos, se ubicó en el puesto 2.

Los desequilibrios de balanza comercial amenazan la estabilidad de los sectores productivos e industriales del país; los logros en competitividad son procesos de mediano y largo plazo, para los cuales el Ecuador no tiene una estrategia definida. Sin duda alguna, el sostenimiento de la economía ecuatoriana ha sido gracias a los altos precios del petróleo, las remesas de los migrantes y la depreciación del dólar frente al euro, mas no por una mayor diversificación y menor dependencia de productos primarios en las exportaciones. Cualquier cambio de dirección de la variable antes mencionada podría ocasionar un *shock* en la economía que se vería agravado en el marco del TLC. Además, la ausencia de política monetaria deja sin muchas posibilidades

al Ecuador para enfrentar impactos económicos adversos. En este contexto, si se suma la pérdida de la política arancelaria aumenta el grado de vulnerabilidad de los sectores productivos nacionales y de la situación socio-económica en general.

Por otro lado, si se analiza el aporte de los convenios comerciales de los últimos años con los Estados Unidos, el Ecuador ya ha liberado “en teoría” las barreras de entrada de un sinnúmero de productos sin que existan cambios significativos en la estructura de sus exportaciones. Al estar bajo la Ley de Promoción Comercial Andina y Erradicación de la Droga -ATPDEA-, Ecuador ha tenido la posibilidad de exportar a los Estados Unidos alrededor de 6.000 partidas arancelarias o productos; si se revisan las concentraciones de las exportaciones, resaltan algunas inconsistencias con las “oportunidades” que brinda la apertura comercial otorgada por los Estado Unidos. En 2003, Ecuador pudo exportar únicamente 879 partidas bajo la ATPDEA, lo que significó el 95% del total de exportaciones a los Estados Unidos (2.270 millones de dólares). De las partidas exportadas con preferencias arancelarias, el 77% concentran sólo cuatro productos: petróleo, banano, langostinos y rosas (1.758 millones de dólares), el otro 23% está repartido en las restantes 875 partidas (Información estadística Banco Central del Ecuador).

La misma tendencia se observa en los primeros meses de 2004. Entre enero y mayo, el 96,5% de las exportaciones a los Estados Unidos entran con preferencias arancelarias (ver cuadro 1).

Sin embargo, los principales grupos de partidas de exportación, 79 partidas, siguen concentrando el 89% de estas ex-

Cuadro No. 1 Exportaciones totales a Estados Unidos (Enero-Mayo/2004)		
USD 1,250,885.92 - 949 partidas		
Preferencias Arancelarias	Número de partidas	F.O.B
SIN preferencias	143	USD 44,326,01 (3,54%)
CON Preferencias	806	USD 1,206,559.91 (96,46%)
Elaboración propia Fuente: Estadísticas Banco Central del Ecuador		

Cuadro No. 2

Principales partidas exportadas bajo el ATPDEA (Enero-Mayo/2004)

Descripción	No. de partidas	USD FOB	Participación
1 Petróleo y derivados	7	770.086,51	63,82%
2 Frutas frescas	26	108.413,30	8,99%
3 Pescados y mariscos	37	100.891,14	8,36%
4 Flores	9	95.443,70	7,91%
5 Cacao y preparados de cacao	9	29.914,82	2,48%
6 Madera y artículos de madera	32	19.794,53	1,64%
7 Conservas de pescado y crustáceos	7	11.938,25	0,99%
8 Preparados de vegetales	29	10.665,10	0,88%
9 Cerámica	11	7.255,10	0,60%
10 Reactores nucleares, maquinaria y calentadores de agua	93	6.620,05	0,55%
11 Vegetales	31	4.608,75	0,38%
12 Piedras y metales preciosos	7	3.609,36	0,30%
13 Maquinaria y equipo eléctrico	62	3.513,36	0,29%
14 Aluminio y sus manufacturas	9	2.819,05	0,23%
15 Manufacturas de fundición, hierro o acero	25	2.529,08	0,21%
16 Café, té, especias	11	2.445,35	0,20%
17 Tabaco	2	1.875,83	0,16%
18 Plásticos y sus manufacturas	23	1.740,87	0,14%
19 Azúcar (confites y bombones)	4	1.550,97	0,13%
20 Vidrio	12	1.500,43	0,12%
21 Otros	360	19.344,35	1,60%
TOTAL	806	1.206.559,91	100,00%

Elaboración propia

Fuente: Estadísticas Banco Central del Ecuador

portaciones (ver cuadro 2), y los mismos productos de 2003, petróleo, banano, langostinos y rosas, concentran el 78% de estas exportaciones en estos primeros meses de 2004 (944 millones de dólares). Hay que destacar que el petróleo, tanto en 2003 como en 2004, ha sido el producto que mayor incremento ha tenido, en términos de dólares FOB de exportación, debido a los altos precios internacionales.

Durante todo el tiempo que el Ecuador ha estado bajo la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas –ATPA– y la –ATPDEA –, no ha sido capaz de diversificar su oferta exportable a los Estados Unidos ni tampoco ha podido aumentar los niveles de penetración a este mercado, lo que indica que las ventajas expuestas en estos tratados comerciales, que

por cierto tienen un costo económico y social muy elevado para el Ecuador como es el caso del apoyo al Plan Colombia, no se manifiestan como se anunciaban. Por otro lado, estos acuerdos comerciales están plagados de barreras proteccionistas para los intereses norteamericanos; la aplicación de barreras del tipo para-arancelario, como los requisitos sanitarios y fitosanitarios, las normas de origen (Cárate y Fernández 2004), los subsidios agrícolas y la aplicación de medidas *anti dumping* suman a las causas del limitado acceso del Ecuador al mercado norteamericano el 15% del total de partidas que se encuentran bajo la ATPDEA, y permiten a los Estados Unidos controlar la entrada de productos y proteger su aparato productivo.

Bajo este escenario, las ventajas que el Ecuador puede tener bajo el TLC, de la forma como está planteado, son muy limitadas frente a las desventajas que éste acarrea. El TLC constituirá el *statu quo* de lo que el Ecuador ya ha recibido en la ATPDEA por su

Las ventajas para Ecuador bajo el TLC, tal como está planteado, son muy limitadas frente a las desventajas que éste acarrea. El TLC constituirá el statu quo de lo que Ecuador ya ha recibido en la ATPDEA por su apoyo al Plan Colombia, mientras que para la estrategia geopolítica y comercial norteamericana, hay todo por ganar.



apoyo en el Plan Colombia, mientras que para la estrategia geopolítica y comercial norteamericana, hay todo por ganar.

Conclusiones

La estrategia ALCA impulsada por los Estados Unidos hace más de una década, pese a los tropiezos que ha tenido, puede empezar a configurarse bajo el formato de los Tratados de Libre Comercio (TLC). Sin embargo, no está claro que una mayor apertura comercial, y menos

aún de la forma como se está planteado, tenga un impacto significativo en el crecimiento económico de los países latinoamericanos, en la disminución de la pobreza y en el desarrollo sustentable, menos aún, en el caso ecuatoriano.

Está claro que lo que prevalece en las negociaciones de los TLC son los intereses geopolíticos norteamericanos, de sus transnacionales y el proteccionismo subyacente a su aparato productivo, como por ejemplo, el sector agrícola.

Por otro lado, los TLC ponen en riesgo el ordenamiento jurídico y la normativa comunitaria de los bloques regionales latinoamericanos, como la CAN y el MERCOSUR,

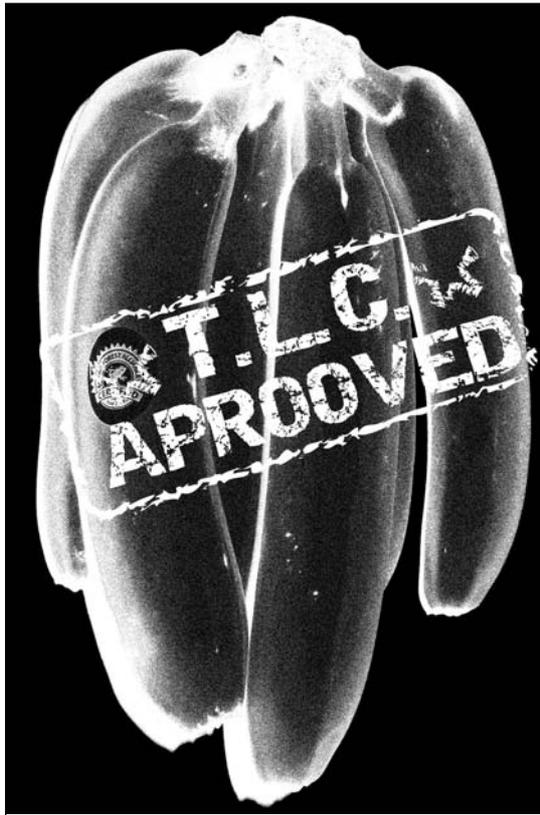
preocupación que ocupó un lugar importante en la XV Cumbre Presidencial Andina, celebrada en Quito en julio de 2004. Adicionalmente, desde la sociedad civil se han señalado los impactos negativos que puede tener el ALCA y TLC en varios de los derechos que se recogen en el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de Naciones Unidas (OACDH, 2004), como por ejemplo, el derecho a la seguridad alimentaria, no privar a un pueblo de sus propios medios de subsistencia, el derecho al trabajo y la vida digna, el derecho a la educación, a la salud, al progreso científico y sus aplicaciones, entre otros.

En el caso ecuatoriano, la vulnerabilidad de su economía a *shocks* externos, la dependencia de sus exportaciones en pocos productos primarios, la dolarización y los bajos niveles de competitividad, indican que el TLC puede acarrear un sinnúmero de desventajas, tanto por los contenidos regulatorios de los temas sensibles que se abordan, por ejemplo, el de propiedad intelectual, salvaguardas, inversión, entre otros, como por la pérdida de la política arancelaria como instrumento esencial para preservar la capacidad instalada local y el empleo.

Finalmente, el ALCA o el TLC, lejos de incorporar los aspectos fundamentales de una integración profunda, descuidan las verdaderas capacidades internas de competitividad de los países en desarrollo, y se encuentra viciado por presiones externas ajenas a la realidad económica y social de estos países.

Bibliografía

- Banco Central del Ecuador, 2004, *Información Estadística*, BCE, Quito.
- Cárate, E. y Fernández, G., 2004, "Exportaciones del Ecuador a EEUU. Algunos elementos para las negociaciones del TLC", *Apunte de Economía* No. 43, Banco Central del Ecuador, Quito.
- CORPEI, 2004, "Área de Libre Comercio de las Américas – ALCA", en www.corpei.org



- Falconí, F. y Larrea, C., 2004, "Impactos ambientales de las políticas de liberalización externa y los flujos de capital: el caso de Ecuador", en *Globalización. La euforia llegó a su fin*, Abya-Yala, Quito.
- World Economic Forum, 2004, "Growth Competitiveness Index 2003", en www.weforum.org
- Romero, M., 2003, "Desafíos que plantea el ALCA para la integración andina", en *El ALCA y el futuro de América Latina y el Caribe*, Foro Internacional, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Guayaquil.
- Rodríguez, J., 2001, "De su origen a Québec: el ALCA", *Escenario 2*, No. 4, Montevideo.
- Petras, J., 2002, "El ALCA visto desde los Estados Unidos", en www.rebellion.org/petras/petrasalca251002.htm

- Stiglitz, J., 2004, "Entrevista personal", realizada por Radio City; publicada en *Diario El Universo*, domingo, 27 de junio del 2004.
- OACDH, 2004, "Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales" Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, disponible en <http://www.ohchr.org/english>
- USTR, 2004, "U.S. - Andean Free Trade Agreement", Office of the United States Trade Representative, disponible en MI-CIP-Ecuador únicamente para consulta en sus instalaciones.
- Vos, R., Ganuza, E. y Morley, S., 2004, "Rising export, slower growth and greater inequality: Is trade liberalization to blame?", en Vos, R., Ganuza, E., Morley, S. y Robinson, S., editores, *Is trade liberalization good for Latin America's poor?*, United Nations Development Programme (UNDP).
- Vos, R. y León, M., 2004, "Ecuador: dollarization, trade liberalization and poverty" en en Vos, R., Ganuza, E., Morley, S. y Robinson, S., editores, *Is trade liberalization good for Latin America's poor?*, United Nations Development Programme (UNDP).
- Vos, R. y Morley, S., 2004, "Bad luck or wrong policies? External shocks, domestic adjustment, and the growth slowdown in Latin America and the Caribbean", en Vos, R., Ganuza, E., Morley, S. y Robinson, S., editores, *Is trade liberalization good for Latin America's poor?*, United Nations Development Programme (UNDP).
- Zoellick, R., 2003, "Carta a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos del 18 de noviembre de 2003", Oficina Ejecutiva del Presidente Comercial de los Estados Unidos, Washington, D.C. 20508.

Las formas de una guerra

drogas,
democracia
y derechos humanos
en Ecuador¹

amorfa:

Fredy Rivera Vélez²

El combate al narcotráfico y el incremento de los problemas de seguridad nacional asociados al manejo de la frontera norte del Ecuador se han constituido en uno de los principales dolores de cabeza con los que han tenido que bregar autoridades y sociedad en estos últimos años. Sumemos a esta situación el involucramiento indirecto del país en el Plan Colombia y las características de la fluctuante relación bilateral con Estado Unidos y obtendremos un panorama bastante denso y de resultados impredecibles para la población ecuatoriana.

Si inicialmente el problema del narcotráfico estaba referido sólo a las acciones policiales y judiciales enmarcadas en la Iniciativa Andina, hoy este asunto ha cobrado una mayor significación por la complejidad de su tratamiento y por la cantidad de instituciones y percepciones que se tienen sobre su presencia. En efecto, a raíz de la participación de Ecuador en el Plan Colombia, la política exterior de nuestro país ha tenido que asumir (de forma *reactiva*) una serie de retos y contingen-

cias planteadas por los intereses de seguridad nacional de los Estados Unidos en la región.

Para el caso ecuatoriano, el tratamiento del problema del narcotráfico está relacionado con varios factores:

- la presencia de redes de comercio clandestino de precursores químicos, armas, municiones y explosivos destinados a los distintos actores armados en Colombia;
- las actividades de lavado de dinero que no han podido ser cuantificadas con certeza, especialmente al tener una economía dolarizada y un sistema financiero con poco control estatal (marcado por actos de corrupción, informalidad e impunidad);
- las modificaciones y vacíos interpretativos en el sistema de administración de justicia respecto al narcotráfico, lo que ha promovido tensiones y distorsiones en el campo legislativo;
- el fortalecimiento de algunas agencias policiales como el GIR, el GEMA y sus capacidades de interdicción en distintas áreas de la sociedad, notándose una tendencia a la militarización de estos organismos policiales;
- la intervención de las FFAA en este problema en los últimos años, aspecto que hace poco era asumido como colateral, y que hoy se extiende hacia aspectos que sobrepasan el asunto del narcotráfico (las consecuencias para Ecuador de la violencia en Colombia, la acción de grupos guerrilleros, delincuenciales y paramilitares en territorio nacional);

Rivera, Fredy, 2004, "Las formas de una guerra amorfa: drogas, democracia y derechos humanos en Ecuador", en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 14-24.

- 1 Partes de este trabajo fueron presentados en el Seminario "Investigación y educación en estudios de defensa y seguridad", REDES, Santiago de Chile, octubre 2003.
- 2 Profesor-investigador de Flacso Ecuador. Editor de la Revista *Ecuador Debate* del Centro Andino de Acción Popular (CAAP).

- los retos a la plena exigibilidad e implementación del sistema de DDHH en las regiones fronterizas que están afectadas por el Plan Colombia;
- la participación indirecta del Ecuador en el Plan Colombia y las acciones políticas desatadas a raíz del convenio para la utilización de la base aérea de Manta -FOL en la interpretación estadounidense³- por parte de su personal militar y de inteligencia;
- la escasa rendición de cuentas y transparencia de gestión con la que operan varias instituciones ecuatorianas relacionadas con narcotráfico y seguridad, asunto que vulnera las reglas de gestión democrática y afecta a los distintos sectores sociales;
- los resultados infructuosos para frenar la corrupción en diferentes estamentos estatales y privados que de alguna manera se relacionan con el narcotráfico, especialmente el sector judicial y el desempeño de las fuerzas del orden.

En estos campos conflictivos se están procesando actualmente las dimensiones e interpretaciones sobre la seguridad, el manejo de los derechos humanos y la manera cómo se gestiona los valores democráticos y las instituciones en Ecuador.

Ecuador como punto de atención: discursos y planes

La “guerra contra las drogas” aparece en un contexto de relaciones internacionales asimétricas entre los Estados Unidos y América Latina. Para el caso de Ecuador, esto significó que sus políticas antinarcóticos tomen

3 Según Isaacson (2002), FOL (Forward Operating Location) es una base o aeropuerto que hace parte de un acuerdo por el cual se permite su uso a los aviones estadounidenses que se encuentran en misiones de detección y monitoreo antinarcóticos. Estas instalaciones son operadas por los países receptores, en este caso Ecuador, y albergan a miembros de las fuerzas militares de Estados Unidos, la DEA, guardacostas y personal de aduanas para apoyar y coordinar las comunicaciones e inteligencia de estos vuelos.

forma y adquieran sentido en el marco de la interpretación norteamericana del problema de la droga.

Ya en 1982 el ex presidente Ronald Reagan declaró la guerra contra las drogas para dar una respuesta a la creciente epidemia de adicción en su país y para cumplir con un objetivo de “seguridad nacional” que venía siendo discutido años atrás (Bagley 1991). De hecho, el proceso de incubación de la estrategia de Estados Unidos para luchar contra las drogas demoró más o menos 16 años en adquirir el perfil que muestra actualmente. En 1989 el ex presidente Bush -padre- lanza la “Iniciativa Andina” que, en principio, estaba compuesta de un plan de cinco años y un monto de US\$ 200 millones para dismantlar las organizaciones narcotraficantes, aislar las principales regiones donde se cultivaba coca, destruir los laboratorios de procesamiento de drogas y bloquear la entrega de insumos químicos para su producción a través de asistencia tecnológica y ayuda económica a Bolivia, Perú y Colombia (Youngers 1998). No obstante, la “Iniciativa Andina” no se agota en su manifestación inicial porque hasta ahora sigue siendo el referente más importante de las políticas antinarcóticos norteamericanas frente a la región. Adicionalmente a su vigencia, el mismo año de su lanzamiento se promulga



Gonzalo Vargas

el Acta de Autorización de Defensa Nacional -NDAA- en donde se designa al Departamento de Defensa como la “agencia principal” encargada de la detección y monitoreo de cargamentos de drogas ilícitas hacia Estados Unidos, configurando así el comienzo de la militarización de la guerra antinarco-

A raíz de su participación en el Plan Colombia, Ecuador ha tenido que asumir una serie de retos y contingencias planteadas por los intereses de seguridad nacional de los Estados Unidos en la región: es una acción reactiva con resultados no deseados para la democracia, la sociedad y sus instituciones.



Esta visión del fenómeno del narcotráfico condujo inevitablemente a gestar una política exterior unilateral por parte de Estados Unidos que privilegia la interdicción con acciones destinadas a combatir la oferta de los países productores, desconociendo de esta manera el carácter interdependiente, multicausal y plural del narcotráfico⁴. Este tipo de racionalidad política maneja el tema del narcotráfico dentro de una agenda de política exterior

más amplia, como se puede observar en el tratamiento que se ha hecho del asunto en el marco de las Cumbres Presidenciales desde Miami hasta Québec; en ellas, Washington ha propuesto reiterativamente tres ejes fundamentales en torno a los cuales giran sus políticas hacia el subcontinente: democracia, liberalización e integración, donde el narcotráfico está cobijado bajo el término democracia (Bonilla 2000).

Bajo esas condiciones y escenarios, que incluyen procesos de “certificación”, tratamien-

tos unilaterales del sistema de preferencias arancelarias y potenciales sanciones económicas de los Estados Unidos, el gobierno ecuatoriano ha manejado su agenda en términos esencialmente reactivos respecto a los intereses estadounidenses. Es por eso que una vez resuelto el problema fronterizo con el Perú, la agenda exterior ecuatoriana ha acogido los aspectos del narcotráfico y democracia como condicionamientos antes que como intereses prioritarios. Este factor ocasionó que Ecuador someta su relación comercial a una contraprestación directa y física para las estrategias norteamericanas de combate al narcotráfico y al terrorismo (Barreiro 2002). En esos contextos, la ejecución del Plan Colombia desde 1998 ha prefigurado nuevos escenarios de política internacional para el país al punto de que cada vez más se encuentre articulado al eje político conformado por Washington y Bogotá.

Dimensiones económicas y políticas del narcotráfico

Ecuador no es un país con cultivos de hoja de coca. Tampoco es productor de cocaína u otras drogas ilegales para la exportación. Entre otras razones, no se cultiva coca porque los sembríos para uso ritual y tradicional fueron erradicados en el siglo XVI durante la Real Audiencia de Quito por cuestiones estructurales de la economía colonial. En cambio, la coca se institucionalizó en el mercado de Perú y Bolivia debido a las necesidades de reproducción de la mano de obra indígena en la minería (Bonilla 1991, 1993). En este sentido, en Ecuador no existen sectores sociales que posean una tradición cultural cocalera y un conocimiento agronómico ancestral para desarrollar una producción sostenida de la hoja (Rivera 1991). Adicionalmente, el proceso de colonización de la Amazonía ecuatoriana corrió paralelo a la extracción petrolera en los años setenta, lo que significó que las tierras óptimas para el cultivo de hoja de coca se poblaran en condiciones de reproducción material determinadas por esta industria

⁴ Para un análisis de las políticas estadounidenses y las relaciones entre Washington y América Latina en los ochenta ver Insulza (1991), Vargas (1990).

(considerada como recurso estratégico del Estado y protegida por lógicas de seguridad militar). Por otro lado, el conflicto territorial de Ecuador con Perú hizo que la Amazonía cuente con alta presencia militar, impidiendo que estas zonas brinden las condiciones de clandestinidad que la producción de coca requiere. La sumatoria de estos factores ha impedido que se produzca hasta la actualidad el “efecto globo” derivado de la erradicación de cultivos en Perú, Colombia y Bolivia y de su consiguiente extensión de cultivos hacia Ecuador.

Tomando en consideración esos elementos y a pesar de que el país no tiene relevancia como productor en el fenómeno del narcotráfico, Ecuador sí constituye un punto de conexión e importancia relativa para el tráfico de cocaína hacia mercados internacionales a través de la carretera panamericana y los puertos marítimos de Manta, Guayaquil y Puerto Bolívar. Los aeropuertos internacionales son utilizados en menor grado por traficantes de pequeña escala debido al incremento de controles existentes.

El norte del territorio ecuatoriano también es utilizado para el comercio clandestino y el abastecimiento de precursores químicos destinados a la industria del narcotráfico (localizada en el sur de Colombia). La actividad ilícita se la realiza principalmente por tres zonas críticas: a) la frontera norte amazónica que tiene numerosos pasos no controlados, b) Carchi que tiene varios puntos de abastecimiento clandestino y c) la zona meridional de la Provincia de Esmeraldas que posee distintos vínculos fluviales y marítimos con el sur occidente colombiano.

En lo referente al lavado de dinero, la dolarización decretada en 2000 configuró un nuevo escenario de relaciones económicas, comerciales y financieras para el Ecuador tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Esta decisión gubernamental fue unilateralmente aplicada en un contexto de crisis económica, social, financiera y política; y fue polémica debido a las tensiones sociales que existían en el momento, a los desequilibrios

económicos y sociales provocados por la aguda crisis bancaria asociados a la ausencia efectiva de control sobre el sistema financiero nacional y a las presiones de los grupos de poder económicos y políticos (Falconí y Jácome 2002).

En esos contextos se podría pensar que escenarios económicos basados en la dolarización hubiesen sido propicios para el incremento de las actividades de lavado de dinero, pero hasta la actualidad no existen trabajos especializados sobre el tema y más bien el asunto ha sido tratado en artículos periodísticos que no han arribado a investigaciones con resultados concretos⁵. Además, existe en el país una legislación bancaria que se basa en la confidencialidad de la información y el sigilo, lo que limita la capacidad de investigación sobre los movimientos financieros porque la exploración de cuentas bancarias debe efectuarse recurriendo a instancias judiciales extremadamente complicadas que han dado pocas muestras de efectividad y tener poca credibilidad por la presencia de actos de corrupción. Sin embargo, parecen existir “circuitos informales” de lavado de dólares que no utilizan las institucionales financieras formales, lo cual complica mucho más el análisis objetivo del problema.

También se debe considerar la contradicción existente, aunque no reconocida oficialmente, entre la necesidad de obtener dólares para alimentar la circulación de la masa monetaria del sistema financiero nacional⁶ y las regulaciones poco cumplidas en materia de control de divisas en las cuentas bancarias de personas e instituciones. De hecho, en el “Informe de Evaluación del sistema de Ecuador contra el blanqueo” elaborado por el Grupo de Acción Financiera de América del Sur -

5 Ver *El Comercio*, 18 de septiembre de 2002, sección A-8: “5000 cuentas son sospechosas de lavado de dinero en el país”.

6 Con la dolarización se pierde la autonomía de impresión de moneda, dependiendo así del flujo de dólares provenientes del comercio, exportación petrolera y préstamos internacionales que alimentan al sistema financiero y economía general.

GAFISUD- se sostiene que el país presenta limitaciones jurídicas, falta de capacitación del personal que controla el lavado de dinero y falta de control del dinero físico que entra en territorio ecuatoriano; asimismo, el informe destaca que existe una pugna entre el CONSEP y la Superintendencia de Bancos por la vigilancia de esas actividades⁷.

Por otro lado, desde que se pusieron en marcha las tareas de fumigación previstas en el Plan Colombia en el departamento de Putumayo y se intensificó el conflicto colombiano por esta misma causa, un fenómeno nuevo apareció en la frontera norte ecuatoriana. Este problema se relaciona con el “desempleo” ocasionado por la desestructuración de sistemas de movilidad laboral y comercial fronteriza que incluían ciclos de migraciones al lado colombiano para trabajar en plantaciones de coca y en pequeños laboratorios clandestinos.

Esta vinculación de colonos y campesinos ecuatorianos al circuito industrial del narcotráfico es conocida por la mayoría de habitantes del nororiente de la Amazonía. Dicho fenómeno se debe principalmente a que muchos colonos y campesinos ven que el trabajo en sus fincas no resulta rentable y la zona carece de redes de comercialización para sus productos, así como del apoyo técnico y crediticio por parte del Estado. Adicionalmente, la presencia del Estado ecuatoriano en las zonas de frontera es débil en términos institucionales.

Frontera norte, Base de Manta y tensiones sociales

Ligada al Plan Colombia, la utilización de la Base aérea de Manta es una arista que marca significativamente la participación del Ecuador en la lucha antinarcóticos. Esto se hace patente cuantitativamente en el incremento de la asistencia que Estados Unidos ha canalizado hacia el país en los últimos años. Los datos indican que los recursos asignados por el INL a Ecuador en el 2000 suman un total de US\$ 12 millones, US\$ 22 millones en 2001, US\$ 25 millones en 2002 y US\$ 37 millones en año 2003.⁸

En términos generales, estas cifras son un indicador, por lo menos desde la visión y el bolsillo de Washington, de un mayor involucramiento cooperativo del Ecuador en la “guerra contra las drogas”. En este sentido, si bien no hay tropas estadounidenses con autorización para acciones armadas y combate, la información, inteligencia aérea y respaldo logístico que la Base de Manta presta a las agencias antinarcóticos, asigna al Ecuador una responsabilidad sobre las tareas desplegadas desde este centro de operaciones.



Gonzalo Vargas

7 Ver *El Comercio*, 14 de julio de 2003, sección A: “Nuevo revés para el Ecuador en el control del lavado de activos”.

8 Bureau for International Narcotics and Law Enforcement Affairs, FY 2003 Budget Justification.

Cuadro 1: Solicitudes de refugio

Año	Solicitudes	Aceptadas	Negadas	Abandono	Archivo	Reasentados	Repatriados
2000	475	390	60				36
2001	3017	1406	394	999			87
2002	6766	1578	1199	1586		4	7
2003	11463	3270	4392	3606		94	4
2004	1085*	293	785	38	1810	0	0
2000-2004	22806	6937	6830	6229	1810	98	134
%		30,4	29,9	27,3	7,9	0,4	0,6

Fuente: Ministerio de RREE, 2004.
* Hasta marzo 2004

Los temores suscitados por la ejecución del Plan Colombia y el Acuerdo de la Base de Manta hicieron que muchas organizaciones de la sociedad civil se pronuncien en contra de la participación activa del Ecuador en operaciones militares; sin embargo, nunca se cuestionó si realmente la droga es un problema real para el Estado y la sociedad ecuatoriana, por el contrario, se asume espontáneamente como una amenaza a la seguridad y a la moral colectivas. En consecuencia, las posiciones “críticas” se inscriben en discursos que cuestionan los procedimientos utilizados para combatir el narcotráfico o en retóricas paternalistas que justifica la participación de la gente “pobre” en el proceso de producción de la droga por las condiciones de relegación económica y social de las zonas fronterizas.

En este sentido, los cuerpos sociales, las organizaciones de derechos humanos y movimientos ecologistas se oponen a cualquier tipo de involucramiento del Ecuador en acciones derivadas del Plan Colombia por los efectos negativos que esto produciría en el país. Las intervenciones de estos actores se orientan, dependiendo de la naturaleza de la organización, hacia tres temas específicos. El primero se refiere a las repercusiones que el Plan Colombia genera en términos de seguridad ciudadana; el segundo se enmarca en acciones destinadas a denunciar violaciones de derechos humanos por parte de agencias policiales y militares ecuatorianas, y el tercero se concentra en los efectos nocivos que las fumigaciones en el Putumayo producen en el ecosistema fronterizo del Ecuador.

El problema del refugio

El desplazamiento y refugio de población colombiana que escapa de la violencia política y social es un indicador muy sugerente y decidor de la intensidad que esta tomando el conflicto en ese país, el cual dejó de ser una cuestión privativa de Colombia para constituirse en un problema regional complejo.

En los últimos años, mucho se ha especulado sobre las cifras de personas refugiadas en territorio ecuatoriano. Al margen de la desproporción en los números y el desconocimiento de las posibilidades estructurales del país para recibir inmigrantes, es sintomático y preocupante que una ponderación alegre pueda servir para diseñar planes de contingencia, proyectos de intervención y hasta políticas públicas en nuestro territorio.

La vinculación producida entre el conflicto colombiano y la presencia de refugiados en Ecuador es contundente. Según análisis de los datos del Censo efectuado en 2001, los picos estadísticos más altos de ingreso de colombianos al país se registran a partir de 1999, año en que se inicia la ejecución del Plan Colombia, pues de las 51.556 personas declaradas, 10.052 lo hicieron en el período 1998-2001⁹. De igual forma, al revisar las estadísticas proporcionadas por la Oficina de Refugiados del Ministerio de Relaciones Exteriores, (Ver cuadro 1) las solicitudes de refugio se encuen-

9 Instituto Ecuatoriano de Estadísticas y Censos -INEC-, VI Censo de población y V de Vivienda, 2001.

tran asociadas a la misma dinámica y temporalidad de los recientes procesos armados y políticos colombianos: ejecución del Plan Colombia y finalización de las conversaciones de paz en febrero del 2002.

Tal incremento de solicitudes de refugio no puede ser disociado de problemas conexos a la presencia de población colombiana. En Ecuador, la tradicional convivencia fronteriza con personas de origen colombiano no se había constituido en factor de tensión y conflicto, pero recientemente es frecuente observar percepciones ancladas en la xenofobia, el racismo y la exclusión. De hecho, recientes investigaciones (Flacso 2003) demuestran que la actual ola de inmigrantes colombianos está asociada a figuras discriminadoras:

“las mujeres colombianas se dedican a la prostitución...ellos (los colombianos) nos quitan las fuentes de trabajo... la presencia colombiana sólo trae violencia y delincuencia... deberían ponerlos en un campo de vigilancia... se deben cerrar las fronteras y pedirles visa de ingreso..., etc.”

Este tipo de percepciones y criterios rebasan a las personas comunes y se vuelve más grave cuando los representantes institucionales de las cámaras de la producción, de la policía, organismos de control migratorio y gobiernos locales lo plantean como un asunto normal y natural, en clara violación a los derechos humanos de la población inmigrante y refugiada; hecho que además vulnera los tratados internacionales que el Ecuador ha firmado y ratificado en el ámbito del derecho internacional.

En términos generales, los problemas más urgentes que enfrentan los inmigrantes colombianos en Ecuador se derivan de la fragilidad de la economía local, las reducidas oportunidades que brinda un esquema monetario dolarizado (que genera precios incompatibles con el poder adquisitivo de la población) y un mercado laboral prácticamente en crisis desde la perspectiva del empleo. En este contexto, la pobreza, medida por NBI es del 49.5% para la población colombiana que habita en el país, y en las zonas

de frontera este porcentaje fluctúa entre el 60% y el 92%, lo que muestra que la situación se vuelve más difícil para las personas que han llegado al Ecuador en busca de protección y refugio (Flacso 2003).

Seguridad, democracia y derechos humanos

Se propone la noción de “segurización” para revelar un proceso en donde las fronteras semánticas del concepto de seguridad se tornan ambiguas y su intención primera, la protección del individuo y la trama social, es colonizada y atrapada por las lógicas de la defensa militar y el control policial. En estos términos, la segurización denota una situación en la cual, a pretexto de la seguridad, se justifica una serie de prácticas que erosionan la democracia, sus valores y la propia condición de protección que le otorga su sentido. En ese sentido, la participación de las Fuerzas Armadas, desde la perspectiva de la seguridad nacional para enfrentar el narcotráfico y la canalización de una gran cantidad de recursos económicos y tecnológicos hacia la Policía Nacional en el contexto del Plan Colombia, ha producido un proceso de segurización de las relaciones humanas en la frontera norte de Ecuador.

Recientemente, las FFAA elaboraron el “Libro Blanco” de la Defensa Nacional para acoplarse a las condiciones imperantes, pero no se debe olvidar que lo viejo pervive en lo nuevo y los procesos de cambio no se realizan exclusivamente en los dominios de la voluntad. Por consiguiente, la nueva Política de Defensa sigue preñada de contenidos importados de las interpretaciones tradicionales sobre seguridad. Claros ejemplos de esto son las definiciones de seguridad y defensa utilizadas, así como las falsas diferencias conceptuales que se establecen entre narcotráfico, crimen organizado y terrorismo en el discurso de las FFAA ecuatorianas. No hace falta un análisis muy exhaustivo para identificar que su antecedente inmediato es la teoría de la narcogüe-

rilla, un enfoque popularizado a principios de los ochenta en Estados Unidos, replicado en los noventa por las agencias antinarcóticos estadounidenses y encapsulado en la retórica antiterrorista a partir del 11 de Septiembre (en “La estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos de América”).¹⁰

Existe un problema adicional referido al campo de la administración de justicia y las entidades relacionadas con el fenómeno, ya que el embrollo institucional es tan grande que la solución se traduce en más segurización y desconfianza sobre la actuación de las instituciones y los valores democráticos. En este contexto surge la interrogante de si el sistema democrático en Ecuador y la clase política en particular poseen la capacidad para establecer mecanismos adecuados de gestión, rendición de cuentas y transparencia sobre sus entidades, mucho más sobre las que tienen la responsabilidad constitucional de generar y promover el orden y la paz pública.

Es curioso, pero el argumento más común entre la clase política sobre la rendición de cuentas relacionadas con el combate al narcotráfico está referido a los informes financieros. No se habla en ningún momento de rendición de cuentas políticas, sus implicaciones para la población, o menos aún, de veedurías u observatorios del fenómeno del narcotráfico.

En este escenario vuelve a aparecer la figura de la segurización, ya que muchas agencias de interdicción, represión y monitoreo, amparadas en una interpretación equívoca de la seguridad nacional, tienen procedimientos especiales de fiscalización y control, por lo que en muchos casos las investigaciones son secretas, opacando de esta manera los canales de comunicación y rendición de cuentas que debe existir entre el poder político y la ciudadanía.

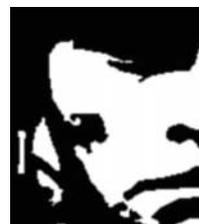
Además de estas restricciones y fragilidades, las instituciones democráticas ecuatorianas son afectadas por acciones políticas externas a sus procesos. La guerra contra el narcotráfico es un buen ejemplo de esto. Revisan-

do la legislación antinarcóticos ecuatoriana y la estructura institucional en este campo, se notó que la figura de la rendición de cuentas es ambigua o inexistente¹¹. De ahí que los mecanismos de control intragubernamentales sean difusos y las instancias de representación política que deberían fiscalizar estas institu-

ciones, como el Congreso Nacional, desconozcan en buena medida el trabajo de las agencias antinarcóticos que operan en el país. El caso más evidente está relacionado con las funciones del CONSEP, ya que al ser la entidad responsable del combate a la droga en Ecuador, su obligación de rendir cuentas se canaliza a su presupuesto; sin embargo, ¿qué pasa con los paquetes de ayuda externa militar, no militar y de desarrollo asignados por el INL al Ecuador? De hecho, el CONSEP sólo está considerado en la asistencia norteamericana en la categoría de política antinarcóticos del Departamento de Estado, entonces, ¿qué pasa con la fiscalización del resto de recursos económicos y técnicos que reciben las agencias antinarcóticos ecuatorianas, sobre todo las de seguridad?

Estas pocas preguntas son la confirmación de la debilidad institucional que el país presenta en el control de las políticas externas en materia de seguridad relacionadas con el

Los efectos más perversos de la lucha antinarcóticos y del Plan Colombia se expresan en los cambios en la estructura de relaciones del tejido social en Ecuador, puesto que los "daños colaterales" se manifiestan después, cuando no hay nada que hacer frente a los efectos del proceso de segurización.



10 Ver Ministerio de Defensa Nacional (2002), US Department of State (2002), Youngers (2002).

11 Ver CONSEP, “Estrategia Nacional Contra las Drogas”, en www.consep.gov.ec, y la Evaluación del Progreso del Control de Drogas del CICAD.



Gonzalo Vargas

combate al narcotráfico. Es por ello que la continuidad de este tipo de situaciones vulneran no sólo el reconocimiento y legitimidad de las instituciones encargadas de las acciones sobre este problema, sino que vuelven inoperantes al conjunto de valores que se supone constituyen el “deber ser” de todo régimen democrático.

Conclusiones

En los últimos años Ecuador ha incrementado su participación en la estrategia de seguridad regional impulsada por los EEUU. La presencia de elementos estadounidenses en la Base Militar de Manta, las reorientaciones en la operatividad de esta Base (para reforzar las acciones policiales y castrenses en la frontera norte), la dotación de equipo técnico y recursos financieros a ciertas dependencias de la Policía Nacional (con una lógica anclada en la

represión e interdicción que prácticamente militariza a segmentos de esta entidad), las medidas de control efectuadas sobre la población que han repercutido en la esfera económica y política, los efectos ecológicos y de salubridad originados por las fumigaciones, destinadas a reducir los cultivos de hoja de coca en territorio colombiano, y las repercusiones que tiene el proceso de securización sobre el sistema de derechos humanos, constituyen una parte importante de las implicaciones que ha debido afrontar el país por su involucramiento en el Plan Colombia.

Este involucramiento deber ser visto en un contexto marcado por la debilidad y fragilidad del Estado y de varias de las instituciones relacionadas con el combate al narcotráfico. Hasta la actualidad, no se han diseñado un conjunto de medidas y procedimientos estatales que sean capaces de coordinar las distintas actividades que ejecutan las agencias de seguridad ecuatorianas. El tema del narcotráfico, vinculado a la interpretación que se realiza de la seguridad nacional, está promoviendo una serie de déficits democráticos e ingobernabilidad, expresados en la falta de control de las entidades gubernamentales y la escasa rendición de cuentas que debe hacerse ante la ciudadanía.

Por su parte, la sociedad civil tampoco ha promovido la creación de espacios de exigibilidad más allá de la creación de observatorios de vulnerabilidad de derechos humanos en zonas de frontera que, si bien son necesarios, no se canalizan -por ejemplo- hacia la fiscalización de los recursos enviados desde las agencias antinarcóticos estadounidenses a Ecuador. El campo de la lucha antinarcóticos en el país, al estar securizado y restringido en términos de uso de la información, limita las dinámicas participativas de las organizaciones civiles en torno al monitoreo y evaluación de la lucha contra las drogas.

En referencia a los espacios de representación política de la democracia ecuatoriana, tampoco se han construido dispositivos específicos de fiscalización del desempeño institucional de las agencias de seguridad del país en

materia de narcotráfico. El Congreso Nacional no ve por el momento este problema como un tema de debate político y las pocas discusiones al respecto han estado relacionadas con escándalos de corrupción de funcionarios estatales de alto rango. Esta situación se produce porque todavía no existe en el seno del Congreso un bloque de oposición política que tenga el objetivo de fiscalizar a la diversidad de entidades encargadas de los asuntos de seguridad nacional.

En el plano militar y policial existen interpretaciones diferentes sobre algunos componentes del combate al narcotráfico. De parte de las FFAA, y a pesar de las declaraciones del poder ejecutivo, se cuestiona mucho las presiones estadounidenses para establecer una política de interdicción que se contraponga a los principios de soberanía nacional a más del reiterado pedido por acceder a recursos que facilitarían sus tareas de seguridad. Este último aspecto ha originado recelos interinstitucionales, ya que la Policía está recibiendo un mayor apoyo técnico y financiero para realizar labores bajo lógicas tendentes a su fortalecimiento y militarización; de ahí que los escenarios abiertos por la estrategia de seguridad regional y el Plan Colombia genere una suerte de competencia de las entidades para obtener recursos externos rápidos.

Otra de las principales esferas públicas afectadas institucionalmente es la jurídica. La activación de ciertos mecanismos de interdicción genera efectos contraproducentes en las distintas instancias que componen la administración de justicia, especialmente en el incremento de personas detenidas sin sentencia que permanecen en los centros de reclusión. Por otro lado, existe una gran disparidad entre el número de capturas e investigaciones realizadas por la policía y la cantidad de instrucciones fiscales, llamamientos a juicio y sentencias, lo que evidencia la fragilidad institucional de las entidades encargadas del control del problema del narcotráfico. Adicionalmente, la falta de transparencia, la existencia de corrupción en el sistema judicial y policial y lo intrincado de los procedimientos de las

entidades encargadas del control del fenómeno del narcotráfico, constituyen factores que contribuyen a crear una imagen de ilegitimidad e impunidad que vulnera el sistema de derechos humanos de la población ecuatoriana. En consecuencia, los efectos más perversos de la lucha antinarcóticos y el Plan Colombia no se expresan exclusivamente en los registros cuantitativos de los instrumentos de análisis social, sino en las modificaciones que estas estrategias producen en la estructura de relaciones del tejido social en Ecuador, puesto que los “daños colaterales” se manifiestan después, cuando no hay nada que hacer frente a los efectos del proceso de securización.

En el plano internacional, la política ecuatoriana sobre el narcotráfico está permeada actualmente por dos componentes específicos provenientes de lo que ahora se denomina el eje Washington-Bogotá. El primero se refiere a la presión existente para aumentar los niveles de interdicción marítima y lograr la aplicación extra territorial de la legislación estadounidense. El segundo está asociado al incremento de la participación ecuatoriana en el discurso antiterrorista dirigido hacia los grupos armados colombianos. Así, la consolidación de cualquier sistema de seguridad interestatal entre Estados Unidos y Ecuador necesariamente estará atravesada por la dinámica que adquiera el conflicto colombiano.

Finalmente, teniendo en cuenta todas estas problemáticas, uno de los retos del actual presidente es lograr el cumplimiento de los ofrecimientos de campaña electoral que estuvo basada en un discurso que prometía no alinearse con la estrategia de seguridad estadounidense, elevar los niveles de seguridad ciudadana amparada en el respeto a los derechos humanos, promover la transparencia de la gestión pública, profundizar el combate a la corrupción y establecer una redistribución equitativa de la riqueza. Todos estos ofrecimientos, por el momento, están puestos en duda por lo contradictorio de las acciones presidenciales y sus instancias gubernamentales.

Bibliografía

- Bonilla, Adrián, 1991, "Ecuador: actor internacional en la guerra de las drogas" en Bagley, Bruce, Bonilla, Adrián y Páez Alexei, editores, *La economía política del narcotráfico. El caso ecuatoriano*, FLACSO- Ecuador y North – South Center, University of Miami, Quito.
- , 1993, *Las sorprendentes virtudes de lo perverso. Ecuador y narcotráfico en los 90*, FLACSO-Ecuador, Quito.
- , 2000, "Difíciles afectos: multilateralismo e interdependencia en la región andina", en Francisco Rojas, editor, *Multilateralismo: perspectivas latinoamericanas*, Flacso, Nueva Sociedad, Caracas.
- , 2002, "Alcances de la autonomía y la hegemonía en la política exterior ecuatoriana", en Bonilla A., editor, *Orfeo en el infierno. Una agenda de política exterior ecuatoriana*, Flacso-Ecuador, Quito.
- Bagley, Bruce, 1991, "La política exterior estadounidense y la guerra de las drogas" en Bagley B., Bonilla, A. y Páez A., editores, *La economía política del narcotráfico. El caso ecuatoriano*, FLACSO-Ecuador y North – South Center, University of Miami, Quito.
- Barreiro, Catalina, 2002, "La agenda de política exterior Ecuador-Estados Unidos", en Bonilla A., editor, *Orfeo en el infierno. Una agenda de política exterior ecuatoriana*, Flacso-Ecuador, Quito.
- Bustamante, Fernando, 1999, "La FFAA ecuatorianas y la coyuntura político social de fin de siglo", en Rut Diamint, comp., *Control civil y fuerzas armadas en las nuevas democracias latinoamericanas*, GEL, Buenos Aires.
- Bureau for International and Law Enforcement Affairs, 2002-2003, "International Narcotics Control Strategy, Report 2001", Mimeo.
- CICAD, 1999-2002, "Evaluación del progreso de control de drogas. Mecanismo de Evaluación Multilateral", Comisión Interamericana para el control del abuso de drogas (CICAD), OEA, Washington.
- Cuesta, Salomón, 1998, *Putumayo, la frontera de las fronteras*, Fundación de Investigaciones Andino Amazónicas (FIAAM), Abya-Yala, Quito.
- Department of State USA, 2002, "The National Security Strategy of the United States of America", en *INL Program and Policy Guide*, Bureau for International Narcotics and Law Enforcement Affairs, Washington.
- Falconí, Fander y Hugo Jácome, 2002, "La invitada indiscreta de la dolarización: la competitividad" en Revista *Sociedad y Economía* N° 3, Universidad del Valle, Cali.
- FLACSO-Ecuador, 2003, "Perfiles y percepciones del refugio colombiano en Ecuador", Documento de investigación N° 1 (Salomón Cuesta y Fredy Rivera), FLACSO, Quito, 2003.
- García, Bertha, 1999, "Qué esperamos hoy de las Fuerzas Armadas Ecuatorianas", en *Aportes Para la Paz* N° 9, Servicio de Paz y Justicia del Ecuador, Quito.
- INEC, 2001, "VI Censo de población y V de Vivienda", INEC, Quito.
- Insulza, José Miguel, 1991, "Estados Unidos y América Latina en los noventa", en *Pensamiento Latinoamericano* N° 19, Madrid.
- Isacson, Adam, 2001, *La Asistencia Estadounidense a la Seguridad en los Países de la Región Andina*, Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de los Andes, Bogotá.
- Ministerio de Defensa Nacional, 2002, *Política de la Defensa Nacional del Ecuador*, MDN, Quito.
- Ministerio de Relaciones Exteriores, 2004, "Relación de personas que han solicitado refugio al Gobierno del Ecuador", Oficina de Refugiados, Quito, marzo.
- Misión de Verificación, 2002, "Informe sobre impactos en Ecuador de las fumigaciones realizadas en el Putumayo dentro del Plan Colombia", Quito.
- Pizarro, Eduardo, 2002, *¿Guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua?*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Rivera, Fredy, 1991, "Campesinado y Narcotráfico", en Revista *Ecuador Debate* N° 22, Quito, CAAP.
- , 2001, "Democracia minimalista y fantasmas castrenses en el Ecuador contemporáneo", en Martín Tanaka, editor, *Las Fuerzas Armadas en la Región Andina. ¿No deliberantes o actores políticos?*, Comisión Andina de Juristas CAJ- Embajada de Finlandia, Lima.
- Tokatlian, Juan Gabriel, 2001, "Colombia, el Plan Colombia y la Región Andina. ¿Imposición o Concertación?", en Revista *Nueva Sociedad* N° 173, Caracas.
- Vargas, José, 1990, "Las Relaciones Estados Unidos – Región Andina y el impacto socio político de las drogas ilícitas" en *Las plagas de América: narcotráfico y deuda externa*, Grupo de trabajo sobre deuda externa y desarrollo, Quito.
- Youngers Coletta, 1998, "Waging war: Us policy toward Colombia", Paper presentado en el Encuentro de LASA, Chicago.
- , 2001, "Collateral Damage: US Drug Control Efforts in the Andes" Paper presentado en el Encuentro de LASA, Wola.

Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura

Eduardo Kingman Garcés¹

Las intervenciones en los centros históricos constituyen un modelo exitoso. A diferencia de otras acciones estatales, éstas se producen de modo rápido y eficaz, actuando tanto sobre los espacios como sobre la economía, la cotidianidad y los imaginarios.

Quien visite Lima, Bogotá, Guayaquil o Quito tendrá la sensación de atravesar por escenarios en construcción. Por ejemplo, muchas calles de Quito fueron arregladas de manera presurosa para dar paso a las reinas de belleza, convertidas en nuestra carta de presentación frente al mundo de la globalización, concebido como espectáculo; pero algo semejante también ha pasado en Guayaquil, Lima o Bogotá en circunstancias parecidas. El modelo es el de avanzar a partir de hitos “rehabilitados” o “recuperados” (verdaderas avanzadas de conquista) en base a los cuales se va produciendo la renovación urbana. A veces se trata de montajes publicitarios o modificaciones en las fachadas, como es el caso del malecón y el cerro Santa Ana en Guayaquil, pero capaces de provocar cambios en los sistemas de representación, que a su vez conducen a modificaciones en las relaciones cotidianas y en el uso y el valor del suelo. Por lo general se trata de procesos paralelos relaciona-

Kingman, Eduardo, 2004, “Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp.26-34.

dos con la modernización o con el deslumbramiento que produce la modernización.

El patrimonio, concebido en términos espaciales antes que sociales, ha pasado a constituirse en signo identitario a la vez que en escaparate o postal destinado al mercado internacional de “oportunidades”. Si hasta hace no poco tiempo los cascos antiguos eran percibidos como áreas abandonadas a su suerte, turgurizadas y peligrosas, hoy se presentan como espacios controlados, limpios, ordenados. Se habla de devolver al público los espacios que habían sido privatizados por el comercio informal o las manifestaciones y protestas públicas (ver al respecto el plan de rehabilitación del centro histórico de Lima) pero existe además un interés no siempre explícito por incrementar la rentabilidad de las zonas céntricas y beneficiarse por la especulación urbana y las potencialidades del turismo. Las noticias sobre Lima que aparecen en el diario *El Comercio* están clasificadas de acuerdo a dos tipos de imágenes, la de la Lima peligrosa, en ruinas, que espera ser rehabilitada tanto espacial como socialmente, y las de la nueva Lima, moderna, pujante.

Se trata de un proceso de renovación que conlleva una aparente paradoja: está relacionado con el pasado y con la administración del pasado pero sus parámetros se definen desde la dinámica económica y el cálculo económico, así como desde una noción de orden urbano: lo que está en juego es algo más que una mera nostalgia pasadista.

El problema de los centros históricos se ha convertido, además, en asunto de los exper-

1 Profesor-investigador de Flacso-Ecuador.

tos. Estos no sólo han definido las políticas de intervención sino que han orientado las campañas publicitarias y las acciones dirigidas a crear una “cultura del patrimonio”. Los cambios en las políticas del patrimonio generados a partir de las instancias municipales y de los organismos internacionales involucrados con el tema han sido importantes. Sin embargo, hay un aspecto que generalmente se pasa por alto y es que el punto de partida anterior a cualquier discusión sobre políticas sería saber desde dónde y cómo se generan esas políticas. Si asumimos el sentido originario de lo que constituye el ámbito de lo político, lo lógico es preguntar sobre la forma en la que se definen las políticas. O si se quiere: el juego de intereses que está detrás de cada política (aunque se presente como acción desinteresada, en este caso relacionada con el patrimonio y la cultura, y por tanto como no política). No constituye algo sencillo ya que es justamente esta relación con lo político lo que generalmente se les escapa a las instituciones y personas encargadas de elaborar políticas. La acción de los expertos se presenta como eminentemente técnica y por tanto como políticamente neutra: define políticas pero aparece como no contaminada por lo político.

Existe incluso una cuestión previa y es la relacionada con las condiciones de posibilidad de la discusión misma. Sería interesante saber de qué modo se definen las preocupaciones en ese campo y en función de qué necesidades prácticas. Habría que examinar además qué es lo que convierte a los que intervienen en discusiones como esta en locutores legítimos, y qué actores son colocados fuera de ello. Preguntarse, por último, acerca de los mecanismos a partir de los cuales se define una opinión “autorizada” sobre cultura, centros históricos, patrimonio, y qué relación existe entre los problemas así planteados y otros espacios, como los de los medios y su publicidad a partir de los cuales se dirige la llamada “opinión pública”, así como con actividades menos nobles como las relacionadas con el financiamiento y el negocio del patrimonio y con su “policía”.

Todo esto lo planteo en tono de provocación, asumiendo lo político como proyecto que se define de modo público, y que tiene que ver con lo que es bueno y justo para la *polis* (Arendt 1998). Pero hay algo más que me hace particularmente sensible a esta temática y es que desde hace algún tiempo estoy intentando registrar la historia del gremio de albañiles de Quito, estoy investigando a partir de historias de vida de viejos albañiles cuyo trabajo se desarrolló en gran parte en el casco histórico de la ciudad, lo que les hace herederos de una serie de saberes relacionados con antiguas técnicas de construcción y conservación, pero también de otra de las memorias posibles de la ciudad. Una de las cosas que más ha preocupado al gremio es constituirse en interlocutores legítimos en el campo del patrimonio: sus representantes históricos (me refiero a dos de ellos, Nicolás Pichucho y Segundo Jacho) están empeñados en transmitir a la ciudad sus saberes con el fin de que no se pierdan (“nadie sabe qué hacer con las viejas casas, cómo cuidarlas, cómo preservarlas”), asisten como oyentes a seminarios y foros, asumen la defensa del patrimonio y emiten opiniones desde el público asistente. Históricamente han participado en la construcción del centro conjuntamente con los arquitectos, sin embargo se quejan de que su opinión no es escuchada, no constituye una opinión autorizada.

Archivo Histórico. Banco Central del Ecuador



Quito, Plaza del Teatro, hacia 1895.



Aparentemente se está dando un peso a la cultura e incluso a la diversidad cultural y al multiculturalismo. En realidad se trata de un proceso de empobrecimiento cultural del que no somos del todo conscientes. La cultura, e incluso en plural, las culturas, se han convertido en sinónimo de espectáculo.

Con lo que digo no estoy asumiendo una posición demagógica, sino planteando un problema que no siempre ha sido tomado en cuenta: el de que aún cuando el patrimonio se presenta como algo que pertenece a todos y por tanto constituye (o debería constituir) un campo de preocupación ciudadana, en la discusión y definición de políticas de patrimonio no todos tienen la posibilidad de participar. Nicolás Pichucho conoce con detalle el centro histórico de Quito. Se duele por cada casa deteriorada. Cuestiona cada intervención en términos culturales y técnicos. Es, a su manera, un experto. Sin embargo, su opinión no tiene importancia, o a lo mucho es escuchada a modo de curiosidad o de folklore. Su punto de partida es sencillo: si fueron albañiles los que participaron en la construcción del centro, son ahora ellos los que han de dolerse por su destrucción. En sus recorridos por las zonas históricas los miembros del gremio diseñan propuestas que parten de su propio mundo de vida, emiten opiniones que generalmente no tienen canales para ser escuchadas. Muestran preocupación por el patrimonio y por la problemática social vinculada con el patrimonio, pero en el contexto de una sociedad social y culturalmente excluyente, sus opiniones no están legitimadas. Aunque la problemática del patrimonio pertenece a todos, la definición de sus políticas se ha convertido cada vez más en una cuestión privada de los expertos. Y esto que digo no vale solo para los albañiles sino para otros sectores relacionados con los centros históricos que son múltiples y variados, de modo que no pueden ser colocados bajo un único denominador, incluido el de ciudadanos.

Lo que intento, en definitiva, es llamar la atención sobre las condiciones a partir de las cuales se legitima un tipo de opiniones y se

desautoriza otras, o si se quiere (siguiendo a Bourdieu) las formas cómo se constituye una autoridad legitimada y legitimante en el campo del patrimonio. Una discusión como ésta puede ser fructífera ya que habla de la posibilidad de comenzar a acoger el pensamiento que se genera desde el margen, acercándose al punto de vista de la gente.

De las juntas de embellecimiento urbano a las políticas poblacionales

La cuestión del patrimonio no es nueva, pero ha tomado peso y significación en los últimos años, cambiando en buena medida su sentido. Pensemos, por ejemplo, en las juntas de embellecimiento urbano que funcionaron en algunas ciudades hasta las primeras décadas del siglo XX y fueron convertidas más tarde en institutos de patrimonio. Su preocupación era la recuperación de ciertos hitos o monumentos representativos de lo hispano, lo criollo, lo patricio, en momentos en los que las ciudades habían comenzado a expandirse y modernizarse y en los que las mismas elites habían abandonado los cascos antiguos, dando paso a su tugurización. Fueron momentos de modernidad incipiente en los que el patrimonio fue concebido como nostalgia o como pérdida, así como preocupación por el deterioro de ciertos monumentos civiles y religiosos con significado simbólico.

No es que en esa época faltasen instituciones preocupadas por la población: por su higienización o por desarrollar acciones dirigidas a protegerla (persecución de vagos y viciosos, encierro de huérfanos, ancianos y locos, limpieza racial del centro), pero se trataba de acciones asiladas, a más de que se daba una separación entre este tipo de acciones y las que tenían que

ver con el cuidado y ornato de la ciudad, con el embellecimiento de determinados hitos simbólicos y la restauración de edificaciones. O si se quiere, existía una separación entre la cultura ciudadana, concebida como patrimonio y alta cultura, y las acciones directamente relacionadas con la administración de las poblaciones, su policía e higiene. Tampoco la planificación urbana, tal como se desarrolló a mediados del siglo XX, se ocupó directamente de las poblaciones; más bien, ésta fue concebida en términos exclusivamente espaciales, como ordenación del territorio que se había expandido más allá de los antiguos cascos históricos.

Ahora se ha generado una preocupación de signo distinto por los centros históricos que incluye no sólo a las edificaciones sino a los habitantes. Se trata de dispositivos técnicos dirigidos a monitorear las condiciones sociales de la gente: acciones que provienen de las instituciones y empresas encargadas de la administración del centro. Antes de cada intervención se elaboran estadísticas, encuestas, se realizan mapeos de los usos sociales y culturales de los espacios, que permiten clasificarlos de acuerdo a la calidad de los servicios, criterios de seguridad, salubridad o posibilidades de rentabilidad. Se desarrollan campañas dirigidas al control del centro² así como a generar una cultura del patrimonio (concebida como equivalente de cultura ciudadana), se diseñan planes de sostenibilidad social y de reactivación cultural, se asumen acciones contra sectores considerados peligrosos como las trabajadoras sexuales, los mendigos, los vendedores ambulantes, los vigilantes de autos, charlatanes y artistas populares. Me parece que hoy existe una relación mucho más directa entre patrimonio y seguridad, entre patrimonio y biopolítica.

Las acciones culturales son concebidas como acciones públicas orientadas a racionalizar los usos culturales de la gente, a ordenarlos y

“potenciarlos”. Buena parte de esos programas están dirigidos a desarrollar lo que se ha dado en llamar una “cultura” y unos “comportamientos ciudadanos”. ¿Pero quién define lo que es un comportamiento ciudadano? Tanto en Quito como en Bogotá y Lima esa labor ha sido encomendada en buena medida a la policía (en una noticia del diario *El Comercio* de Quito de abril del 2003 se habla de “acompañamiento” policial de los vendedores; en otra de la misma época de “espacios legales para la comida popular”, diferenciándolos de los ilegales). Se trata de intervenciones sobre la esfera pública pero también de un tipo de acciones que tiene que ver con los comportamientos de las gentes, con sus sentidos del gusto y que de un modo u otro se inscriben en los cuerpos (en el malecón guayaquileño, por ejemplo, se ha prohibido besarse o usar determinadas prendas; se condiciona a escuchar música “ambiental”, percibida como culta, en oposición a la música no culta, popular o juvenil).

¿Cómo es posible esto en circunstancias en las que, por el contrario, existe una tendencia generalizada al abandono de todo sentido público? Este tipo de acciones parten del supuesto ideal de que el centro constituye un espacio privilegiado por su significado simbólico, en el que es posible reconstituir lo público. Se parte de la idea de que la ciudad es un organismo que tiene un centro o eje a partir del cual puede reorientarse. En el fondo se trata de la ilusión tecnocrática de que la ciudad puede ser ordenada, de que se puede imprimir en ella una racionalidad que abarque todos los campos, incluido el de la cultura, que se pueda imprimir una cultura de la racionalidad (una cultura aparentemente moderna pero que sigue siendo heredera de la idea de alta cultura) a partir de un núcleo central organizado. Se trata de planes de organización social y cultural del centro, en condiciones en las que las ciudades se han hecho caóticas, desordenadas, inmanejables y en las que la noción de cultura como esencia ya no tiene sentido. Se podría argüir que se trata de acciones experimentales y que estas se han visto favore-

2 En una declaración reciente (Diario *El Universo*, 30 de julio de 2004) la administradora zonal del centro histórico de Quito declaraba que la Policía Metropolitana controla a los ambulantes, pero “es difícil contabilizarlos y evitar su presencia en las vías”.



Archivo Histórico Banco Central del Ecuador
Mercado en la Plaza de San Francisco, hacia 1890.

cidas por las inversiones que se realizan en determinadas zonas de los cascos antiguos. ¿Pero qué se experimenta, cómo y con qué finalidad?

Valdría la pena hacer un seguimiento de las distintas propuestas económicas, sociales y culturales hechas para los centros históricos y asumirlas de una manera crítica e integral. Metodológicamente tendríamos que relacionar esas propuestas con las acciones que se producen en otras esferas, como por ejemplo al interior de los medios y de la cultura de masas (que fabrican constantemente imágenes del centro, reinventando sus significados y orientando la opinión de la gente como antecedente de las intervenciones), las políticas de inversiones públicas y privadas (dirigidas a imponer criterios de rentabilidad y a cambiar los usos del suelo), las relaciones entre patrimonio y turismo y el interés puesto por el negocio turístico internacional en la construcción de parques temáticos, o todas esas acciones relacionadas con lo que en tono igualmente provocador me atrevo a llamar “policía del patrimonio” (desalojos, reubicaciones, vigilancia y limpieza social y étnica de las áreas históricas). Me da la impresión de que todas esas prácticas institucionales, aparentemente ajenas a lo que se concibe como el ámbito de la cul-

tura, están cambiando, de modo imperceptible, el sentido y el significado de los centros históricos³.

La cultura del patrimonio y la administración de las poblaciones

¿Cuál es la relación entre cultura y patrimonio? Se trata de una relación histórica. Por un lado asistimos a un proceso de legitimación de un sentido patrimonial de la cultura, por otro, a un discurso y una práctica orientada a incorporar otras formas culturales bajo un discurso aparentemente democrático de la diversidad. Lo primero se orienta a poner en funcionamiento los mecanismos de distinción entre alta y baja cultura a partir de la diferenciación de ciertos espacios y públicos considerados cultos (lo que incluye tanto teatros y salas de conciertos como restaurantes, discotecas y cafés de carácter exclusivo y excluyente) de los no cultos o masivos, así como a la generación de espacios controlados, civilizados y civilizatorios. Lo segundo está relacionado con la conversión de las manifestaciones populares en mercancía o espectáculo, fuera de cualquier proceso de participación de la propia gente que no sea la de meros espectadores. En el contexto de las nuevas formas de gobierno de las poblaciones planteadas por las agendas globales, esto puede tomar la forma de “festivales de la diversidad” (representaciones teatrales de mitos indígenas, artesanía estilizada, ballets folklóricos).

3 Insisto en que se trata de ensayos de intervención que se realizan en determinadas áreas y que intentan lograr un control de la delincuencia pero también de los pobres. Parte de esto tiene que ver con las acciones orientadas a sacar a los mendigos y a las trabajadoras sexuales del centro o, incluso, como en el caso del Brasil, la eliminación de gaminés. No digo con esto que en todas las ciudades sucedan las cosas del mismo modo. Hay modelos represivos como el de Lima y Guayaquil y otros que intentan generar un “consenso ciudadano” como el de Quito, pero en todos ellos el patrimonio está relacionado con formas de administración y control de las poblaciones. Se trata, además, de acciones sobre las que no se discute, que están predefinidas por los expertos.

Se podría hablar de una banalización e institucionalización de la diferencia, que esconde nuevas formas de racismo.

Al conversar con los viejos albañiles de Quito puedo reconstruir la imagen del centro como espacio de religiosidad y fiesta barroca de la que el gremio de albañiles, al igual que otras agrupaciones como las de los carpinteros, las vivanderas, los sastres, los carpinteros, era partícipe (“participábamos en todas las fiestas con nuestros estandartes, músicos, danzantes”). Yo mismo conservo la imagen de lugares como la avenida 24 de Mayo, en la que se desarrollaba un fuerte intercambio social y cultural y que luego fue convertida -gracias a las políticas de expulsión indiscriminada de las actividades populares- en espacio delincuencia. ¿En qué medida se podría hablar de que nuestras ciudades han vivido largos procesos de expropiación cultural o de pérdida de sentidos? A partir de la investigación histórica se ha logrado recuperar esa memoria. No se trata, sin embargo, de algo lejano en el tiempo. En las afueras de la Iglesia de San Francisco de Quito se organizaba hasta hace poco todo un mundo público relacionado con una rica imaginaria popular, pero hoy ese mundo ha sido reducido a los antiguos baños de la iglesia, y convertido de alguna manera en un sub-mundo. La propia imaginaria ha sido afectada por esas circunstancias, así como el espacio cultural (procesiones, altares, creencias, imaginarios) relacionado con la producción y circulación de imágenes. En otros casos lo que se ha dado es lo que Gabriel Salazar llama un “encarcelamiento” de lo popular: las ferias, los mercados, los parques. Las propias zonas históricas son concebidas como zonas seguras en oposición a las inseguras (el resto de la ciudad) pero sólo logran sostenerse a partir de prácticas de vigilancia y de separación social.

¿Hay un problema de sensibilidad de nuestros expertos con respecto a estos temas o se trata de algo que responde a una tendencia internacional, propia de la sociedad del espectáculo consistente en hacer del patrimonio y de la cultura mercancías? ¿Es posible que estemos asistiendo a un intento de

institucionalización y formalización cultural, y con ello a un desgaste de sus contenidos? Se trataría de la imposición de una mirada, incluso si se presenta como “mirada abierta al otro” o como “acción al servicio del otro”, dirigida a mejorarlo o a potenciarlo. Esa mirada intenta ser organizada desde un nuevo modelo civilizatorio, propio de la sociedad del espectáculo, sin que los agentes tengan la posibilidad de participar ni siquiera en la construcción negociada de sus propias imágenes. Aparentemente se está dando un peso a la cultura e incluso a la diversidad cultural y al multiculturalismo. En realidad se trata de un proceso de empobrecimiento cultural del que no somos del todo conscientes, y que tiende a confundirse con una supuesta construcción de democracia y ciudadanía. La cultura, e incluso en plural, las culturas, se han convertido en sinónimo de espectáculo, desprovisto de cuestionamientos y de contenidos. Los antropólogos catalanes hablan de ciudades-empresas y de la producción de marcas, la marca-Barcelona, pero también podríamos hablar de la marca-Bogotá, la marca-Guayaquil, la marca-Quito.

Al comentar una exhibición de objetos “tribales” en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, James Clifford cuestiona el gusto de la sociedad moderna por apropiarse o por rescatar la alteridad, por organizar las artes no occidentales a su propia imagen, así como la tendencia a descontextualizar esa producción, a descubrir en ellas capacidades “humanas” universales y ahistóricas, a neutralizar sus propios valores (Clifford 1995: 223). Algo semejante se podría decir con respecto a los centros históricos. En este caso específico estoy llamando a discutir las prácticas de promoción o de “revitalización” de lo popular, lo negro, lo indígena, mediante la puesta en escena de un folklore caricaturesco (o de un “foro de las culturas”, algo que ha sido cuestionado en el caso de Barcelona) en condiciones en las que sus formas vivas (sus expresiones culturales cotidianas) son expulsadas (o tienden a ser expulsadas, ya que se trata de una política a mediano plazo) de los espacios públicos.

Por un lado están los procesos fallidos de conversión de los centros históricos en espacios museográficos, escenarios vaciados de contenido vital, como ha mostrado Paulo Ormino de Azevedo para el caso de Salvador Bahia⁴. Por otro lado están las prácticas de domesticación de lo popular, del carnaval, de lo sagrado, la organización de ritos sin eficacia ritual, símbolos sin eficacia simbólica (Delgado 2001:64), socavando de ese modo su vitalidad, en lugar de dar paso a la revitalización de las culturas (algo que además permitiría que un turismo de mayor calidad se beneficie con ello).

Me parece, sin embargo, que no se trata de algo definitivamente saldado, debido al carácter mismo de nuestra modernidad y posmodernidad y a la capacidad de escape de la población⁵. Con esto no estoy planteando la posibilidad de desarrollar acciones culturales puras, al margen del mercado, el turismo o de la propia cultura de masas, sino en dar paso a las potencialidades creativas de la gente, sin intervenir en la orientación de ellas. Por un lado hay que confiar en la inmensa capacidad de los pueblos para redefinir sus imaginarios y sus prácticas cotidianas, incluso en el contexto del mundo globalizado y de una nueva "policía de la cultura". Además, no existen consumidores pasivos de cultura, sino las diversas "tácticas del consumidor" de las que habla Michel De Certeau. Por otro lado, también el turismo, el comercio, la producción cultural de los medios, se acomodan a las trayectorias locales. Como muestra Arjun Appadurai en relación a la India, el turismo asume los recorridos de los peregrinajes religiosos, de modo que en el campo cultural se trata de una relación de ida y vuelta.

4 Ver su artículo en este dossier de Iconos.

5 Se trata, además, de una orientación que está siendo cuestionada y frente a la cual se han intentado presentar alternativas. Si los museos cumplieron una función en la representación de la cultura de una nación, hoy se han visto obligados a desarrollar estrategias interactivas no formales, de descentramiento de la memoria, y a relacionar la actividad museológica con la producción conciente de significados que tengan que ver con la vida, necesidades y preocupaciones de la población (estoy pensando, por ejemplo, en la necesidad de generar una cultura de respeto a la diferencia).

Patrimonio y políticas de la memoria

El patrimonio es concebido en términos de memoria y de identidad. Pero, ¿quién define la identidad de una ciudad y desde donde? ¿Se puede hablar, acaso, de una memoria legítima y de otras que no lo son? Tomemos como ejemplo el caso de la reinvenición de una tradición patricia en Guayaquil, criolla en Lima o "cultura" en Bogotá y Quito. ¿Al trabajar en la producción de esos tipos de memoria a través de ceremonias públicas, museografía, publicidad, producción historiográfica orientada por publicistas, no se está dejando de lado otras memorias posibles como las de los albañiles, las mujeres, los gremios de artesanos? Al mismo tiempo, ¿no se está atribuyendo a la memoria significados políticos que responden a requerimientos de hegemonía contemporáneos?

"En el ámbito del patrimonio se habla de 'selección que hace la sociedad' (...) Pero, ¿quién es esta sociedad? ¿Quién representa o dirige la representación, quién elige el espejo y determina la más o menos sutil curvatura del cristal, quién piensa y elabora el discurso?, ¿quién efectúa la selección? ¿Quién decide que mostrar en la vitrina?" (Prats, 1997:33)

Asistimos a la construcción de una memoria selectiva y excluyente: a la identificación del patrimonio con unos supuestos orígenes o esencias relacionadas con la "limeñidad", la "quiteñidad" o la "guayaquiniñidad", a una domesticación y cosificación de la memoria. Si es así, el problema no radica tanto en el valor que se de o se deje de dar a una zona, una edificación, una plaza, un acta fundacional, sino en saber de qué modo determinados significados se convierten en hegemónicos; esto supone concebir el patrimonio y la memoria como resultado de construcciones culturales que se desarrollan dentro de determinados campos de fuerzas sociales, étnicos y de género.

Entendemos por "desnaturalización" del patrimonio las acciones dirigidas a develar sus orígenes, desmontar sus supuestos, desinstitucionalizarlo, mostrar lo que está más allá de una arquitectura, establecer la relación entre unos orígenes y un conjunto de intereses y ne-



Asistimos a la construcción de una memoria selectiva y excluyente: a la identificación del patrimonio con unos supuestos orígenes o esencias, a una domesticación y cosificación de la memoria. El problema no radica en el valor que se da a una zona, sino en saber de qué modo determinados significados se convierten en hegemónicos.

cesidades corrientes o -siguiendo a Foucault- poco nobles. Existe, como sabemos, una economía material y simbólica que define lo que importa o no en términos de patrimonio en cada momento, destaca determinados hitos, zonas, monumentos, obras de arte, dejando de lado e incluso desvalorizando otros.

No se trata de un problema puramente técnico (o que pueda reducirse a una diferencia entre escuelas conservacionistas, integracionistas, etc.) sino de una disputa de mayor alcance por los usos sociales y culturales del centro y, por sus significados, anterior incluso a la idea misma de patrimonio. Esa disputa nos remite a finales de la colonia cuando el despotismo ilustrado intentó poner fin al imaginario barroco, tal como se había dado en América, consumando un divorcio entre las devociones indígenas y populares y las prácticas y ceremoniales institucionalmente legitimadas. Se trataba, en términos de Gruzinski (1994), de una verdadera “guerra de las imágenes” cuya problemática se ha prolongado hasta nuestros días.

Con la modernidad temprana, de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, esa disputa por recursos simbólicos estuvo marcada por la idea del progreso, y se expresó en el intento de expulsión de las manifestaciones “no civilizadas” del centro (y de manera particular en las relacionadas con el mundo indígena, negro, oriental y popular), así como en el adentamiento de los espacios .sociales. Como señala Ramón (1999) con relación a Lima, en una sociedad en la que las elites eran herederas de una tradición de privilegio se hacía inadmisibles aceptar la presencia de una “población extraña” como la de los chinos (de la que, paradójicamente, dependía económicamente como fuerza de trabajo). Algo semejante sucedió en el resto de ciudades latinoameri-

canas en las que la urbanización temprana produjo una disputa por los espacios. La calle es, de acuerdo a Sarlo (1996:187), “el lugar, entre todos, donde diferentes grupos realizan sus batallas de ocupación simbólica”. El incremento de la población como resultado de las migraciones y la expansión de las ciudades, en las décadas siguientes, y los choques culturales generados en medio de ello, provocaron el abandono de los cascos históricos por parte de las elites y su tugurización, así como el desarrollo paralelo de criterios conservacionistas. Con la primera modernidad, buena parte de los centros históricos de América Latina fueron abandonados a su suerte, sin que por eso se deje de atribuirles un significado simbólico relacionado con una tradición ibérica.

Se trata de momentos anteriores al actual pero que de un modo u otro marcan lo que sucede actualmente ya que muchos de sus contenidos, relacionados con el retorno a unos supuestos orígenes, han sido resignificados. No puedo detenerme en cada uno de esos momentos; existe una amplia literatura al respecto en América Latina y lo que habría que emprender es una lectura desde el presente⁶.

¿Qué hace que en el contexto de la globalización, la renovación urbana y la modernización, se de tanta importancia al patrimonio? ¿Bajo que condiciones determinados espacios, hechos, monumentos, pasan a ser sacralizados, convertidos en recursos para la reinención de una tradición? ¿Pero qué hemos de entender, además, por tradición en el contexto de la formación de sociedades posnacionales en las que, paradójicamente, el destino de nuestros países y de su gente intenta ser defi-

6 La historia, como la antropología, pueden darnos una serie de pistas y elementos de comparación para entender lo que pasa con los centros históricos.



José D. Lasso

Plaza Grande, Quito, hacia 1920

nido desde estrategias hegemónicas globales?

No se pueden negar los logros de las intervenciones en los centros históricos de Quito, Lima o Bogotá en términos de rehabilitación de determinados espacios. Pero lo que está en discusión es el sentido político y cultural de esas intervenciones. La idea de patrimonio es resultado de una economía simbólica relacionada con “políticas de la memoria” pero depende, además, de estrategias dirigidas a rentabilizar el centro en función de determinados intereses, principalmente relacionados con la industria del turismo y el negocio inmobiliario. Aunque se trata de campos que responden a lógicas distintas, se condicionan mutuamente. Así, muchas veces la llamada defensa del patrimonio (planteada en términos culturales) constituye un recurso empleado para la renovación urbana. Otras veces el discurso sobre la cultura o la identidad se origina en las agendas turísticas internacionales. Por lo general, qué hacer o no hacer en los centros históricos se relaciona estrechamente con las imágenes generadas por los medios y tiene que ver con lo que desde el sentido común institucional es concebido como decente o indecente, culto o inculto, civilizado o no civilizado. Las acciones en los centros históricos se definen en términos de cultura ciudadana (es por eso que son capaces de generar un consenso), pero no son ajenas a estrategias de inversiones en campos como el turismo y el negocio inmobiliario.

No olvidemos, sin embargo, que se desarrolla al mismo tiempo una lucha, muchas veces invisible e invisibilizada, por los usos de los espacios o por el “descentramiento de la tradición y de la memoria”, que responde al desarrollo de identidades distintas a las de la cultura institucional, como es el caso de las mujeres, los pueblos negros e indígenas o de ciertas capas populares urbanas víctimas de la violencia política o social, minorías sexuales, desplazados. Se trata de una disputa sobre bienes escasos: los espacios centrales, las calles, las plazas, el uso de las edificaciones, la posibilidad de conjugar distintas memorias, así como por un sentido democrático e incluyente de lo público. Una disputa que se libra, sobre todo, en términos prácticos y desde el margen y que está relacionada, además, con lo que en términos de Bourdieu podríamos llamar los sentidos sociales del gusto. En este ámbito se viene cuestionando la confusión entre patrimonio y la construcción de campos temáticos así como la necesidad de abordar el tema de la diversidad como superación del racismo y la desigualdad y no como mercancía.

Bibliografía

- Appadurai Arjun, 2001, *La modernidad desbordada*, Trilce, FCE, Buenos Aires
- Arandt Hannah, 1998, *La condición humana*, Paidós, Barcelona.
- Clifford, James, 1995, *Dilemas de la cultura*, Gedisa, Barcelona.
- Debord, Guy, 2003, *La sociedad del espectáculo*, Pre-Textos, Madrid.
- De Certau, Michel, 1996, *La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, México.
- Delgado, Manuel, 2001, *El animal público*, Alfaguara, Barcelona.
- Gruzinski, Serge, 1994, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a “Blade Runner” (1492-2019)*, Fondo de Cultura Económico, México.
- Institut Català d’Antropologia, 2004, *La otra cara del Forum de les Cultures*, Edicions Belaterra, Barcelona.
- Prats, Llorenç, 1997, *Antropología y patrimonio*, Ariel Antropología, Barcelona.
- Ramón, Gabriel, 1999, *La muralla y los callejones, intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*, Pomperú-Sidea, Lima.
- Sarlo, Beatriz, 1996, “Modernidad y mezcla cultural”, en Vázquez, Horacio, director, *Buenos Aires, 1880-1930*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 183-195.
- Diarios consultados: El Comercio de Lima, El Comercio de Quito, El Universo de Guayaquil.

Los centros históricos en la era digital

Fernando Carrión¹

El presente artículo nace del estudio y la reflexión sobre lo que se ha hecho y estudiado en los centros históricos (CHs) más importantes de América Latina. Para el desarrollo de la lógica expositiva se plantean tres preguntas claves en torno a) a lo que está ocurriendo en los CHs, b) a lo que pasaría en ellos si no se hace nada y se deja que las fuerzas sociales operen bajo su propia inercia, y c) a lo que correspondería hacer (las políticas posibles y deseables) para que los CHs puedan seguir existiendo.

¿Qué sucede con los centros históricos en el nuevo patrón de urbanización?

En América Latina el patrón de urbanización ha entrado en un franco proceso de transformación: si en los años 40s la urbanización se dirigió hacia la expansión periférica, en la actualidad lo hace hacia la ciudad existente: se pasa de una tendencia exógena y centrífuga del desarrollo urbano, hacia una endógena y centrípeta. Es una urbanización que transita del tradicional concepto de ciudad frontera a otro de ciudad en red.

Carrión, Fernando, 2004, "Los centros históricos en la era digital", en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp.35-44.

¹ Director de CODEL e investigador de FLACSO (carriolf@yahoo.com).

Con esta vuelta de prioridad a la urbe construida², el centro histórico cobra un peso singular y su naturaleza cambia; se plantean nuevos retos vinculados a las accesibilidades, a las centralidades intraurbanas, a las simbologías existentes y a las relaciones sociales que le dan sustento; se revaloriza la centralidad histórica y se plantea el reto de desarrollar nuevas metodologías, técnicas y conceptos que abren nuevas perspectivas analíticas y mecanismos de intervención que superan los paradigmas monumentales.

Esta transformación sustancial del objeto centro histórico y, de manera correlativa, de las formas de entenderlo y actuar sobre él tienen que ver, al menos, con lo siguiente:

a) Incremento de la pobreza urbana

Un reciente estudio de Arrigada (2000) consignó que el 62% de los pobres habitan en las ciudades. Si esto es así, no sólo que la mayoría de la población urbana es pobre sino que las ciudades en su totalidad también lo son. Esto da lugar a pensar que hemos pasado de las "ciudades de campesinos" -que nos mostrara Roberts (1978)- a las "ciudades de pobres".

Las ciudades de pobres son pobres, porque así como todo lo que toca el Rey Midas lo convierte en oro, la pobreza donde llega todo lo encarece y erosiona. Existen varios estudios que muestran que la pobreza resulta ser más cara que la riqueza. Por ejemplo, el acceso al agua potable por tanque cisterna es más costo-

² Que exige políticas y acciones urbanísticas dentro de las ciudades, es decir, urbanización de la ciudad o reurbanización.



El regreso a la ciudad construida (introspección) tiene como contraparte una cosmopolización e internacionalización de la ciudad. Estaríamos entrando en una fase de introspección cosmopolita: si no hay una política para que los CHs se articulen a ella, el proceso de globalización va a terminar marginándolos o periferizándolos.

so y de menor calidad que por la tubería del sistema formal; el abastecimiento de víveres es de peor calidad y de mayor precio en las comunidades urbanas distantes que en los supermercados; la vivienda, el transporte y el crédito también tienen un comportamiento similar. La pobreza social concentrada en el hábitat tiende a degradarlo y éste hábitat erosionado se convierte en factor adicional de la pobreza; es decir, un círculo sin fin de la pobreza. En ese proceso, los CHs se convierten en el espacio estratégico para el “mundo popular urbano” donde cobra vida el tugurio, el comercio ambulante, la prostitución y la informalidad, como mecanismos o estrategias de sobrevivencia para los sectores populares urbanos.

Los sectores de más bajos ingresos residen -como estrategia de sobrevivencia- en los lugares de renta nula. Esto es donde las condiciones del sitio son más complejas para el desarrollo urbano y donde los servicios no existen o son precarios (periferia); pero también en los lugares centrales de la ciudad gracias al uso intensivo del espacio y al hacinamiento de la población, bajo la modalidad económica del tugurio: *muchos pocos hacen un mucho*. En uno y otro caso deterioran el medio ambiente urbano, natural o construido, y se convierten en causa y efecto de la pobreza.

Asimismo, el comercio callejero tiene sentido en la centralidad porque allí es posible la convergencia de tres condiciones: uso privado del espacio público sin que se paguen los costos reales de la localización; no pago de los tributos al consumo, a las transacciones mercantiles y a las importaciones; y finalmente la existencia de una demanda cautiva.

Esta condición de la pobreza conduce a un ciclo perverso: la inversión realizada en los CHs incrementa las rentas del suelo, las cuales plantean la expulsión de la población de menos recursos económicos o, en su defecto,

el incremento de la densidad de uso de los soportes materiales por la vía de la tugurización. Esto significa que los lugares centrales que tienen un valor patrimonial se deterioran por la falta de políticas públicas y estrategias de desarrollo urbano que superen la pobreza y rompan este ciclo perverso.

En suma, los CHs en América Latina viven una contradicción estructural: la concentración de la *riqueza histórico-cultural* y de la *pobreza socio-económica de la población*. Una definición de este tipo requiere una política que trate la totalidad de contradicción sin privilegiar -como se ha hecho hasta ahora- uno de sus polos (lo cual conduce a una política también contradictoria de preservación -la riqueza- y desarrollo -la pobreza-)³.

b) La transición demográfica

América Latina concentró en 1950 el 41% de la población en ciudades y en 2000 el 78% (HABITAT 1999). La concentración de la población en áreas urbanas tiene su contraparte en la reducción de las tasas de urbanización. Si en 1950 Latinoamérica tenía una tasa promedio de 4.6, para el 2000 se redujo a la mitad, 2.3. La disminución es lógica porque hay menos población residente en el campo y menos decisión para migrar. Si se entiende que la migración es un proceso finito, tenemos que en 1950 había un 60% de la población potencialmente migrante, mientras que en la actualidad se reduce al 20%. Esto significa que en la región se cerró el ciclo de la migración del campo a la ciudad y del crecimiento vertiginoso de las urbes (que

³ Basada en un énfasis a lo físico-espacial y en un mecanismo de regreso al pasado, la concepción monumentalista tiene a la conservación como eje unilateral de su política.

produjo una lógica de urbanización sustentada en la perifерización y la metropolización).

Paralelamente, se abrió un nuevo proceso migratorio, esta vez dirigido hacia el exterior de los países e, incluso, de la región: la migración internacional. Hoy muchos de nuestros países tienen *demográficamente* sus segundas y terceras ciudades fuera de los territorios nacionales e, incluso, continentales⁴. *Económicamente* la región recibe alrededor de 25 mil millones de dólares al año por concepto de remesas⁵. *Políticamente* se vive un proceso de formación de “ciudadanías múltiples”⁶, y *culturalmente* la conformación -como dice Beck (1998)- de “comunidades simbólicas” configuradas en “espacios sociales transnacionales”⁷. En términos *urbanos*, se enlazan Ciudad de México con Los Angeles, La Paz con Buenos Aires, Lima con Santiago, Quito con Murcia, porque el migrante reproduce la cultura del lugar de su origen en el del destino, y

también se establecen lazos interurbanos que hacen repensar el continuo urbano-urbano. ¿Cómo pensar un centro histórico que no sólo está disperso en una ciudad sino que está en otras ciudades y países?

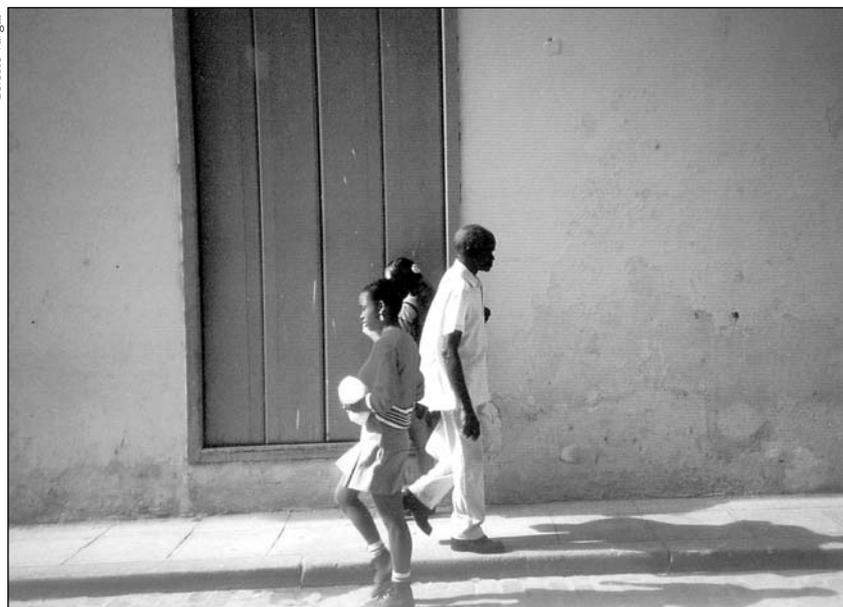
La doble determinación demográfica -reducción de las tasas de migración rural-urbanas e incremento de las migraciones por fuera de los territorios nacionales, en un contexto de globalización de la sociedad- plantea la contradicción entre el regreso a la “ciudad construida” en un contexto de internacionalización (introspección cosmopolita). Esta contradicción es fundamental para los CHs porque revaloriza el peso de la ciudad construida y, dentro de ella, otorga mayor significación a las centralidades urbana e histórica. Pero así como éstas últimas resultan revalorizadas, también entran a competir entre ellas, con lo cual la contradicción entre la centralidad urbana e histórica adquiere una relevancia sin par, porque hay una disputa de las funciones entre los lugares donde históricamente se concentraban y los nuevos espacios donde empiezan a desarrollarse⁸.

c) La globalización y la revolución científico tecnológica

Se vive a escala planetaria un proceso de globalización de la economía, la política y la cultura

- 4 La quinta parte de los mexicanos y la cuarta de los cubanos viven en Estados Unidos; Buenos Aires es la cuarta ciudad de Bolivia, Los Ángeles la cuarta de México, Miami la segunda de Cuba, Nueva York la segunda de El Salvador. Quito puede ser la segunda otavaleña, México la mayor mixteca y La Paz la más grande aymara.
- 5 “De acuerdo al Fondo Multilateral de Inversiones (FOMIN) del BID, las remesas en América Latina alcanzan alrededor de 25.000 millones de dólares al año y se proyecta que de continuar con las tasas de crecimiento actuales, el valor de las remesas acumuladas para la siguiente década 2001-2010 podría alcanzar los 300.000 millones de dólares” (Avalos 2002). México recibe 10 mil millones de dólares anuales por remesas, en El Salvador es la primera fuente de ingresos y en el Ecuador la segunda. Fenómeno similar ocurre en Cuba o República Dominicana, Nicaragua o Panamá y Colombia o Perú. En Brasil las remesas equiparan a las exportaciones de café.
- 6 Reconocimiento a la doble y triple nacionalidad, el otorgamiento del derecho al voto al migrante y el reconocimiento de regiones extraterritoriales.
- 7 Esta sería la forma privilegiada de articulación de la “ciudad en red” desde América Latina, que si bien se apoya en las nuevas tecnologías de la comunicación (NTIC), no tendría tanto peso el determinismo tecnológico como ocurre con las “ciudades globales”.
- 8 Gracias a la condición de centralidad que es portador el centro histórico, contiene valores simbólicos provenientes de las actividades políticas (asiento del Estado nacional), económicas (centro comercial), culturales (iglesias) y sociales (trama social) que son disputados por una nueva centralidad en desarrollo.

Celeste Vargas



Calle de La Habana

que tiene como contrapartida la localización de sus efectos en lugares estratégicos: las ciudades (Sassen, 1999). Pero la globalización no es un fenómeno externo sino parte constitutiva de lo local. Es decir, asistimos a un proceso de *glocalización* (Robertson 1992) que, para el caso que nos ocupa, produce tres efectos significativos: primero, reduce la distancia de los territorios, con lo cual los conceptos principales del desarrollo urbano se modifican -accesibilidad, centralidad, velocidad-; segundo, acelera y multiplica la historia en espacios distintos y distantes; y tercero, el lugar principal de socialización queda circunscrito al ámbito de las nuevas tecnologías de la comunicación⁹.

En el caso de los CHs el proceso de glocalización se evidencia en tres aspectos. Primero, en términos *económicos*, la centralidad es un elemento fundamental de la competitividad de las unidades económicas urbanas porque allí se concentra la infraestructura (servicios, tecnología), las comunicaciones (telefonía, vialidad), los recursos humanos (consumo, producción) y la administración (pública, privada). En el caso de los CHs hay, además, una proyección mundial a través del turismo, las remesas y la cooperación internacional. Segundo, en términos *culturales*, el centro es un espacio de integración social y cultural con proyección internacional, que opera como mecanismo de fortalecimiento del sentido de pertenencia a las culturas locales. Tercero, en términos *políticos* vive un proceso de desnacionalización por localización y privatización: con los procesos de reforma del Estado (apertura, privatización y descentralización) el municipio adquiere una mayor funcionalidad, por lo que asistimos a un regreso a la ciudad-estado donde los lugares centrales se convierten en los puntos de avanzada de este proceso.

9 En épocas pasadas la socialización se hizo en la ciudad (Ágora o Polis) o en el aula de la escuela, hoy se la hace en los medios de comunicación. García Canclini (2000) muestra que el 28% de los migrantes que llegan a Ciudad de México, no llegan para vivir el espacio público urbano sino para recluirse en el mundo doméstico para ver la televisión. Y ven básicamente lo mismo que en el campo: las noticias, el fútbol y las telenovelas.

Estas tres situaciones (pobreza, demografía y globalización), vinculadas al cambio del patrón de urbanización en la región, definen tres tensiones estructurales propias de los CHs en América Latina. La primera tensión, entre *riqueza histórico-cultural y pobreza económico-social* se expresa en la presencia de importantes valores culturales -tangibles e intangibles- construidos a lo largo de la historia, contrapuestos a la existencia de una población que vive y trabaja en condiciones deplorables.

La segunda tensión, entre *centro urbano y centro histórico*, está latente en la vida y función de los centros históricos. La disputa por la centralidad urbana, con la que nacieron los CHs no ha culminado y más bien se ha agudizado. Mientras la centralidad urbana tiene lógica propia la histórica requiere de políticas públicas sólidas para existir, porque si se deja que las fuerzas del mercado operen, en un plazo relativamente corto las nuevas centralidades urbanas terminarían erosionando las centralidades históricas. La conformación de una nueva centralidad urbana pone a los CHs en una disyuntiva interesante pero peligrosa: convertirse en reducto de la memoria (del pasado) o asumir su condición del eje del porvenir urbano (del futuro).

La tercera tensión, entre *lo global y lo local*, conduce a una internacionalización inédita de los CHs, donde lo global no debe ser visto como algo externo a lo local y donde los lugares centrales se articulan en red con otros CHs, de la misma o de otras ciudades. Pero también plantea exigencias en cuanto a la flexibilización de los servicios e infraestructuras y al fortalecimiento de la cultura local como forma de proyección mundial.

En suma, lo que tenemos es un paso de la urbanización periférica hacia la ciudad construida y la formación simultánea de territorios translocales, o ciudades en red, construidos a partir de imaginarios articulados en espacios distintos. Esto lleva a preguntarse: ¿cómo pensar los CHs con estas centralidades extendidas y articuladas? ¿Cómo pensar los CHs en esta confrontación con la centralidad urbana? En otras palabras, una de las caracte-



¿Cómo recuperar lo público para la política sobre los centros históricos? Rehabilitar los CHs dependerá de la recomposición de su gestión a través de un marco institucional compuesto por leyes, políticas y órganos diseñados para el efecto y, sobre todo, de una ciudadanía capaz de potenciar el orden público ciudadano.

rísticas del proceso de urbanización y de globalización en América Latina es que esta introspección (o regreso a la ciudad construida), tiene como contraparte una cosmopolitización e internacionalización de la ciudad. Si esto es así, estaríamos entrando en una fase de *introspección cosmopolita*, del que no están ausentes los CHs. De allí que si no hay una política para que los CHs de América Latina se articulen a esta introspección cosmopolita, el proceso de globalización va a terminar marginándolos o periferizándolos.

¿Qué puede ocurrir con los centros históricos?

¿Qué puede pasar con los CHs en este contexto, si tenemos en cuenta que son un producto histórico que nace, se desarrolla y muere, como todo proceso social? Intentar responder esta pregunta nos lleva a formular tres hipótesis respecto de su devenir.

a) *Podemos estar viviendo su fin.* Si partimos por la opción más negativa, se puede plantear que los CHs se están muriendo. La hipótesis de partida fue la diferenciación entre centro urbano y centro histórico, donde el primero le extrae las funciones de centralidad al segundo y, en ese proceso, termina degradándolo. La centralidad la puede perder por varias vías: vaciamiento de funciones, homogeneización de usos, incremento de pobreza, nuevas centralidades y rezago tecnológico¹⁰. Ejemplos de esta situación son San Telmo en Buenos Aires o Candelaria en Bogotá, que se han pe-

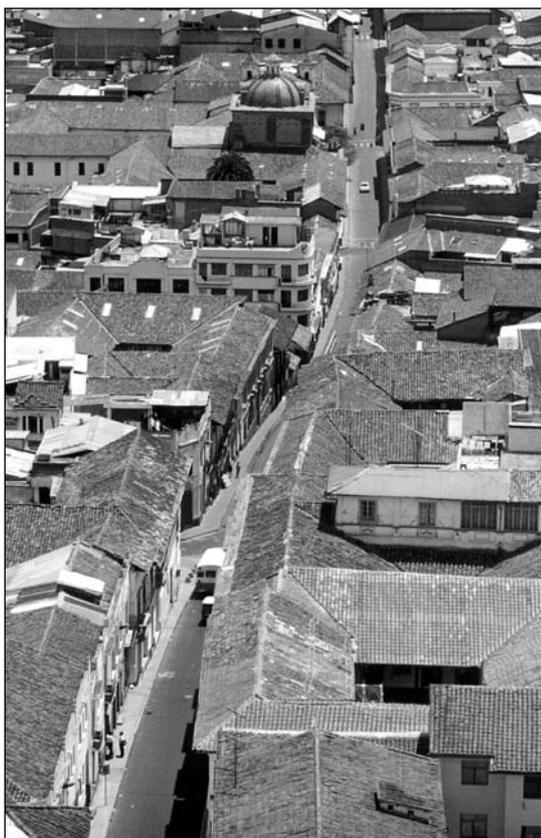
riferizado, pero también Santo Domingo o Cartagena que han tenido una propuesta única y no heterogénea. Además, están aquellos que empiezan a vaciarse de sociedad debido a que los CHs están perdiendo población residente. En suma, al perder centralidad los CHs se transforman en lugares o barrios históricos y dejan de ser lo que son: centros.

b) *Podemos estar viviendo el apareamiento de nuevas formas de centralidad,* sobre la base de las siguientes vías:

- Una primera que se vive la transformación del centro histórico de un espacio de encuentro hacia otro de los flujos¹¹. Un caso interesante para analizar es la formación de centralidades longitudinales como ocurre en Bogotá -a partir del proyecto de transporte Transmilenio y de los espacios públicos colindantes-, así como en La Paz, desde su centro histórico hacia la Av. El Prado.
- Una segunda vía puede ser aquella que surge de la integración de CHs bajo la modalidad en red. ¿Cómo entender los CHs en espacios discontinuos, en espacios que están más allá de fronteras definidas a través de contenidos físicos? Esto permite comprender que el centro histórico de Coyoacán está vinculado con el de la ciudad de México, así como también el de Lima con el de Santiago o el de Quito con el de Murcia. Esto significa que las centralidades están articuladas social, cultural, económicamente sin que exista un espacio continuo.
- Una tercera vía se inscribiría en aquella definición de los “no lugares” (Augé

10 Plantearse el tema de la tecnología de punta para los CHs es una forma central de reconstituir la competitividad, conectividad y posicionamiento perdidos.

11 Siguiendo a Castells (2002), en el sentido de que estaríamos viviendo el paso del espacio de los lugares al de los flujos.



Antonio Miana

Centro histórico de Quito

2000): se constituye una centralidad en la periferia, con tecnología de punta y accesibilidad altamente diferenciada y excluyente. Se trata de la centralidad típica de la globalización, con sus propios artefactos. El caso de Santa Fé en ciudad de México.

- Y por último, la centralidad virtual, donde los portales del internet cumplen el rol de una centralidad difusa carente de un referente territorial.

c) Fortalecimiento de la centralidad histórica.

La tercera hipótesis puede llevar al fortalecimiento de los CHs sobre la base del desarrollo sustentable y no de la conservación o preservación; lo cual supone inserción en redes urbanas, refuncionalización de la centralidad en el contexto de la ciudad, reconversión tecnológica, posicionamiento y competitividad. Desgraciadamente no hay un caso que reúna las condiciones, aunque justo es decirlo que sí existen casos que han trabajado algunas de las dimensiones.

En la realidad estas hipótesis pueden operar simultáneamente, aunque -probablemente- alguna de ellas tenga, como tendencia general, un peso mayor que las otras. Independientemente de las hipótesis planteadas, los CHs están viviendo una dinámica que hace pensar que su futuro está en juego. Mucho más si no se reconoce esta situación y se sigue operando con los enfoques monumentalistas y conservacionistas.

¿Qué se puede-debe hacer en los centros históricos?

Los CHs tienen una doble dimensión de su carácter público: se trata del espacio público por excelencia de la ciudad y deben ser gobernados desde un marco institucional público-privado.

a) El centro histórico como espacio público

El centro histórico es el lugar privilegiado de la tensión que se vive en la ciudad respecto de las relaciones Estado-sociedad y público-privado. Lo es porque se trata del lugar que más cambia en la ciudad -el más sensible y, por tanto, flexible para adoptar mutaciones- y porque es el espacio público por excelencia, debido a que en él se produce la simbiosis (encuentro), lo simbólico (identidades múltiples y simultáneas) y la polis (espacio de disputa y disputado). Esta condición es posible de comprenderla si se le entiende al CH como un “espacio público” que debe ser reconocido no por sus partes aisladas (visión monumentalista) o por las calles y plazas (visión restringida), sino por el significado que tiene *como un todo* para la ciudadanía.

Simbiosis: es un espacio público que tiene la función urbana articuladora e integradora en lo social. Es un espacio de simbiosis por ser un lugar de encuentro al cual todos convergen directa o indirectamente. Por eso, el peso de la conectividad, el posicionamiento y la accesibilidad es fundamental. Esta condición le hace ser un espacio distinto y particular de la ciudad y, en algunos casos, de la hu-

manidad, cuando hay un reconocimiento expreso de la comunidad internacional (Declaraciones de Patrimonio de la Humanidad).

Simbólico: es un espacio público porque es un ámbito donde la población se socializa, se informa y se expresa cívica y colectivamente. Y ello es factible por la heterogeneidad de funciones, gentes, tiempos y espacios que contiene. Se trata del “espacio de todos”, que le da el sentido de identidad colectiva a la población que vive más allá del centro (espacio) y más allá del presente (tiempo). Esto significa que su condición pública trasciende el tiempo (antiguo-moderno) y el espacio (centro-periferia), produciendo un legado transgeneracional y trans-espacial que define una “ciudadanía derivada” (herencia).

Polis: la cualidad de espacio público también se explicita porque no existe otro lugar de la ciudad que tenga un orden público tan definido y desarrollado. Allí están las particularidades del marco legal compuesto por leyes, ordenanzas, códigos e inventarios particulares¹² y de las múltiples organizaciones públicas que conforman el marco institucional. Esto significa que la gestión se hace desde lo público, a través de una legitimidad de coacción, regulación y administración colectivas. Pero también porque los CHs tienen diversos *patrimonios simbólicos* surgidos del hecho de que son un espacio de disputa y disputado, donde la política es un eje fundamental. Por ser el espacio de mayor confrontación urbana, los CHs no son un problema técnico sino un problema político.

De allí que los diversos patrimonios simbólicos estén subsumidos bajo una simbología hegemónica que niega la heterogeneidad. Se trata de un discurso que plantea un retorno a los orígenes (cuando es el lugar que más cambia de la ciudad), que interviene con un criterio monumentalista y que lo social como freno¹³. En los CHs se disputa, como en nin-

gún otro lado de la ciudad, el tiempo y el espacio. Y todo porque hay un imaginario espacial y temporal que se confronta con otros alrededor del aquí-allá, del ayer-mañana, del adentro-afuera y del pasado-futuro, explicable porque existe un espacio imaginado y otro espacio simbolizado, distintos del espacio vivido. De allí que se construya un imaginario y una simbología hegemónicas desde una población que ni siquiera vive ese espacio y que lo ve como de los otros (la otredad), a partir sus prejuicios e intereses.

Por otro lado, vivimos la época de la privatización de la gestión pública en todos sus órdenes. Esta llega a los CHs para tomar partido en el espacio público -como un todo y sus partes- más importante de la ciudad. La privatización de la gestión de los centros históricos se vive a través de la lógica privada de administración urbana con la profusión de patronatos (Lima), corporaciones (Santiago), fundaciones (México), empresas (Quito), así como también de empresas que invierten directamente (American Express, McDonalds) y de organismo multilaterales de crédito que impulsan la participación privada.

Estas nuevas modalidades de gestión conducen a nuevas formas de construcción de identidades que llevan, a su vez, a preguntas como las siguientes: ¿Se pulveriza el sentido de lo nacional en lo local? ¿Se fragmenta la integración por tipos de mercados? ¿La globalización homogeniza las políticas de renovación? Bajo esta tendencia, los CHs empiezan a ser víctimas del abandono de lo cívico y de la pérdida de su condición de espacio público. Experimentan una concentración de la propiedad, la penetración de capitales transnacionales en desmedro del pequeño capital nacional y la reducción del compromiso de la población con la zona; es decir, de erosión de la ciudadanía.

La discusión de lo público y lo privado dentro de los CHs pueden fortalecer las ten-

12 “El espacio público es un concepto jurídico: es un espacio sometido a una regulación específica por parte de la administración pública, que es propietaria de la facultad de dominio del suelo y que garantiza su accesibilidad a todos y fija las condiciones de su utilización y de instalación de actividades” (Borja 1998: 45).

13 Allí radica el concepto peyorativo de la noción de antigüedad (viejo), de la seguridad (violencia), de lo ambiental (sucio y contaminado) propios de una percepción elitaria del mundo popular, característica de los CHs de América Latina.

dencias públicas del centro histórico, establecer nuevas relaciones de cooperación público-privado, incentivar el significado del “pequeño patrimonio” para el capital y definir la sostenibilidad económica y social de los emprendimientos. Sin embargo, justo es señalar, esta temática trae un núcleo de preocupaciones y discusiones que vinculan a las relaciones de la sociedad y el Estado, en la perspectiva de reconstruir el centro histórico como espacio público. Todo esto en la medida en que la privatización no se la formule como dogma.

Por otro lado, según García Canclini (2000:171) se vive un cambio de la ciudad como espacio público porque es “en los medios masivos de comunicación donde se desenvuelve para la población el espacio público”. Esto significa que los circuitos mediáticos tienen más peso que los lugares urbanos tradicionales de encuentro, de formación de identidad y de construcción de imaginarios. En esa perspectiva, los CHs sufren un impacto significativo por la “competencia” que tienen por parte de las redes comunicacionales. Para superar esta anomalía deben actuar como uno de ellos, esto es, operar como un medio de comunicación que potencie su esencia y que en la necesaria búsqueda de referentes que tiene la población le lleve a acercarse a las centralidades urbanas e históricas.

b. Lo público para el gobierno del centro histórico

¿Cómo recuperar lo público para la política sobre los centros históricos? Si los CHs fueron el origen de la ciudad, quiere decir que al principio tuvieron un gobierno único y general. Esta condición histórica cambia cuando la ciudad crece produciendo la diferencia entre centro histórico, centro urbano y ciudad, con lo cual su gobierno pierde especificidad. Desde este momento, el deterioro de los CHs va de la mano del deterioro de su gestión pública. Primero, porque al momento en que la ciudad desbordó los límites del hoy llamado CH, su gobierno se amplió hacia otros lugares de la nueva ciudad; segundo, porque las políticas urbanas le dieron la espalda a la cen-

tralidad al poner las prioridades del desarrollo urbano en la expansión periférica; tercero, porque la presión privada fue tan fuerte que terminó por desbordarla; y cuarto, porque se construyó una maraña institucional nacional diversificada y compleja.

Es decir que el estado nacional, el mercado y la urbanización produjeron una expropiación y pérdida -para el centro histórico- del referente institucional (transparencia, legitimidad) y de la unidad de actuación (eficiencia, discurso), lo cual contribuyó a su deterioro.

Hoy muchos CHs tienen una población superior a muchas ciudades, una complejidad urbana importante, un poder simbólico que trasciende el tiempo y el espacio y, paradójicamente, no tienen una estructura institucional específica que los gobierne. Muchos CHs son el asiento de los poderes públicos, los cuales definen cualidades simbólicas únicas, pero carecen de competencias de gobierno. Como resultado se tiene la ausencia de una administración pública propia. Es decir, que los CHs perdieron las posibilidades de auto gobernarse y lo que quedó fue un marco institucional de gestión disperso que cuenta con varias administraciones de base territorial (caso Lima) y con un conjunto de instituciones sectoriales, inconexas y superpuestas (caso México). Esto significa que existe un marco de intervención carente de un referente institucional único, donde confluyen desarticuladamente organismos nacionales y locales, públicos y privados.

Esto ocurre en un momento en que se perfilan nuevas modalidades de gestión, que tienen como antecedentes a un marco institucional que ha transitado por tres momentos:

- Uno primero en que la sociedad civil, representada por ciertas elites cultas locales (los notables), reivindica ante el Estado nacional la necesidad de preservar los valores histórico-culturales de las ciudades. Su propuesta proviene principalmente de la arquitectura, como hecho cultural artístico y como escultura monumental.
- Uno segundo cuando el Estado nacional construye un marco institucional a través de órganos especializados (ministerios de

cultura, institutos de patrimonio) que definen políticas públicas que fortalecen la llamada identidad nacional. En este momento los CHs logran urbanizarse bajo la concepción de conjunto monumental.

- Uno tercero en que los marcos institucionales de gestión de los CHs se encuentran en transición, aunque con poca claridad hacia donde caminan. La discusión se centra en los modelos de gestión en los CHs y es lógico que así suceda porque los sujetos patrimoniales han cambiado y aumentado. El marco institucional, las modalidades de gestión y el carácter de las intervenciones en los CHs se configuran a partir de un doble movimiento de desnacionalización: un tránsito del gobierno nacional al local (descentralización) y de lo público a lo privado (privatización)¹⁴. La desnacionalización hace perder el carácter nacional de las identidades generadas por los CHs, puesto que los referentes fundamentales comienzan a ser internacionales¹⁵ y locales.

La descentralización tiene dos vías: una, que va del nivel nacional hacia el local, a través de la transferencia de competencias a la órbita municipal en detrimento de la nacional. Y otra que se desarrolla al interior del gobierno local con la creación de instancias intra-municipales. Este proceso se profundiza dentro de las ciudades más grandes¹⁶ y no está exento de conflictos. Si bien ésta es una tendencia general no se puede desconocer lo peligroso que es

asumir una posición teleológica, creyendo que es inevitable el tránsito de una gestión central a otra local y de ésta a una privada.

Con este cambio del marco institucional se inicia un refrescamiento en la concepción de las políticas urbanas, que va más allá de las miradas espacialistas. Los CHs se convierten en un espacio de disputa y disputado que tiene como telón de fondo posiciones ideológicas contrapuestas, como aquellas que buscan la rehabilitación de la gestión desde la resignificación de lo público y la transposición mecánica de la llamada modernización-privatización del Estado hacia los CHs. Superar esta visión dicotómica es importante y es en la cooperación público-privado donde se pueden encontrar las salidas¹⁷.

Si bien esta es la tendencia general, la realidad de la gestión sobre los CHs muestra una combinación de situaciones. Tenemos un marco institucional de gestión de los CHs que aún no logra consolidarse, por lo que se pueden encontrar algunas de las siguientes situaciones:

- Hay CHs que son administrados por un *complejo institucional disperso* (Carrión 2000), proveniente de un conjunto de sujetos patrimoniales que tienen competencia para intervenir en ellos. La ventaja que tiene un modelo disperso es que los distintos actores pueden construir órdenes diferentes, expresando en la realidad lo diverso. La desventaja radica en que cada uno de ellos termine por negar al otro, neutralizándose mutuamente, con lo cual la renovación puede degradarse. La inexistencia de espacios de coordinación, de consenso, de concertación de hegemonías, puede ser más perjudicial que beneficiosa. Estamos bajo un marco institucional desarticulado donde Quito y de México ilustran esta situación, siendo los más grandes y complejos de la región.

14 Se pasa de la gestión de instancias nacionales, tales como los institutos nacionales de cultura (Brasil), antropología e historia (México), institutos de patrimonio cultural (Ecuador), hacia el manejo de la competencia por parte de los gobiernos municipales o, incluso, hacia fundaciones o empresas privadas.

15 Con la asunción de las funciones de capitalidad por parte de Miami, se observa una conversión respecto del peso de las influencias urbanas y arquitectónicas de los centros históricos. Se pasa de los referentes españoles, italianos, portugueses o franceses hacia una "miamización" de la cultura local y, por tanto, de los centros históricos. "Lo que París, Madrid o Londres significaron en otra época para los latinoamericanos ahora lo representan para las élites Nueva York, para los sectores medios Miami o Los Angeles" (García Canclini 2000: 177).

16 Este proceso debe interrogarnos respecto de lo que ocurre en los CHs de las ciudades más pequeñas.

17 Allí están las experiencias de gestión público-privada de Recife o de Quito, y las propuestas de construir una autoridad legítima descentralizada de Montevideo o de Río de Janeiro.

- Hay CHs que tienen una *administración concentrada*. En este caso hay un poder local constituido que cuenta con suficiente autoridad como para someter bajo sus políticas al resto de los sujetos patrimoniales. El caso de La Habana, con la Oficina del Historiador, es ilustrativo, así como también la comuna de Santiago de Chile. Sin embargo hay una diferencia: en el primer caso la máxima autoridad es delegada de un poder nacional y en el segundo es electa por la población de la comuna, debido a la correspondencia que existe entre centro histórico -como unidad territorial (comuna)- con la forma de administración (municipio).
- Hay CHs que cuentan con varias instituciones que conforman un *complejo institucional articulado*, sobre la base de la autoridad municipal como núcleo funcional del complejo. La hegemonía de lo municipal no puede negar la existencia de otras posiciones institucionales (por ejemplo, nacionales) porque de esa manera se garantiza la existencia de múltiples y simultáneas identidades que expresan el derecho al centro histórico y no se produce un monopolio en la propuesta de renovación, que sería contraria a la realidad heterogénea de los centros históricos. Se garantiza, de esta manera, el pluralismo, pero sin perder gobernabilidad.

Por estas vías se abre la posibilidad del gobierno de los CHs -no sólo de administración o gestión-. Es probable que este giro pueda empezar a producir situaciones interesantes e innovadoras en términos teóricos y prácticos. Los casos de Santiago, como Comuna, el de Río de Janeiro, con una Subprefectura, y el de Quito, con una Administración Zonal, podrían ser el antecedente para esta mutación, en la medida en que transiten hacia una autoridad política elegida democráticamente¹⁸.

En suma, se debe restaurar la gestión pública deteriorada a la par de la crisis de los

centros históricos. La recuperación del centro histórico -como espacio público- requiere, de manera ineludible, la recuperación de su gestión pública. La única posibilidad de rehabilitar los CHs dependerá de la recomposición de su gestión a través de un marco institucional compuesto por leyes, políticas y órganos diseñados para el efecto y, sobre todo, de una ciudadanía capaz de potenciar el orden público ciudadano.

Bibliografía

- Arraigada, Camilo, 2000, *Pobreza en América latina: nuevos escenarios y desafíos de política para el hábitat urbano*, CEPAL, Santiago.
- Avalos, Antonio, 2002, "Migraciones e integración Regional", mimeo, Caracas, CAF.
- Beck, Ulrich, 1998, *¿Qué es la globalización?*, Paidós, Barcelona.
- Borja, Jordi y Manuel Castells, 1998, *Local y Global*, Taurus, Madrid.
- Carrión, Fernando, editor, 2002, *El regreso a la ciudad construida*, FLACSO, Quito.
- Carrión, Fernando, 2002, *Devolver la ciudad a la polis*, mimeo, Quito.
- Carrión, Fernando, editor, 2001, *Centros históricos de América Latina y El Caribe*, UNESCO-BID-SIRCHAL, Quito.
- Carrión, Fernando, 2003, "Centros históricos y pobreza en América Latina", BID, mimeo.
- Gutman, Margarita, 2001, "Del monumento aislado a la multidimensionalidad", en Fernando Carrión, editor, *Centros históricos de América Latina y El Caribe*, UNESCO-BID-SIRCHAL, Quito.
- Jokilehto, Jukka, 2002, "Conceptos e ideas sobre conservación", en Méndez Zancheti, *Gestión del patrimonio cultural integrado*, CECI, Recife.
- Patten, Constanza, 1995, "Defending and predicting sustainability", En *Ecological Economics* 15, No. 3.
- Roberts, Bryan, 1978, *Cities of peasants. The political economy of urbanization in the Third World*, Edward Arnold, Londres.
- Robertson, Roland, 1992, *Globalization: Social Theory and Global Culture*, Sage, Londres.
- Rojas, Eduardo, 2001, "Financiando la conservación del patrimonio urbano en América Latina y el Caribe: la acción del Banco Interamericano de Desarrollo", en Fernando Carrión, editor, *Centros históricos de América Latina y El Caribe*, UNESCO-BID-SIRCHAL, Quito.
- Sachs, Ignacy, 1994, "Entrevista", en *Science, Nature, Society*, Vol. 2, No. 3.
- Tellez, Germán, 1995, "Teoría y realidad del patrimonio arquitectónico y urbano", en *Reunión de Directores de Patrimonio de América Latina y El Caribe*, Colcultura, Bogotá.

18 Pero también cabe preguntarse: ¿Si el centro histórico concentra la heterogeneidad, no sería bueno tener varias institucionalidades para que la representen?

El Pelourinho de Bahia,

cuatro décadas después

Paulo Ormino de Azevedo¹

El centro histórico de Salvador de Bahia, o Pelourinho, debido a que allí se ubica la picota, fue uno de los primeros núcleos centrales de ciudades latinoamericanas en ser objeto de trabajos de renovación urbana con miras a preservar sus valores culturales. Tal labor ha sido continua aunque tuvo una interrupción en el periodo entre 1986 y 1990. Este proceso de renovación urbana refleja varias de las tendencias que predominaron en la región por influencia de los imaginarios de las elites nacionales y de las políticas de los organismos internacionales vinculados a la preservación. La evaluación crítica de sus éxitos y fracasos es importante no solo para la continuidad del proyecto, sino también para servir de referente para otros países de la región en programas de esta naturaleza.

La acción del poder público en el área empieza en 1967 con la creación de una fundación pública para la recuperación de los barrios de Pelourinho y Maciel, la Fundación del Patrimonio Artístico e Cultural da Bahia (IPAC). Esta fue resultado de la recomendación de la misión de la UNESCO en el Nordeste de Brasil, presidida por el Inspector General de los Monumentos de Francia, el arquitecto Michel Parent. Su informe final no

sólo ponía a las ciudades históricas y los monumentos religiosos del Nordeste de Brasil en el nivel de muchas ciudades barrocas europeas, sino que ponía al turismo como la vía natural para conseguir los recursos para su conservación y restauración.

El patrimonio como palanca de desarrollo económico

El “turismo cultural”, inspirado en las experiencias yugoeslava y española, era la palabra de orden en aquella época, tanto en la UNESCO como en la OEA, que en aquel año realizó un encuentro técnico en el Ecuador, de donde salen las famosas Normas de Quito². En este documento el turismo cultural es presentado como la solución, no sólo para los monumentos y centros históricos, sino incluso para los países la región con graves problemas de desarrollo económico. Con esta inspiración se hicieron algunos grandes programas de desarrollo regional con base en el turismo cultural, como el llamado Plan Esso para la ciudad Histórica de Santo Domingo de 1967, y el Plan Copesco para el desarrollo de una franja de 500 km en la Cordillera Andina, entre Cuzco y Puno en Perú, entre 1969 y 1975, con un presupuesto de US\$ 72,4 millones financiados por el Banco Interamericano de Desarrollo. Estos planes han tenido muy poco efecto económico en sus regiones, aunque han posibilitado la res-

Ormino de Azevedo, Paulo, 2004, “El Pelourinho de Bahia, cuatro décadas después”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp.45-52.

1 Profesor de la Universidad de Salvador Bahia. Especialista en tema de patrimonio y centros históricos.

2 OEA, 1968, Preservación de monumentos, Serie Patrimonio Cultural, Num. 2, Washington, D.C.

Monica Sant'Anna



Salvador de Bahia

tauración de algunos importantes monumentos³.

En Brasil, el informe de la UNESCO causó un gran impacto sobre los tecnócratas del Régimen Militar iniciado en 1964. En aquella época, los militares promovían el llamado *Milagre Brasileiro*, y el recién revelado potencial turístico de una de las regiones más pobres del país constituía una salida para su desarrollo. De este modo, se crea en 1973 el Programa de las Ciudades Históricas del Nordeste (PHC), subordinado a los Ministerios de Planificación y de Educación y Cultura, con un gran énfasis en el turismo⁴.

Buscando captar recursos del BID, se elabora en 1969 un primer plan general para la recuperación del barrio en función del turis-

mo y de la reactivación de las actividades terciarias, muy afectadas por el proceso de descentralización y por la creación del nuevo centro de servicios, el Iguatemi, en la zona de elegante expansión de la ciudad. El plan preveía el desalojo de la población del barrio, constituida por familias pobres, ambulantes y prostitutas, consideradas incompatibles con el turismo⁵. Con recursos del Estado de Bahía, del PCH y de la empresa nacional de turismo, Embratur, se realizó la restauración de algunos grandes monumentos, la conversión de casonas en equipamientos turísticos y oficinas públicas y la recuperación de las fachadas de la calle que ligaba las tres plazas más importantes del barrio, Terreiro de Jesús, Pelourinho y Largo do Carmo, formando un corredor turístico.

Pero el plan nunca llegó a ser implementado totalmente, ni tuvo gran éxito. A esta corriente impuesta por los organismos nacionales e internacionales se contraponía, dentro del mismo órgano, como reflejo de una parte de la sociedad local, otra corriente que pese a no cambiar el destino turístico del barrio

3 Azevedo, Paulo Ormino, 1992, "Un futuro para nuestros tugurios: el desafío de los centros históricos en los países periféricos" en Seminario Internacional sobre la Conservación de Bienes Culturales en el Contexto del Medio Ambiente Urbano y Natural (actas), Getty Conservation Institute, Proyecto Regional de Patrimonio Cultural, Urbano y Natural – PNUD/UNESCO, Quito, p. 17-41.

4 Ver Sant'Ana, Marcia, 1995, "Da cidade-monumento à cidade-documento: a trajetória da norma de preservação de áreas urbanas no Brasil (1937-1990)", Tesis de Maestría, F. de Arquitectura-UFBA, Salvador.

5 IPAC, 1997, Pelourinho: levantamento sócio-econômico (1967), 2ª ed. Salvador.

creía que se podía recalificar y trabajar con los antiguos pobladores dedicados casi en su totalidad a actividades informales, inquilinos u ocupantes de tugurios y conventillos. Estas dos corrientes actuaban muchas veces de forma complementaria y en otras de forma divergente. En los periodos de mayor abundancia de recursos, la vertiente favorable a una conversión total al turismo prevalecía, mientras en los periodos con menores recursos la acción del órgano se volvía hacia acciones asistenciales, inclusive para no dejar de intervenir completamente en el barrio. En la práctica, se ofrecían algunos servicios asistenciales, pero no la vivienda para evitar que los pobladores creasen raíces en el barrio.

Este modelo de desarrollo económico regional con base en el turismo cultural no funcionó en Brasil, y tampoco lo hizo en Santo Domingo, en Cusco y Puno en Perú, ni en otras regiones en donde fue intentado en menor escala, aunque de todas formas tuvo algunos efectos sobre el turismo y el patrimonio construido. Una de las razones de su fracaso fue imaginar que la introducción de una nueva actividad, el turismo, por sí sola, podía cambiar la dinámica urbana local y el cuadro de pobreza estructural de la región⁶. Como es de suponer, existieron otros factores locales que confluyeron para el poco éxito de estos proyectos, pero discutiremos eso más adelante.

De centro histórico urbano a enclave turístico

En 1977, el Programa de las Ciudades Históricas, originalmente concebido para desarrollar la región Nordeste, fue extendido a prácticamente todo el país, sin un aumento correspondiente de los recursos. Dos años después fue transferido de la Secretaria de Planificación de la Presidencia de la Republica al

Instituto de Patrimonio Histórico y Artístico Nacional (IPHAN), y luego cerrado definitivamente en 1983, interrumpiendo así la principal fuente de financiamiento del proyecto Pelourinho así como de otros proyectos semejantes en el país. En otras palabras, la valoración y restauración de monumentos y la rehabilitación de los centros históricos dejó de ser una estrategia de desarrollo regional para volver a ser un tema puramente cultural.

Los recursos del PCH fueron utilizados, en el caso del Estado de Bahia, para transformar el Centro Histórico, con graves problemas sociales y de accesibilidad, en un centro turístico, dentro de la reforma de la capital del estado emprendida por el Gobernador Antonio Carlos Magalhães (1971-1975). La reforma comprendía incluso la creación de los nuevos centros administrativo (CAB), de servicios (Iguatemi) e Industrial (CIA), todos en las afueras de la ciudad. Para articular estos nuevos núcleos se creó una nueva red de rápidas avenidas que convergían en el nuevo centro de servicios con una gran estación de buses interurbanos. No había un plan maestro, ni articulación con el precario sistema de planificación urbana; todos eran proyectos aislados y la desarticulación era general.

No obstante las buenas intenciones del gobernador, cuyo slogan era “construir la nueva Bahia sin destruir su pasado”, mientras se restauraban monumentos y calles en el centro histórico, se promovía, con la creación de un nuevo y moderno centro de servicios, el vacío funcional y la marginalización política, social y vial del barrio. El gran error fue imaginar el Pelourinho como un centro turístico en medio de un área muy deprimida, sin articulaciones con los nuevos centros especializados⁷.

Como consecuencia de la falta de visión socioeconómica y urbanística de la rehabilitación, el Pelourinho se transformó, poco a poco, en una especie de saco sin fondo de inver-

6 Azevedo, Paulo Ormino, 1986, “La recuperación de un centro histórico subdesarrollado: Bahia” en Francisco de Solano, 1986, Historia y futuro de la ciudad iberoamericana, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, p.147-161.

7 Sobre esto proceso Cf. Azevedo, Paulo Ormino, 1984, “O Caso Pelourinho”, en Antonio Augusto Arantes, editor, Produzindo o Passado, Brasiliense/Condephaat, S. Paulo, p. 219-255.

siones publicas aisladas y desarticuladas. En la década de 1980 quedó claro el agotamiento del modelo adoptado. Factores económicos y políticos confluyeron para llevarlo a su mayor crisis. La llamada “década perdida”, la depresión económica pos-milagro y la interrupción de financiación del PCH, que cerró sus puertas en 1983, hicieron que el proyecto derivase en acciones asistenciales a la población del barrio sin una visión transformadora de la realidad. Un cambio político en el gobierno estatal durante el periodo de 1986 a 1990, en el que se deja de invertir en el centro histórico y se corta su total dependencia del estado, hicieron que el Pelourinho llegue al clímax de su deterioración física y social. Por entre las ruinas de las casonas *-sobrados-* se construyeron chabolas, obligando a la municipalidad a cerrar las puertas y ventanas de las ruinas para evitar graves accidentes. Fue en este ambiente cuando cerraron sus puertas el Parador del Convento de Carmo, el Hotel de Pelourinho, la agencia del Banco del Estado de Bahía y los restaurantes y tiendas turísticas.

El Centro Histórico como producto de city marketing

El retorno al Gobierno de Bahía del iniciador del Proyecto Pelourinho, el Senador Antonio Carlos Magalhães, en el periodo 1990-94, cambió una vez más la política de intervención en el barrio. Político en ascenso dentro del escenario nacional, ACM elige la recuperación del Pelourinho como la obra de su tercer mandato. Las razones son dos: rescatar un compromiso de su primer mandato, que no ha alcanzado el éxito esperado, y captar nuevas inversiones para Salvador, la capital y sitio de mayor visibilidad del estado.

El fenómeno del *city marketing*, que está ligado a la globalización y al llamado capitalismo avanzado, ya había ocurrido en Europa y los Estados Unidos en la década anterior y se repite en América Latina en los años 90 con especificidades propias de la región. Otros ejemplos pueden ser citados en la re-

gión con la misma inspiración, por ejemplo, el Programa de Rehabilitación del Centro Histórico de Quito, elaborado en la administración del alcalde Rodrigo Paz a raíz del terremoto de 1987; el Programa de Rehabilitación de La Habana Vieja ejecutado por la nueva Oficina del Historiador, bajo la dirección de Eusebio Leal, después de la crisis causada por la disolución del bloque socialista; el Plan de Recuperación de la Plaza de Armas y otros espacios públicos de la Lima Metropolitana en la administración del alcalde Alberto Andrade a partir de 1996⁸.

La mayoría de estos planes, concebidos como de “renovación urbana”, son de iniciativa provincial o local y tienen en común la ruptura con las políticas tradicionales de los órganos centrales de preservación. Aunque privilegian los centros históricos, por su gran visibilidad y densidad cultural, estos planes buscan vender la ciudad como un todo, en el ámbito nacional y global, no sólo como sitio turístico, sino como lugar de oportunidades para negocios e inversiones. En el caso latinoamericano, estos planes parecen seguir a grandes crisis de los centros históricos.

El apareamiento de estos programas está asociado también a las facilidades de financiamiento ofrecidas por las agencias internacionales y nacionales de desarrollo. A partir de 1994, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) comienza a financiar grandes inversiones de renovación de centros históricos en la región, como los proyectos Prodetur (80 millones de dólares) y Monumenta (50 millones) de Brasil, y la rehabilitación de los centros históricos de Quito (41 millones), Montevideo (28 millones) y Buenos Aires (18 millones)⁹. Esto representó un cambio de 180 grados en

8 Con estas obras, muy identificadas con sus nombres, estos políticos han ganado gran proyección nacional y empiezan a disputar cargos muy elevados en el gobierno. Por lo tanto, el *city marketing* en nuestro caso es también *marketing político*. En el caso de Antonio Carlos Magalhães, la repercusión nacional de la recuperación física del Pelourinho contribuyó para que él pudiera alcanzar la presidencia del Senado Nacional.

9 Rojas, Eduardo, 2001, “Financiando la conservación del patrimonio urbano en América Latina y el Cari-



El sufrido proceso del Pelourinho no es diferente al de otros centros históricos latinoamericanos. Su rehabilitación -vinculada al desarrollo económico- siguió recomendaciones de organismos internacionales, pero no tenía articulación con políticas urbanas ni contaba con la participación del sector privado y de actores locales.

la actitud de estas agencias, ya que anteriormente privilegiaban la solución de conflictos urbanos resultantes de carencias en infraestructura, en especial en las periferias urbanas.

Con esta inspiración se inicia, en 1992, una nueva etapa del Programa de Recuperación del Centro Histórico de Salvador de Bahía que preveía la creación de un *shopping center* a cielo abierto, el cual ligaba las dos plazas más importantes del barrio, el Pelourinho y el Terreiro de Jesús¹⁰. Para esto se debía consolidar y restaurar las fachadas y techos de las manzanas ubicadas en este recorrido y transformar sus interiores en equipamientos turísticos y comercios. El *marketing* del Pelourinho fue muy beneficiado por un movimiento artístico de la comunidad negra local, conocido como Axé Music, que ha tenido repercusiones en el ámbito nacional e internacional y ha sido muy bien explotado por el estado.

Los objetivos del *city marketing* no son necesariamente antagónicos a la rehabilitación de los centros históricos en sus aspectos físicos y sociales. Pero en el caso del Pelourinho significó echar a los pobladores, casi en su totalidad inquilinos pobres, a quienes se les pagó pequeñas indemnizaciones para luego transformar sus locales en tiendas de servicios. El traslado de estos pobladores se hizo hacia barrios vecinos o periféricos. En realidad se trataba de una operación de limpieza social considerada indispensable a la conversión del barrio en una “zona rosa”. Como esta población era muy dependiente del centro histórico, ella se refugió en la periferia del mismo y siguió desarrollando sus actividades informales en él.

De alguna forma esto ha contribuido para empeorar la situación de barrios cercados como Pilar y Saúde. Sin vida propia, el centro histórico se transformó en un gran escenario vacío de significados para la realización espectáculos destinados a los turistas.

En esta etapa, que se prolonga hasta 1996, el proyecto fue financiado exclusivamente por el estado de Bahía. Además de los edificios pertenecientes al poder público y órdenes religiosas, el estado intervino en los privados a través del artificio del comodato, es decir, la cesión de uso por un período de tiempo a cambio de una indemnización. El estado asume así virtualmente el monopolio de los inmuebles del área y consecuentemente los encargos de gestión y mantenimiento. Los propietarios no han participado con nada, pero van a recibir, cumplido el comodato, sus inmuebles con todas las mejorías. La certeza de que algún día el estado va rehabilitar los inmuebles aún no contemplados con estos beneficios ha tenido un efecto perverso, el de inhibir cualquier iniciativa de reforma o mantenimiento por parte de los propietarios y otros sectores de la iniciativa privada.

Entre 1992 y 1999 fueron rehabilitados 600 inmuebles con un costo estimado de más de US\$100 millones, un fondo perdido, y ninguna contrapartida de los propietarios. El turismo en el área se mostró un bajo nivel de consumo y los equipamientos destinados a la clase A y B fueron los primeros en cerrar sus puertas. Para mejorar el desempeño del área, a partir de 1994, el estado ha empezado a realizar un costoso programa de *shows* musicales gratuitos en espacios públicos para atraer turistas. Debido a la debilidad de la economía del barrio, los alquileres cobrados por el estado son simbólicos o inexistentes. El 30% de los pisos, especialmente los más

be” en Fernando Carrión, editor, *Centros Históricos de América Latina y el Caribe*, UNESCO, BID, FLACSO, Quito, p. 15-22.

10 CONDER, 1992, “Centro Histórico de Salvador”, Salvador.

altos, poco atractivos para los negocios, están sin uso.

Otras ciudades brasileñas, como Recife, João Pessoa y Belém do Pará, iniciaron en la misma década proyectos semejantes, esta vez con menores recursos públicos y mayor participación privada, pero también sin enfrentar el problema de la vivienda. Definitivamente el modelo de intervención en los centros históricos ha cambiado, pero ha mantenido algunos viejos vicios como el monopolio del turismo, el paternalismo con los propietarios y la exclusión de los pobladores.

La reapropiación del centro histórico por la población vecina

A partir de 1996, el grupo político que había iniciado la nueva intervención en el Pelourinho ya tenía conciencia de que el proyecto de creación de un enclave turístico-comercial, cercado por barrios decadentes, no funcionaba y tenía un costo de mantenimiento muy elevado. En otras palabras, no había logrado cambiar la dinámica socioeconómica del centro histórico. No tenía sostenibilidad y no había provocado ninguna reacción del sector

privado. Sus eventuales beneficios para el turismo no quedaban en el barrio, sino en los hoteles, restaurantes y *resorts* ubicados cada vez más lejos del centro y de la ciudad.

Uno de los factores que más contribuyeron para su poco éxito fue la poca articulación con el precario sistema de planificación urbana de Salvador. El papel del centro histórico en el nuevo ordenamiento territorial metropolitano nunca fue definido y los problemas de accesibilidad y relación con las áreas vecinas, especialmente el decadente barrio del Comercio o ciudad baja, donde se ubica el viejo puerto, no fueron tomados en cuenta. Entonces, se había creado un distrito estatal dentro del municipio enteramente dependiente de él, sin ninguna dinámica propia, en beneficio exclusivo de la imagen del gobierno estatal y de los propietarios locales.

De los programas del mismo género en la región, los que han tenido más éxito han sido exactamente aquellos que contaron con el apoyo de un sistema de planificación urbana razonablemente desarrollado y que han enfrentado verdaderos problemas del centro histórico como la vivienda (por ejemplo, Quito y La Habana) y el trabajo (como Lima), transformando comerciantes ambulantes en comerciantes formales.

Entre 1996 y 1999 el órgano responsable del proyecto, la Companhia de Desenvolvimento da Região Metropolitana de Salvador (CONDER), disminuyó el ritmo de inversiones en el área, hizo las primeras evaluaciones de la situación y buscó otros socios para el proyecto, como el Programa de Desenvolvimento Turístico do Nordeste (PRODETUR-BID), pero no hizo cambios sustantivos en el proyecto¹¹. Paralelamente al declive del turismo de clase A y B, los antiguos pobladores del Pelourinho y de los barrios pobres vecinos, muy carentes de entretenimiento, se volvieron a apropiarse del barrio



Monica Sant'Anna

11 CONDER, 1995, "Avaliação do Impacto dos investimentos na recuperação do Pelourinho", sinópsis, Salvador; CONDER/IPAC, 1997, "Análise crítica da pesquisa sócio-econômica de 6ª etapa do Centro Histórico de Salvador", Salvador.



Incluso para efectos de city marketing, la rehabilitación de los centros históricos debe contemplar aspectos más sustantivos de la cuestión urbana, como la habitación y el empleo. En otras palabras, no es posible rehabilitar físicamente los centros históricos sin resolver sus problemas sociales.

atraídos por el programa de animación cultural gratuito. Ergo, proliferaron bares y discotecas de *reagge*, los ambulantes de salgaditos, bebidas, recuerdos y las tiendas de artesanía popular. Unos pocos restaurantes más refinados, frecuentados por la clase media local y algunos turistas, se mantuvieron junto al gran estacionamiento periférico construido por el estado.

La reacción del gobierno a esta situación ha sido sorprendente. Frente al fracaso de la concepción original de centro histórico como *shopping mall*, y sin otra salida, el gobierno decidió aceptar la reapropiación virtual del barrio por los ex-pobladores y vecinos de baja renta, como una forma de esparcimiento popular que anima al barrio y puede atraer al turista, manteniendo el costoso programa de animación cultural popular. Si el turismo no pagaba estos costos, al menos el programa rendía votos en las elecciones locales.

El nuevo modelo operacional impuesto por las agencias financieras

Reconocido el fracasado del modelo de enclave turístico y de servicios, la primera señal de cambio en el proyecto apareció en 1999 como resultado de estudios realizados por la misma CONDER¹². Esto significó buscar otras fuentes de financiamiento para el proyecto y aceptar el uso habitacional como ancla para la rehabilitación del barrio. Un primer convenio fue firmado con la Caixa Económica Federal para la recuperación experimental de seis ruinas en barrios periféricos al Pelourinho.

12 CONDER/IPAC, 1999, "Dinámica urbana para oportunidades de inversiones no Centro Histórico de Salvador", Salvador.

El esquema seguido fue el siguiente. El Estado de Bahia expropió los inmuebles y fue indemnizado por la Caixa. Como su costo fue un 30% más alto que los precios aplicados por la Caixa en programas habitacionales populares esta diferencia fue cubierta por un fondo del IPHAN resultante de incentivos fiscales a la cultura, PRONAC, considerando el interés de este proyecto para la ciudad. Las nuevas unidades habitacionales están presupuestadas en función de la capacidad económica de sectores de clase media baja que ocupan los barrios periféricos del Pelourinho. Pero se sabe, con anticipación, que los antiguos pobladores no tienen posibilidad de adquirir esas unidades.

El proyecto Rememorar está aún en ejecución, pero ya probó que es posible autofinanciarse y alterar las expectativas del mercado induciendo a algunos propietarios vecinos a realizar obras en sus inmuebles bajo el temor de su expropiación. En otras palabras, se viabiliza la operación y se mantiene una función habitacional, pero para pobladores de nivel económico un poco más alto.

Inspirados en esta experiencia y bajo exigencias del BID, a través del Proyecto Monumenta, se está iniciando un nuevo lote de obras de rehabilitación en el Pelourinho con usos mixtos que contemplará ocho manzanas¹³. Al contrario de las etapas anteriores, esta vez se expropió la gran mayoría de los inmuebles afectados y se evacuó a los inquilinos mediante pequeñas indemnizaciones u ofreciendo viviendas en alquiler en conjuntos habitacio-

13 Después del éxito del emergente sub-proyecto de vivienda del centro histórico de Quito, la nueva actitud del BID representa un cambio radical con respecto a sus primeros proyectos, que contrasta con los grandes equipamientos urbanos defendidos tradicionalmente por el banco -cinco estacionamientos, shopping center y centro cultural- de costos muy altos y reducidos beneficios.

nales periféricos poco demandados¹⁴. Los proyectos de intervención son desarrollados por la CONDER y el IPHAN con recursos del Monumenta y las obras serán financiadas por la Caixa Economica Federal. La idea es transformar cada manzana en una unidad de vivienda con servicios comunes en el corazón de la misma. Los departamentos de 37m², según la limitación de financiamiento de la Caixa, son accesibles a un segmento de pobladores de barrios vecinos al Pelourinho y a funcionarios públicos que se manifestaron interesados¹⁵.

Si por una parte la operación financiera está mejor resuelta, con la entrada de la Caixa y del BID, desde el punto de vista social, hay un proceso de exclusión igual al de las etapas anteriores. Como sucedió anteriormente, los inquilinos indemnizados son desplazados hacia la periferia de las áreas que serán rehabilitadas, expandiendo la deterioración como mancha de aceite. Además, la masificación de un solo tipo de mini-departamento favorece la concentración de pobladores viejos o solteros y no de familias estables. Arquitectónicamente hablando, tampoco ha habido cambios. La conversión de estas antiguas casonas en mini-departamentos destruye la tipología original de los inmuebles y mantiene solamente las fachadas.

Sin duda, hay avances con respecto a la práctica anterior, como una mejor distribución de la propiedad y una mayor integración del área con la ciudad. Pero no se está resolviendo el problema social, sino dispersándolo en los barrios vecinos y manteniendo la pérdida de valores culturales materiales e intangibles.

Otra cuestión que queda sin respuesta es lo que va a pasar con el *shopping center* a cielo abierto, que ocupa cerca de 20 manzanas, cuando el grupo político que lo realizó deje el poder. La expropiación de estos inmuebles recuperados y la conversión en edificios de uso

mixto es una operación más costosa que la rehabilitación de las ruinas y los edificios tugurizados. De otra parte, sus propietarios, acostumbrados a recibir todo del estado, no dan señales de interés en hacer estas transformaciones indispensables para su sustentabilidad.

Conclusiones

Por lo expuesto se verifica que el sufrido proceso por el que pasó el Pelourinho en Bahía no es muy diferente de lo que ocurrió con otros centros históricos latinoamericanos. Al contrario de lo que ocurrió en Europa durante las décadas de 1970 y 1980, la rehabilitación de nuestras ciudades y centros históricos no fue resultante de movimientos locales. Más bien fueron iniciativas de los gobiernos centrales siguiendo recomendaciones de organismos internacionales y muy vinculados a políticas de desarrollo económico. Como consecuencia, estos proyectos no tenían articulación con las políticas urbanas ni contaban con la participación del sector privado y de otros actores locales. Este cuadro cambia sustancialmente a partir del inicio de la década de 1990 con la expansión de los medios de comunicación electrónicos, la globalización y mayores facilidades de financiación. Los gobiernos provinciales o locales asumen el papel protagónico en estas iniciativas, en busca no solamente de turismo sino de proyección nacional e internacional para la captación de inversiones. Las intervenciones pasan a perseguir prioritariamente este objetivo y el rescate de los valores culturales e históricos cede lugar a la espectacularidad. En algunos casos, el centro histórico se convierte en un verdadero "escenario" y la población local es vista más como un obstáculo que como un socio en la consecución de este objetivo. Empero, a mediano plazo, estas políticas se muestran inviables; los pobladores se reapropian de estos espacios, y los gobernantes se dan cuenta de que la rehabilitación de estos centros, incluso para efectos de *city marketing*, tiene que contemplar aspectos más sustantivos de la cuestión urbana, como la habitación y el empleo. En otras palabras, no es posible rehabilitar físicamente los centros históricos sin resolver sus problemas sociales.

14 Sobre el valor de las indemnizaciones pagadas ver CONDER, 2000, "Relatório da pesquisa sócio-econômica e ambiental: recuperação da 7ª etapa do CHS Pelourinho", Salvador.

15 Cf. Sant'Ana, Marcia, 2004, "A Cidade Atração: a norma de preservação de centros urbanos no Brasil dos anos 90", Tesis de doctorado, Faculdade de Arquitetura da Universidade Federal da Bahia, Salvador, p. 57-105, mimeo.

Exclusión constitutiva:

las organizaciones pantalla y lo anti-social en la renovación urbana de Guayaquil

Chris Garcés¹

En el transcurso de los últimos cinco años, bajo el prolijo eslogan de “renovación urbana”, Guayaquil ha sido testigo de una vasta y compleja reorganización política del espacio urbano. Este proceso empezó durante el mandato del alcalde León Febres Cordero quien junto a sus aliados políticos locales planificaron un revolucionario y sofisticado esquema de modificaciones en la estructura física y la limpieza pública a orillas del malecón. No es de sorprender que la organización sin fines de lucro (Fundación Malecón 2000) creada bajo su régimen en 1996 derive su nombre del lenguaje del milenarismo. En el corazón de un esquema redentorista para la regeneración urbana, los miembros del Partido Social Cristiano (PSC) y la red de líderes locales concibieron una limpieza total del centro urbano, con el fin de estimular el comercio y el crecimiento turístico, así como en una búsqueda de experiencias placenteras, seguras, consumistas y post-modernas. En resumen, a través de una nueva y estilizada arquitectura cosmopolita, la creación de grandes monumentos y centros

Garcés, Chris, 2004, “Exclusión constitutiva: las *organizaciones pantalla* y lo anti-social en la renovación urbana de Guayaquil”, en ICONOS No. 20, Flacso-Ecuador, Quito, pp.53-63.

1 Ph.D. © en Antropología, Princeton University. Agradezco especialmente a María Elena Bedoya por su ayuda editorial y bondad excepcional, y a Xavier Andrade, mi compañero de etnografía guayaquileña, por nuestras conversaciones en busca de un vocabulario que se pudiera aproximar a los cambios de las políticas culturales en la ciudad.

públicos de entretenimiento, ellos construyeron un espacio urbano sacrosanto que les ayudó a validar estos cambios. Sin embargo, como en todos los movimientos milenaristas, los planes para la redención social involucran necesariamente sólo a una gente escogida. Este artículo es una etnografía política que disecciona la retórica y práctica de la renovación en Guayaquil, con el fin de poner bajo análisis las formas de legitimar una serie de perversos efectos secundarios.

Antes de plantear la discusión es necesario bosquejar el alcance de las fuerzas laborales y socio-políticas que han sido tomadas en cuenta para implementar este desarrollo urbano. Desde 2000 hasta el presente, tres organizaciones no gubernamentales adicionales (la más importante es “Guayaquil Siglo

Chris Garcés



XXI”) han sido creadas con el fin de extender la lógica y práctica de la renovación desde el centro urbano hacia las comunidades de elite adyacentes (Urdesa y el barrio del Centenario) y barrios distantes como El Guasmo, La Alborada y Pascuales, los cuales tienen o tendrán su propia remodelación de calles y centros recreacionales². La Autoridad Aeroportuaria y la Comisión de Tránsito de Guayaquil (CTG) estuvieron también involucradas en estos cambios a través de la creación de sus propias organizaciones no gubernamentales, y mientras el nuevo Aeropuerto Simón Bolívar fue inaugurado al público en 2003, los planes para la modificación del Terminal Terrestre están siendo diseñados actualmente y proveerán a la CTG de una nueva gestión policial para la protección urbana del transporte público y los intereses comerciales³. Estas nuevas ONGs publicitan los cambios como una “construcción que Guayaquil se merece”, en variadas y costosas campañas, programas de televisión, prensa escrita y vallas publicitarias que, en conjunto, enfatizan la renovación del espacio público junto con el avance en los sistemas de vigilancia y seguridad imparciales, como si fueran las fuentes de un nuevo y verdadero “orgullo guayaquileño”.

Si bien los reclamos sistemáticos acerca de estas políticas de transformación urbana son registrados en los medios públicos⁴, la tarea etnográfica o crítica de analizar la renovación urbana requiere plantearse claramente las preguntas de *qué constituye* seguridad y belleza en el espacio público, *para quién* y a través de *qué medidas* socio-políticas⁵. En este punto, pocos son los análisis que revelan la complejidad de cómo Guayaquil consolida la vida re-

generada de lo público y privado. En un momento en que la municipalidad, junto a la ONU, promueven los cambios como un “paradigma del progreso, regeneración urbana y desarrollo urbanístico”⁶ no sólo para las ciudades ecuatorianas vecinas sino para la región andina y latinoamericana como un todo, el mérito comparativo de indagar la renovación a través de detalles etnográficos e históricos muy íntimos no podría ser más oportuno.

La frase “renovación urbana” (en revistas de antropología y estudios urbanos como *Urban Anthropology* y *Radical Urban Theory*) señala un campo de debate sobre la constante tensión entre modificar el espacio socio-cultural ya habitado, y la desconcertante complejidad de las intervenciones burocráticas, empresariales, legales y policiales que materializan estos cambios. En la esfera pública guayaquileña, como en Los Angeles durante el siglo XX, la nueva dispensación de zonas (en este caso impulsada por ONGs como Guayaquil Siglo XXI) implica un mejoramiento en la arquitectura y seguridad que, de hecho, disfraza un reforzamiento de las divisiones entre clases, poblaciones marginales y etnicidades. Las zonas exhaustivamente regeneradas en Guayaquil se concentran en barrios tradicionalmente centrales, o los de la elite, mientras el desarrollo suburbano (en la gran mayoría de casos) involucra el mejora-

2 *El Universo*, “Regeneración urbana llegará a Pascuales”, 1 de mayo de 2004.

3 *Expreso*, “Las Obras de Guayaquil se hacen con fundaciones: el Municipio defiende su creación como vía descentralizadora”, 21 de marzo de 2004.

4 Vale la pena destacar que una mayoría de ciudadanos tienden a profesar su orgullo acerca de los cambios. Recuerdo bien a un amigo del sur de la ciudad quien espontáneamente cantó el himno guayaquileño cuando nos hallábamos frente a la remodelada iglesia de San Francisco.

5 Los medios públicos en Guayaquil (especialmente los diarios y noticias nocturnas) tienden a difundir solamente críticas sobre instancias de corrupción abierta, la miseria de parte de la gente extremadamente marginalizada, o breves editoriales sobre procesos legales que reclaman en contra de la institucionalización del abuso social y/o laboral (ver *El Universo*, “Dr. Damerival y las Fundaciones”, 24 de enero de 2004; “Degeneración de la regeneración”, 28 de diciembre de 2003). El Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos en Guayaquil (CDH) ha publicado algunas indagaciones sobre los efectos secundarios de procesos socio-políticos contemporáneos (2001, 2003), aunque estos documentos normalmente quedan lejos del alcance del público por la escasez de fondos de este organismo o, más ampliamente, por la falta de interés de parte de los medios para difundir los resultados.

6 *Expreso*, “Guayaquil es declarada paradigma de progreso”, 9 de octubre de 2003.



Si desde la época que produjo la figura de lo anti-social en Guayaquil se han realizado "campañas moralizadoras" con el fin de contrarrestar la espontaneidad viva como raíz del mal, hoy se cuenta con una arquitectura masiva y una red de vigilancia hi-tech para la canalización pastoral del comportamiento apropiado.

miento de carreteras principales y/o una forzada política de re-pintar casas en una tonalidad "tropical" pre-designada.

Para los críticos, estos últimos cambios tal vez se ven superficiales o caprichosos, pero la gente guayaquileña que ocupa los solares modificados (o por lo menos las personas del cerro Santa Ana que conozco) suelen expresar su gratitud por el interés en extender la regeneración hasta el frente de sus casas: agradecen las mejoras de luz, los patrullajes diarios y la seguridad del comercio. Recíprocamente, el municipio enseña su nueva generosidad cívica en Guayaquil y otras regiones del país a través de masivas campañas de publicidad. En las gradas que van de la base del cerro Santa Ana a la Iglesia San Martín de Porres en la cumbre, se ve esta auto-conciencia de la regeneración en términos concretos⁷. En cada dos o tres casas una foto ha sido colocada en las fachadas, revelando la mirada estructural del antes y del después de la intervención. Pero en varios momentos del ascenso a la cumbre, el ciudadano además ve brevemente otros pórticos con un paisaje diferente en corredores que atraviesan los espacios remodelados: allí se encuentran senderos decaídos, no pavimentados y a punto de derrumbarse con las lluvias o el tránsito normal. Los guardias aconsejan cordialmente a la gente extranjera que no pase hacia estos terrenos, y es así como la arquitectura de la regeneración urbana se aproxima a su reingeniería socio-cultural. Es como si las mismas paredes nunca alcanzarán a enmascarar las fronteras y los efectos de la inclusión oficial.

La regeneración, tanto en la arquitectura como en su concepción política, está necesariamente ligada a diferentes formas de exclusiones públicas y privadas. En la filosofía contemporánea, "exclusión" ha devenido en una palabra clave en la crítica a la idea de que los principios democráticos básicos (y los derechos humanos) normalmente están promovidos o estimulados por medidas políticas que apuntan a representar a las enfermedades de la sociedad civil, e incluyen a gente de diversos ámbitos trans-culturales dentro de un solo esquema de desarrollo sociológico. Hannah Arendt, por ejemplo, analiza precisamente la idea de la política como una zona que, desde tiempos clásicos, siempre ha abrazado a cierta gente dentro de la ciudad y continuamente ha desterrado aquello que no consta dentro de los requerimientos básicos para la ciudadanía (1998[1958]). La idea, en esencia, es que los intentos políticos de inclusión social siempre implican una consecuencia recíproca y no intencional de producir "parias" o gente no deseada, quienes por su simple o compleja "identidad" pueden ser empujados hacia los márgenes de la sociedad civil o, como en el caso paradigmático del holocausto judío, eliminados.

El punto clave en tales "modelos exclusionistas" de la política está dado por los detalles íntimos o fenomenológicos de la experiencia socio-cultural de la marginalización. En el contexto guayaquileño, no sólo quiero señalar y demostrar la existencia de la exclusión política, por ejemplo, en referencia a las violaciones de derechos humanos que tomaron lugar en Guayaquil así como en la mayoría de urbes en Latinoamérica. Es igualmente importante discutir la experiencia de la imposición de reglas mayores y menores a los ciudadanos (las cuales aparecen en formas escritas

⁷ Para comparar, ver *El Universo*, "Moradores del Santa Ana habituados a restricciones: la mayoría de los habitantes de la zona está conforme con el reglamento que impuso el cabildo", 28 de mayo de 2004.



El malecón de Guayaquil hacia 1950

Tomado de El tesoro de la juventud, tomo 5, V.M. Jackson, Inc., México 1964

y no escritas) en cuestiones que tienen que ver con el comportamiento normativo de género, clase y etnicidad en los espacios urbanos ya modificados. Al analizarse así, los procesos de renovación se fundamentan en su recinto fenomenológico a través de una nueva red de políticas y valores socio-cristianos y neoliberales. Por ende, cualquier estudio acerca de los cambios en Guayaquil requiere apuntar a un serie de prácticas básicas: nuevas inversiones privadas para estimular la homogenización del espacio público, la sobre-vigilancia policial de zonas comerciales y turísticas, la conjugación de un lenguaje religioso/culturalista que legitima simbólicamente el desarrollo y, finalmente, la exteriorización de “morales familiares” como una *raison d'état* para expulsar y eliminar actividades y poblaciones “anti-sociales” hasta los nuevos márgenes de la ciudad.

A primera vista, la complejidad de tales esfuerzos sociales aparecen casi indescriptibles de cara a una interpretación etnográfica sistemática, en donde, según el canon de la disciplina, se necesita entrar en los circuitos de la gente que impulsa los cambios urbanísticos como un participante y/o testigo (de forma ocular o secundaria). Debido a la imposibilidad de mi involucramiento personal en estos

procesos -un gringo no religioso, no empresario y sin pretensiones de hacer política- en mi puntual etnografía he tenido que enfocarme primeramente en los márgenes sociales, luego en el centro, en donde puedo catalogar mi propia experiencia como un habitante, ambulante e interlocutor con los miembros de la ciudad (en sus diarias enunciaciones) sobre la rapidez del movimiento de “ruinas” a re-construcciones. Metodológicamente, mi quehacer resultó de investigar lo olvidado y lo que Georges Bataille (1985) una vez denominó como “materialismo base”: las cosas más aberrantes y/o no deseadas, el material que la renovación normalmente intenta expulsar. Por ende, argumentaré que la primera clave paradigmática de la renovación urbana tiene que ver con una vasta reorganización implícita de la figura de “lo anti-social”.

Una palabra paradójica o imposible, “lo anti-social”, se suma no solamente al objetivo de las nuevas construcciones y sistemas de seguridad, sino a la base material de la expulsión cívica. En Guayaquil, la historia del comportamiento anti-social se ubica primeramente en el despliegue de mentalidades de “Guerra Fría” en el contexto guayaquileño de los años 1950-1960, cuando los gobiernos velasquista/militarista identificaron la delincuencia y la desobediencia comunista como un doble atentado al orden social y cristiano. A partir de esta época se veía en todos los medios el surgimiento de tales identidades en la crónica roja de Guayaquil: el asalto armado, protestas universitarias, una nueva importación de drogas ilícitas (“estupefacientes”), y el armamento masivo de individuos o sectores populares en la ciudad. Desde ahí, el marco básico de lo anti-social normalmente ha envuelto la imagen de los actos más perversos y sangrientos, los que simbólicamente han señalado a los caídos o a la imposibilidad de una total “sociedad civil”. Es decir, la imagen de comportamientos peligrosos difundida por los medios desde los 1950s, ha conjugado un imaginario de la percibida cultura de la violencia o del desorden como si fueran atentados aislados de algunos individuos “depra-

vados” y/o grupos ya “deformados” por las “ideologías” socialistas en circulación. Hasta el presente, sin embargo, las prácticas de la criminalización de lo anti-social se han destacado precisamente por una confusión entre actos políticamente azarosos o ilegales y las características socio-culturales que llevan las mismas personas que “suelen” cometerlos.

En el escenario actual de la regeneración urbana en Guayaquil, el destierro simbólico y físico de lo anti-social ya ha alcanzado una nueva etapa de ironía política. Como un reflejo de la avanzada del INTERPOL y la ciencia criminal⁸, en el Guayaquil de principios del siglo XXI las nuevas medidas para seguridad en la zonas modificadas han pre-definido una miríada de factores reales e imaginables que pudiesen fomentar actividades ilegales, no deseadas, o inesperadas. Las prohibiciones públicas, por ejemplo, no se limitan a los omnipresentes policías metropolitanos que escoltan cualquier marcha o protesta que haya, sino a un enfrentamiento total a la ecología de actividades vivas, sueltas y espontáneas que ya folclóricamente caracterizaban el centro y otras áreas regeneradas⁹. Entre las restricciones actuales -aunque no públicamente escritas¹⁰, se ve la represión completa del teatro popular, una limpieza de los trabajadores y jubilados que usualmente se sentaban bajo los portales a lo largo de las avenidas y el restringido acceso público a la gente homosexual, a jóvenes pobres con ropa desgastada o provocativa y a los grandes grupos de

estudiantes de colegio¹¹. Si desde el comienzo de la época que produjo la figura de lo anti-social en Guayaquil se han realizado “campañas moralizadoras” con el fin de contrarrestar la espontaneidad viva como raíz del mal¹², el Guayaquil actual cuenta con su propia arquitectura masiva y una red de vigilancia *hi-tech* para la canalización pastoral del comportamiento apropiado. En el Malecón 2000, por ejemplo, las parejas sentadas en los bancos no pueden ni besarse ni “comportarse de una manera inapropiada”. En los parques y plazas públicas, los peatones no pueden acostarse en los bancos, ni sentarse al lado de las fuentes, ni caminar en las pequeñas áreas verdes. De hecho, en todo el centro ya regenerado el peatón anónimo se encuentra en peligro de un secuestro oficial por deambular con posturas, actitudes o estados de mente “anómalos”. En conjunto, la definición de lo anti-social ha sido más o menos efectivamente importada con el fin de canalizar y contener cada movimiento inesperado u amenazante de la interacción cotidiana en la ciudad.

Aunque no era mi propósito, por casualidad escogí un departamento en Guayaquil que queda al lado de una estación de policía y varios equipos de seguridad privada. En cualquier hora del día o noche bajo mi ventana, se puede ver gente “extraña” en brazos de la policía a quienes rápidamente se los llevan en camionetas privadas a un determinado lugar fuera del centro. Cuando expliqué la situación a un amigo mío quiteño, él me respondió que “claro, los monos necesitan una mano dura. Es la única manera en que van a aprender a respetar la ciudad”. Expresé mis dudas. Pero, con una lógica igualmente sorprendente, el sentimiento paternalista de esta enunciación refleja precisamente las prácticas exclusionarias. La regeneración urbana, de al-

8 *El Universo*, “Desde el lunes aplicarán plan de acción contra delincuencia”, 14 de noviembre de 1963; “Nacimiento de la INTERPOL”, 2 de noviembre de 1964.

9 *El Comercio*, “Una ley contra los descamisados”, 19 de octubre de 2001; *Expreso*, “Dueños de calles irán a prisión”, 13 de noviembre de 2001.

10 Hasta los medios públicos (*Expreso*, “Difícil acceso a la información”, 21 de marzo de 2004), han reclamado al municipio sobre la no-circulación de información sobre los estatutos de las fundaciones y, por ende, las leyes o prohibiciones en las áreas regeneradas. La mayor parte de esta información proviene de mi trabajo etnográfico, cuando accidentalmente violé algunas reglas no-escritas o hablé con personas reprimidas por policías municipales.

11 Para revisar prácticamente el único artículo público que trata el tema: *El Universo*, “Derecho de admisión en los malecones de la ciudad: fundación pone normas para el ingreso”, 22 de mayo de 2004.

12 *El Universo*, “Ayer hubo reunión de autoridades para coordinar campaña contra delincuencia”, 21 de noviembre de 1963.

guna manera, ha dividido las acciones de la ciudadanía en rasgos que efectivamente producen lo normal y lo anti-social en circunstancias tan ordinarias (a plena vista) que los ciudadanos prácticamente ya no perciben la transformación.

Quizás el estudio de caso más significativo es la historia actual de las personas que se identifican con determinados estilos de hip hop transnacional. Hace menos de cinco años, las calles del centro de Guayaquil se llenaban de gente que usaba ropa suelta y grande, escuchaban sus equipos de música “tipo-boombox” y practicaban formas de baile break-dance o, en su vocabulario simbólicamente condensado, “break”. La práctica de tal moda ampliamente difundida en Guayaquil como en cualquier otro contexto ultrurbano, inspiró a una etnógrafa de Nueva York a escribir un ensayo sobre la resistencia simbólica y expresión popular, titulado “Hip-Hop Guayaquil” (Pillai 1999). Sin embargo, entre las primeras actividades criminalizadas en la urbe estuvieron precisamente estas formas de agrupación juvenil, auto-identificadas con la música negra norteamericana e internacional. La negación oficial del hip hop en la esfera pública -que aproximaba al movimiento urbano juvenil a una práctica anti-social- sumó el habitus y la parafernalia de esta experiencia musical y lo condenó como un todo. Bajo el omnipresente temor de la delincuencia, las autoridades políticas dieron fin a cualquier simulacro que señalara su posible existencia. De esta forma, los capítulos de “culturas juveniles” se cierran o se trasladan al exilio. Empero, irónicamente, los efectos secundarios de la estigmatización de lo anti-social se incorporan en la existencia de todos. En resumen, la complejidad sociopolítica de este fenómeno y su indiscutible autorización requiere un nuevo marco de análisis.

Georgio Agamben nos ofrece conceptos que podemos, tal vez, poner bajo consideración. Al interrogarse sobre la oculta relación entre maltratos extremos y democracia en *Homo Sacer: sovereign power and bare life* (1998), Agamben critica la lógica constitucionalista-

fundamental donde la democracia moderna se legitima cuando los gobiernos aprueban un hipotético contrato social entre sectores ya divididos, o un mandato de su representación obligatoria. Al contrario, Agamben argumenta que la democracia implica una política de confinamiento precisamente por su eternamente forzada expresión de la diferencia sociocultural o disidente. No es un argumento para la homogenización de la cultura política, aún menos para defender alguna teoría de gobierno ideal, al contrario, esta tesis trata la forma en que la política contemporánea enmascara las huellas de su nefasto potencial de ejercer el poder desnudo en contra de sujetos no aceptados. En el peor de los casos, sostiene Agamben, la democracia moderna se asemeja a un “estado de excepción” en donde la definición básica del ser ciudadano está en “ser incluido por exclusión”. Es decir, no hay espacio civil para las figuras o personajes más marginalizados y, por todo lo que constituye la sociedad civil, se enfrenta diaria e íntimamente al temor de marginalización -como si fuera una especie de fuerza centrípeta-.

Hay, claro, diversos criterios innovadores y un número de desventajas para este modelo de exclusión. Quizás lo más importante es que Agamben (y quienes asumen su filosofía política) tiende a enfocarse principalmente en la experiencia de los individuos más severamente reprimidos o brutalizados como modelo y fenomenología básica para el estado de sociedad civil. Su postura, como las metodologías historiográfico-filosóficas de Foucault y Benjamín, es nada más que una cuenta política negativa: lo mejor que el etnógrafo puede hacer es, primero, indagar las vinculaciones ocultas entre la política mayoritaria y las maneras en que su práctica desmoraliza a sujetos ordinarios; segundo, revelar cómo las nociones de “libertad” y “seguridad” están imbuidas o disimuladas bajo el poder del consumo (y/o la capacidad de crear nuevos conocimientos productivos); y tercero, criticar la práctica estadista en donde aquellas poblaciones o personajes que se encuentran ajenos al consumo y conocimiento autorizados



Mientras el surgimiento de "medidas preventivas" en la ciudad ha marcado a toda la ciudadanía con la potencial subjetividad de lo anti-social, su homólogo institucional ya es una pastoral allí donde no se cuida de la ciudadanía: una "organización pantalla", una ONG asume responsabilidades de orden público.

conlleven las mismas características del orden animal -por lo cual ellos pueden ser reformados o literalmente extirpados de la sociedad-. A pesar del obvio peso negativo de este cuadro analítico, en la ausencia de reformas democráticas pluri-culturales (o mejor dicho, del renacimiento de una lógica democrática internacional de "tú estás con nosotros o en contra de nosotros"), me gustaría argumentar que tales modelos de exclusión proveen un fructuoso repertorio analítico para el estudio contemporáneo de la cultura política en Guayaquil o en cualquier parte.

Más allá de Agamben, sin embargo, quiero sugerir que los "modelos exclusionarios" pueden ser empleados en una amplia variedad de lugares de investigación contemporánea. No es que los estudiosos anteriores de Guayaquil no estuviesen tomando en cuenta las políticas de exclusión. Por ejemplo, etnógrafos e historiadores han indagado las varias formas de cómo el fenómeno de la política guayaquileña se refleja en el crecimiento de las fuerzas de seguridad privada (Rivera 2004), en los vínculos entre los museos y políticas culturales (Andrade 2004), y hasta en el desarrollo de nuevas caridades públicas bajo el sistema de beneficencia pública (De la Torre 1999). Aunque no quiero intentar un resumen del trabajo académico sobre la intimidad de la exclusión en tantos recintos socio-culturales, me gustaría prestar atención a cuatro modalidades de prácticas exclusionarias que sin duda se entretienen a lo largo de diferentes recintos de la experiencia ciudadana en Guayaquil. Más específicamente, cada día estas formas de marginalización política constan de, primero, el crecimiento de la seguridad y prácticas de contención para arrestar a las ya llamadas actividades "anti-sociales"; segundo, la persecución activa por parte del municipio de los trabajadores informales y su reubicación y/o de-

sintegración en áreas de comercio legitimado; tercero, el extraño silencio y la ausencia de una mayor crítica pública sobre las formas más extremas de la transformación urbana; y finalmente, el crecimiento de lo que llamo "organizaciones pantalla".

Con este neologismo, "organización pantalla", quiero llamar la atención acerca de otro aspecto paradigmático en la regeneración urbana de Guayaquil: la creación de nuevas ONGs, con unidades paramilitares y organizaciones tercerizadoras, las cuales han asumido responsabilidades asociadas tales como mantener el orden y/o administrar las áreas renovadas en Guayaquil, mientras suelen típicamente acarrear menos responsabilidad por los actos reales y simbólicos de violencia contra el ciudadano común.

Cada uno de los desarrollos contemporáneos ya mencionados -el ascenso de las fuerzas de seguridad, la persecución de informales, la ausencia de una disidencia fuerte y el despliegue de organizaciones pastorales que conllevan menos responsabilidad- está fuertemente marcado por la experiencia ordinaria en la ciudad, aunque nunca descrita como un proceso político con su propia lógica. Respecto al desarrollo de fuerzas de seguridad podemos decir que no son un nuevo rasgo en la historia social de Guayaquil. Ya alrededor de la década de los sesenta, grupos de "fuerzas especiales" estuvieron empleados con el fin de proteger los intereses comerciales, proveer vigilancia adicional y/o prestar apoyo logístico a las actividades policiales regulares¹³. Lo que nos parece singularmente nuevo, sin embargo, es una nueva división de los deberes de mantener el orden entre los policías metropolitanos, las fuerzas armadas y la policía judicial, que van

¹³ Ver, por ejemplo, *El Universo*, "Guardia cívica guayaquileña", 24 de agosto de 1965.

acordes a la de equipos de seguridad privada (casi paramilitar) de bancos y negocios comerciales, y de la acelerada expansión de nuevos grupos de milicia urbana¹⁴. Resumiendo, los residentes contemporáneos son testigos de un masivo fortalecimiento y puesta en orden de una violencia legitimada en Guayaquil, no solamente para contrarrestar la beligerancia y asalto armado, sino también para denominar y contener “lo anti-social”.

La rápida expansión de los grupos de seguridad, nutridos de hombres jóvenes que son ellos mismos marginalizados en sus barrios, debería verse como fuente directa del crecimiento de los arrestos diarios y, como un efecto secundario, del incremento de la sobrepoblación de las cárceles en la Costa. Así, en los últimos tres años, la Penitenciaría del Litoral ha crecido casi un 200% (a más de 3500 internos), y una vasta mayoría de los nuevos encarcelados aún no tiene sentencia¹⁵. El “secreto público” -como una pesadilla de Kafka- de la obsesión por los equipos de seguridad parece asimilarse a la lógica de un fenómeno casi milenarista, con la canalización legal y la contención preventiva del comportamiento prohibido. No cabe discutir el discurso de la seguridad o el despliegue de fuerzas de seguridad armada más allá de lo que he dicho - otros investigadores han analizado el fenómeno de la marginalización socio-cultural en detalles minuciosos-, pero me gustaría señalar, comparativamente, cómo estos desarrollos urbanos tienden a operar en Norteamérica y específicamente en Nueva York bajo los modelos de “cero tolerancia” y “vigilancia de barrio” en programas de seguridad a micro-esca-

la, altamente discutidos por el público¹⁶. Esta modalidad de regeneración y exclusión ha sido previamente mencionada y envuelve, además, la marginalización de los trabajadores de los mercados abiertos. Entre los pocos sectores que tienen una resistencia más visible hacia la renovación urbana de Guayaquil podemos citar a “los informales”¹⁷. A comienzos de 2003, los trabajadores informales de las calles habían sido los blancos de la campaña municipal de traslado a la fuerza y encarcelamiento temporal¹⁸. En escenas que hacen reminiscencia a gobiernos totalitarios del siglo XX, grandes escuadrones de metropolitanos en camiones abiertos son asignados para patrullar las áreas renovadas, deambulando de ida y vuelta, para recoger a estos sujetos no deseados, confiscándoles sus mercancías, y muy frecuentemente al mismo tiempo los llevan al retén provisional (ver foto). Ellos expresan, en el vocabulario actual de los informales guayaquileños, una progresión macabra de los “roba burros” de antaño. Mientras la municipalidad ha construido muchos locales comerciales de mercancía barata al estilo bahíasanitized, pocos informales han ocupado estos espacios compartidos por falta de consumidores y altos alquileres¹⁹. En mayo de 2004, por ejemplo, un grupo de informales estuvieron disgustados con los policías metropolitanos por el supuesto asesinato de un menor de 12 años de edad, vendedor de la calle, y marcharon a lo largo de la calle Pedro Pablo

14 *El Universo*, “Alarma que alerta al barrio: las brigadas como apoyo a la policía en Guayaquil”, 16 de junio de 2004; “200 policías reforzarán al Programa Más Seguridad”, 11 de marzo de 2004; “La policía debate con FFAA. por plan de seguridad”, 5 de junio de 2004; “Usuarios de buses se protegen con guardias privados”, 9 de junio de 2004; “FFAA., CTG y Policía se juntarán para contrarrestar delincuencia”, 28 de mayo de 2004; “FFAA., Policía y CTG realizaron operativos en urbe”, 30 de mayo de 2004.

15 *El Universo*, “6.779 reos sin sentencia habitan cárceles del país”, 29 de diciembre de 2003.

16 De hecho, el municipio invitó a William Bratton, ex comisionado de policía de Nueva York, a asesorar sobre la alta tasa de violencia y la inseguridad percibida en Guayaquil al comienzo del año. (*El Universo*, “Bratton usa régimen de Cero Tolerancia contra los delitos”, 4 de marzo de 2004).

17 El número de personas posiblemente denominadas como “informales” ha alcanzado casi a la mitad de la población de Guayaquil (*El Universo*, “Empleo ocasional llega al 47,6% en Guayaquil”, 14 de mayo de 2004).

18 *Expreso*, “Mala acción de metropolitanos”, 26 de mayo de 2003.

19 *El Universo*, “72 metropolitanos hacen guardia en Pío Montúfar”, 15 de noviembre de 2003; “300 informales ocuparon vía”, 13 de noviembre de 2003; “Quejas por pocos clientes en el Mercado de Artículos Varios”, 27 de abril de 2004.

Gómez hasta que fueron golpeados y detenidos²⁰. Estos despliegues de resistencia y protesta abierta son más una excepción que una regla, sin embargo los trabajadores informales continúan vendiendo su mercancía bajo la amenaza diaria de encarcelación haciendo todo lo que necesitan para ganarse la vida, en los márgenes y filos de las áreas renovadas.

Otro ejemplo de cómo los ciudadanos guayaquileños viven una “inclusión por exclusión”, tal vez lo más devastador para los ideales pluri-culturales, es la relativa ausencia de discusión pública acerca de la legitimación de la violencia por la municipalidad. Las tres claves políticas que contribuyen a la producción de este silencio, en mi opinión, pueden ser 1) la oficina de la controlaría, 2) los medios de prensa y televisión guayaquileña, y 3) los funcionarios del sistema jurídico-policial influenciados -directa o indirectamente- por lo político y sus intervenciones morales. Entre los años 2003 y 2004, por ejemplo, un gran número de reporteros de *El Universo* denunciaron haber recibido represalias por parte de los policías municipales cuando ellos estaban haciendo sus historias acerca de las zonas públicas renovadas²¹. A pesar de estas amenazas, *El Universo* y *El Telégrafo* se han visto como organismos de control ciudadano sobre las consecuencias “no intencionadas” de los cambios urbanos sistemáticos. Sólo muy de vez en cuando, bajo la modalidad de reportajes nostálgicos o de perfiles humanos, aparecen artículos en las páginas de estos diarios que condenen la pérdida de las tradiciones urbanas en la ciudad, la herencia socio-cultural y el uso del espacio urbano. Por ejemplo, el 8 junio de 2004 *El Universo* publicó una noticia sobre la prohibición muni-

cipal de disponer mesas en la calle en el área regenerada y sobre cómo esta normativa afectó al negocio de “El Montreal”, una tradicional cafetería junto al Parque Centenario²². Un día después apareció un artículo en el mismo diario sobre cómo algunos líderes municipales recordaban vívidamente haber frecuentado el lugar cuando eran “estudiantes de colegio”, y que no eran conscientes de que la regeneración tenía implicaciones comerciales negativas para la cafetería. Súbitamente, las prohibiciones municipales, en el caso particular de El Montreal, fueron inmediatamente levantadas. Al respecto, es innecesario mencionar (una vez más) la estrecha relación entre el caudillismo político y las formas de discriminación urbana. Por el contrario, lo que parece más interesante es la existencia de una red de reglas no escritas sobre lo que debería contarse como una legítima crítica pública de la renovación y sobre cuáles otras son brutalmente reprimidas.

El caso-límite de este enredo remite al despliegue de violencia legitimada en el infame “Caso Fybeca”, ocurrido el 19 de noviembre de 2002: gendarmes encubiertos y agentes policiales altamente entrenados ejecutaron a

20 *El Universo*, “Informales protestaron por agresión a niño vendedor”, 14 de mayo de 2004; “Libres después de 19 días de angustia y encierro”, 3 de junio de 2004; “Comerciantes dejan sus puestos: hay 647 locales vacíos en tres mercados del centro de la ciudad”, 14 de junio de 2004.

21 *El Universo*, “Dificultades para labor periodística: dependencias municipales ponen trabas a coberturas”, 2 de agosto de 2003; “Restricciones para prensa en áreas regeneradas”, 14 de diciembre de 2003.



Chris Garcés

balazos a varias personas en una farmacia guayaquileña que aparentemente habían sido asaltada por delincuentes²³. El misterioso desaparición de un operario (no un asaltante) y los testigos del caso atrajeron a la mayoría de titulares de los diarios nacionales; varios reporteros y equipos de defensa legal recibieron amenazas de muerte. Pero cinco meses más tarde, la corte del municipio de Guayaquil liberó a todos los oficiales detenidos y rápidamente fueron reintegrados dentro de su grupo de fuerza²⁴; al contrario, las viudas de los desaparecidos han sido virtualmente ignoradas por los jueces a pesar del apoyo del público guayaquileño y de campañas de recolección de firmas a su favor²⁵. A través de este proceso, se señala que las colaboraciones no recíprocas entre la política y los medios han promovido un silencio cómplice y peligroso en Guayaquil, de cara a las ordinarias y radicales formas de legitimar la violencia.

Para concluir quiero sugerir brevemente la consideración provisional de un nuevo marco histórico para resumir los vastos efectos secundarios conocidos pero no representados en la regeneración urbana. La crítica apunta al hecho de que mucha gente en Guayaquil está metiéndose más y más en la red institucional de nuevas organizaciones para llevar acabo, intencionalmente o no, la violencia legitimada por una reforma urbanística total. Mientras el surgimiento de “medidas preventivas” en la ciudad ha marcado a toda la ciudadanía con la potencial subjetividad de lo anti-social, su homólogo institucional ya es una pastoral allí donde no se cuida de la ciudadanía: una “organización pantalla”.

Si el liderazgo intelectual de los cambios, por ejemplo, hubiera debatido los beneficios de la regeneración en una sesión a puerta cerrada, sus miembros no dudarían en argumentar que el uso de las ONG sirve para dirigir las áreas regeneradas, los equipos de seguridad que patrullan zonas de comercio y turismo, las organizaciones tercerizadas que emplean mano de obra guayaquileña, y los grupos socio-religiosos que capacitan a nuevos trabajadores. Más aún, estas organizaciones promueven nuevos patrones políticos para la descentralización neoliberal del comercio, la eliminación de la burocracia estatal que interferirían en la implementación de drásticos desarrollos urbanos, e incentiva la creación de organismos institucionales leales que directamente responden a los líderes locales. A fin de cuentas, promueven simbólicos y prácticos lazos de compadrazgo para evitar la omnipresente disfunción de la política empresarial y partidaria: la disidencia, corrupción y estafa.

Lo que esta compleja respuesta positiva no añade, sin embargo, es la identidad de estas nuevas entidades ampliamente extendidas como una categoría de “organizaciones pantalla”, cuya productividad y utilidad es precisamente integrada a su falta de una responsabilidad legal y sociopolítica sobre las acciones violentas. Los grupos de seguridad privados ya contratados son más fácilmente desintegrados que la policía nacional: la municipalidad se separa simbólica y legalmente de sus contratos o acuerdos con grupos o individuos de seguridad para-estatal, mientras la violencia es empleada hasta en denuncias públicas de ellos mismos. Las organizaciones tercerizadoras en Guayaquil emplean trabajadores por miles, dándoles salarios más bajos y pocos o ningunos beneficios de salud o de jubilación y, como en la situación de los grupos de seguridad privada, sus contratos se podrían terminar inmediatamente. Y finalmente, la designación de ONG permite a una organización, por un lado, ser operada como flotante, expandible y libre de impuestos y, por otro lado, tener poco que ver con las responsabilida-

23 *El Universo*, “El Caso Fybeca”, 30 de noviembre de 2003.

24 *El Universo* “Myr. González recuperó libertad”, 1 de mayo de 2004; “14 policías reintegrados a unidades”, 28 de abril de 2004; “Policías del caso Fybeca, reintegrados a sus cargos”, 6 de mayo de 2004.

25 *El Universo*, “Dolores”, 3 de mayo de 2004; “Viudas expresaron rechazo a dictamen en caso Fybeca”, 7 de marzo de 2004; “Críticas contra dictamen”, 14 de marzo de 2004.

des básicas del Estado de proteger a los ciudadanos de la discriminación, la humillación diaria y la represión violenta. Al momento preciso en que el gobierno central del Ecuador implementó en 2003 su propio programa de ONG en Guayaquil, “Aseguramiento Popular”, ya se ve muy nítidamente cómo esta novedosa forma política ya ha anexado, a través de las localidades de la ciudad, los poderes tradicionalmente atribuidos al Estado. En otras palabras, estas “organizaciones pantalla” comprenden la principal base y “zona gris” para las políticas contemporáneas de exclusión sociocultural en el puerto.

En fin, es indiscutible que la regeneración urbana ha importado nuevos niveles de vigilancia, comercio formal y turismo dentro del nuevo desarrollo de áreas. Pero otras historias esperan su tiempo para salir a la luz. Por casualidad una vez oí un comentario que se destacó de un pequeño grupo de peatones en el Malecón 2000. Para mí, era como si estuviera escuchando al mismo espíritu que se llevó las esperanzas milenaristas sobre el desarrollo urbano en Guayaquil, lo cual mencioné al comienzo de este breve artículo. El comentario alabó a la vigilancia y a los cambios arquitectónicos, al monumental teatro IMAX y a la tranquilidad de los espacios y pequeñas zonas verdes como si fuera “igualito a Miami”. La fuerza particular de ésta frase (“justo como Miami”) se quedó conmigo por un buen rato, hasta un punto en que me enteré cómo podía resumir la forma en la que ésta y tantas otras similitudes renovadoras efectivamente borran su fuente primigenia: la fuerza. Era como si un huracán de fuerza moral e ingenuidad política sin precedentes hubiera llevado a este nuevo terreno, como el Mago de Oz, directamente desde los Estados Unidos al centro de Guayaquil. El análisis etnográfico de las políticas de exclusión, por contraste, abre una condición de la posibilidad y la im-

portancia de nuevas preguntas acerca de los tipos de subjetividad en juego en el ejercicio de la regeneración, de hecho, sin muchos precedentes en la dirección política y manejo de la marginalización.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio, 1998, *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*, Stanford University Press, Stanford.
- Andrade, Xavier, 2004, “Burocracia: museos, políticas culturales y la flexibilización de la fuerza de trabajo en el contexto guayaquileño”, en *ICONOS* No. 20, Flacso-Ecuador, Quito.
- Arendt, Hannah, 1998 (1958), *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago.
- Bataille, Georges, 1985, “Base Materialism and Gnosticism”, en *Visions of Excess: selected writings, 1927-1939*, Minnesota University Press, Minneapolis.
- CDH, Guayaquil/Amnistía Internacional, 2001, “Ecuador: tortura y malos tratos constantes a lesbianas, gays, bisexuales y transexuales”, Informe, Guayaquil.
- CDH, Guayaquil/Amnistía Internacional, 2003, “Ecuador: sin una justicia independiente e imparcial no existe el ‘Estado Social de Derecho’”, Informe, Guayaquil.
- De la Torre, Patricia, 1999, *Lo Privado y Local en el Estado Ecuatoriano: Junta de Beneficencia de Guayaquil*, Abya-Yala, Quito.
- Pillai, Shanti, 1999, “Hip-Hop Guayaquil: culturas viajeras e identidades locales”, en *Bulletin Institute Francois Etudes Andines* v. 28(3): 485-499.
- Rivera, Fredy, 2004, “Seguridad ciudadana y manejo público en Guayaquil”, Ponencia en el II Encuentro de Ecuatorianistas de LASA, FLACSO, Quito.

Burocracia:

museos, políticas culturales y flexibilización laboral en Guayaquil

X. Andrade¹

¿Museos en ruinas? Huevadas. Así es como solíamos llamar a una puta tautología en mi tiempo. Si el museo alguna vez hubiese encarnado a la esfera pública, todos nos habríamos lanzado de un puente hace largo rato. El museo fue siempre solamente una ruina de la esfera pública, una privatización burguesa del espacio público hecha lo suficientemente segura para aventurarnos a visitarla [...] La verdadera esfera pública moderna fue siempre el lugar de trabajo. El lugar a donde todos tienen que ir y jugársela: yo prefiero no ir, pero si tengo que hacerlo, voy cargando mi grandiosa e hirviente medicina para la cruda conmigo -llevo mi última noche a tu presente-. [...] Esa es la esfera pública -aquél lugar donde el conflicto social tiene voz-

Gareth James

Se espera que estas líneas coincidan con la inauguración oficial en Guayaquil del Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo del Banco Central del Ecuador (MAAC). Que dos de las exposiciones planificadas en los últimos años abran de manera inaugural precisamente durante las fiestas julianas resume el papel que dicha institución ha tomado desde finales del año pasado: la de un espacio seguro para avanzar nociones de identidad local y regional que reposan en sentimientos xenófo-

Andrade, Xavier, 2004, "Burocracia: museos, políticas culturales y flexibilización laboral en Guayaquil", en ICONOS No. 20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 64-72.

bos conjurados mágicamente por el Estado y bajo el ascético disfraz de la gestión cultural.

Teórica y metodológicamente, este análisis nace de un impulso etnográfico que sitúa al Estado como el resultado concreto de actores e instituciones que canalizan ideologías y microprácticas tendientes a operar sobre el mundo social y que son encarnadas por sujetos llanos. Intenta brindar elementos para entender parte de las dinámicas internas que se ocultan detrás de la imagen pública brindada por los rituales inauguracionales y las formas bajo las cuales las retóricas dominantes sobre procesos sociales (tales como la renovación urbana -que es fundamentalmente un fenómeno de reorganización espacial, normativización ciudadana y exclusión social-) utilizan a lo cultural en general, y al museo con su espectacular fantasmagoría en particular, para apuntalar tales proyectos. En este contexto, por lo tanto, se entiende a la gestión y definición de políticas culturales como parte de una agenda esencialmente política que, para el caso en ciernes, ha requerido de la sacralización de la institución museal como una instancia coreográfica del Estado en el proceso de constitución de nuevas culturas cívicas.

El museo en ciernes abrió sus actividades públicas en 2001 bajo la idea de proyectar el trabajo a la sociedad, independientemente de que las colecciones o proyectos de exhibición fueran todavía asequibles. Un "museo más allá de cuatro paredes", "vivo, dialogando con la sociedad", y otras frases de ese estilo orientaron prácticas múltiples en el campo de la investigación social, la educación pública en música, cine, antropología visual y artes, el

1 Ph.D. © Antropología, New School for Social Research, New York.

fomento del género documental y el mejoramiento de la oferta recreacional en la ciudad. Debido a la respuesta de diversas audiencias, el MAAC fue efectivamente posicionado como el mayor gestor cultural en Guayaquil mucho antes de que se abriera como un museo tradicional. La misma idea de “inauguración” resultaba aberrante dentro del esquema anterior: un evento confirmatorio de la idealización del modelo de la exhibición dedicada a consagrar objetos para iluminar a las ignorantes masas gracias a su inclusión dentro del propio museo y por el mismo, probablemente pomposo, acto de apertura.

Desde la demanda social construida por los medios durante períodos de presión o crisis, sin embargo, lo importante fue exactamente lo contrario: tener un museo con salas de exhibición permanentes y abiertas al público lo antes posible. “Guayaquil sin museos” rezaba la prensa, construyendo la noticia, de partida, como un escándalo. De hecho, la remoción de la anterior Dirección del MAAC se justificó oficialmente por las autoridades del Banco Central del Ecuador (BCE) por “el retraso en la apertura” de las instalaciones, retraso que se explica en buena parte debido a la ambiciosa dimensión de la muestra retrospectiva de arte moderno “Umbrales”, cuya logística de préstamo de obras re-

sultó complicada, enorme y ciertamente bajo una planificación excesivamente laxa. En la práctica, sin embargo, tal muestra competía con otros megaproyectos que se hallaban, de hecho, sirviendo a distintas comunidades².

La inauguración oficial del museo en julio de 2004 supondría cumplir, pues, con la ritualidad requerida para la sacralización de un modelo clásico y conservador de museo para la ciudad. El discurso dominante que subraya los sentidos cosmopolitas del “nuevo Guayaquil” demanda también nociones reaccionarias y selectivas de “autenticidad” (primero, de lugar de nacimiento y, luego, étnica) en quienes lo dirigen. Que el debate público sobre el lugar de origen del anterior director ha-

2 La Dirección Cultural de Guayaquil tenía bajo su cargo, además del MAAC, al Parque Histórico Guayaquil (PHG) y la Plaza de las Artes y los Oficios (PAO, en el rehabilitado Centro Cívico), amén de otros proyectos menores. Cada uno de estos proyectos estaba compuesto, a su vez, por múltiples programas, la mayoría de los cuales fueron puestos en operación durante el periodo en ciernes. El MAAC ha merecido especial atención no sólo por el perfil adquirido en ese tiempo, sino porque se halla localizado en el malecón y, por tanto, guarda una especial inversión simbólica desde los sectores de poder envueltos en la renovación urbana. El malecón funciona como el principal corredor de paseo masivo para los habitantes de la ciudad. El MAAC forma parte de la “sección cultural” de dicho proyecto.



Gonzalo Vargas



La inauguración del MAAC en un espacio controlado (el Malecón 2000) es la apertura de una ruina de la esfera pública con toda la parafernalia del caso. Tras bastidores, una fuerza de trabajo fantasmalmente tercerizada. La institución museal debe ser vista como una maquinaria sitiada contextualmente y construida políticamente.

ya ocupado un lugar central para la prensa, y, que la actual se ajuste a los cánones de identidad esperados por medios y elites consagra, a su vez, la estrecha relación entre “cultura”, “renovación urbana” y “guayaquileñidad” a inicios de este siglo³.

La inauguración del MAAC en un espacio controlado como es Malecón 2000 es, pues, la apertura de una ruina de la esfera pública con toda la parafernalia del caso: homenajes públicos rendidos a su nueva directora con antelación, autoridades locales y burocráticas debidamente alineadas, actores conservadores en control de las instituciones oficiales debidamente invitados, elites en control de un museo cómodamente ubicado en un espacio público privatizado, exhibiciones autorales y retrospectivas de arte moderno debidamente sanitizadas y autorizadas por la historia del arte⁴. Para completar el cuadro, temerosa o complacientemente observando tras bastidores, una fuer-

za de trabajo fantasmalmente tercerizada que lleva adelante el quehacer institucional.

Este artículo presenta a la institución museal como una maquinaria sitiada contextualmente y construida políticamente. El trabajo levanta preguntas sobre las siniestras operaciones del Estado en un campo que, como el cultural, poco parece importar a nadie. Finalmente, un museo público es solamente un ejemplo de las instituciones que constituyen el aparato del Estado y, por lo tanto, reproduce dinámicas generalizadas a dicho aparato. El museo que sirve de estudio de caso es el Estado ecuatoriano, no en una versión reducida ni analógica del mismo, sino que funciona como una expresión transparente de la obscuridad interna de los mecanismos de delegación del poder en la burocracia estatal (palanqueo, nepotismo y racismo institucionalizado incluidos) y de las formas (legales sólo en apariencia, como se verá más adelante) de contratación al interior de ella.

3 Las dos autoridades en referencia representan polos opuestos. El antiguo director, Fredy Olmedo Rhon, serrano, arquitecto de profesión, tiene un par de décadas de trabajo en gestión cultural (extraño al endogámico medio del poder político en Guayaquil), y máximo gestor cultural del BCE en Guayaquil y el país en los noventas. Su sucesora, Mariella García, guayaquileña, arqueóloga -aunque no se le conozca investigación alguna ni tampoco publicaciones-, está conectada con las elites y los círculos tradicionales del arte.

4 La CCE del Guayas, por ejemplo, rindió un “homenaje a Mariella” por sus “treinta años de labor cultural... remarcadamente en la Región Litoral Ecuatoriana”, con un mes de antelación a la apertura del museo. A la adulación de la prensa durante los últimos meses, tono que contrasta con la frialdad con la que *El Universo* tratara especialmente a Olmedo, se sumaron otros eventos organizados por potenciales beneficiarios del museo. Decididamente, ninguno de ellos fue promovido por arqueólogos locales, formaciones entre las que la funcionaria guarda una reputación adversa debido, al decir de los entrevistados, a su escasa contribución al campo y a su papel en el devenir de la clausurada escuela de la ESPOL.

Políticas culturales

Las relaciones entre organización espacial, espacio museal y políticas culturales se da en un terreno de lucha de sentidos de etiqueta. En 2001 fui contratado para asesorar a una nueva institución que, en los años sucesivos (2002 y 2003) se convertiría en la mayor fuerza en gestión cultural en la ciudad y el país, el referido MAAC. Antropología y arte contemporáneo, juntos, resultan una mezcla sui generis en el mundo de los museos; un nombre sugerente, sin duda, pero, finalmente, sólo un membrete resultante de dos impulsos que en la práctica no llegarían nunca a conjugarse: por un lado, la tradición arqueológica del antiguo museo del BCE en Guayaquil, conocido simplemente como Museo

Antropológico y fundado por el arqueólogo Olaf Holm hace treinta años y, por otro lado, la moda globalizante del arte contemporáneo que, como tal, ha promovido la creación de museos dedicados a éste en contextos donde, de hecho, la escena es incipiente o simplemente inexistente. Las etiquetas, por supuesto, revelan dimensiones sociológicas más que las meras buenas intenciones que existieran para crear un proyecto museal diferente en un medio que, como el ecuatoriano, se ha caracterizado por su apego al paradigma que ve a esta institución como repositaria natural de ideologías dominantes sobre identidades nacionales, regionales y/o locales. En el caso del MAAC, la tensión entre continuidad e innovación, y la imposibilidad de su resolución, expresa claramente las condiciones del medio en el cual surgiría como propuesta.

En lo antropológico, Guayaquil ha carecido históricamente de espacios académicos para la formación disciplinaria. De hecho, gracias a la constitución de la Escuela de Arqueología en la Escuela Politécnica del Litoral (ESPOL), cuya orientación inicial durante los ochentas estuviera fuertemente impregnada por la arqueología social, ha circulado bibliografía antropológica y, en la práctica, ha influenciado la realización de proyectos museográficos bien informados en el antiguo museo. En los noventas, las nuevas generaciones han tenido acceso a teorías culturales actualizadas y a metodologías cualitativas solamente gracias a cátedras dictadas en diversas escuelas de comunicación, aunque el repertorio de antropólogos propiamente referidos siga siendo puntual. Así, como resultado de la ausencia de un circuito y una infraestructura adecuados, el saber sobre el caso guayaquileño, y más ampliamente, regional, continúa siendo incipiente.

No obstante, supuestos antropológicos, se hallan en la base de la legitimación del discurso culturológico dominante que es voceado sistemáticamente por intelectuales públicos, elites y medios, el de la “guayaquileñidad”. Asimismo, durante los momentos de exposición al debate mediático de los proyectos del propio MAAC, principalmente canalizado a través de la prensa escrita, fueron reivindicaciones iden-

titarias las esbozadas como bastiones del cuestionamiento público al museo, el mismo que fuera visto, en sus versiones más radicales, con su poco disimulo por lenguajes xenofóbicos, como un ente colonizador de “la cultura guayaquileña” por parte de agentes foráneos (refiriéndose a diversos “serranos” y/o a personas de otra nacionalidad que se hallaban en posiciones de poder dentro de la institución)⁵.

Si la ausencia de una infraestructura académica caracteriza al entorno porteño en antropología -un vacío orgánico que no necesariamente implica la ausencia de una teoría social sobre la ciudad, la misma que es producida activamente por intelectuales de formaciones diversas, dentro y fuera de la academia-, lo propio ocurre en el campo de las artes visuales, donde el museo fuera percibido como el portador de mensajes extraños a las tradiciones, principalmente pictóricas, desarrolladas en el medio. Guayaquil, nuevamente, ha carecido de un entorno académico al nivel superior para el estudio de las artes. Como contrapartida, la escena ha sido prolífica en la realización de concursos y salones donde formas de arte moderno han sido consistentemente canonizadas hasta cuando impulsos renovadores muy recientes empezaran a modificar los parámetros bajo los cuales el arte es pensado (y, concomitantemente, premiado) en el medio.

En discusiones internas, las proyecciones de constitución de un museo de arte contemporáneo en Guayaquil tuvieron como referencia principal al modelo de Bilbao, una ciudad que despegó turística y artísticamente a partir de la instauración del Museo Guggenheim. Dos grandes diferencias existen, sin embargo,

5 El museo estuvo bajo la lupa de los medios impresos en varias coyunturas. Por ejemplo, durante el debate sobre *Umbrales* entre octubre y noviembre de 2001, uno de los más vocales al respecto fue Henry Raad de *El Telégrafo*. Quiteño de nacimiento y concejal social-cristiano durante la alcaldía de León Febres Cordero, Raad ejemplifica una forma de travestimiento étnico remarkable puesto que es uno de los críticos más acérrimos del centralismo y fue, en el momento referido, de la presencia de actores “foráneos” en la gestión cultural. En el debate más reciente y probablemente el último, en abril de 2004, mi posición respecto del devenir del museo fue recogida en la sección editorial (“Polémica Cultural I”, *El Universo*, 26 de abril de 2004).



Tomado de El Ecuador en el centenario de la Independencia de Guayaquil, Nueva York, 1920

Guayaquil, calle Villamil, hacia 1920

para cumplir con la utopía en ciernes: primero, el Guggenheim como institución museal, forma parte esencial de la escena y los circuitos internacionales del arte en voga y, segundo, Bilbao está en el primer mundo, donde ese arte contemporáneo ha sido abrazado entusiastamente desde hace décadas. De ahí la preocupación, declarada en la folletería oficial, por “insertar al museo en los circuitos de arte contemporáneo a nivel global” y, segundo, por generar una infraestructura tendiente a educar y familiarizar al medio guayaquileño con el lenguaje de la contemporaneidad en las artes, principalmente visuales. Por ello la importancia brindada al -así llamado- “Programa de Inserción del Arte en la Esfera Pública” durante los primeros años.

El programa referido ejemplifica las tensiones implícitas en la relación entre las áreas de antropología y arte, comprensible en buena parte por el estado embrionario de la institución como tal. Una iniciativa rescatable para brindar un espacio de discusión común para artistas a nivel nacional que operaban con intereses difusos, “Ataque de Alas”, el proyecto inaugural de “arte en la esfera pública”, sin embargo, tuvo lugar mayoritariamente en el resguardado espacio de Malecón 2000, hecho escasamente problematizado.

Así, en su mayoría, no se pensaron las implicaciones conceptuales o museográficas de desplegar las obras en un espacio semipúblico que imponía de partida ciertas formas de exhibición. Una de ellas fue censurada inmediatamente por la fundación administradora de las premisas, presumiendo que sería insultante para el Alcalde de la ciudad -sin que el museo tuviera una capacidad articulada de respuesta frente a ello- y, sólo excepcionalmente, las piezas demandaron alguna forma -siempre marginal- de participación o interacción comunitaria más allá de la mirada; una mirada que, por el espacio y la forma en los cuales las obras se encontraban emplazadas, se hallaba cuidadosamente disciplinada y vigilada.

La etnografía fue requerida a posteriori, con el fin de documentar la recepción de las obras y de autorizar la dinámica social imaginada para el proyecto en su conjunto, siendo incluida a la manera de un debate multidisciplinario entre expertos en arte, artistas y científicos sociales, y un artículo crítico (de mi autoría) en un catálogo que nunca llegaría a publicarse. Desde mi perspectiva, las formas de intervención artística sobre la ciudad pudieron haber sido un canal para establecer un diálogo más estructurado entre la sección de arte y la antropológica, con su preocupación por el establecimiento de lazos comunitarios y su distancia frente a apropiaciones puntuales o folklorizantes de “lo popular”. La ausencia de un espacio de debate sistemático sobre las proyecciones del museo como un todo devino en la práctica en un bloqueo comunicacional entre las distintas áreas, manteniendo cada una de ellas concepciones muchas veces contradictorias sobre las prioridades programáticas institucionales. Y, aunque habían comunalidades, lo que era prioritario para unos podía parecer simple despilfarro para otros. En la ausencia de discusiones presupuestarias que sirvieran para discutir abiertamente un balance entre los dos polos, este tipo de percepciones entre los trabajadores del museo eran inevitables, así como también lo fueron las consecuencias prácticas de tal bloqueo. El problema fundamental, sin embargo, fue el de lograr que tanto políticas programáticas como con-

ceptuales trascendieran los distintos ámbitos disciplinarios sin supeditar un campo a otro⁶.

Burocracias

Tanto en antropología como en arte contemporáneo, por lo tanto, el museo encontró un contexto difícil en el cual moverse. Primaron las agendas de tradiciones enraizadas en la intelectualidad local, cuya articulación principal está dada por la preocupación por cuestiones de “guayaquileñidad”. Las tensiones entre los dos ejes temáticos, sin embargo, tienen que ver tanto con los campos más amplios donde conceptos, nociones e ideas circulan socialmente, cuanto con dinámicas institucionales internas al propio BCE. Bajo una primera mirada, la gestión cultural del banco estatal parece no haber demandado una atención muy cercana de las proyecciones que se iban procesando al interior del museo, ciertamente no por parte de las autoridades locales del BCE (el Directorio como máximo organismo en la toma de decisiones). En Quito, sin embargo, la burocracia vería con ojos suspicaces las ambiciosas tareas emprendidas en Guayaquil, especialmente porque la mayoría de fondos que el Banco canalizaría para gestión cultural fueran concentrados en la segunda ciudad durante los últimos años (32 millones de dólares, de acuerdo al Gerente de la Sucursal Mayor Guayaquil)⁷; de hecho, contrariando la tradición histórica de la institución desde que ésta asumiera un papel clave en el campo hace tres décadas.

La percepción interna durante el período bajo reflexión era que la gestión del BCE en materia cultural tenía dos facetas contrapues-

tas: a) la tendencia a la burocratización del aparato en Quito, expresada en la ausencia de procesos alternativos a los tradicionalmente desarrollados por ellos (i.e. exhibiciones arqueológicas y autoriales o retrospectivas de arte moderno, y tareas de documentación), frente a b) la explosión de proyectos y actividades generadas en el puerto, período que coincide con la trayectoria desarrollada por Olmedo, Director del MAAC y de la Dirección Cultural Regional de Guayaquil en su conjunto. De hecho, dicha autoridad era vista como una especie de “renegado” de la burocracia quiteña, donde tuvo su período formacional⁸. Si Olmedo debió confrontar la abierta y/o soterrada resistencia de autoridades guayaquileñas a su presencia en la escena cultural de la ciudad al interior del BCE, en el día a día del museo se daba una aceptación y un reconocimiento a su trayectoria al punto de que el MAAC y el resto de proyectos grandes adelantados por su Dirección, como el PHG y la PAO, eran vistos por sus empleados como la empresa de un solo hombre, el propio Olmedo. Esta percepción es explicable tanto por su capacidad para aprovechar los espacios dejados por la -percibida como- limitada gestión de Quito para canalizar fondos hacia Guayaquil, cuanto por su devoción al trabajo institucional y, sobre todo, por la concentración de poder para la toma de decisiones, característica esta última que terminaría alienándolo de las máximas autoridades del BCE⁹.

Las tensiones entre las burocracias capita-

6 Detrás de ello se encontraba, por un lado, la ambigua constitución del área de antropología en sí misma -con grupos de intereses diversos operando en arqueología, antropología visual y estudios urbanos, etiquetados incómodamente bajo un solo membrete- y, por otro, la de arte contemporáneo operando bajo sus propios parámetros. La Dirección vislumbraba una proyección por etapas, la primera dominada por intervenciones en arte, y una posterior a la apertura de las instalaciones del museo, una vez que el proyecto se hallara consolidado, dedicada a arqueología y antropología.

7 *El Universo*, “Polémica Cultural”, 5 de febrero de 2004.

8 Olmedo, radicado en la ciudad por más de una década, se veía a sí mismo como una suerte de “guayaquileño por elección propia”, lo cual generaba una estructura de sentimientos que positivizaba el estilo y las costumbres de la vida en el puerto así como una preocupación constante por deslindar tales afinidades de retóricas regionalistas. Su gestión resultó de una convicción en que Guayaquil debía abanderarse de proyectos innovadores a pesar de condiciones estructurales muchas veces adversas.

9 El escenario no era homogéneo: el bando de la actual Dirección, respaldado por sus conexiones de parentesco con miembros del Directorio del BCE y su inserción en círculos sociales tradicionales, hizo del antiguo museo -cuya locación espacial era distinta- un frente de batalla interno. La competencia entre Olmedo y su sucesora databa, a la postre, de hace una

lina y porteña fueron también aireadas internamente en la lucha por el nombre del propio museo, el mismo que varió de “el MAAC de Guayaquil”, hacia “el MAAC del BCE” o simplemente “el MAAC” a secas. En la primera denominación, generada por la anterior Dirección para posicionar a la institución como una marca comercial independiente del pasado simbólico centralista del propio BCE, el énfasis local no quería implicar una adscripción ideológica con quienes percibían al MAAC como una suerte de versión actualizada de un museo municipal, esto es, que debiera consagrarse al cultivo de revisiones de historias oficiales del pasado de la ciudad y de sus habitantes y/o a la exposición de valores considerados como auténticamente guayaquileños (papel que es perfectamente cubierto por instituciones tales como la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, el Archivo Histórico y otras organizaciones relevantes en el medio, las mismas que, no coincidentalmente, formaron un frente de oposición pública al museo)¹⁰.

El segundo nombre, aunque su actual logotipo omite menciones al BCE, se debe al posterior interés del Banco por usufructuar del capital simbólico levantado por el museo después del primer año de actividades públicas¹¹. Es así que, si bien el museo se había ya convertido en un dolor de cabeza administrativo para el BCE (por la expansión numérica del personal contratado y las partidas presupuestarias

requeridas para cubrir necesidades infraestructurales de los nuevos proyectos creados), su continuidad se aseguraba precisamente por el aura de bondad asignado a “lo cultural”. Una bondad que, una vez apropiada (aunque a regañadientes) por el Banco servía también para el propósito de opacar el estigma centralista de que gozara históricamente como institución estatal, para no mencionar que potencialmente también continuaría justificando los latitudes de sus máximas autoridades¹².

De hecho, la expansión de la fuerza laboral para operativizar los distintos proyectos a cargo de la Dirección Cultural del BCE en Guayaquil, impuso al sistema burocrático la necesidad de racionalizarla. Como contrapartida práctica a la retórica oficial que enfatiza la reducción del tamaño del Estado, y más allá de que la intención de la Dirección fuera la de dar continuidad al trabajo ya desarrollado, el propio aparato legal del BCE se encargaría de la creación de empresas tercerizadas fantasmas para agrupar a los distintos empleados. El procedimiento fue simple: una vez identificadas personas que pudieran servir como testaferros entre familiares de los propios empleados, diversas compañías supuestamente prestatarias de servicios especializados (sean de investigación social, de administración o de arte) fueron creadas *ad hoc* para canalizar los fondos del BCE hacia terceros, los montos transferidos por el Banco mensualmente, y para que diversos trabajadores sea asignados, generalmente por afinidades profesionales, a tales “empresas”. Convocatorias públicas (por la prensa) fueron realizadas en cada ocasión para dar la apariencia de cumplimiento legal de “concursos de merecimientos” prescritos por la ley, haciendo uso de una de las múltiples artes que Fernando Bustamante refiere como productoras de la democracia como “encantamiento”¹³.

El matrimonio simbólico entre la gestión

década, durante la cual se turnarían en posiciones directivas. Habían también diferencias radicales en el estilo de manejo: mientras que el primero se rodeaba de personal técnico, la segunda lo hace de una leal cofradía de secretarías que funcionan paralelamente como asesoras.

10 El propio Museo Municipal, sin embargo, mantuvo una posición independiente en esta disputa, la misma que fue vehiculizada cotidianamente por un grupo de pintorescos activistas que operaban desde la CCE del Guayas.

11 Actividades patrocinadas por una institución cuya propia existencia caería en profundos cuestionamientos después de la dolarización, un momento donde, adicionalmente, lo cultural ya había sido posicionado por las actividades del propio MAAC como un rédito de la renovación urbana, o “regeneración” como es pretenciosamente conocida en la jerga política y tecnocrática local.

12 Ver: “Sueldos en el BCE y la Superintendencia de Bancos, superiores al del Presidente” (*El Universo*, 11 de marzo de 2004).

13 Un proceso de similares características tendría lugar nuevamente al interior del museo mientras escribo estas líneas, en junio de 2004, para volver a reorganizar

cultural instaurada por una institución estatal y la renovación urbana promovida por el gobierno local a través de un aparato de fundaciones privadas que en la práctica operan como unidades ejecutoras de la municipalidad, es la última fuerza a enumerarse en la trayectoria truncada que denotan las diversas etiquetas del MAAC. Desde la ubicación espacial del museo (en el extremo norte del Malecón 2000 -obra paradigmática del nuevo desarrollo urbano en la ciudad-) hasta la concesión de las instalaciones que el municipio hiciera al BCE para funcionar por un siglo (en unas premisas que están reglamentadas y son explotadas comercialmente por la Fundación Malecón 2000), el museo se halla subordinado estructuralmente a este tipo de lazos de dependencia. El altar visible de este matrimonio fue el mal llamado “árbol navideño más grande del mundo”, mamotreto que contó con donaciones ilegales del propio museo y que estudio en un artículo en proceso.

De hecho, el MAAC cultivó una relación

la fuerza laboral con similares efectos: evitar contrataciones a largo plazo, defraudar a los trabajadores y al fisco. La tercerización es un fenómeno macro a nivel estatal. Carezco de información, sin embargo, para cuantificar la fantasmización a la cual aludo. Sin embargo, por la lógica de explotación del aparato estatal como botín político y de redes clientelares haciendo uso de las prácticas perversas que permite el propio sistema burocrático -caso contrario, insisto, al de la Dirección Cultural que pretendía dar continuidad al trabajo intentando mantener un equipo técnico calificado- dudo de que el BCE sea un caso único. Más allá de la pérdida de derechos adquiridos que esta dinámica supuso para buena parte de los empleados tercerizados, y de la consecuente defraudación al propio fisco por la imposibilidad de recabar prestaciones para fondos del Estado por parte de los mismos, la flexibilización de la mano de obra hizo patente una estructura laboral compuesta por varios status de trabajadores, imprimiendo una lógica de temor e incertidumbre entre ellos. Posteriormente, la estocada final fue dada en febrero de 2004 mediante el despido masivo del personal técnicamente calificado del museo, un hecho que continúa en disputa internamente a través de las instancias sindicales (ver: “Protesta de ex-trabajadores del Banco Central”, *El Universo*, 15 de mayo de 2004). La disputa, sin embargo, se concentra en el monto de las indemnizaciones y no en la propiedad de lo actuado en favor del círculo íntimo de García. El número total de despidos a nivel del BCE fue de alrededor de 300. No coincidentalmente, entre ellos se encontró el propio Olmedo.

respetuosa pero no demasiado estrecha con la Fundación Malecón 2000, precisamente para preservar la independencia de los proyectos (sin mencionar que es evidente que las concepciones de lo-cultural-como-potpurri, patrocinadas por esa Fundación, no corresponderían necesariamente a las del museo). Esta distancia junto a la animadversión despertada por Olmedo entre las jerarquías del BCE (debido a su capacidad para desbordar el control institucional, para obviar distintas instancias burocráticas, con la finalidad de sacar adelante los distintos proyectos a su cargo) parecen haber sido suficientes para su remoción. Cabe mencionar que la versión pública del anterior Director destacó como detonante la importancia del conflicto interno Quito-Guayaquil al interior de la burocracia bancaria. Dicha teoría, sin embargo, simplifica el escenario político de la gestión cultural brindando al BCE una autonomía de la cual, para el caso guayaquileño, parece a todas luces carecer¹⁴.

Desde la perspectiva de Olmedo, la actual Dirección sería una suerte de “títere” funcional a los intereses centralistas por poner fin a la expansión de los proyectos en Guayaquil (“Olmedo, ex-director de programas culturales, critica gestión de Mariela García”, *El Universo*, 20 de abril de 2004). Yo añadiría que lo es en función de un cierto tipo de museo que resulta también útil para un conglomerado de intereses locales que usufructúan directamente de la “regeneración”. Independientemente de si la información sobre la ingerencia de terceros en las decisiones internas del BCE es certera, la articulación entre los intereses de los principales beneficiarios de la renovación urbana y el BCE es mucho más orgánica de lo que se reconoce a la luz pública. En consecuencia, la suerte del museo como proyecto autónomo estuvo echada, mientras que la definición de políticas siempre tu-

14 Como contraparte a la hipótesis esbozada por el funcionario, la misma que fuera recogida por el editoralista Javier Ponce (“Yépez, liquidador de oficio”, *El Universo*, 24 de marzo de 2004), según una versión recabada mediante informantes bien posicionados al interior del BCE, el toque final en la remoción de Olmedo fue dado por petición expresa de autoridades de una de las fundaciones paraestatales.

vo como referencia a un terreno que había que cabalgar a contrapelo¹⁵.

Reajuste

El MAAC era, entonces, promovido por las autoridades del BCE hasta el reajuste a principios de año; era un museo que pretendía ser abierto y, además, que se hallaba en proceso de definición. Como tal, los pilares conceptuales que lo constituían se hallaban sujetos a constantes negociaciones derivadas de percepciones diversas sobre la misión institucional y de los distintos campos de su accionar. La definición de políticas culturales se iba haciendo en la práctica, si bien esta tarea fuera vista por la Dirección como una prioridad a la hora de asegurar la continuidad de los proyectos y su filosofía mínima. Tal como lo ilustra el devenir del MAAC, las políticas resultan no de definiciones orgánicas sino de la negociación de fuerzas en el campo social donde el museo como tal se inscribe. Cuatro ideas-guías, sin embargo, estaban claras para todos quienes tuvimos ingerencia en la definición de proyectos:

primero, que era insuficiente un museo concebido como simple repositorio de caprichosas lecturas sobre la nación y/o las identidades regionales; segundo, que toda intervención debía sustentarse en investigaciones más o menos sistemáticas sobre las realidades ha ser afectadas; tercero, que la población-objeto privilegiada sería la juventud urbana como una forma de invertir en la continuidad de los procesos a largo plazo; y cuarto, que las políticas culturales no se definen en un vacío, ni sus efectos son sociológicamente ascéticos.

Finalmente, la experiencia de un etnógrafo al interior de la burocracia, como actor-participante y observador-distante, puede ser resumida en tres identidades adquiridas durante el trabajo de campo. Primero, como asesor, me hallé en una posición privilegiada para atestiguar, y formar parte, para bien y para mal, de ciertos procesos de toma de decisiones. La creación de un programa de antropología visual y el fomento a la producción documental, aunque de existencia efímera, fueron productivos para aunar audiencias y promover a realizadores noveles. Segundo, en tanto trabajador, fui uno de los tercerizados y, por tanto, defraudados, lo cual supuso cotejar mi experiencia con aquellos que se ven abruptamente atrapados por un sistema que no cuenta con mecanismos de justicia¹⁶. Por último, como antropólogo, quedo todavía convencido del poder de la etnografía, aunque sea en las mínimas esferas donde algo reminiscente a la libertad de expresión queda en medio de tanto “encantamiento democrático”. Escribir versiones alternativas a las caras oficiales del Estado, y al silenciamiento de sus ciudadanos y sus empleados es, pues, la forma bajo la cual “mi grandiosa e hirviente medicina” se traslada ahora al presente académico, y -resto seguro, que por la mediación mágica del así mismo “grandioso e hirviente” poder de los chismes- también a *tu* presente burocrático.

Julio de 2004

15 A largo plazo se vislumbraría un escenario transicional de acuerdo al cual (debido a la proyectada evanescencia del BCE como institución) el patrimonio del museo pasaría a manos de alguna de las fundaciones “privadas” vinculadas con la municipalidad o al propio municipio. Este proceso, por supuesto, supone en el futuro un escenario político estable que, dada la actual hegemonía socialcristiana y su exitosa explotación discursiva de los beneficios de la renovación, no es difícil de imaginar. Así, el mayor patrimonio arqueológico (o lo que reste de él a la fecha de esta operación) y la más grande infraestructura de gestión cultural del país serían privatizados, un proceso “naturalizado” por la retórica sobre la reducción del aparato estatal y por la de las “bondades administrativas” de fundaciones como las aludidas, la mayor de las cuales es, por supuesto, el hallarse fuera de la contabilidad social del manejo de fondos públicos (ver: Jaime Darnerval, “Fundaciones infundadas”, *El Universo*, 11 de enero de 2004). El trabajo de este editoralista es excepcional sobre un tema que de otra manera resulta intocable, un “secreto público”, algo sobre lo que la gente sabe que no debe saber (ver: Michael Taussig, 2001, *Defacement*, Stanford UP, Palo Alto, 2001).

16 Sentidos de lealtad creados durante mi permanencia en el museo me inhibieron de proceder legalmente a pesar de que intentaran hacerme firmar, ilegalmente, una “renuncia voluntaria”.

Museos y patrimonio:

fracturando la estabilidad y la clausura

Mireya Salgado¹

Los museos ocupan un lugar complejo en el mundo actual y en las nociones de patrimonio. Desde su nacimiento han estado unidos a instituciones y conceptos totalizadores cuyo desmoronamiento estamos presenciando. Sin embargo, viven un tiempo contradictorio en el que, junto a la revisión de sus fundamentos y el cuestionamiento de sus funciones y su futuro, crecen en número a un ritmo sin precedentes y se han convertido en espacios culturales clave.² Ligados a las nociones cada vez más inestables e inasibles de autenticidad, a grandes narrativas lineales, al estado nación, entre otras, los museos como centros culturales polivalentes son hoy un espacio de fronteras ambiguas abiertas al interés y a la reflexión académica. Nada de lo dicho y establecido sobre ellos, las aseveraciones que los fundamentaban y sus funciones a largo plazo, han sobrevivido a las preguntas, deconstrucciones y dudas a las que los han sometido las tensiones y descentramientos del mundo contemporáneo. Dentro de un panorama cultural complejo, dinámico y fracturado, los museos tienen responsabilidades que asumir, enfrentándose como institución a la necesidad de reinventarse.

¹ Historiadora.

² Nuestra ciudad, Quito, no es ajena a ese crecimiento. En relativamente pocos años ha presenciado la apertura del Museo de la Ciudad, el Centro Cultural Metropolitano, el Centro Cultural Ichimbía, la Casa Museo María Augusta Urrutia, entre otros.

Salgado, Mireya, 2004, "Museos y patrimonio: fracturando la estabilidad y la clausura", en ICONOS No. 20, Flaco-Ecuador, Quito, pp. 73-81.

Como una manera de definir su lugar en el mundo, la subjetividad moderna recogió y coleccionó objetos, vestigios, imágenes, documentos, que quería o quiere salvar de la destrucción. El museo es una institución moderna y desde su nacimiento se ha constituido en defensor del patrimonio y de la identidad, compañeros inseparables de su recorrido, y que hoy, como tantos otros conceptos, viven tiempos de dudas y redefiniciones. Desde esa perspectiva, es pertinente preguntarse por lo que pasa con el museo, como institución, en tiempos en los que *todo lo sólido* -el estado nación, la modernidad misma, la razón- *se desvanece en el aire* (Berman 1997).



Tomado de El Ecuador en el centenario de la Independencia de Guayaquil, Nueva York, 1920



Como una forma de la memoria, el patrimonio debería ser dinámico, plural, ligado a la diferencia. Sin embargo, domina una noción de patrimonio como conjunto de bienes estables, neutros, con valores y sentidos fijados de una vez y para siempre. La autenticidad, invención moderna y transitoria, no puede ser criterio de valoración.

Museos contemporáneos: lugar y contienda

Los desplazamientos producidos en las últimas décadas han generado cambios en el estatus y en el sentido mismo del museo, lo que ha llevado a que se transformen tanto en su forma como en su contenido. Desde clasificaciones alternativas a las tradicionales, el museo contemporáneo lleva a revisar paradigmas totalizadores, conocimientos acumulados y grandes narrativas, así como ciertas asunciones sobre la modernidad, la nacionalidad, los consumos culturales, las estructuras y el papel de la agencia. Su trabajo gira en torno a preguntas sobre la identidad y la diferencia, la relación entre conocimiento y poder, y la lucha por la legitimidad entre la “alta cultura” y la “cultura popular”.

Si tradicionalmente sus colecciones pertenecían al mundo de la “alta cultura” -al que contribuían a definir y limitar-, hoy están exhibiendo colecciones que previamente no hubieran sido consideradas dignas de un museo. El museo empieza a ser apropiado por otros códigos culturales. Y es que entre otras cosas, el concepto mismo de cultura, a partir del cual el museo contemporáneo trabaja, ha variado, aunque muchos de quienes manejan políticas y centros culturales en nuestras ciudades no se hayan percatado del cambio.³

A la luz de la revisión actual de nociones y conceptos, y de la deconstrucción de ciertas prácticas totalizadoras, la división entre lo

“culto” y lo “popular”, que perpetúa y promueve las desigualdades, ha perdido sentido. La definición clásica e *iluminada* “reduce la cultura a una experiencia adquirida, a un proceso a través del cual el sujeto pensante excita las facultades de su espíritu” (Rioux 1999:18). Desde esta perspectiva, las colecciones de arte culto y popular servían para ordenar los bienes simbólicos en los que una población se reconocía y para jerarquizar los que correspondían a las clases altas. Se establecían límites entre lo culto y los bienes que recibían la categoría de “obras” frente a la artesanía. El ordenamiento del patrimonio de las clases populares le correspondía al folklore.

En oposición a esa definición, actualmente se maneja una noción de cultura relacionada con las ciencias sociales y abierta a la pluralidad. “Cultura”, de acuerdo a lo planteado en distintos ámbitos de discusión, es la forma de vida o manera de ser de un pueblo o grupo social determinado.⁴ Las formas de comunicarnos, relacionarnos, trabajar, gozar, amar, sufrir, organizar, pelear, morir, comer, divertirnos, forman parte de la cultura. Una definición más antropológica propone que es el conjunto de hábitos y representaciones mentales de un grupo determinado en un momento dado, e incluye costumbres, creencias, leyes, artes y técnicas, lenguajes y lenguas, pensamientos, gestos... Es, en fin, la manera particular como se relaciona un grupo humano en su vida diaria. En ese sentido, no es algo que se tiene, lo comúnmente percibido como “el cultivo de la mente o el espíritu”, sino que es, más bien, un asunto de ser. Es así que no habría quienes tienen más o menos cultura, pues nadie está excluido de la cultura, ni pue-

3 Es posible que dentro del ámbito académico esto suene obvio, sin embargo, y por experiencia personal en ámbitos municipales, ciertos directores seguían diseñando planes culturales a partir la idea de que la ciudad era *inculta* y que había que *culturizarla*, a través de exposiciones de arte *culto*, conciertos de música clásica, etc. Dentro de esa postura no se concebían políticas culturales a largo plazo, sino programas de actividades artísticas.

4 Este es, por ejemplo, el concepto utilizado por el Plan Nacional de Cultura de Colombia, para desarrollar su plan de Políticas Culturales.

de renunciar a ser un actor cultural. Tampoco pueden considerarse culturales solamente las expresiones artísticas, sino todas las realizaciones de un grupo social. Desde esta concepción la división entre “alta cultura” y “cultura popular” se disuelve, y junto al desmoronamiento del concepto tradicional de museo que eso implica hay una revitalización de su versión contemporánea, en cuanto cada vez más aspectos de la cultura pueden ser museificados, y en cuanto cada vez más sectores de la sociedad lo reclaman, disputan y se apropian de él. Si bien los museos continúan siendo agentes de control social y espacios de definición de la “alta cultura” así como de distinción, hoy van mucho más allá de eso. Su ambigüedad se mueve entre la posibilidad de agencia y lo ya establecido y localizado, entre la permanencia y lo indefinido del proceso abierto.

En estos cambios, los conceptos de museología y museografía han conocido también sus límites. Al incorporar nuevos medios, estilos y técnicas interactivas, plantearse retos comunicativos diferentes e incorporar comunidades diversas, los museos se acercan a las puestas en escena de las ferias y el teatro. Exhibiciones temporales y actividades diversas recurren a la escenificación y a la dramatización, promoviendo que lo *vivo* irrumpa en el espacio museográfico; las fronteras entre la comunidad y el museo se hacen más permeables, y éste se abre a actividades diversas. En ese esfuerzo de apertura se propone incluir la representación de múltiples perspectivas, las voces de los ignorados o de los que no se les dio la palabra, las ambivalencias, la incertidumbre y la reflexión. Por otro lado, las posibilidades que brinda la tecnología contemporánea han llevado a que el museo salga de sus muros e invada espacios que antes estaban fuera de su alcance.

Diversas preguntas, todas ligadas a la teoría social y cultural, surgen en el espacio desplegado por los museos, en las historias que cuentan y en la manera de contarlas, en lo que se incluye y excluye, en los énfasis. Al mismo tiempo, en ellos se ejecutan conceptos y desarrollos de dichas teorías, los cuales informan la

preparación de las muestras, sus formas y contenidos. Todo museo es una toma de posición, una teoría, la sugerencia de una manera de ver el mundo y de representarlo. Contiene ciertas suposiciones, habla sobre ciertas cosas e ignora otras y está ligado a relaciones sociales y culturales más amplias. Los museos son social e históricamente construidos, y el reconocimiento de ese *lugar*, la conciencia de él, debe ser una de sus partes constitutivas. Traslademos las palabras que Michel de Certeau dice de la Historia y sus investigaciones, al museo, sus exhibiciones y sus investigaciones:

“Esta institución se inscribe en un complejo que le permite solamente un tipo de producciones y le prohíbe otras. Así procede la doble función del lugar. Vuelve posibles algunas investigaciones, gracias a coyunturas y problemáticas comunes. Pero a otras las vuelve imposibles: excluye del discurso lo que constituye su condición en un momento dado... Pero [el lugar] es la condición para que cualquier cosa pueda decirse sin que sea legendaria (o “edificante”, o a-tópica, sin pertinencia). Siendo la negación de la particularidad del lugar el principio mismo de la ideología, excluye toda teoría” (Certeau 1985:87).

Los museos son productos modernos asociados con la formación del estado nación y el orden, son tecnologías clasificatorias. Por otro lado, han cumplido y cumplen aún hoy en nuestros países un papel central en la construcción de la sociedad y la cultura como una cosa, un objeto, que tiene su propia realidad y puede ser vista, aprehendida y disputada. Los museos no sólo han desplegado el mundo, sino que han estructurado una manera moderna de mirarlo, comprenderlo y aprehenderlo (Macdonald 1996:7). En relación con ello, no sólo existen en un tiempo y espacio particular, un contexto, sino que también ayudan a articular órdenes espaciales y temporales, son creadores de contextos culturales. ¿Hay una conciencia de esa función y de la responsabilidad social que ello implica en la planificación de nuestros museos y sus exhibiciones?

¿De qué manera han objetivado el pasado?
¿Qué espacios y tiempos han construido?

Hay que problematizar al museo más que tomarlo por sentado. Los museos no son, como se ha asumido frecuentemente, meros reflejos de los intereses dominantes y de la cultura hegemónica. Eso supondría la existencia de un público homogéneo y pasivo, y de un proceso museológico libre de conflictos. Todo público ejerce una agencia interpretativa y la planificación de cualquier exposición, el proceso mismo, es una dinámica atravesada por distintos intereses y fuerzas, por un complejo tejido de relaciones de poder. El museo contemporáneo se despliega en el espacio teórico ya no como un medio de control y legitimación sino de contienda. La contienda debe ser entendida como potencialmente capaz de ocurrir en cualquier punto del proceso museo, desde la producción al consumo. Los museos son un campo de fuerzas, un lugar de encuentros, negociaciones y asociaciones antes insospechadas: producción y consumo cultural, conocimientos expertos y profanos, prácticas y tecnología, lo sagrado y lo secular.

Museos: de la clausura a la fractura

Hasta los 60 y 70 los procesos culturales y artísticos, dentro de los cuales están los museos, se concebían en relación a las identidades nacionales. Durante largo tiempo la identidad cultural se construía mediante la ocupación de un territorio y la formación de colecciones. Tener una identidad era tener un país, una ciudad. Los objetos emblemáticos se guardaban en museos, o se consagraban en monumentos que constituían la esencia de la identidad. En nuestros países, la identidad así concebida era una síntesis que integraba y conciliaba la herencia colonial y su simbología católica, representados fundamentalmente por obras artísticas y monumentos, con algunas tradiciones y elementos de las culturas precolombinas, y con un panteón de héroes míticos de las guerras de la Independencia. A partir de ella se armaban colecciones que se

suponía conformaban nuestro estado nación y nos representaban, natural y ontológicamente, como pueblo dentro de un territorio.

Pero todo patrimonio se constituye a través de una puesta en escena que incluye operaciones de selección, combinación, monumentalización, miniaturización y olvido. Tradicionalmente, el patrimonio, la memoria o la cultura nacional se han constituido al servicio de un proyecto político, en el que ciertos actores lograron ordenar un sentido de los bienes y establecerlo como “verdadero”. Actualmente el museo busca incorporar otras verdades. No puede ser la justificación de una identidad, el motivo de una identidad. El fundamento del museo es el interés por el otro, por lo diverso, sea ese un otro presente o el pasado. El contenido de museos nacionales y locales o de comunidad concebidos para mantener y salvaguardar una supuesta identidad inmutable y pura, morirá antes de nacer. Comunidad o localidad no es encerramiento, así como identidad propia no es rechazo de lo otro. La identidad local, como la nacional, debe concebirse como la capacidad de interactuar con múltiples ofertas simbólicas que llegan desde afuera. Hoy somos parte de un tiempo de interculturalidad, desterritorialización e hibridación de culturas, en el que el proyecto de nación y su territorio cerrado e impermeable han entrado en crisis. Las ciudades son escenario de una multiplicidad de identidades en construcción, constituidas, entre otros elementos, por referentes que superan las fronteras locales y nacionales y que son parte de los circuitos transnacionales de producción y consumo cultural.

En un proceso de esta naturaleza, expresiones como “lo nuestro” o “lo nacional”, empiezan a vaciarse de sentido a nivel de las dinámicas culturales. Sin embargo, siguen enarbolándose como los valores supremos de los discursos de orden. La acción de las políticas culturales y, más específicamente, de los museos, no puede estar guiada por una oposición maniqueísta entre la cultura nacional y la extranjera. No hay una localización territorial específica de la producción cultural a la que tienen acceso las mayorías, por lo que las nociones de



Al ser un dispositivo de la memoria, un mecanismo mnemónico, el museo es más que un lugar de almacenamiento o un receptáculo; es un medio y un difusor de memoria social, de fragmentos del mundo contenidos en testimonios materiales, y cumple un papel clave en la transmisión de la herencia cultural.

comunidades cerradas, autosuficientes, de culturas nacionales autónomas o auténticas ya no son sostenibles, menos cuando nuestro país se ve diariamente deconstruido territorial y culturalmente por procesos masivos de emigración. El desafío está en reconceptualizar la identidad cultural; es hora de aceptar una concepción desterritorializada y abierta de las dinámicas culturales en las que se configuran las identidades, sin que esto signifique perder los referentes locales y específicos. Hoy en día, los museos no pueden caer en esencialismos y fundamentalismos de la identidad cultural, en cosificarla y dejar de entenderla como un proceso dinámico en permanente construcción y cambio. Las identidades no se reflejan y preservan en museos o libros de historia, no son patrimonios fijos y estables; son identidades de repertorios múltiples, híbridas, versátiles, que se renuevan y relocalizan todo el tiempo. Aunque suponen un proceso de pérdida, la comprensión de este proceso permite armar una visión de la cultura más tolerante y respetuosa.

Museo y memoria

En este punto es inevitable preguntarse por la relación entre el museo y la memoria. El museo no debe limitarse a constatarla, no es un inventario de las trazas de lo existente, sino que implica una acción con valor cualitativo, una agencia. En nombre de la identidad no podemos caer en un culto de la memoria por la memoria, sino que su uso debe ser racional y crítico, partiendo por reconocer la existencia de una diversidad de memorias en el seno de cualquier sociedad. El museo debe plantearse como reconstructor de una memoria que no ha existido jamás como tal, pero que es una memoria para el futuro, activa y operativa, no un mero depósito del pasado. Es la actualiza-

ción del pasado en todo lo presente, esencial para la comprensión del mundo de la vida.

Para un individuo, la memoria no juega el papel de hacerlo volver al pasado -memoria y recuerdo no se confunden-, sino que implica un orden que es fundamental para la interpretación del presente y para su proyección al futuro.

Es así como tendría que ser entendida la memoria en el museo, como mecanismo transformador que -a la luz de nuevos códigos culturales- vuelve significativos los textos del pasado. Al respecto, Bernardette Dufrene señala que el museo no debe ser considerado el lugar de una memoria conservada sino un medio de activación de memoria plural (Dufrene 1997:13). Al ser un dispositivo de la memoria, un mecanismo mnemónico, el museo es más que un lugar de almacenamiento o un receptáculo; es un medio y un difusor de memoria social, de *fragmentos del mundo* contenidos en testimonios materiales, y cumple un papel clave en la transmisión de la herencia cultural.

La memoria funciona como un recorrido, la cara opuesta del olvido que carece de lugar y de imagen. La memoria es selección e implica olvido, y en ese juego define a los individuos y a la sociedad. El museo tiene responsabilidad en recuperar la trama de la memoria, no su imagen. Con ello quiero decir que en la trama también están los huecos, las ausencias. Pero, ¿cómo interpretar el olvido? El olvido, la selección, el silencio, la exclusión, la inhibición, son el lado negativo de la memoria que debe estar presente en la reflexión museológica y sobre el patrimonio. ¿Cómo hacer memoria de lo no memorable, de lo inaceptable, de aquello que, en principio, no requeriría más que el olvido?⁵

5 Si bien es el individuo el que recuerda, en el ámbito colectivo son los grupos sociales los que determinan

Si podemos plantear un museo que se define por la experiencia de la memoria, una de las preguntas fundamentales sería cómo gestionar la memoria pública, sus huellas, los testimonios materiales e inmateriales de la misma, dentro de un esfuerzo de fidelidad y justicia. El museo debe hacer más reflexivo su proceso de selección, exponerlo, develarlo, decir por qué selecciona algo y deshecha lo otro, hacer una ciencia de la selección y desarrollar la sabiduría del recordar, con una connotación evidentemente ética. En todo ello debe tener presente que su material de trabajo es una memoria en movimiento, en la que interaccionan actores, objetos, ideologías y representaciones. Es un metalenguaje constituido por expresiones materiales e inmateriales de la memoria. No hay un recordar perfecto, ni una reconstrucción de lo real. Todo hecho museológico es parcial. Pero, al ser transformador de la conciencia, debe hacer explícito lo que deja de lado. El museo tiene la responsabilidad ser un instrumento crítico, de contar las otras historias, lo olvidado por la memoria oficial. La crítica de la historia ejercida a tres niveles: documental, explicativo e interpretativo, evita que la memoria se desplace hacia la nostalgia o el error. Por eso en el museo el trabajo de los historiadores y otros especialistas, debe confrontarse con el de la comunidad:

“Sin estas múltiples vigilancias se desemboca fácilmente en la explotación de la memoria colectiva a fuerza de celebraciones, de monumentos volcados hacia el espectáculo, el decorado, el ensueño, la teatralización. Al mismo tiempo que se empobrecen las memorias individuales vivimos una época de frenesí de la conmemoración, especie de rememoración colectiva obligada” (Bellaigue, Menu 1997:49).

qué debe ser recordado, qué es memorable y la forma que toma eso que debe ser recordado. Es por eso que parte de nuestros recuerdos lo constituyen cosas no experimentadas directamente por nosotros. Un papel similar, en cuanto a la definición de lo *memorable*, lo cumplirían los historiadores y ciertas instituciones como los museos. Para una aproximación a los mecanismos de la memoria colectiva, ver Maurice Halbwachs, 1992.

¿Cómo puede ser el museo una experiencia de memoria?⁶ ¿Cómo despertar una memoria íntima, o una memoria colectiva, o la conjugación de ambas, ofreciendo a la imaginación y a la sensibilidad la posibilidad de acercarse al gesto que esconden los objetos, al *aura de las cosas*? Imaginación y memoria convierten a la ausencia en un terreno fértil de posibilidades. Este tema plantea nuevas formas de aproximarse a la museología y a la idea misma de museo. La museología debe interrogar a la memoria y preguntarse sobre las formas en las que ésta se vuelve colectiva, se integra en la memoria social. Si la memoria y la imaginación surgen de la intimidad personal a un nivel de sensación, ¿cómo traspasar esa experiencia, desde ese lugar privado, a un espacio abierto, accesible y público como el museo?

Los museos y las nociones de patrimonio que comúnmente manejan las instituciones culturales son, en general, ineficientes en la preservación de la experiencia de lo inmaterial.⁷ A pesar de los cambios producidos y de la incorporación de las dudas y las preguntas que afectan a todas las ciencias sociales, el debate sigue en pie. El anacronismo no ha desaparecido y es evidente que se sigue haciendo hincapié en los productos culturales -olvidando la responsabilidad en procesos culturales y naturales-. Aún hoy muchos de nuestros museos se sostienen en el hecho de arrancar los bienes culturales de su contexto originario y reordenarlos arbitrariamente, anulando conflictos, sufrimientos, dominaciones, aspiraciones. Al exhibir piezas fuera de su uso cotidiano o ritual, al presentarlas como arte y convertirlas en obras, se engendra, a partir de la belleza, una uniformidad que esconde las contradicciones presentes en la creación misma de los objetos:

“La fascinación ante la belleza anula el asombro ante lo distinto. Se pide la contempla-

6 Teniendo en cuenta que experiencia es pasaje, viaje, movimiento.

7 Al respecto Ivo Maroevic (1997) ofrece un interesante análisis sobre la noción de “musealidad”, como el valor inmaterial o la significación del objetos, lo que ofrece la causa o razón de su musealización.

ción, no el esfuerzo que debe hacer quien llega a otra sociedad y necesita aprender su lengua, sus maneras de cocinar y de comer, de trabajar y de alegrarse. Estos museos sirven poco para relativizar los propios hábitos... entregan a los familiarizados con la estética culta una visión doméstica de la cultura universal” (García Canclini 1990:164).

Los objetos coleccionados no son más que una base de la memoria, y tal vez el papel que debería hacer el museo es el de abrir interrogaciones en torno a ellos. ¿Cómo abordar el carácter polisémico de los objetos? Es imposible dar cuenta en una exposición o investigación del conjunto de aspectos de un proceso histórico o de las obras exhibidas. Si embargo, sí es posible incorporar la modificación periódica de puntos de vista, multiplicar las vías de acceso a las obras y abrir los objetos en su carácter complejo, a través de sus articulaciones y contextos.

Museos y Patrimonio

Los museos son instituciones de pertenencia cultural. En ese sentido, son elementos esenciales en la vida de la comunidad, pero no como meros conservadores del pasado, sino como suscitadores. Deben llevar a una reflexión del pasado pero a partir de problemas del presente, y ayudar a aclarar un futuro cada vez más incierto. Al mismo tiempo, más que fuentes de consenso colectivo, deben abrir preguntas sobre las contradicciones que expresan. Lo mismo podemos decir del papel que debería cumplir el patrimonio cultural, como conjunto de bienes materiales e inmateriales, al interior de un grupo social.

Hoy en día, el “patrimonio cultural” sirve de justificación para emprender las más variadas acciones en las ciudades históricas del mundo. Quito, “Patrimonio Cultural de la Humanidad” desde hace 25 años, no está exento de ello y vive por estos días con especial énfasis esa condición. Los criterios que definen el patrimonio cultural son también los que sirven de punto de partida para defi-



Tomado de El Ecuador en el Centenario de la Independencia de Guayaquil, Nueva York, 1920

Quito. Museo Militar, hacia 1920

nir las actividades y políticas culturales de la ciudad, incluidas las que tienen relación con los museos. Todos hablamos de patrimonio cultural, todos cuidamos el patrimonio cultural, todos debemos sentirnos felices por el embellecimiento y limpieza del Centro Histórico. No nos preguntamos -se consideraría anti-cívico- qué efectos tienen las acciones emprendidas en nombre del “Patrimonio Cultural” (con mayúsculas y cosificado) sobre quienes habitan y han dado forma a los espacios intervenidos.⁸ El embellecimiento y la limpieza, que restauran una supuesta imagen colonial de la ciudad “histórica”, pueden ser excluyentes y significar desarraigos, segregaciones y marginaciones. Estamos hablando de un espacio cultural tangible e intangible de enorme riqueza pero plagado a lo largo del tiempo de profundas diferencias sociales, donde la brecha entre los que tienen más y menos es cada vez mayor y en donde la cohesión social y la tolerancia se ven seriamente disminuidas frente a la exclusión y la discriminación. Las nociones de patrimonio cultural ya casi naturalizadas en la ciudad, apuntan a salvaguardar lo material, mostrando una homogeneidad ajena a los procesos y conflic-

8 Me refiero al contenido que da forma, no a la forma externa, al cascarón.

tos culturales que poblaron las calles, plazas y casas de la vieja ciudad, y que hoy han sido desplazados por impresentables, porque no entran en la categoría de lo “memorable”. La sensación es que lejos de buscar las razones de la condición cultural material e inmaterial excepcional de Quito en la vida cotidiana de la gente que la habita y la construye día a día, en esas culturas entrecruzadas, su valor pasó a asimilarse y reducirse a lo meramente arquitectónico y artístico. Es una memoria de una sola dimensión, la de la lámina, la postal. El tiempo y la profundidad quedan abolidos.

Uno de los problemas de este proceso es que la selección de los elementos que hacen la herencia y el patrimonio cultural —algunas de las formas de la memoria— se hacen sobre criterios exteriores a la comunidad. Si a ello sumamos el embate de los mercados culturales (circuitos de producción—consumo), con la consecuente pérdida de participación de las comunidades en la construcción de sus propios valores y significados culturales, es evidente que la democracia cultural todavía es una aspiración. Aún hoy la decisión sobre cuáles son los bienes y procesos culturales más valiosos o significativos para la comunidad está en manos de muy pocos. En ese sentido es clave que los gobiernos locales, como ya sucede en algunas ciudades latinoamericanas, impulsen procesos de participación, educación y organización en relación a los derechos culturales. Es a partir de la toma de conciencia de esas necesidades que la gestión cultural —y de museos— adquiere sentido.

El Centro Histórico es hoy, sin que académicos y especialistas tengamos que hacer ningún esfuerzo, un museo vivo, que hace falta descubrir y escudriñar. Es a ese museo vivo al que tenemos la responsabilidad de convertir en participativo. Junto a los deberes y obligaciones que se debe exigir a quienes habitan o usan cotidianamente este espacio patrimonial, es un imperativo reconocer que esos ciudadanos/as tienen derechos a participar en la definición de las políticas y usos culturales del Centro Histórico; derecho a que las intervenciones que se hagan en él, los tomen en cuen-

ta; derecho a que los criterios de planificación y conservación contemplen sus necesidades; derecho a opciones de entretenimiento y educación en cuya programación se haya escuchado su voz.

Al ser una de las formas de la memoria, el patrimonio debería ser dinámico, plural, ligado a la diferencia. Sin embargo, domina una noción de patrimonio como un conjunto de bienes estables, neutros, con valores y sentidos fijados de una vez y para siempre. Las acciones que emprenden las autoridades culturales no pueden mantener como criterio de valoración la autenticidad u originalidad. Lo auténtico es una invención moderna y transitoria. Es necesario enfrentar desde espacios académicos y de acción social esa tendencia oficial, diseminada en ciertos sectores de la sociedad, de anclar la memoria en el pasado que conviene, dar valor de autenticidad a lo arcaico, a lo “antiguo”, aquello en lo que las distintas voces, las injusticias, las disputas, desaparecen detrás de un manto uniforme de pasado nostálgico. La tarea de la política cultural y de investigación respecto del patrimonio no es rescatar los objetos auténticos de una sociedad, sino tomar en cuenta el carácter procesal del patrimonio, y su transformación en las sociedades contemporáneas, dejar de aferrarse a lo arcaico y reconocer lo emergente, romper con la oposición entre un pasado sacro y un presente profano. El patrimonio como capital cultural se acumula, se reconvierte y es apropiado de manera desigual por diversos sectores. Si es comprendido de esa manera, permite introducir mayor libertad y creatividad en la relación de las comunidades con el patrimonio.

Desde esta perspectiva, los museos, el Centro Histórico y las nociones de patrimonio que los sustentan, deben partir por enfrentarse a esa reconceptualización de su razón de ser y su función. Si en otros tiempos la defensa del patrimonio y la identidad se traducían en la mera práctica de coleccionar, preservar y exhibir objetos, los acontecimientos actuales, los conflictos urbanos, étnicos, nacionales y políticos, han llevado a que hoy se

... pida que los objetos coleccionados expliquen el pasado pero desde el presente, aclaren el futuro. En ese sentido, el museo, además de su responsabilidad en la conservación de objetos, debe preguntarse sobre las maneras en la que los diferentes públicos reciben o se apropian de las colecciones, así como tomar en cuenta su opinión en la elaboración de temas y la elección de contenidos. Nuestro país -y nuestra ciudad, Quito- ha carecido de una política cultural orgánica a nivel nacional. Entre otras cosas, eso se refleja en la deficiencia de algunos de sus museos, en la carencia de relaciones con el sistema educativo y en el hecho de que los que existen luchan por sobrevivir. El manejo del patrimonio histórico ya no puede corresponder únicamente a los especialistas del pasado; es la comunidad la que debe involucrarse, y por comunidad entendemos, la comunidad del Centro Histórico, y la ciudadanía en general, una ciudadanía que demanda espacios diversos de participación, entretenimiento, expresión y aprendizaje.

En un momento de crisis del país, de crisis del concepto de "identidad" y de crisis general de los museos, es un reto preguntarse sobre el aporte y el papel de los museos en un espacio tan rico, dinámico y dramático como el de nuestras ciudades. Si en nombre del patrimonio y la identidad, el museo intenta restaurar la memoria, o las memorias, tiene una enorme responsabilidad, porque preservar, recuperar y conservar la memoria, es un acto de apuesta al futuro. El museo ya no es un lugar de nostalgia, donde el pasado se presenta como mito; hoy se convierte en un lugar de intercambios, y abre la posibilidad de que los problemas actuales articulen la noción de patrimonio, una noción que debe anclarse en el presente y en el futuro, no en un pasado ideal y lejano. Las políticas culturales, la investigación y la interpretación del patrimonio, la creación y gestión de museos deberían dar las bases para una reelaboración histórica de acuerdo con las necesidades del presente, y en la búsqueda de un futuro mejor. La gestión cultural, en fin, debería estar impregnada de una voluntad transformadora, ser un vehícu-

lo de conciencia social y desarrollo que apunte a la libertad y no a la servidumbre de hombres y mujeres. No sólo los involucrados directamente en la gestión cultural, sino los ciudadanos y ciudadanas, tenemos la responsabilidad y también el derecho de construir, a través de instituciones culturales como los museos, la posibilidad o la esperanza de una ciudad diferente, no más culta, pero sí más justa y participativa, una ciudad mejor para vivir.

Bibliografía

- Bellaigue, Mathilde y Michel Menu, 1997, "Museología y las formas de la memoria" en *Memorias del VI Encuentro Regional del ICOFOM-CAM: Museos, Memoria y Patrimonio en América Latina y el Caribe*, Cuenca, pp. 45-53.
- Berman, Marshall, 1997, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, México.
- Certeau, Michel de, 1985, *La Escritura de la Historia*, Universidad Iberoamericana, México.
- Dufrene, Bernardette, "Museología y memoria. La experiencia de la memoria", en *Memorias del VI Encuentro Regional del ICOFOM-CAM: Museos, Memoria y Patrimonio en América Latina y el Caribe*, Cuenca, pp. 13-19.
- García Canclini, Néstor, 1995, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- , 1990, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*, Grijalbo, México.
- Groys, Boris, 1995, "El Papel del Museo en una época de Fragmentación de los Estados-Nación", en *Noticias del ICOM*, No.4, vol. 48, Boletín del Consejo Internacional de Museos París, pp.2-3.
- Halbwachs, Maurice, 1992, *On Collective Memory*, University of Chicago, Chicago.
- Le Goff, Jacques, 1991, *El Orden de la Memoria. El tiempo como imaginario*, Ediciones Paidós, Barcelona.
- Macdonald, Sharon, 1996, "Theorizing museums: an introduction", en *Theorizing Museums*, Sharon Macdonald y Gordon Fyfe, editores, Blackwell Publishers, Oxford.
- Maroevic, Ivo, 1997, "El rol de la musealidad en la preservación de la memoria", en *Memorias del VI encuentro Regional del ICOFOM-CAM*, Cuenca, pp.98-104
- Marepo Eoe, Soroi, 1995, "El papel de los Museos en la creación de una unidad nacional", en *Noticias del ICOM*, No.4, vol. 48, Consejo Internacional de Museos, París, p.4.
- Olivares, Rosa, 1995, "Los Límites del Museo. Una historia sin final", en *Lápiz. Revista Internacional de Arte*, Año XIII, No.113, Madrid, Junio, pp. 52-57.
- Rioux, Jean-Pierre, 1999, « Introducción. Un terreno y una mirada » en Rioux Jean-Pierre y Jean-François Sirinelli, *Para una Historia Cultural*, Taurus, Madrid, pp. 9-26.
- Risnicoff, Mónica, 1997, "Los museos en la búsqueda de la memoria perdida", en *Memoria del ICOFOM CAM 1997*, VI Encuentro Regional: *Museos, Memoria y Patrimonio en América Latina y el Caribe*, Cuenca, pp.90-93.

Dolarización y desdolarización: más elementos para el debate

Rafael Correa¹

El presente artículo pretende hacer un análisis crítico y dar algunos aportes al dossier sobre dolarización publicado en la revista *Íconos* No.19. El dossier estuvo compuesto de seis artículos: “Auge y derrumbe de la convertibilidad argentina: lecciones para el Ecuador”, de Saúl Keifman; “América Latina: buscando el rumbo perdido”, de Carlos Parodi; “Dolarización y desarrollo humano en Ecuador”, de Carlos Larrea; “Dolarización o desdolarización: ¿esa no es toda la cuestión!”, de Alberto Acosta; “Costos del abandono de la dolarización”, de Marco Naranjo, y “El dólar vale más”, de Emilia Ferraro. La introducción al dossier, titulada “Dolarización y desdolarización: elementos para el debate”, estuvo a cargo del profesor Fander Falconí.

Mi artículo se estructura de la siguiente manera. Primero realizo un pequeño resumen de cada uno de los artículos del dossier y luego, en la siguiente sección, tomo como eje de discusión el artículo del Dr. Marco Naranjo, el único autor abiertamente a favor de la dolarización, tratando de utilizar aportes de los demás artículos, así como mis propios aportes, para discutir en forma más pormenorizada

Correa, Rafael, 2004, “Dolarización y desdolarización: más elementos para el debate. Comentarios al dossier de Íconos 19”, en *ICONOS* No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 84-89.

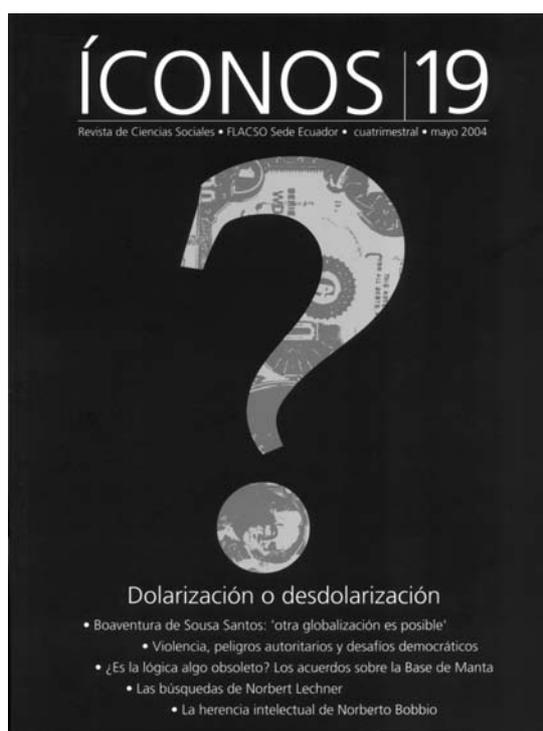
los principales argumentos a favor y en contra de la dolarización y de una posible salida ordenada.

Finalmente, como señala el profesor Falconí con acierto, es necesario evitar el error de Argentina de negarse a discutir sobre la convertibilidad, lo que produjo la salida anárquica de la rigidez cambiaria. Sólo recordemos que hay pocas cosas irreversibles en economía, y la dolarización no es una de ellas.

Los artículos del dossier

Saúl Keifman nos dice que la crisis argentina no se debió a factores exógenos, sino a las propias políticas aplicadas entre 1991 y 2001. Señala que el sistema de convertibilidad fracasó porque tenía en sí mismo la semilla de la destrucción. Rechaza la hipótesis de que el sistema fracasó por los déficits fiscales (hipótesis fiscalista) y demuestra que los déficits crecientes de la segunda mitad de la década de los noventa fueron de naturaleza endógena, provocados por el propio sistema de convertibilidad. Finalmente, advierte algunas lecciones para el Ecuador; básicamente que tanto la convertibilidad como la dolarización asumen que una economía de mercado librada a sí misma tiende al equilibrio con pleno empleo, visión que ya ha sido desmentida por la historia y refutada por la teoría económica. Además, señala que ambos regímenes responden al supuesto de que el único problema macroeconómico es la inflación y de que ésta se origina en el financiamiento del déficit fiscal con emisión monetaria. Consecuente-

¹ Ph.D. en Economía. Profesor de la Universidad San Francisco de Quito.



mente, si se elimina la soberanía monetaria, se impone la disciplina fiscal y se alcanza la estabilidad de precios.

Carlos Parodi demuestra -con indicadores de crecimiento, distribución y pobreza- el fracaso de la estrategia de desarrollo seguida por América Latina en los últimos años, y señala como único logro el control de la inflación. Señala que las crisis que ha sufrido América Latina son producto de las propias reformas estructurales realizadas bajo la orientación del Consenso de Washington. Resalta la necesidad de pensar en forma globalizada, pero sin ninguna clase de dogmatismo. Finalmente, rescata de la experiencia argentina 16 lecciones entre las que resalta que los tipos de cambio fijos, en un entorno de movilidad de capitales, son más vulnerables a los ataques especulativos.

Carlos Larrea sostiene que la recuperación que se ha observado en los últimos años en Ecuador obedece a las remesas de emigrantes, al alza del precio del petróleo y al impacto de la construcción del OCP, pero no refleja una dinamización de las exportaciones. Señala que, después de cuatro años, los resultados positivos que supuestamente

ofrecía la dolarización aún no se han cumplido. Manifiesta que mantener la dolarización producirá bajo crecimiento y deterioro de las condiciones sociales y ambientales difícilmente compatibles con la democracia, aunque anota que el retorno a un tipo de cambio flexible es complicado. Finalmente, acota que más allá del problema de la dolarización, lo que se evidencia es la incapacidad de las fuerzas de mercado para lograr un adecuado desarrollo.

Alberto Acosta considera posible, aunque compleja, una salida ordenada de lo que él llama la “trampa cambiaria”. Además de ciertos requisitos técnicos, señala la necesidad de consenso político para una salida. También resalta la necesidad de ir, en el mediano plazo, a uniones monetarias regionales y superar definitivamente el modelo neo-liberal.

En su artículo, Marco Naranjo señala que la dolarización representa todo un cambio del sistema económico, que ésta ha sido un éxito por sus resultados positivos, y que abandonar la dolarización representaría costos sociales y económicos enormes. En otras palabras, no es deseable ni posible la salida del sistema monetario.

Finalmente, Emilia Ferraro nos da una interpretación de la dolarización más allá de la Economía. Nos dice que la evaluación de la dolarización por parte de la gente común no es económica, sino que se da en el imaginario de la gente, básicamente como el rechazo a un estado y a una identidad nacional desgastados.

¿Ciencia o propaganda? Respondiendo los argumentos del Dr. Naranjo

La dolarización oficial: mucho más que un sistema cambiario

Marco Naranjo señala en su artículo que la dolarización oficial de una economía “significa mucho más que una variación en el régimen cambiario. Significa, en realidad, la puesta en marcha de un nuevo sistema econó-

mico...” (Naranjo 2004:66). Aquí podemos encontrar una contradicción en los defensores del esquema dolarizador: mientras que muchos, para justificar los fracasos del esquema, argumentan que no es más que un sistema cambiario, y que los verdaderos problemas se hallan en factores estructurales de la

economía (verdad de perogrullo), Naranjo nos dice que la dolarización representa todo un nuevo sistema económico. En realidad, coincido mayormente con la posición de Naranjo: la dolarización oficial ecuatoriana representó el cambio institucional más profundo en toda la historia del sistema económico del país. Sin embargo, es incorrecto decir que es un nuevo sistema económico. En realidad, es la profundización más extrema -e ingenua- del



sistema de mercado, donde se reduce la moneda exclusivamente a un medio de cambio, perdiéndose su dimensión de instrumento de coordinación económica y social. Retomando lo que dice Keifman en *Íconos* 19, “lo que subyace a la convertibilidad y dolarización es la visión de que una economía de mercado librada a sí mismo tiende automáticamente al equilibrio con pleno empleo” (Keifman 2004:32).

La economía ya estaba informalmente dolarizada

Marco Naranjo manifiesta que “en un porcentaje muy elevado (cerca del 90%) las fun-

ciones del dinero se habían trasladado al dólar... Por lo señalado, se puede afirmar que la dolarización oficial no hizo otra cosa que confirmar y formalizar lo que en la práctica diaria ya existía, esto es, una dolarización de facto o extraoficial generalizada” (Naranjo 2004:66). Este ha sido un argumento recurrente de los dolarizadores: según ellos, en una muestra de gran espíritu democrático, no hicieron otra cosa que interpretar el deseo de los agentes económicos. Sin embargo, aquí existen al menos dos errores y verdades a medias:

- a) La elevada dolarización informal de los activos y pasivos financieros fue permitida e incluso inducida por las reformas realizadas durante los años 90. De esta forma, a inicios de la década, y antes del proceso de reformas -básicamente la liberalización financiera-, el porcentaje de depósitos en dólares era menor al 5%. Si, como manifiesta Keifman, la dolarización progresiva del sistema financiero es un problema, la solución no es precisamente formalizar el problema.
- b) El criterio de que la política económica debe responder a las situaciones de hecho, sin capacidad para inducir, corregir o controlar acciones, es extremadamente peligroso. Precisamente en eso consiste la macroeconomía: en reconocer que las estrategias óptimas microeconómicas, no necesariamente son las estrategias óptimas colectivas. Los dolarizadores obvian cosas tan elementales como la falacia de la composición: lo que es bueno para las partes, no es bueno para el todo.

Resultados positivos de la dolarización

El Dr. Naranjo manifiesta que “una muy breve evaluación del sistema de dolarización en el Ecuador, nos evidencia resultados bastante positivos” (2004:66-67). En esto, encontramos uno de los principales problemas intelectuales del discurso pro dolarizador: realizar la comparación de indicadores con el peor año de la historia económica del país. Esto sería

El debate sobre la dolarización involucra el porvenir económico y social de nuestros países. Significa superar simplismos como el "dogma de la estabilidad", repensar la noción y estrategia de desarrollo, y la necesidad de remediar la inconformidad de la población con un Estado y una identidad nacional desgastada.

igual que decir que, con un sistema cambiario completamente opuesto al de Ecuador, Argentina es la campeona regional de crecimiento, sin mencionar la espectacular caída de su producto en la crisis del año 2001.

Por ejemplo, Naranjo nos dice que los salarios pasaron de 50 dólares en 1999 a 148,6 dólares, sin mencionar que, en términos reales, jamás recuperaron los niveles pre-crisis. De hecho, no se alcanza a comprender cómo en el discurso pro dolarizador el incremento de los salarios es el principal logro y a la vez el principal problema, ya que muchos dolarizadores se basan en esta situación para justificar la falta de competitividad del país. En realidad, el fracaso e insostenibilidad de la dolarización ecuatoriana son cada vez más claros. Así, dada una inflación acumulada de cerca del 150% desde que se inició la dolarización, Ecuador ha sufrido la apreciación del tipo de cambio real y, como consecuencia de aquello, un déficit no petrolero que en el 2003 fue de 2100 millones de dólares, cerca del triple del promedio de antes de la dolarización. Pese a haber gozado de los más altos precios del petróleo de los últimos 20 años, Ecuador también acabó con déficit comercial total por tercer año consecutivo, situación que desde 1979 al 2000, esto es, hasta antes de la dolarización, sólo había ocurrido en 1987 por la ruptura del oleoducto, y en 1998 por el desplome de los precios del petróleo. En esto, Saúl Keifman no deja lugar a dudas: “uno de los problemas más serios de la convertibilidad fue el nivel del tipo de cambio real que se cristalizó con la estabilización” (Keifman 2004:27).

Directamente relacionado al problema externo está la incapacidad de la economía para generar puestos de trabajo, por lo que las tasas de desempleo abierto y sub-empleo son persistentemente altas, pese a la gran emigración de la fuerza laboral. De hecho, si no fuera por la emigración, la tasa de desempleo superaría el 20%. De igual manera, la necesidad de una política fiscal extremadamente recesiva para evitar mayores daños en el sector externo, está conduciendo a la generación de déficit endógenos, que agravan aún más la situación fiscal.²

Por otro lado, pese a las extraordinarias condiciones externas del 2003 y, particularmente, un precio del barril de petróleo que bordeó los USD\$ 27 -el mayor precio de los últimos 20 años- cuando fue presupuestado a USD\$ 8, el país creció tan solo 2.7%, mientras que el sector no petrolero creció tan sólo 1.4%, la tasa más baja de los diez últimos años, exceptuando la gran crisis de 1999. Lo anterior significa que el PIB no petrolero por habitante, verdadera medida de la capacidad de generar riqueza de los ecuatorianos, *decreció* en el último año. Todo esto es más grave aún si consideramos que la recuperación de las crisis financieras en América Latina ha tomado un promedio de tres años. Aunque la crisis sufrida por el país fue de las más fuertes de la región, la medida tomada -la eliminación de la moneda nacional- también fue la más drástica de las medidas. Sin embargo, Ecuador nunca recuperó los niveles de actividad económica y bienestar del período pre-crisis, y la poca recuperación lograda claramente ya está llegando a su fin. Obviamente, los pobres resultados en cuanto a crecimiento no son sólo consecuencia del esquema monetario vigente, sino también de una pésima política fiscal, cuyo análisis escapa al alcance de este artículo.

De esta forma, para su crecimiento en el mediano y largo plazo, Ecuador sigue apostando prácticamente en forma total a los altos precios del petróleo y a incorporar nueva producción petrolera, factores externos que, además de incrementar la vulnerabilidad de la economía, tienen un efecto tan solo marginal en cuanto a bienestar y generación de empleo. Es decir, las altas tasas de crecimiento anunciadas para los próximos años, de mate-

2 En este sentido, las similitudes con el caso argentino son impactantes. Para mantener la convertibilidad, el gobierno de De la Rúa optó por tratar de lograr superávit fiscales aumentando la presión tributaria y reduciendo salarios en el sector público, con lo que aniquiló la demanda interna, deprimió aún más la economía y, finalmente, deterioró mayormente la situación fiscal por la disminución de la base tributaria (Rubini 2003).

rializarse, se estarían dando sobre la base del consumo de un activo, el petróleo, y no en función de la generación de valor agregado y puestos de trabajo productivo. Por el contrario, como ya se está observando, el espejismo del petróleo ocultaría una sistemática destrucción de la base productiva nacional, consecuencia del esquema monetario que mantiene el país.

Los costos de salida

Coincido en general con los graves riesgos y costos que implicaría una salida de la dolarización. Lamentablemente, temo que no es un problema de elección. En el caso argentino, con niveles de desarrollo muy superiores a los del Ecuador, se *tuvo* que salir de la convertibilidad. Hoy, dadas las favorables condiciones externas, tal vez es el momento menos riesgoso para ensayar una salida ordenada a la dolarización, antes que los fundamentos económicos se deterioren aún más.³ Sin embargo, además de los grandes desafíos técnicos para salir de la dolarización, se trata sobre todo de un problema de consenso político y social.⁴ De lograrse dicho consenso, *todavía totalmente ausente en el país*, la parte técnica tendría que enfrentar tres problemas fundamentales e interrelacionados entre sí: a) crear demanda por la nueva moneda, es decir, superar lo que Dr. Naranjo llama la “crisis de confian-

za en la nueva moneda”, b) evitar una crisis bancaria por corrida de depósitos, y c) evitar una crisis de balanza de pagos por salida de capitales, es decir, evitar lo que el Dr. Naranjo llama la “liquidación del sistema

financiero”. Además de lo anterior, para minimizar los costos de salida y, sobre todo, los grandes ganadores y perdedores como en el caso argentino, la salida de la dolarización debería realizarse de manera paulatina, e implicaría un largo período de tiempo, dividido en forma general en tres etapas: una primera etapa de “blindaje financiero y externo”, una segunda etapa de “desdolarización” y una tercera etapa de “corrección de precios relativos”.

Los costos de volver a tener moneda nacional

Sin embargo, para el Dr. Naranjo no sólo existen inmensos costos de salida, en lo cual, insisto, coincidimos, sino que también ve inmensos costos en el mismo hecho de tener una moneda nacional. Así, el Dr. Naranjo manifiesta que “con la moneda nacional aparecerá nuevamente el círculo vicioso aberrante de déficit fiscal, inflación, devaluación, altas tasas de interés, especulación y rentismo, paralizando el aparato productivo, incrementando el desempleo, disminuyendo salarios y los ingresos reales, generando fugas de capitales, fragilidad financiera y fuga de compatriotas” (Naranjo 2004:69). Este es un grave error del Dr. Naranjo, de los dolarizadores y,

3 Esto es aún más urgente en medio de la fiebre aperturista-comercial que vive el país. En efecto, mayores liberalizaciones comerciales manteniendo un tipo de cambio fijo extremo como la dolarización, es sencillamente un desastre anunciado.

4 En el caso de la convertibilidad argentina, dicho consenso se logró cuando ya la crisis era demasiado grave, y precisamente como consecuencia de ésta. Jameson (2003) manifiesta que “mientras más tiempo un país espera para enfrentar el problema de la disparidad entre crecimiento de la productividad y costos domésticos y la consecuente sobrevaluación del tipo de cambio, más duro será romper el lazo. En consecuencia, el argumento a favor de romper la dolarización debe ser hecho temprano, y la coalición de soporte debe ser establecida con aprobación internacional mucho antes de que la economía se deteriore”.



en general, de la mayoría de los hacedores de política ecuatorianos: presentar como hechos científicos lo que son simplemente conjeturas. Lo manifestado por el Dr. Naranjo implicaría que el poder de emitir moneda es malo *per se*, lo cual no resiste ningún análisis serio. El Dr. Naranjo intenta poner en el principio de todos los males el supuesto déficit fiscal que se produciría con una moneda nacional, obviando el hecho de que la crisis de 1999 fue una crisis bancaria, la cual se transformó en crisis monetaria no por ningún déficit fiscal, sino por el poder de los banqueros para traspasar el costo de la crisis a toda la sociedad por medio de la ley de garantía de depósitos (Ley AGD) que obligó al Estado a emitir dinero para respaldar el 100% de los depósitos bancarios.

Como manifiesta Keifman, en la visión simplista de los partidarios de la convertibilidad y dolarización, “el único problema macroeconómico es la inflación y ésta se origina en el financiamiento del déficit fiscal con emisión monetaria” (Keifman 2004:32).

A modo de conclusión

Como también acertadamente señaló Fander Falconí, el debate sobre la dolarización realmente involucra el porvenir económico y social de nuestros países. Significa superar simplismos como el “dogma de la estabilidad”, cuya expresión más extrema es, sin duda, la dolarización ecuatoriana. Un tipo de cambio fijo irreversible, en una economía abierta, pequeña y de baja productividad, es claramente un disparate técnico, que seguramente algún día controlará la inflación, pero probablemente quebrando al sector real de la economía. Significa, como lo señalan Alberto Acosta, Carlos Parodi y Carlos Larrea, repensar la noción y estrategia de desarrollo, pues se trata de recuperar políticas económicas soberanas en función de verdaderos proyectos na-

cionales, e impedir que las economías y el bien común estén sujetos al arbitrio de la entelequia del mercado. Significa, como bien nos recuerda Emilia Ferraro, la necesidad de remediar la inconformidad de la población con un Estado y una identidad nacional desgastada. Es decir, recuperar nuestro capital social, destrozado por políticas económicas absurdas.

Bibliografía

- Acosta, Alberto, 2004, “Dolarización o desdolarización: ¿esa no es toda la cuestión!”, en *Iconos* No. 18, FLACSO-Ecuador, Quito, pp. 54-65.
- Falconí, Fander, 2004. “Dolarización y desdolarización: elementos para el debate”, en *Iconos* No. 18, FLACSO-Ecuador, Quito, pp. 22-24.
- Ferrero, Emilia, 2004. “Costos del abandono de la dolarización”, de Marco Naranjo, y “El dólar vale más” en *Iconos* No. 18, FLACSO-Ecuador, Quito, pp. 71-77.
- Jameson, Kenneth, 2003, “Is it Possible to Exit Dollarization?”, Universidad de UTA, Salt Lake City-UTA, mimeo.
- Keifman, Saúl, 2004. “Auge y derrumbe de la convertibilidad argentina: lecciones para el Ecuador”, en *Iconos* No. 18, FLACSO-Ecuador, Quito, pp. 25-34.
- Larrea, Carlos, 2004, “Dolarización y desarrollo Humano en Ecuador”, en *Iconos* No. 18, FLACSO-Ecuador, Quito, pp. 43-53.
- Naranjo, Marco, 2004, “Costos del abandono de la dolarización”, en *Iconos* No. 18, FLACSO-Ecuador, Quito, pp. 66-70.
- Parodi, Carlos, 2004, “América Latina: buscando el rumbo perdido” en *Iconos* No. 18, FLACSO-Ecuador, Quito, pp. 35-42.
- Rubini, Héctor, 2003, “Evaluación del plan de convertibilidad de la República Argentina (1991-2002)”, Ponencia presentada en Flacso-Ecuador, Febrero de 2003, Quito.

iconofilia y prácticas artísticas

Apuntes sobre la Bienal de Cuenca

Ana Rodríguez¹

Tomando herramientas críticas de distintas tradiciones disciplinarias, en este artículo se intenta hacer una lectura crítica de la propuesta conceptual de la VIII Bienal Internacional de Cuenca 2004, cuya convocatoria se intituló *Iconofilia* y que generó una serie de debates acerca del rol de las imágenes en la sociedad contemporánea y del lugar que ocupan las prácticas artísticas en esta discusión. Muchas de las preguntas que aquí surgen son de tipo epistemológico en la medida en que proponen que las obras de arte son significadas en territorios que desbordan el estricto circuito artístico y que, a su vez, modifican los límites del campo del arte. El territorio al que más importancia se ha dado es el de la dimensión política de las imágenes ya que ésta no concierne solamente al campo del arte sino a las imágenes que generamos y consumimos cotidianamente y frente a las cuales la recuperación de la palabra se hace necesaria.

Para poder abordar el tema de la iconofilia y su relación con las prácticas artísticas es necesario empezar tratando de elucidar en qué medida la iconofilia contemporánea, entendida como una reflexión sobre las relaciones entre imagen y poder, entre escritura y políti-

dad, más que un simple tema desde el cual producir arte (como lo hace de forma un tanto reductora la convocatoria a la VIII Bienal Internacional de Cuenca), es una categoría analítica que nos permite reflexionar sobre las relaciones entre las prácticas artísticas y sus significaciones e implicaciones políticas y sociales².

Así, muchas obras de arte ponen en el tapete de modo fuerte lo que Arthur Danto (2002) llama una zona de “indiscernibilidad” entre el arte y la publicidad u otras áreas de la comunicación de masas, mimetizando formatos o discursos para proponer problemáticas comunes. En esa reflexión Danto diluye la idea de paradigmas específicos ligados a un campo de saber, así como diluye la idea de diferencia ligada a un lugar de enunciación, como lo explicaba ya Borges al escribir *Pierre Menard autor del Quijote* (en Borges 2001 -

Rodríguez, Ana, 2004, “Iconofilia y prácticas artísticas. Apuntes sobre la Bienal de Cuenca”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 90-95.

1 Master en Estética y en Artes Plásticas por la Universidad de París 1. Master (c) en Estudios Culturales por la UASB. Profesora FAD - PUCE.

2 Valdría la pena recordar que “icono” es una noción muy antigua proveniente del griego. Su relación con el término latino “imagen” data de la transformación de la alegre distancia que cultivaban los griegos hacia el *eikon* a la fascinación decadente que el mundo latino dio al *imago*. “Imagen” no traduce simplemente del griego al latín a la voz “icono”. “Imagen” se refiere a una reflexión fascinada: el *imago* romano era la huella de cera que sacaba un ministro del rostro de los difuntos importantes, trayendo al centro de la discusión sobre la representación el problema de la dialéctica entre presencia y ausencia. “Icono”, en cambio, se refiere a una distancia representativa: para los griegos el icono encarnaba -a través de la visualidad- el problema de la representación entendido como alejamiento del ser. En ese sentido, “icono” replantea el problema platónico del *eidolon*, el *si mismo*, que al ser traducido en lenguaje produce un doble logos engañoso entendido como ídolo, *eidolon* o *eidola logome-*

1944-). El campo del arte es ejemplar en la medida en que cada uno de sus productos hace eco no sólo de una problemática específica ligada a la subjetividad que lo constituye, sino también de la pregunta sobre cómo se produce el arte y con qué fines.

Si no podemos distinguir materialmente las imágenes del arte de otras imágenes, tampoco podemos decir que la dimensión crítica es una particularidad del arte ni su exclusividad. Esta última es una potencialidad de toda imagen ya que hace parte de un mercado en el que se establecen valoraciones y sentidos, en el que se desarrollan reflexiones sobre las mismas mercancías que se producen. Las obras de arte se ven llamadas a significar en el contexto de ese mercado, es decir a competir y a medirse en él, como imágenes de consumo. En esa perspectiva, queda preguntarnos sobre algo muy difícil de responder: ¿cómo lograr hacer preguntas o propuestas críticas desde la producción misma de imágenes, que vayan más allá del consumo inmediato, o que generen algún tipo de debate alrededor de él? ¿Cómo hablar de una escritura

na, la palabra, y *eikon* (icono), copia del modelo. Aquí nos interesa esta relación en la medida en que “iconofilia” junta el *eikon* griego a la *filia* latina, renovando el concepto de icono, es decir, obligándonos a un recorrido en el que el icono es una imagen especial, es una imagen cuyo sentido se construye en el imperativo social y cultural al que se somete de agrado el yo. La iconofilia, entonces, no es un simple “amor de las imágenes” al que se podría oponer un “odio de las imágenes”, sino que es un intento de delimitación del concepto de imagen, un intento de definición: las imágenes son amables, se dejan amar, y lo son en la medida en que pueden apelar a la palabra. Por último cabría decir que “iconofilia” es un término relativamente nuevo en su uso (siglo XX) comparado, por ejemplo, con “iconoclasta” que se usa desde el siglo XVII y que provenía ya directamente del griego *eikonoclastes*.

visual que de cuenta de una politicidad de sus sentidos?

Esas preguntas estarían implícitas en la propuesta de la Bienal. El artículo 2 de sus Bases sintetiza el concepto orientador de la convocatoria:

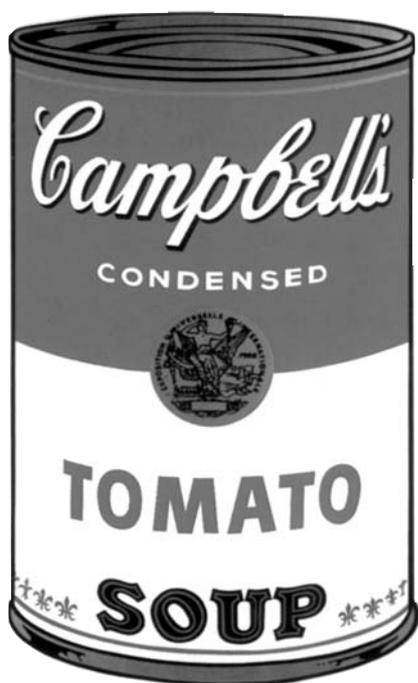
“La Bienal invita a los artistas a reflexionar, desde sus propias experiencias, sobre las nuevas perspectivas de las imágenes, de su proliferación y de su apertura a nuevos imaginarios concentrados en la idea de Iconofilia. Esta Iconofilia tendrá como eje central

la recuperación de la memoria histórica de nuestros pueblos que tiende a perderse sumida en los íconos de la sociedad de consumo y sugiere que se elaboren propuestas sobre la poética de las imágenes en un contexto de políticas de la memoria”.

Según esta convocatoria, el arte se liga a un lugar privilegiado en donde lo poético recupera “la memoria histórica de nuestros pueblos” (como si ésta fuera algo dado). Las imágenes

serían portadoras de discursos que ocultan esa memoria, la cual se entendería como distinta y alejada de la sociedad de consumo. Así, la convocatoria de la Bienal propone trabajar sobre una política de la memoria que implicaría dar cuenta de una “poética de las imágenes” y no de su consumo.

Sin embargo, Guy Debord ya en 1967 proponía definir al espectáculo no como un “conjunto de imágenes sino como una relación social entre personas, mediatizada a través de imágenes”, y explicaba que “no se puede oponer el espectáculo a la actividad social efectiva, (ya que) el espectáculo que invierte lo real tiene lugar en la realidad...” (Debord 1995 -1967-). Para decirlo ahora por fuera de



Andy Warhol, Campbell's Soup Can I, 1968

esa dicotomía espectáculo-realidad, diríamos que las imágenes *crean* la realidad, son una modalidad hegemónica de la realidad, y esta noción de realidad, que la filosofía ha trabajado desde que el reino cristiano de las imágenes se impuso sobre otros poderes, implica claramente a la realidad social. El espectáculo

Si todas las imágenes son de algún modo huellas de algo intempestivo y particular pero que también dan cuenta de imaginarios sociales, ¿qué es lo que hace que haya imágenes más poderosas o más políticas que otras?



sería una categoría que nos permite pensar en una realidad construida bajo los imperativos del mercado, una categoría que modela las relaciones sociales. No obstante, no podemos suscribir la idea tradicionalmente metafísica de que hay un mundo tangible y otro mundo distinto, el que se muestra en las imágenes. Sería como si las imágenes fuesen un reflejo deformativo de una realidad dada, en la

medida en que sólo responden a una demanda del fetichismo de la mercancía³.

Las imágenes son tan tangibles como el mundo. Son su modo predilecto de existencia, la representación. Criticar la construcción unívoca de las imágenes dominantes, de los “íconos”, corresponde a entender que la imagen escapa a su iconicidad, es decir, a su total visibilidad, e invita a tomar la palabra, a desarrollar un discurso crítico dentro de las múltiples posibilidades de significación. Criticar la hegemonía de las imágenes (en plural)

es pensar en la dimensión reflexiva de la imagen (en singular). En general las imágenes no venden simplemente el producto que promocionan, no son sencillas mediadoras, sino que se venden ellas mismas: no hablan sólo de lo que representan, como de un tema, sino que hablan también de la representación.

Al leer detenidamente la propuesta conceptual de la Bienal vemos que se asume que hay imágenes que provienen de la sociedad de consumo y otras que no, que dan cuenta de una poética. Sobre este punto de diferenciación introduciríamos un matiz importante: si todas las imágenes son de algún modo huellas de algo intempestivo y particular pero que también dan cuenta de imaginarios sociales, ¿qué es lo que hace que haya imágenes más poderosas o más políticas que otras?

Pensemos, por ejemplo, en esa serie de imágenes que mostraron al mundo el abatimiento de las torres gemelas en Nueva York en septiembre de 2001, el golpe más grande dado al imperio de lo visible, servidor de todas las fuerzas modernas del poder conjugado de la economía y sus iconos. En el minuto mismo, el asunto fue tratado en términos visuales, mezclando en el despecho más grande lo visible y lo invisible, la realidad y la ficción, el duelo real y la invisibilidad de los emblemas. El enemigo había organizado un terrible espectáculo. En un sentido, masacrando a tantos hombres y abatiendo esas torres, nos habían dado el primer espectáculo histórico de la muerte de la imagen en la imagen de la muerte (Mondzain 2002:9).

Según Marie José Mondzain (2002) el problema de las imágenes está directamente relacionado con la visibilidad, lo que no quiere decir que a una inflación de la visibilidad corresponda una inflación de las imágenes, sino que refiere a cómo se construye la relación entre lo que se oculta y lo que se hace visible. Es decir que el así llamado “11S” no es simplemente un golpe a los Estados Unidos, ni a una nación o tipo de nación, sino a un territorio desterritorializado, el de lo visible. Se trataría, al contrario de lo que usualmente se entiende, de un “enemigo” generado por

3 Según Debord (1995 -1967-), “el principio del fetichismo de la mercancía, la dominación de la sociedad por ‘cosas suprasensibles aunque sensibles’, se consume de modo absoluto en el espectáculo, donde el mundo tangible es reemplazado por una selección de imágenes que existe por encima de él, y que al mismo tiempo se impone como lo sensible por excelencia”.

esa misma visibilidad, el iconoclasta. Este último no es un opuesto a la iconofilia, sino uno de sus productos, en la medida en que lo visible en la iconofilia opera a través de formas binarias de simplificación que permiten justificar las formas de vigilancia y control que funcionan desde el consumo de imágenes. Quién no consume las mismas imágenes no es controlable y representa una amenaza. Así, ser iconoclasta es apartarse de esa comunidad de lo visible, discurso con el que se constituye el lugar del otro desde la iconofilia. Los dos discursos binarios sirven a un mismo fin: la adherencia al problema de la visibilidad, la abolición de la palabra.

El control sobre las imágenes no garantiza el sentido de las imágenes; la ausencia de imágenes o de representaciones visuales, musicales, literarias escinde los procesos de transfiguración de lo real, de transformación de los discursos, de debate sobre la realidad. El mismo presidente Bush toma inmediatamente una medida prohibitiva: no mostrar cadáveres, no mostrar violencia en la televisión, censurar el cine. La misma actitud que habría de tomar el supuesto enemigo un tiempo antes al destruir ídolos en Bamyán, para luego mostrar la vulnerabilidad de su adversario por la vía de sus emblemas. La censura talibán en Afganistán iría tan lejos que ninguna imagen circularía ya, abolidas por entero las fotografías, las pinturas y toda forma de representación bidimensional o audiovisual, a excepción de las marcas que subsistían en los pocos vehículos o productos importados. Los libros fueron todos quemados y sólo los que fueron enterrados se salvaron, y la música prohibida, hasta la de los pájaros cantores que fueron exterminados. Ningún close-up en la televisión de Estado ni en el restringido noticiero⁴. El resultado es un silencio aterrador, al que no podemos oponer la proliferación de imágenes sino la toma de palabra, la expresión de una resistencia. Si bien a través de las imágenes mismas se puede impedir *ver* porque “es más fácil prohibir ver que permitir pensar”, y aunque “se decide controlar la imagen para asegurarse del silencio del pensamiento y luego,



Andy Warhol, Marilyn Twice, 1962

cuando el pensamiento ha perdido sus derechos, se acusa a la imagen de todos los males, bajo pretexto de que es incontrolada” (Mondzain 2002:9, la traducción es mía), a través de la imagen también se puede dar un lugar a la palabra. La imagen no es prueba de nada. No muestra todo. Su parte de invisible es su parte legada al orden mismo de la palabra. No muestra más que la mirada que lanzamos sobre ella. Se trata de un objeto observable, analizable, al que hay que dar sentido, que espera su visibilidad de la relación que se produce entre aquellos que la producen y aquellos que la miran. Es por esto que más que de “invisible” en la imagen hay que hablar de lo “novisto, de lo que está a la espera de un debate de sentido en el seno de la comunidad” (Mondzain 2002:37).

Es sobre esta idea última que podríamos pensar la particularidad de la imagen del arte: se trataría de una espera del sentido. El excedente del arte es “una escisión de las visuali-

4 Retomo el testimonio de Antonio Palmesano, comunicación personal, 17 de julio de 2004. Antonio Palmesano es antropólogo y profesor de derecho consuetudinario en la Universidad de Trieste, y entre 1998 y 2003 estuvo realizando diversas investigaciones en Afganistán.

dades que nos pueblan” como reza la Bienal, en la medida en que emerge una escritura, una huella de algo que escapa al sentido como dado. Si bien dijimos que todo arte es social, que da cuenta de una serie de relaciones sociales por su intertextualidad y su referencialidad y por las convenciones de significa-

La politicidad de la imagen no reside en lo social que ella visibilizaría, puesto que lo social sería una dimensión de toda imagen, sino en la pregunta por la mirada escrita en las huellas de un texto que sin ser necesariamente visual hable de lo no-visto



vida que no puede señalarse ninguna diferencia entre ellos en cuanto al contenido interno? ¿Qué necesidad tenemos o qué bien alcanzamos con una duplicación de lo que ya existe?” (Danto 2002:54).

En esta medida, descartando la metafísica de la duplicación, del modelo y la copia, podríamos preguntarnos si existe alguna diferencia entre el arte y la publicidad, por ejemplo. A ello respondemos a partir de una convención que nos permite ver el arte desde un lugar especial puesto que éste está ubicado en un lugar *especial*. Su función precisamente es la de disponer la mirada a algo extra-ordinario, a algo que ha sido sacado de lo ordinario: “si el arte ha de tener alguna función, ésta debe ejercerse mediante lo que no tiene en común con la vida (...) Sólo en la medida en que es discontinuo con la vida, el arte es lo que es”

ción del campo en el que circula, no podemos decir que es lo mismo que cualquier otra imagen, o que se confunde con la vida. Si es interesante decirlo, lo es solamente en la medida en que se aborden las respectivas preguntas, que ya formulaba Platón en el libro X de *La República* y que Arthur Danto nos recuerda:

“¿Qué sentido tiene un arte que se parece tanto a la

(Danto 2002:55). Esto es un imperativo del campo que modifica la mirada. Lo que permitirían las prácticas artísticas, entonces, es mostrar que “no hay visión substancial, que no hay visión del sentido que se de sólo por los ojos”, sino que sin deseo de ver no hay imagen, aún si el objeto de ese deseo no es otro que la mirada misma. “En nuestra relación a las cosas, tal como está constituido por la vía de la visión y ordenado por la figura de la representación, hay algo que resbala, pasa, se transmite de nivel a nivel, para ser siempre eludido en algún grado. Es lo que se llama mirada” (Lacan 1973, la traducción es mía).

Según Mondzain, el psicoanálisis reencontró lo que ya había aclarado la intuición patristica de Gregorio de Nysse cuando cuenta que Moisés al manifestar a Dios su deseo de verlo, obtuvo una respuesta en *trompe-l’oeil*, a fin de que su deseo, el de Moisés, esté siempre vivo, ya que Dios necesita ser deseado: “la demanda audaz del alma que sube a la montaña del deseo es la de jamás gozar por espejos ni reflejos sino frente a frente (...) La voz de Dios concede lo que es demandado a través de las cosas que rechaza ofreciendo, en pocas palabras, un abismo de pensamiento.”⁵

El espacio de las prácticas artísticas es entonces el que relaciona el poder de la imagen a su potencialidad de sentido y no a su imperativo de goce, es decir que si el arte es aurático lo es en la medida en que podría confundirse con otras prácticas, también gozosas, y mostrar desde allí aquellos códigos que han transformado a lo banal en una mirada, en un deseo de sentido. Esa transformación es una escritura que reinventa lo visual a través de lo que se *desea ver*. Se trata de una política de lo visual, en la que la invitación a la reflexión no demanda de una competencia cultural que permita traducir las “metáforas visuales” en “metáforas lingüísticas” automáticas, sino que la experiencia de su expresión a través de la obra de arte nos haga ver lo muertas o cadu-

5 Gregorio de Nysse, *Vie de Moïse, II, Sources Chrétiennes*, citado en Mondzain (2002:40, la traducción es mía).

cas que están esas “metáforas clichés” (hablar de la “muerte como un sueño, del tiempo como un río, de la pasión como una llama, de la vida como un sueño, de los hombres como cerdos” (Danto 2002:254), o de la memoria como la de nuestros pueblos) y nos permitan mirar en lo no-visto, en lo e-vidente. Frente a la *literalidad* de ciertas frases como “el agua está hirviendo”, que nunca fue un tropo brillante ni es un tropo agotado, Danto propone “le hervía la sangre” que alguien pudo haber dicho y que es quizás una metáfora medieval que nadie inventó y que un escritor pudo haber repetido. Pero “le hervía la linfa” dice Danto, quizás nunca fue una proposición metafórica porque la linfa no es algo de lo que las metáforas se sirvan, a diferencia de la sangre. Este quiebre, ejemplificado aquí a partir de la figura de la metáfora, explicaría la imposibilidad de establecer al arte como una gramática específica, ubicándolo más bien como un diagrama que altera las gramáticas existentes, o como un recorrido por una gramática reformulada en el que algunos de los términos y elementos no son categorizables, volviendo extra-ordinario lo que normalmente consumimos directamente, no en la demanda de deseo sino en el imperativo del goce o la tecnofascinación.

En esa perspectiva, la “resimbolización icónica” a la que se hace alusión en la propuesta de la Bienal podría ser la creación de imágenes que, refiriéndose a los iconos culturales, es decir a las imágenes inamovibles de la cultura, permiten refundar un deseo sobre lo que aparentemente sólo era goce. Se trataría de una inversión de las figuras, un *punto de capitonado*⁶ en el que un deseo mayor subsu-

me un goce, en el que se opera entonces un puente entre lo imaginario y lo simbólico al ser el primero transformado por el segundo. Se trata de una inversión cualitativa y no de la proliferación cuantitativa de nuevos iconos que reemplazan a otros caducos, o ilegítimos, ni de unos poéticos que reemplazan a otros consumistas.

La politicidad de la imagen no reside entonces en lo social que ella visibilizaría, puesto que lo social sería una dimensión de toda imagen, sino en la pregunta por la mirada escrita en las huellas de un texto que sin ser necesariamente visual hable de lo no-visto (entendido como un lugar para el deseo, para la palabra).

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis, 2001 (1944), *Ficciones*, Alianza, Madrid.
- Danto, Arthur, 2002 (1981), *La transfiguración del lugar común*, Paidós, España.
- Debord, Guy, 1995 (1967), *La sociedad del espectáculo*, Biblioteca de la mirada, Buenos Aires.
- Lacan, Jacques, 1973, *Le séminaire, Livre XI: Les Quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Cap. IX, Seuil, Paris.
- Mondzain, Marie José, 2002, *L'image peut-elle tuer?*, Bayard Éditions, Paris.
- Rojas, Carlos, 2004, “Bases y propuesta conceptual y temática de la Bienal Internacional de Pintura de Cuenca 2004”, facsimil, Junio 2004.
- Zizek, Slavoj, 1998, *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*, Paidós, España.

6 Jacques Lacan, *Le séminaire, livre III: Les Psychoses*, citado en Zizek (1998:30).

Marxismo, ensayo y ciencias sociales

Diálogo con Alejandro Moreano

Eduardo Kingman¹ y Felipe Burbano²

Quizá la mejor definición de la trayectoria intelectual de Alejandro Moreano, en toda su amplitud y rica diversidad, sea la de una búsqueda incesante de los sentidos de la historia política y cultural del Ecuador, a través de las estrategias del poder y de la resistencia a esas estrategias. Últimamente ha llevado su reflexión a temáticas de poder global o transnacional. Hace poco, en un reconocimiento a su trayectoria, Flacso-Ecuador le otorgó el premio Pio Jaramillo a las ciencias sociales. En esta entrevista para Iconos, Moreano pasa revista a sus orígenes, a sus pasiones, a sus deudas y a sus prisas.

Eduardo Kingman: Comencemos ubicando el momento en que se inicia tu reflexión sobre Ecuador y América Latina. Me refiero tanto al momento social como de pensamiento. Podría ser interesante relacionarlo con lo que sería un proyecto generacional no sólo en el campo de las ciencias sociales, sino en la literatura, la política e incluso con procesos de tipo existencial.

Alejandro Moreano: Nosotros ingresamos a la vida intelectual en el marco de la Revolu-

ción Cubana que, en América Latina, tuvo un impacto en el arte y la literatura, más que en las ciencias sociales que todavía no estaban constituidas. En el caso de Ecuador, amén de los efectos sociales y políticos en muchas organizaciones, la Revolución Cubana se expresó en la literatura, y su forma más inmediata de recepción fue el tzantzismo. Y es que la crítica cultural dimanada de la literatura es una de las grandes constantes de los procesos de cambio histórico. Si piensas en la Revolución Bolchevique, por ejemplo, encuentras junto a los revolucionarios, a los dadaístas y surrealistas. Incluso en la Revolución Francesa se dieron terribles conmociones literarias como las de Sade o Tomas de Quincey, el uno planteando la subversión total de la cultura, y el otro, la tesis del asesinato como una de las bellas artes.

Sin embargo, la poesía agitacional de los tzántzicos llegó a un límite. Entonces se produjo un segundo viraje, marcado por la guerrilla del Che y su derrota, y cuyo fundamento fue el paso del centro de gravitación histórica del área centroamericana y andina, escenario de la guerrilla y de una eventual revolución campesina, al Cono Sur. Recordemos que desde fines de los 60 y durante los 70, lo que centralizó la vida política y social en América Latina fueron los acontecimientos históricos en Argentina, Uruguay y, sobre todo, en Chile, en los que el movimiento obrero jugó un papel cardinal. Y fueron esos procesos los que apelaron a las ciencias sociales y al marxismo. Nuestro desplazamiento de la literatura a las ciencias sociales, la política y el marxismo, se dio en ese marco.

1 Antropólogo e Historiador. Profesor-investigador de Flacso.

2 Sociólogo. Profesor-investigador de Flacso.

Kingman, Eduardo y Felipe Burbano , “Marxismo, ensayo y ciencias sociales. Diálogo con Alejandro Moreano”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 98-107

E.K.: Sin embargo, hay toda una historia anterior a ese desarrollo, en la que quisiera insistir. Una historia ligada a una preocupación filosófico-existencial, fundamentalmente sartreana. Quisiera saber si en la historia intelectual de tu generación hay un proceso anterior, en el que si bien no podemos hablar estrictamente de ciencias sociales, sí podemos hablar de una reflexión de base ensayística.

A.M.: Claro, esa historia estaba ligada a las preguntas que, a partir del imaginario estético y aún filosófico, se realizaban a la política. En ese período se dio el diálogo Sartre-Fanon, sintetizado en el famoso prólogo de *Los Condenados de la Tierra*, que convirtió a Sartre en un referente mundial de la lucha y el pensamiento de los movimientos radicales del tercer mundo. A la vez diría que, guardando las proporciones, hubo una reproducción, en la intelectualidad de la época, de la evolución de Marx: la transición de la democracia radical de la *Gaceta del Rin* al comunismo.

E.K.: En todo caso, en los años en los que se inicia el movimiento tzántzico se está vivien-



do un proceso de crisis y cuestionamiento de la sociedad oligárquica a todo nivel, y particularmente desde la vida cotidiana. Me refiero a cambios que también se expresan en actitudes vitales de los miembros de ese movimiento literario. Me parece que hay incluso un engarce de los tzántzicos con los nadaístas o con los poetas beatniks. No sé hasta qué punto toda esa vertiente de práctica creativa y reflexión se ve zanjada en el momento que se produce la inserción militante del tzantzismo.

A.M.: Una de las paradojas de la época fue que la radicalidad de escritores y poetas estaba separada de la dinámica popular. Más bien, el movimiento era muy cosmopolita. Los referentes eran la literatura y el cine europeos, en especial los más experimentales -la antinovela, Resnais y Goddard, Antonioni, Fellini...-, la poesía de los beatniks y el culto a Henry Miller... Mirado desde hoy, piensas que el movimiento tzántzico, además de un corte ético-estético, produjo una ruptura con el proceso de germinación de una literatura nacionalista. Si piensas en el realismo social de los 30, la poesía cósmica americana de Escudero o de Carrera Andrade y aquella tendencia que se abría con el Dávila Andrade del *Boletín y Elegía de las Mitas*, diríamos que el tzantzismo estableció una ruptura con toda una tradición literaria (que recién ahora se la está retomando). Alguien como Carrera Andrade, por ejemplo, fue olvidado por los tzántzicos. Justamente Carrera Andrade tiene un poema llamado "Los parricidas", en que denuncia esta situación.

Felipe Burbano: ¿Era un olvido ideológico, político o generacional?

A.M.: Era un típico olvido artístico, en el sentido de mirar a la vanguardia europea y norteamericana. Estaba presente la necesidad de matar a los padres -o a la madre, quién sabe-, de renovar los lenguajes.

F.B.: ¿En ese momento, en ese proceso, cómo te insertaste tú al tzantzismo? ¿Desde dónde? ¿Desde la reflexión sociológica, desde la filosofía, desde la literatura?

A.M.: Si bien mi inserción era desde la pasión por la literatura, estaba relacionada con reflexiones de tipo teórico, filosófico y social.

F.B.: ¿Desde lo teórico y lo social, cuáles eran los problemas que se planteaban en ese momento?

A.M.: Diría que había una relación conflictiva entre el imaginario de la revolución y el de la libertad. La revolución postulaba ciertas exigencias militantes, políticas, intelectuales, de convicciones, que no concordaban con el imaginario estético de la libertad. Uno de los textos que más nos impactaron fue el de Sartre sobre el militante y el aventurero en que el militante era visto como aquel que sacrifica su yo en aras de la causa, del nosotros. El aventurero, por el contrario, ponía al mundo, a la revolución, a las masas, como puntal de la afirmación estética de su yo. Nosotros advertíamos, detrás de la imagen del aventurero, al Che Guevara. Ese fue un conflicto que lo vivíamos intensamente.

E.K.: ¿Hasta qué punto ese conflicto ha sido resuelto? ¿En qué medida el sartreanismo sigue marcando tu actitud vital e intelectual?

A.M.: Ha retornado con fuerza. El debate entre el imaginario anarquista y el socialista, en tanto compromiso -digamos- “orgánico”, se manifiesta plenamente hoy en día, con una ventaja para la pasión anarquista pues la clásica militancia se encuentra devaluada. De ahí la enorme presencia de ideas y grupos anarquistas en el movimiento contra la globalización. Es un momento de esplendor anarquista y yo lo celebro.

E.K.: ¿Pero acaso la militancia no constituyó muchas veces una camisa de fuerza de esa libertad, un condicionamiento del propio pensamiento?

A.M.: Lo vivimos como una camisa de fuerza en el imaginario literario, en la festividad, en el amor, en la sensualidad. Más aún si advertimos que en esa época las ideas de la ortodoxia de izquierda eran conservadoras en el pla-

no erótico y de la vida personal. La homosexualidad o la prostitución, por ejemplo, eran vistas como taras del capitalismo.

E.K.: ¿Qué era lo que producía esa camisa de fuerza? ¿Cómo se manifestaba?

Se manifestaba como conflicto. Por un lado vivíamos un proceso de liberación de las prohibiciones en la vida cotidiana o en la sexualidad, propias del Ecuador oligárquico. Por otro lado, en contraste, la militancia política emergía como un proceso de normatividad personal bajo la idea de sacrificar tu individualidad a la gran causa histórica. La “rebelión” tzántzica, que asumía la divisa surrealista de cambiar la vida (Rimbaud) y cambiar la sociedad (Marx), surgía como una solución.

En la izquierda clásica imperaba, además, un pensamiento que no era marxista (porque no se alimentaban de Marx, sino de cierto Lenin o de algunas tesis de Mao). Era un marxismo muy positivista, programático, no crítico. A la vez, la moral militante coincidía con una impronta muy cristiana que marcó a la izquierda, según la cual la revolución era un deber ético, un acto de solidaridad y desprendimiento.

E.K.: ¿Hasta que punto la izquierda latinoamericana o ecuatoriana ha hecho una crítica de esas constricciones? No veo que se haya dado un proceso reflexivo o autocrítico a fondo, sino más bien el paso de una situación a otra.

A.M.: La izquierda que encarnó esos procesos, valores, ideas, concepciones, está bastante disuelta, apenas sobrevive o quedan muy escasos reductos. La izquierda de ahora se está formando a partir de otros valores.

E.K.: ¿Entonces por qué seguir llamándolo marxismo? Cuando a Foucault le preguntan si es marxista, él, a pesar de que tiene toda una base de Marx, responde con los mismos términos de Marx: “Marx no era marxista”.

A.M.: En ese sentido estoy de acuerdo contigo. Pero creo que el Marx de *El Capital*, de las

Grundrisse, de los *Manuscritos Filosóficos*, el Marx que postulaba una visión crítico-radical de todos los órdenes, sobrevive, y creo que va a desarrollarse con más fuerza aún. Por ejemplo, a mí me ha sorprendido que Slavok Žižek, intelectual esloveno, discípulo de Lacán, que estuvo obviamente en contra del socialismo yugoslavo, haya sido quien más ha repensado a Marx, quien haya rescatado que fue Marx con su teoría de la plusvalía y del intercambio de equivalentes el que descubrió el llamado síntoma social, esa desgarradura insuperable del orden social que marca la dinámica de la vida humana. Ese Marx es el que está retornando.

E.K.: ¿Y qué Marx no lo está?

A.M.: El Marx que fue positivizado, el Marx del materialismo histórico y dialéctico. Marx dijo que había escrito *La Ideología Alemana* para saldar cuentas con su pensamiento anterior, y que luego entregó el manuscrito a la alegre crítica de los ratones. Marx no elaboró una sociología o una economía. Lo que hizo fue una crítica del discurso que cimentaba el capitalismo, el de la economía política de su tiempo. El Marx viejo deconstruye ese discurso y deconstruye el capital como sistema de organización social en nombre de lo que el joven Marx llamaba “la emancipación humana”. En Marx no existía un corpus positivo. Incluso yo diría que es sorprendente cómo los sociólogos o economistas de izquierda se ven siempre tentados por los programas de desarrollo económico, por programas de solución. Ese fue uno de los grandes límites del siglo pasado, lo he señalado en *El Apocalipsis Perpetuo*: transformar al marxismo en un modelo de desarrollo

económico. Pero tal vez eso sea inevitable. La crítica pura no se puede sostener; hay un momento en que se vuelven inevitables algunos elementos positivos. Y es en ese momento que se produce el punto de inflexión conflictiva de la izquierda.

En las mañanas me dedico a escribir y por las tardes salgo a cumplir con las exigencias de la supervivencia. Si te fijas en la generación del 30 ves que a los cuarenta y cincuenta años ellos tenían una producción riquísima.

Nosotros, en cambio, recién estamos empezando. Por eso tenemos tanta prisa.



por la sola situación de Cuba sino porque representa la negación del poder. Más allá de él mismo, incluso. Alguna vez dije que Fidel se le escapaba al propio Fidel Castro. Lo que atrae de su imagen es la expresión del No, la idea de la revolución permanente.

F.B.: Pero yo creo que la idea de emancipación de Marx, si bien era una crítica a todas las formas del poder, también era una promesa de libertad, era la idea del no poder, de que en algún momento íbamos a vivir en la plenitud de la libertad. ¿No es esa idea la que se ha desvanecido y, por lo tanto, el sueño de emancipación? Crítica al poder va a haber permanentemente y desde distintos órdenes, pero a mí me da la sensación de que el problema de la emancipación es el desencanto frente a la idea de vivir la plenitud de la libertad.

F.B.: ¿Crees que la izquierda se quedó sin una idea de emancipación? Me parece que eso era lo que inspiraba a la izquierda y al marxismo, la idea de emancipación humana de la que hablabas hace un rato.

A.M.: Si bajo la imagen de emancipación entendemos un nivel de crítica a todas las formas del poder, tal debe ser el proyecto de izquierda. Preguntémosnos: ¿por qué el magnetismo de la figura de Fidel después de todo lo que ha pasado? No creo que la gente adhiera a Fidel



A.M.: Ese es uno de los atractivos del nihilismo contemporáneo. Alguien decía que al borde del precipicio del orden actual, el marxismo sigue siendo la utopía tranquilizadora que se sitúa al otro lado del abismo. Y es que el nihilismo te plantea el vértigo de la libertad imposible, el vértigo de la negación pura.

En este punto volvemos de nuevo al momento en que la crítica y la negatividad marxistas se tornan positivas. No creo que la idea de la positividad de la libertad haya estado configurada en Marx quien, más bien, se negó a formular programas o utopías. ¿Cómo definía Marx al comunismo? No como un modelo de organización donde el individuo sería plenamente libre, sino como un movimiento de enfrentamiento irrevocable al poder. Es la revolución permanente lo que define la libertad. Se trata de una libertad negativa. Y allí descubrimos la traición del nihilismo a sí mismo: vivir al borde del abismo es aceptar el orden.

Por otra parte, aquellas formas que se definieron como clásicas del socialismo, tales como la propiedad social -luego convertida en estatal-, no responden a Marx. En los *Manuscritos* te plantea una cosa que hasta hoy es poco entendible, la no-propiedad absoluta. Para Marx la propiedad estatal seguiría siendo una forma de propiedad. El comunismo pro-

pone la disolución de la propiedad, no otra forma de propiedad.

Sobre este tema conviene recordar un sorprendente texto de Oscar Wilde sobre la relación del socialismo y el individuo. En la tradición de izquierda, Wilde era un ideólogo reaccionario, aristocrático, decadente. Pero resulta que Wilde era socialista y escribió un texto favorable al socialismo en términos de egolatría. Un texto muy sartriano ya que en Sartre es muy claro que la propiedad define al individuo. Lo que dice Oscar Wilde es que, en el socialismo, el hombre podrá entregarse al desarrollo exquisito, y trágico también, de su ego, porque ya no estará definido por algo externo a él como la propiedad, la riqueza o el poder.

Aquello de la plenitud del ser como característica del futuro orden comunista no existe, no hay tal, porque el comunismo no está configurado como un orden positivo. La libertad plena es positiva y el marxismo siempre será crítico, negativo. No hay un momento en el que se volverá positivo para llegar al paraíso.

Recordemos a Sartre quien insistía que en un orden socialista surgirá con mayor fuerza la angustia humana frente a la muerte, el sentimiento trágico de la existencia, el carácter frágil, vulnerable, precario de la condición humana desgarrada por el tiempo y el abismo. Lo que se oculta detrás de cierto nihilismo posmoderno es la transformación de la angustia existencial en un discreto hedonismo un poco fanfarrón. Vattimo lo decía: la emancipación hoy no consiste más que en *flirtear* con la ley del valor.

F.B.: Desde esa perspectiva, en el marxismo tampoco habría una finalidad en la historia...

A.M.: Por supuesto. Marx insistió en aquello de socialismo o barbarie.

E.K.: Desde la misma época de Marx y Engels se planteaba la existencia de varias tendencias dentro del pensamiento socialista. En el proceso de formación de la clase obrera siempre se planteó una contradicción en-

tre una tendencia mucho más libertaria, humanista y cercana a la cultura popular, y otra muy fuerte, en la que inclusive Engels jugó un papel preponderante, ligada a la institucionalización del pensamiento crítico. Ya en nuestro país, me da la impresión de que esta relación conflictiva no ha sido pensada. Yo no sé hasta qué punto seguimos heredando los proyectos emancipatorios de afuera, unos proyectos que no permiten pensar los juegos de poder propios de nuestras sociedades, inclusive los juegos de poder internos de esos mismos proyectos emancipatorios.

A.M.: El marxismo siempre se dividió en tendencias. Durante el siglo XX se desplegaba, por un lado, la izquierda filosófica, incluida la Escuela de Frankfurt que gravitaba en torno a Marx y Freud y, por otro lado, una tendencia ligada a las direcciones políticas, a la ortodoxia estalinista. En algunos casos éstos persiguieron a aquellos de manera brutal.

Ahora bien, la tesis de que la utopía puede impedir entender los procesos concretos de formaciones cambiantes del poder, me parece válida. Algunas de las tesis de Foucault abrieron la posibilidad de pensar nuevas esferas humanas como relaciones de poder. El tema de la sexualidad fue una de ellas, para citar a la más clásica de todas. Esa crítica coadyuvó a estimular las luchas feministas, de los gays, del movimiento GLBT, procesos cardinales de los últimos tiempos. Pero incluso ahí vas a encontrar tanto la dimensión crítica como aquella que quiere afirmar un orden positivo. Por ejemplo, Julia Kristeva postula que la condición femenina no existe en términos positivos y que sólo puede existir deconstruyendo permanentemente el discurso patriarcal. En cambio, hay otras corrientes que pretenden afirmar la condición femenina en terrenos positivos, institucionales.

F.B.: ¿En que medida has logrado mantener un diálogo entre el marxismo y otras corrientes del pensamiento crítico? ¿Es posible ese diálogo? ¿Ese diálogo puede llevar, siguiendo un poco una reflexión actual, a una deconstrucción del marxismo o a reafirmar ciertos núcleos básicos desde los cuales dialogar con otras tendencias?

A.M.: Una de las posibilidades de diálogo es la del marxismo que discute con los saberes positivos y los transforma en objetos de reflexión. Por ejemplo, Bolívar Echeverría ha dialogado con la lingüística, la semiótica, la teoría del barroco, alcanzando gran dinamismo en su pensamiento. No hay que olvidar, además, que si en los sesentas el pensamiento de izquierda ponía la agenda, a tal punto que la derecha tenía que hablar de revolución y libertad, en los noventa ocurrió lo contrario: los saberes no marxistas tomaron la escena y el pensamiento crítico se vio obligado a resignificar esos temas.

Por otro lado, hoy la crítica más rica, compleja y diversa es la crítica a los medios de comunicación, a la ideología informacional. He ahí un terreno de diálogo entre el marxismo y los nuevos saberes críticos. Baudrillard, con gran audacia, pretendió desarrollar una suerte de crítica de la semiótica como la “economía política” de nuestro tiempo.

Si piensas, además, en la virtual desaparición del marxismo en los últimos quince o veinte años, y en que tomaron su lugar otros tipos de pensamiento crítico muy interesantes, por ejemplo Lacán o Zizek, o ciertos aspectos de Derrida, Deleuze o Foucault, se torna evidente que el marxismo, o un pensamiento que se inspire en Marx, no puede dejar de dialogar con esos saberes. En ese diálogo el marxismo se pone en riesgo de una deconstrucción de sí mismo, por supuesto, pues tal es el sentido de toda aventura intelectual.

E.K.: Si seguimos la pista a los momentos iniciales del marxismo en el Ecuador descubrimos una ruptura con una producción positivista en sociología o en historia, relativamente importante para la época, pero al mismo tiempo descubrimos un contraste, a saber, una producción bastante limitada desde el marxismo. Algo que no sucedió en otros lugares de América Latina en los que la producción académica desde el marxismo fue muy fructífera. ¿Esa limitada producción del marxismo ecuatoriano no tiene que ver con la pasión por el ensayo? Cuando tú miras el trabajo de Foucault o, dentro del propio marxismo, de Raymond Williams, E. P.

Thompson, ves una riqueza analítica alimentada por un contacto muy directo con el saber positivo. Yo no sé, entonces, hasta qué punto el llamado pensamiento crítico se fue quedando rezagado en el estudio de lo que está pasando con nuestras realidades.

A.M.: Salvo Mariátegui, en América Latina el pensamiento crítico no se ha dado al interior del marxismo sino en sus zonas fronterizas. La teoría de la dependencia, por ejemplo, fue una teoría límite que se movía entre la CEPAL, el desarrollismo y el marxismo, y en la que encuentras la vertiente de Cardoso y la de Marini, muy diferentes entre sí. En el Ecuador, varios trabajos, ente ellos los de Fernando Velasco y *Ecuador, pasado y presente*, se inscribieron en esa línea. En esa frontera está, por ejemplo, Alberto Acosta, y quienes están pensando en alternativas contra el neoliberalismo.

F.B.: Retomando lo que planteaba Eduardo en la última pregunta, ¿a qué se debe tu relación con las ciencias sociales a partir del ensayo? ¿Por qué esa fascinación tuya hacia el ensayo? ¿De qué manera esa preferencia por el ensayo ha implicado una crítica a otras formas de entender las ciencias sociales?

A.M.: Es parte de una herencia cultural latinoamericana. El occidente europeo tuvo un tipo de desarrollo de los saberes, de las ciencias, de las disciplinas, de los géneros -que ahora ha entrado en crisis- sobre el cual ha intentado erigirse un modelo de producción del saber y de textualidad literaria y artística. Sin embargo, hoy se piensa que cada zona tiene sus peculiares formas de construir los que llamaríamos campo cultural. En esa perspectiva, descubrimos en el Ecuador -hasta los cincuenta o sesenta- una centralidad de la literatura. El ensayo es una figura fronteriza de la mejor tradición de América Latina. Benjamín Carrión tiene reflexiones deliciosas sobre el ensayo, en tanto, según él, se valida al norte con la verdad científica y al sur con la verosimilitud literaria...

Mi peculiar adhesión al ensayo, amén de la cuestión del estilo literario, también venía

como una reacción al hecho de que el saber de las ciencias sociales se afirmaba en una objetividad neutra. Mientras más desaparecía el investigador, más válido era el texto, porque suponía la ausencia de toda ideología. El ensayo, por el contrario, plantea la intervención abierta del ensayista.

E.K.: pero puede ser muchas veces una posición ideologizada e ideologizante...

A.M.: Bien podría ser también una posición que busca amparos éticos o políticos para afirmarse... Pero no se trata de eso. Tiene que ver, más bien, con el problema de la verosimilitud. El empirismo oculta su posición teórico-política y pretende que la verdad está en la información documental. Construye así una falsa objetividad y reduce la realidad a su apariencia fenoménica. El pensador marxista no oculta su posición y pretende definir la prueba de la verdad en el rigor teórico y la posición política. En el fondo se trata de una lucha política. Son las relaciones de poder las que definen el campo de verosimilitud del saber...

Cabe recordar, además, que la provocación contra el ensayo vino de ciertas corrientes de las ciencias sociales. La principal acusación a Agustín Cueva -supongo que a mí también- era la de "ensayista". Fue cuando el término se volvió peyorativo.

F.B.: "Ensayista" era peyorativo, pero también muy crítico y tenía un sentido bastante definido. "Ensayista" significaba falta de rigurosidad, especulativo...

A.M.: Pero es cuestión de términos, porque la respuesta de Cueva era acusar de "empiristas" a sus críticos. Para Cueva sólo desde el empirismo se le podía acusar de especulativo, de falta de rigor. Y Cueva tenía mucho rigor teórico. Agustín se situaba en el terreno de una renovación teórica y política de las interpretaciones tradicionales.

Por otra parte, en la misma historiografía hay tendencias que plantean la absoluta ideologización del dato. No hay datos puros o inmaculados que reflejen de manera prístina la

realidad. Todos los documentos historiográficos están determinados por la cosmovisión y la ideológica de los escenarios -aparatos, actores...- en que se elaboran.

E.K.: Pero me da la impresión que al no desarrollar un trabajo de base documental -como la que realiza Thompson al escribir la historia de la clase obrera en Inglaterra o Asadourian o Sarlo en América Latina-, uno se mantiene atrapado dentro de ciertos modelos que impiden el desarrollo del pensamiento. Cuando Thompson cuestiona las nociones estereotipadas de clase, lo hace sobre la base de su rico trabajo histórico sobre la cultura obrera. En la medida en que el ensayo no se enriquece de la dinámica de la investigación, se queda empobrecido. Con esto no quiero decir que el ensayo no sea importante. Me parece que los aportes del propio Echeverría son fundamentales porque están planteando la posibilidad de pensar la modernidad desde otras perspectivas, pero son aportes que tienen límites, porque no te permiten discutir problemas como los del mestizaje en términos concretos, históricos. Una de las cosas que me preocupa de muchos anlajes generales es que asumamos modelos de análisis de forma acrítica y deshistorizada.

A.M.: En el terreno de la historiografía, salvando los señalamientos anteriores, es válida tu interpretación. El ejemplo de Thompson cae en dicho terreno. Hay otros campos que suponen otro tipo de investigación. Por decirte algo, tú puedes hacer un excelente trabajo sobre el imaginario mestizo a través de un análisis de la literatura. Entiendo que todo

texto de reflexión debe tener una información bastante significativa. En el *Apocalipsis Perpetuo* he procurado hacer un esfuerzo en ese sentido.

F.B.: ¿Crees que actualmente las ciencias sociales en Ecuador se han alejado mucho del ensayo? ¿Cómo ves a las ciencias sociales en nuestro país en este momento? ¿Dónde ves desarrollos interesantes? ¿En que medida las ciencias sociales mantienen una dimensión crítica?

A.M.: Bueno, les confieso francamente que en el último período no he seguido el desarrollo en el Ecuador de las ciencias sociales clásicas: sociología, economía, teoría política. Tengo la sensación de que hay un relativo debilitamiento respecto a períodos anteriores en

que hubo mucha riqueza. Pensaría que estamos en una fase de transición.

Creo que es visible la tendencia hacia un nuevo cambio de paradigmas. Es evidente la crisis del discurso que surgiera en el vacío del marxismo y que se validara sobre una paradoja extrema: la invisibilización del capital, del poder, de la dominación y de las contradicciones sociales, justo en el período en que germinaba el mayor poder imperial de la historia, en que la agresiva centralización de capitales ha hecho que 200 gigantescas corporaciones rijan el dinamismo -o la degradación- de la vida de la tierra hasta en sus últimos confines, en una época en que los conflictos sociales han provocado guerras e insurrecciones.

La fecundidad del nuevo campo teórico en germinación supondrá el diálogo entre dichas categorías y aquellas que surgieron en estas últimas décadas: capitalismo y moderni-

El Marx de El Capital, que postulaba una visión crítico-radical de todos los órdenes, sobrevive y va a desarrollarse con más fuerza aún. Al borde del precipicio del orden actual, el marxismo sigue siendo la utopía tranquilizadora que se sitúa al otro lado del abismo.



dad, concentración del poder estatal e irradiación de las relaciones de poder al conjunto de la vida societal, contradicción y diferencia, lo universal y lo particular, trabajo y deseo, poder y vida cotidiana, dimensión épico-trágica y festiva -carnavalesca- de la lucha social. En la perspectiva del cambio de paradigmas hay, sin duda, un estancamiento del pensamiento social. Hago la salvedad, por supuesto, de que no he estado muy al tanto...

F.B.: ¿Ya te aburrieron las ciencias sociales?

A.M.: Veo bastante riqueza en el terreno de la problemática de la cultura. Hay preocupación académica, tesis, monografías. Quizás también sea que en este período me he concentrado en el terreno de los imaginarios y de las estructuras simbólicas. La crítica teórica se ha orientado en los últimos años a la cultura -a la Modernidad como cultura y civilización-, en particular, a los medios de comunicación. Teóricos como Virilio o Debray están entre los más importantes científicos sociales de hoy. Sin embargo, creo que los nuevos procesos mundiales y latinoamericanos abren un espacio dinámico a la teoría económica y al pensamiento político. El premio Pío Jaramillo de este año es también un reconocimiento a la importancia de la problemática de la cultura en las ciencias sociales.

E.K.: Es claro que hay muchas cosas que se están definiendo en el mundo en términos culturales. Es ahí donde está el debate más rico. Pero, ¿no está relacionado eso con una cierta institucionalización, que tiene una base no sólo en el desarrollo del pensamiento, sino también en la constitución de aparatos?

A.M.: Estoy de acuerdo contigo. El poder es extremadamente sensible y como dijiste, creativo: ahí donde se están desarrollando los discursos críticos, interviene para tratar de integrarlos en su institucionalidad. Pero la misma es un poco abierta y libre. Los estudios culturales están muy ligados a la academia norteamericana, y hay intelectuales latinoamericanos que acusan a sus portavoces de ser los últimos *felipillos* de la historia. Empero, su im-

portancia crítica no puede ser desestimada. Existe, sin duda, el deseo del poder de controlar el pensamiento crítico. Pero de ahí a derivar que el poder sea el que organiza y dirige esos estudios hay una distancia enorme.

E.K.: En todo caso, tú te caracterizarías como un pensador optimista. Me da la impresión que siempre estas apuntando hacia una meta libertaria que está a punto de llegar.

A.M.: (*risas*) Recuerdo que hace un tiempo Pepe Moncada me dijo que cuando me oía tenía ganas de suicidarse... Eran aquellos períodos terribles de inicios de los 90. Pero luego, si piensas que el horizonte, que parecía cerrado después de la caída del Muro, se abrió rápidamente entre 1999 y 2004, en cinco años, la cosa es diferente. Hay un cambio tan vertiginoso del rumbo de los procesos que hay que controlarse porque a veces la euforia juega malas pasadas.

Todos: (*risas*)

E.K.: Ya mismo dice el Alejandro que la unión obrero campesina militar está lista de nuevo...

A.M.: (*risas*) En todo caso, ya no. Las cosas no son tan simples, por supuesto. En *El Apocalipsis Perpetuo* y en otros textos he insistido en la formación de un poder estatal mundial, que va disolviendo los estados nacionales, incluso en los países desarrollados. Hay regiones donde ya no hay Estado: Somalia, Ruanda, Burundi, Irak, Afganistán. Se trata de una tendencia. He señalado el surgimiento de una categoría sui géneris: gobiernos sin Estado. Pienso que el problema de la política en el ámbito de países como el Ecuador ya no tiene posibilidad de resolverse local o nacionalmente, al punto de que no creo que llegar al gobierno signifique mucho.

F.B.: ¿Cuáles son, a tu juicio, los aportes de *El Apocalipsis Perpetuo*?

La guerra en Irak ha confirmado dos de sus tesis fundamentales. La primera se refiere a la

nuevo orden mundial puesto en escena y que tiende a convertir a EE.UU. en Estado universal, a confinar a la Unión Europea, Japón, Rusia y China en sus límites, a establecer fuerzas militares regionales que, junto a Estados fuertes como Israel, aseguren la *paz yanqui*, a desarticular progresivamente a los débiles, sea fraguando gobiernos sin Estado o promoviendo su desintegración en sus regiones y etnias. La otra tesis fue la formación de la humanidad como nuevo sujeto político frente al capital multinacional. Las marchas del 15 de febrero de 2003 germinaron, aun de manera embrionaria, ese sujeto político que abre el horizonte de una historia realmente universal.

Ya en el plano teórico, hay tesis, a mi modo de ver muy sugestivas, tales como la construcción de la categoría de ámbito de la reproducción social para analizar los grandes momentos de su ampliación hasta llegar a la mundialización actual; la comprensión de la dinámica de la revolución del siglo XX y una singular explicación, que creo que es una de los mejores aportes, de la caída del llamado “socialismo real” como triunfo de la Nomenclatura y derrota de la propiedad social y de la revolución internacional; la tesis, subrayada por Carlos Arcos, de la transformación del *Otro* de los movimientos de liberación nacional en el *otro* de las diversidades étnicas; el análisis del carácter estructural de la plusvalía y la ganancia extraordinarias. En fin, el texto es un ensayo en que me jugué mi capacidad literaria e imaginativa para recrear referencias literarias, mitológicas, artísticas, filmicas...

E.K.: Para terminar nos gustaría que desde un plano más humano hagas una reflexión sobre cómo se conjugan tus preocupaciones políticas y sociales, estéticas y éticas. No sé si esa relación compleja entre distintos campos de preocupación es generacional, tiene que ver con una historia personal, o obedece a las dos cosas a la vez.

A.M.: Hasta hace poco lo viví como un desgarramiento que te llevaba a pasar de las preocupaciones políticas a las académicas y literarias sin solución de continuidad. Trataba de

“ritmar” -digámoslo así- mis preferencias por ciclos pero finalmente tendían a neutralizarme entre sí. Creo que si hubiera tomado una decisión definitiva por uno de los dos campos mi producción habría sido mucho mayor.

F.B.: Ese desgarramiento te detuvo, te paralizó...

A.M.: Claro. No desarrollaba todo lo que podía en las ciencias sociales porque en el fondo las desestimaba desde la literatura y viceversa. En el último período he ido encontrando vasos comunicantes porque partí de una tesis práctica: “transforma tus debilidades en virtudes”. Toma la diferencia entre portugueses y quiteños. Los portugueses han hecho de la tristeza una virtud, una filosofía de vida, mientras nosotros nos avergonzamos de ella y la desvalorizamos.

Por eso decidí hacer una virtud del conflicto que me desgarraba: descubrir la forma que integre esos universos. Creo que lo estoy consiguiendo. Por ello, en la recepción del Pío Jaramillo señalé que un premio a veces celebra la coronación de una vida, pero que yo me veía recién empezando. Estoy en un periodo de producción muy intensa. He organizado mi vida de tal manera que las mañanas me dedico a escribir y las tardes salgo a cumplir con las exigencias de la supervivencia, que gracias a Dios no son muchas.

Lo que pasa, además, es que nuestra generación tuvo problemas muy grandes. He dicho en términos irónicos, humorísticos, y un poco dolidos también, que nosotros tenemos por ahí unos quince años que se nos perdieron, que algo pasó...

F.B.: que nada pasó...

A.M.: Exacto. Si te fijas en la generación del 30, encuentras que a los cuarenta y cincuenta años tenían una producción riquísima. Nosotros, en cambio, recién estamos empezando. Por eso tenemos tanta prisa.

22 de julio de 2004

Musas, estereotipos e imágenes ondinas de las mujeres quiteñas en los y misses: años treinta del siglo XX

Ana María Goetschel¹

El primer concurso de Miss Ecuador fue en la ciudad de Guayaquil en 1930. ¿Cómo se vivió ese acontecimiento en Quito y qué significado tuvo para los imaginarios de ese entonces? El artículo introduce elementos historiográficos que contribuyen a analizar ese proceso en términos de las representaciones de las mujeres².

La ciudad

En las décadas del 20 y 30 del siglo pasado, Quito seguía siendo percibida como una ciudad conventual, aunque en realidad empezaba a experimentar cambios. Como efecto de la incipiente modernización de la sociedad, de la educación y de las comunicaciones, se produjeron transformaciones en la cotidianidad de los sectores medios y altos de la sociedad quiteña. El acceso al cine, al teatro o a salones de entretenimiento provocó transformaciones en las costumbres. Incluso las capas

Goetschel, Ana María, 2004, "Musas, ondinas y misses, estereotipos e imágenes de las mujeres quiteñas en los años 30 del siglo XX" en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 110-113.

- 1 Investigadora y profesora asociada de Flacso-Ecuador.
- 2 Este artículo, preparado para *Íconos*, retoma elementos de un trabajo anterior: Ana María Goetschel, 2002, *Imágenes de mujeres. Amas de casa, musas y ocupaciones modernas. Quito, primera mitad del siglo XX*, Museo de la Ciudad, Quito.

populares accedieron a representaciones teatrales y de cine, también la radio se fue generalizando a partir de esos años.

Las imágenes de mujeres

En ese contexto, ¿cómo eran representadas las mujeres? Las imágenes que proporcionan las revistas de literatura y variedades eran de mujeres espirituales y románticas, distantes y bellas, casi divinas. Las mujeres de clase alta eran la inspiración, las musas de los Juegos Florales, las "Damas de la Corte de Amor" y de los Carnavales. Pero también comenzaron a aparecer en esas mismas revistas, imágenes "modernas": mujeres que participaban de manera activa en la vida mundana y empezaban a practicar deportes.

En la revista *Caricatura*, fundada por intelectuales quiteños de clase media y alta influidos por el modernismo, coexisten esos dos tipos de imágenes. Por un lado, la figura de una mujer "delicada, fina, esbelta, indiferente, parisina, escapada de los lienzos de Fragonard o de los dibujos de Willete". Es la imagen de un tipo de mujer a la que se podía divisar "tras los visillos" o que acudía a espacios sociales reducidos. En la calle, se decía, "se la ve pasar de modo ágil y grácil, breve el pie y menudo y ligero el paso, dejando en el ambiente una divina estela de perfumes y en los oídos la canción de sus sedas"³. Pero también estaban "las gentiles y adorables niñas" que practicaban el

- 3 Revista *Caricatura* No. 15, Archivo de la Biblioteca Aurelio Espinosa Polít.

patinaje “resbalándose en un vértigo...palpitantes de fatiga las rosas de los senos y flotantes las faldas ligeras que, con adorable complicidad, dejan admirar las bien contorneadas pantorrillas aprisionadas en la sutil malla de la seda de la media”⁴. Estas figuras de mujeres comienzan a surgir en los espacios de la vida mundana de la sociedad: en las fiestas del Carnaval y de Inocentes, en la *vermouth* del cine, en la sala de patinaje, en el Teatro Sucre. Se habla también de las artistas, las concertistas, las pianistas: “doblemente bellas, porque son bellas...y porque son artistas”. Esas imágenes de mujeres seducen al hombre de ese entonces y, en parte, son resultado de construcciones culturales en las que entraron en juego tanto elementos locales como internacionales.

Pero estas imágenes no sólo estaban presentes en las revistas masculinas como *Caricatura*, sino en las propias revistas editadas por mujeres. La representación romántica de las mujeres también formaba parte del imaginario femenino. En el contexto de esos años la belleza corporal estaba estrechamente relacionada con la belleza moral y eso se muestra en la revista *Flora*⁵. En su “Álbum” son publicadas fotografías de la “Belleza Quiteña”: “bellísimo lirio del pensil quiteño, en el cual brotan a profusión flores odoríferas de olímpica hermosura, es la niña cuya imagen engalana esta página de “Flora”. Cínen su alta

ra”; la belleza guayaquileña; la belleza de Bahía de Caráquez y otras bellezas de ciudades del Ecuador, todas ellas jóvenes bonitas de alta sociedad, como también “Damas Distinguidas”. Lo interesante es que al mismo tiempo, existen otras secciones: “Galería de mujeres intelectuales del Ecuador” y “Galería de Artistas Ecuatorianas”, por lo general poetisas y escritoras.

Las fotos de mujeres bellas aparecen como un factor de adorno y distinción en las revistas y publicaciones. En la revista *Claridad*, por ejemplo, se publican fotos de damas de la alta sociedad como la de doña Rosario Zaldumbide de Tobar y Borgoño de quien se dice: “aristocracia, virtud y alma genuinamente grandes forman la personalidad de la distinguida dama quiteña, quién con su belleza enaltece las páginas de esta revista”.

Al hacer un “Justo Homenaje a la Mujer Ecuatoriana” y mencionar su labor de apostolado y las mujeres destacadas de la Historia y la Biblia, se hace una apología romántica y lírica de la mujer:

“La mujer con su piedad, con su dulzura y encanto embellece y perfuma el hogar. A la mujer el poeta le ofrece sus versos, los políticos se inclinan hacia ella, los tiranos y los soldados se rinden avasallados, la Patria es de la mujer... Por eso en forma de un crisantemo o de una rosa recibe Mujer Ecuatoriana esta flor y colocadla en el precioso buquet que embalsama el hogar de hija, de esposa y de madre”⁶



Señorita Beatriz Escudero Moscoso

Bellísimo lirio del pensil quiteño, en el cual brotan a profusión flores odoríferas de olímpica hermosura, es la niña cuya imagen engalana esta página de “Flora”. Cínen su alta frente las blancas rosas de la inocencia y del ensueño; y en la suave mirada de sus grandes ojos resplandecen la bondad y la dulzura, que realzan aún más su primaveral y poética belleza.

4 Revista *Caricatura* No. 15, Archivo de la Biblioteca Aurelio Espinosa Polit.

5 *Flora*, Revista Femenil Ilustrada de Literatura, Artes y Variedades, fundada en 1917 en Quito por las maestras Celina y Rosaura Galarza.

6 *Claridad*, Revista Universitaria de Literatura, Arte y Ciencia, Quito, 1926, bimestral.

La imagen que sobresalía era, sin duda, la tradicional y aunque incorporaba elementos “mundanos” lo que estaba en el fondo era la idea de la hija, esposa o madre virtuosa.

Las misses

Sin embargo, las imágenes más mundanas y “modernas” correspondieron a las “Misses”, las reinas de belleza que fueron elegidas en 1930 para representar al Ecuador, por primera vez, en un concurso internacional en Miami. El concurso en Quito fue organizado también por la revista *Claridad* y constituyó todo un acontecimiento social. La nómina de la mayor parte de las representantes de las parroquias dan cuenta de jóvenes de la alta sociedad quiteña y las cuatro finalistas elegidas por un Jurado de connotados intelectuales fueron: Isabel León Aguirre, Ana Andrade Thomas, Ana Lucía Mancheno y Blanca Escudero Moscoso⁸. Sin embargo, por lo apurado del concurso o por el pudor de las quiteñas, únicamente enviaron fotos. En Guayaquil, finalmente, fue elegida como Miss Ecuador Sarah Chacón, una chica de “clase media”, quien en una reñida competencia triunfó sobre la aristocrática Blanche Yoder⁹. En las crónicas de la época se menciona que después las candidatas concurrirán a la ciudad del cine, Hollywood, donde han sido invitadas para la impresión de una película parlante. En las elecciones finales en Miami resultó “Señorita Hispanoamérica” “una bella maestra de escuela” la panameña Emellana Raez, quedando en segundo lugar “Miss Costa Rica”, Julia Salazar, “a pesar de su negativa para cumplir con una de las prescripciones del concurso que obligaba a las participantes a desfilarse ante el Jurado por la playa en trajes de baño”. Se dice que: “la señorita Salazar asistió a la playa con un vestido decoroso de dama y a las insinuaciones del Jurado contestó que prefería escuchar la música del mar en traje de visita antes que contemplar las olas en frágil vestido de ondina”.

El entusiasmo que parece haber despertado este primer concurso de Miss Ecuador no fue bien visto por todos los sectores. Hubo vi-

Los juegos florales

La revista *Claridad* organizó durante algunos años los “Juegos Florales”, concursos de poesía cuyos ganadores aclamaban a las reinas de belleza. En los Juegos Florales de 1927-1928, “Fiesta de la Aristocracia de la Belleza”, triunfó Humberto Salvador (quién más tarde sería un importante representante de la literatura social) con su poema “Sinfonía de los Andes”

y fue el encargado de aclamar a la “Reina de la Belleza del Ecuador” Isabel León y Aguirre⁷. En esta revista el mayor número de fotografías correspondió a la proclamación de las reinas de belleza: Aída Arteta y su Corte de Honor, las princesas del Rocío (Eugenia Velasco Gangotena), de las Flores (Blanca Escudero Moscoso) y las reinas de provincias quienes eran aclamadas por los poetas de esa época: César Carrera Andrade, Pío Jaramillo Alvarado, Manuel Agustín Aguirre, César Estupiñán Bass, algunos de los cuales pertenecían a los sectores medios y que al igual que Salvador se convertirían más tarde en pensadores y dirigentes sociales.



Supuestamente la representación de "mujer bella" va en contra de su verdadera esencia: ser romántica, madre virtuosa o mujer inteligente. Pero, ¿son realmente contradictorias estas posiciones?

A mi criterio, todas estas imágenes tienen en común que hacen referencia a una visión estereotipada de lo que constituye "ser mujer".

7 *Claridad*, Libro de los Juegos Florales Nacionales, Quito, 1 de enero de 1930.

8 *El Comercio*, “Las elecciones de la señorita Ecuador”, 9 de febrero de 1930.

9 Ribadeneira, Jorge, “Tiempos Idos: Sara, la Miss de 1930”, en *Últimas Noticias*, 3 de abril de 1987.

siones contrarias porque se decía que el concurso: “contradice la imagen romántica de lo femenino”. En una editorial se menciona que “estas exhibiciones de cuerpos hermosos en trajes de baño ocultan dentro de todo el fin económico” y constituyen un signo del mundo moderno: “de este mundo inquieto... dogmático y escéptico, avaro e idealista, contradicción viviente, enigma inmenso” donde conviven desde la sublime Hermana de la Caridad hasta la ridiculez de las aclamaciones y los entusiasmos en pos de las mujeres que descubren y lucen sus cuerpos, porque la naturaleza los ha hecho bellos”. Se plantea que: “honrar exageradamente a una mujer por ser bella, halagarla, premiarla es supina ligereza e injusticia extrema”. Se dice que el oro de la sociedad capitalista que será arrasado por el bolchevismo amenaza corromperlo todo, y por el oro se distrae a las mujeres de sus deberes y se les quita la tranquilidad del alma”. Para el autor de este artículo, en el que se conjugan criterios morales tradicionales y socialistas, las mujeres “deben principiar a defenderse... no tienen por fin ostentar la melena y pintarse los labios, fumar y adquirir maneras hombrunas... deben ser intensamente mujeres y ser madres, las madre del hombre según la carne o según el espíritu de la obra social que realice”¹⁰.

Se trata de un debate que refleja puntos de vista aparentemente contradictorios y que, con algunas variaciones, todavía están presentes: “los concursos de belleza cosifican a las mujeres y contribuyen a poner en crisis su imagen de mujeres virtuosas, sociales o maternales”. Supuestamente la representación de “mujer bella” va en contra de su verdadera esencia: ser romántica, madre virtuosa o mujer inteligente. Pero, ¿son realmente contradictorias estas posiciones?

A mi criterio todas estas imágenes tienen

10 *El Día*, “El tiempo de las Misses”, Página Editorial, 22 de marzo de 1930.



Elección de Miss Ecuador 1930

en común que hacen referencia a una visión estereotipada de lo que constituye “ser mujer”. Desde este punto de vista no importa tanto ser una hermosa *Miss*, una mujer inteligente o una virtuosa madre. Lo realmente importante es el uso y la connotación que tenga para las propias mujeres. Porque estas concepciones pueden aludir igualmente a roles prefijados de antemano por alguien o algo (el mercado, la moral o el intelecto) cuyo poder de decisión esté por fuera de las mujeres. En este sentido, ¿no sería más interesante para todos, como muchas han empezado a hacerlo y como han defendido algunas corrientes feministas, que las mujeres decidamos sobre nuestra propia imagen y nos convirtamos de manera flexible y cambiante en lo que queramos ser?

Historias de misses historias de naciones

Andrea Pequeño¹

“Mientras haya reinas habrá peones”
(graffiti en Quito)

Me asombré de que en el marco del concurso Miss Universo 2004, realizado en Ecuador, no se haya producido una ola pública de comentarios y reflexiones. Las impresiones se intercambiaron entre cercanos, en los pasillos, en el hogar. Las voces disidentes sonaron de manera aislada y sin ecos. La excepción la encontré en la marcha de mujeres indígenas² que se tomó las calles con carteles marcados por la parodia, la metáfora, la llamada a la realidad: “Miss TLC”, “Miss niños”, “Miss pobres”, y también en las paredes rayadas de Quito: “¿Dónde escondieron a los niños?”.

Las acciones de embellecimiento de la ciudad y de formación de conductas saturaron los soportes comunicacionales y publicitarios: es que la belleza estaba aquí, en una ciudad limpia y ordenada, de gente amable con los turistas. Las campañas de promoción del evento apelaron una y otra vez a la identidad

Pequeño, Andrea, 2004, “Historias de misses, historias de naciones”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 114-117.

- 1 Estudiante de la Maestría en Género y Desarrollo de Flacso-Ecuador.
- 2 La marcha de las mujeres indígenas se realizó el 31 de mayo de 2004 y tuvo por objeto protestar, en el marco del Concurso Miss Universo, en contra del ALCA, el TLC, el Plan Colombia y el Plan Patriota. La acción fue organizada por la Confederación de Pueblos de la Nacionalidad Kichwa del Ecuador (ECUARUNARI).

nacional. Y la Miss Ecuador, María Susana Rivadeneira, se convirtió en embajadora y anfitriona de la nación ecuatoriana.

En este escenario, que fue también marcado por los enunciados racistas de Miss Bolivia³, recordé cuando mi compatriota, la Miss Chile Cecilia Bolocco, fue coronada Miss Universo en 1987. Esa vez alguien me sentenció rotundamente “gracias al triunfo de ‘la Bolocco’ Chile se conoce. El mundo se enteró de que es un país de América Latina y no sólo el ají mexicano”. Sí, para muchos “Cecilia” era la imagen de Chile: una hermosa joven de medidas perfectas (90- 60 -90) y de clase acomodada que le daba un abrazo y un beso de agradecimiento a Augusto Pinochet por su apoyo. Este es mi primer recuerdo consciente de una candidata de belleza como emblema de la nación, del cuerpo de una mujer como vehículo de la patria.

Todo esto me hace pensar que tras la trivialidad de los concursos de belleza se oculta una representación simbólica de la identidad nacional. Ellos serían una puesta en escena de matrices y órdenes socioculturales y, por con-

- 3 Gabriela Oviedo, Miss Bolivia 2004, había declarado en inglés: “Desafortunadamente, la gente que no conoce mucho sobre Bolivia piensa que todos somos indios del lado oeste del país (...). Es La Paz, la imagen que refleja eso, gente pobre, gente de baja estatura y gente india (...). Yo soy del otro lado del país, del lado este; nosotros somos altos y somos gente blanca y sabemos inglés”. Luego del revuelo que causaron sus declaraciones, la representante de Bolivia aseguró que “fue un problema de traducción, ya que la entrevista se hizo en inglés, además editada”. Sostuvo que se refirió a Bolivia como un país que tiene una diversidad geográfica y étnica.

siguiente, de la imagen nación. En este contexto el cuerpo de la mujer se convierte en icono simbólico de la identidad nacional.

A partir de los eventos de belleza sería posible construir un mapa de las representaciones sociales y de la imagen de nación ecuatoriana. En este sentido, he seleccionado algunos concursos que creo son emblemáticos de momentos históricos de construcción de la identidad nacional y que ilustran las disputas, los conflictos, las tensiones en torno ésta: a) la elección de Miss Ecuador en 1930, que grafica un proceso de movilidad social ya que consolida la posición pública de la clase media; b) la elección de una reina negra, en 1995, que escenifica el tema de la diversidad étnica y racial del país poniendo en jaque el discurso hegemónico del mestizaje; y c) el concurso de Miss Universo en 2004, en donde el discurso oficial ecuatoriano remarcó el tema de la identidad nacional desde la óptica neoliberal, desde el deseo y la necesidad de posicionarse en el mercado global.

Al explorar cómo el espectáculo de la belleza refleja las representaciones de la identidad nacional y las disputas sobre ésta, pretendo aportar una mirada crítica que vaya más allá de la discusión -eje del debate público- de cuánto y cómo se (mal)gastó el recurso nacional en el Miss Universo 2004. Desde esta perspectiva, vale la pena dilucidar cómo los concursos de belleza se convierten en acciones que junto con espectacularizar el tema de la identidad nacional, ponen en escena problemáticas y modelos de sociedad.

¡Que viva la Chacón!

En 1930 Ecuador recibió la primera convocatoria para participar en un concurso internacional de belleza que se llevaría a cabo en Florida, Estados Unidos. Para ello se organizó un evento nacional cuya final estaría compuesta por ocho candidatas, cuatro de Guayaquil y cuatro de Quito. Estas debían ser propuestas y postuladas por los propios habitantes de las comunas y sectores poblacionales, de acuerdo a “la belleza y a la gracia” personales. Las finalistas serían elegidas por votación popular en urnas dispuestas en correos, juzgados parroquiales y cines⁴. El evento despertó poco a poco el interés de la población⁵. Y es que la elección de la Señorita Ecuador 1930 tenía un “imperativo patriótico”⁶: en ella estaba “envuelta la reputación ecuatoriana”. La elegida sería la enviada “de la hermosura, y lo que es más de la cultura del país”, representación y exportación, en un cuerpo de mujer, de la nación y su cultura.

De acuerdo a los parámetros de organización social vigentes, la población negra e indígena ni siquiera fue pensada como potencial participante. Más bien, la lid final del concurso puso en el tapete el tema de la identidad de clase. Así, la disputa por la corona estaba entre Sara Chacón y Blanche Yoder, representantes de la clase media y la aristocracia guayaquileña, respectivamente.



4 La participación masiva de la población, poco común en la actualidad, puede tener que ver con que este evento se presentó como una oportunidad pública de pensarse como comunidad nacional.

5 Sin embargo, los quiteños fueron más bien tímidos en la participación masiva del certamen. De hecho “cuando llegó la hora culminante (...) el locutor anunció el caso insólito. Las finalistas quiteñas había mandado sus fotografías y no desfilaron de cuerpo presente” (Jorge Ribadeneira, *El Comercio*, 30 de mayo de 2004, pág. A5).

6 Diario *El Comercio*, 31 de enero de 1930, pág. 2.7

7 Diario *El Comercio*, 29 de enero de 1930, pág. 3.

El 7 de febrero de 1930, a las voces de “¡Qué viva la Chacón!, ¡viva la Chacón!”, se celebró el triunfo de la candidata de la clase media. Sara Chacón fue la elegida para encarnar además de la belleza, el espíritu y la cultura de la nación ecuatoriana. En su victoria se reconoce, como símbolo de identidad nacional, a un

Tras la trivialidad de los concursos de belleza se oculta una representación simbólica de la identidad nacional. Ellos serían una puesta en escena de matrices y órdenes socioculturales y, por consiguiente, de la imagen nación. En este contexto, el cuerpo de la mujer se convierte en icono simbólico de la identidad nacional.



sector que poco a poco se consolidaba en el espacio urbano, social, político y económico.

En este acto se plasma un proceso de movilidad social: el ascenso de una clase emergente que se instalaría poco a poco en la escena pública y en los centros de poder, desplazando con ello a la clase aristocrática y su histórica hegemonía. Así, desde el comienzo de estos concursos, el cuerpo y la presencia de la mujer se constituye

en un recurso metonímico de representatividad nacional: ella es la parte por el todo. Su cuerpo, su comportamiento, su saber, son simbólicos de la patria.

¿“Black is beautiful”?

La consigna “Black is beautiful” que apareció en la televisión norteamericana en la década de 1960 luego de las movilizaciones sociales de los afro-americanos, sirve como un buen enlace para abordar la elección de Miss Ecuador 1995. Ese año sucedió algo inusitado: Mónica Chalá, una mujer negra, fue electa la reina de belleza ecuatoriana. El concurso, organizado de acuerdo a reglas y parámetros internacionales, se activó en Ecuador dentro de los parámetros del discurso

hegemónico de la sociedad blanca y mestiza, es por ello que la coronación de Mónica Chalá pone en el tapete público el tema de la diversidad étnica y racial del país.

La ideología de la sociedad nacional que postulaba el mestizaje como imagen de la nación había invisibilizado al extremo a la población afro-ecuatoriana. Siguiendo a Rahier (1998), si los indígenas eran “el otro” que se intentaba subsumir y negar en el mestizaje, los negros eran “el último otro”, aquel que no cabía en la matriz identitaria nacional. Contextualmente, y más allá de los méritos o no de Mónica Chalá, puede pensarse que su triunfo hizo eco a la bandera de lucha de los movimientos indígenas y afroecuatorianos que sacudieron al país en la década de 1990: el imperativo del reconocimiento de la nación ecuatoriana como nación multicultural y plurinacional. En este marco, la elección de una “Señorita Ecuador” de piel negra implicaría el reconocimiento público de la diversidad racial y étnica. En su rol de representante de la nación ante el mundo, este hecho visibilizaría lo que había permanecido callado, silenciado. Sería la puesta en escena de una identidad nacional que ya no es homogénea en el mestizaje. El dictamen del jurado, sin embargo, desató una serie de controversias en la opinión pública, las que tenían que ver sustancialmente con la validez del triunfo de “una negra” como la imagen representativa del ser nacional.

Pero sobre todo, es importante recordar que el concurso de Miss Universo 1996, para el cual fue electa Mónica Chalá, se realizaría en África. Este antecedente provocó una ola de especulaciones que explicaban la elección como una estrategia nacional para “ganar puntos”. Este solo hecho cuestiona la coronación de la “Reina de Ebanos”, como la llamó la prensa, como la acción de reconocimiento de la diversidad étnica y racial del Ecuador.

Aceptar a una mujer negra cómo imagen representativa y exportable de la nación ecuatoriana, implicaría la aceptación de la diversidad étnica y racial del país y en esa medida el cuerpo de esta reina se convierte en una figura simbólica de la “nueva” identidad. Testifica-

ría la potencial transformación del discurso hegemónico en torno a la representación de la imagen nación. Contrariamente, pensar la elección como estrategia nacional para vencer, pone en el tapete no sólo el tema de la manipulación, sino que ratifica un discurso dominante que rechaza y se desconoce como imagen nación en la figura de una mujer negra.

Por consiguiente, ya sea en el rechazo o en el reconocimiento de la diferencia, el cuerpo de Miss Ecuador 1995 se convierte en una materialidad simbólica que encarna y hace presencia del tema de la identidad nacional. Este acto revela que la identidad así como su representación son procesos de “construcción” socio-cultural y en calidad de tales están enmarcados en relaciones de poder y se convierten en ámbito de debates, de luchas y disputas.

Del fracaso de una reina en un vestido neoliberal

Los concursos de belleza, orientados a competencias internacionales y articulados desde los parámetros de discursos dominantes, incorporan lo racial y étnicamente distinto de manera folklorizada. Por ejemplo, en la sección de traje típico las candidatas apelan a identidades étnicas y con ello ponen en escena al otro, el que aparece como una realidad a-temporal y a-histórica, un resabio del mítico pasado.

Esto me trae de vuelta al concurso de Miss Universo 2004, específicamente al traje típico usado por la representante de Ecuador. La vestimenta era una especie de campana que remitía al icono de la Mitad del Mundo. Una media esfera segmentada que buscaba simbolizar la heterogeneidad. El humor popular no se hizo esperar. Lo ridiculizó recurriendo a la frase publicitaria de un detergente: “eres capaz de ponerte cualquier cosa contar de no planchar”.

El traje vestido por Susana Rivadeneira fue (¿o es?) inspiración “típica” y propia de un discurso oficial que sustenta con desespero el modelo social y de mercado del neoliberalismo. Haciendo honor a esta ideología -que lo concibió a él y al certamen- erigió a las flores

como símbolo de identidad nacional. La imagen de la nación quedó reducida a un producto de exportación, definida desde el mercado y desde el orden económico neoliberal. “Miss TLC” ocupó la escena, haciendo carne el discurso oficial que desesperado lucha por ser considerado por Estados Unidos y luego por el mercado mundial.

La frase publicitaria usada para hacer mofa del vestido de Miss Ecuador adquiere, entonces, un sentido más profundo y más amplio. Es la burla a la imagen de identidad nacional que el discurso oficial puso en escena: “eres capaz de hacer cualquier cosa...”

Este traje intentó ser una representación de la nación ecuatoriana en su diversidad, pero no logró sino aparecer simbólicamente como la fabricada investidura neoliberal: la imagen de la patria vestida en una mujer mestiza, unida en su cintura y en el ruedo del armazón, simbolizada en un producto exportable.

No hubo aprobación ni reconocimiento de pertenencia en aquella ropa. Rotundo fracaso del traje y, simbólicamente, de la identidad nacional y el modelo social propuesto que malamente aunaba las diversidades y respondía a los intereses de la población.

En la marcha de las mujeres indígenas, junto a los carteles de Miss TLC y Miss miseria desfiló una reina vestida a la usanza “típica” de Susana. Era la parodia de la reina de Ecuador y en ella del discurso que intentó fallidamente representar a la unidad de la identidad nacional y consagrar un modelo económico y social.

Bibliografía

- Rahier, Jean, 1998, “Blackness, the racial / spatial order, migrations, and Miss Ecuador 1995-96”, en *American Anthropologist* 100 (2): 421-430, American Anthropological Association.
- Rivera, Fredy, 1999, “Las aristas del racismo”, en E. Cervone y F. Rivera, editores, *Ecuador Racista: Imágenes e identidades*, FLACSO-Ecuador, Quito.
- Rogers, Mark, 1999, “Spectacular Bodies: folklorization and the politics of identity in Ecuadorian beauty pageants”, en *Journal of Latin American Anthropology* 3 (2) 54-85, American Anthropological Association.

Econometría, teoría y política económica:

el Nóbel de Economía 2003

Salvador Marconi R.¹

Una introducción necesaria

No es intención del presente ensayo reiterar las motivaciones de la Real Academia Sueca al haber concedido -en octubre de 2003- el premio Nóbel de Economía a dos ilustres econométricos: Robert F. Engle y Clive Granger. Para el recuerdo, ese galardón fue otorgado "...por haber desarrollado métodos de análisis de series temporales con tendencias comunes (cointegración)".

Si bien se analizarán varios aspectos de sus aportes académicos, el propósito de estas líneas es el de recordar algunos elementos del debate -afortunadamente todavía presente- sobre la relación entre teoría y política económica y el avance que han registrado los métodos matemáticos y econométricos durante las últimas décadas, desarrollo al que han contribuido de manera decisiva las investigaciones de ambos galardonados.

Cuando fue concedida análoga distinción a Trygve Haavelmo (1989), algunos periódicos y revistas reportaban la noticia que el premio Nóbel había sido otorgado a ese economista noruego "...por haber demostrado cómo las teorías económicas podrían ser proba-

das", poniendo en serios aprietos a la academia y en incómoda posición a los econométricos, quienes salieron al paso relativizando la capacidad de su disciplina para alcanzar ese ambicioso objetivo. Por el contrario, también es verdad que muchas veces los economistas encuentran serias dificultades en rechazar una teoría; al menos, las críticas que se formulan hacia ciertas hipótesis teóricas no se basan exclusivamente en la evidencia econométrica. Podría afirmarse que la econometría tiene mayor popularidad entre los economistas para confirmar (mas no para desvirtuar) ciertos supuestos de la teoría económica.

Un axioma ampliamente aceptado es aquel según el cual la teoría económica no es objeto de verificación directa a partir de datos observados, pues entre la primera y los segundos se interponen esquemas o "modelos descriptivos" cristalizados por lo general en series estadísticas de base (comercio exterior, volúmenes de producción industrial, etc.) o de síntesis (cuentas nacionales; balanza de pagos, etc.).

Si esa es la situación, lo que se puede comprobar empíricamente es la validez o pertinencia de los modelos descriptivos mas no la de una teoría económica, por lo que el problema puede formularse de manera distinta: ¿es posible interpretar los *test* que resultan de esos esquemas descriptivos como pruebas indirectas para validar o rechazar una hipótesis teórica? La mayor dificultad para "transferir" los *test* sobre los parámetros de los modelos empíricos a los correspondientes parámetros de los modelos teóricos radica en el hecho de que no siempre es evidente el vínculo entre ambos grupos de pará-

Marconi R., Salvador, 2004, "Econometría, teoría y política económica: el nóbel de economía 2003", en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp.118-125.

¹ Doctor en Ciencia Políticas (Università degli Studi Sociali, Roma) y Economista (PUCE-Quito. Profesor universitario.

metros; además, los supuestos *ceteris paribus* son distintos en esos modelos. Ejemplo de esas situaciones son los mecanismos *ad hoc* utilizados para medir las expectativas, los supuestos simplificadores que permiten “agregar” el comportamiento de un grupo de individuos, la reducción lineal de las relaciones funcionales, etc.

Estas dificultades, difícilmente superables, hacen que la utilización de los modelos descriptivos se oriente hacia la búsqueda de una representación empírica satisfactoria de la teoría, sin pretensiones sobre la posibilidad de rechazar sus proposiciones. Este es el caso de los modelos macroeconómicos de grandes dimensiones utilizados principalmente para realizar previsiones o simular políticas económicas.

Como se recordará, en el caso de Haavelmo el premio Nóbel le fue concedido por la “elaboración de los fundamentos probabilísticos de la metodología econométrica y por el análisis de estructuras económicas simultáneas”. Precisamente, la naturaleza estocástica de los modelos y las implicaciones de la simultaneidad de las relaciones económicas son los temas que con mayor intensidad ha abordado la investigación econométrica y el campo en el que han contribuido los dos economistas galardonados por la Academia Sueca en 2003.

Antes de abordar los temas relacionados a la vinculación entre modelos teóricos y modelos empíricos, cabe recordar que los fundadores de la Sociedad Econométrica Internacional fueron grandes economistas de la época: I. Fisher, J. Schumpeter, J.M. Keynes, entre otros. En su formación jugaron un papel importante las matemáticas y la estadística, al igual que en la de los miembros de la *Cowles Commission* de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX; tal es el caso de T.C. Koopmans, J. Marschak y R. L. Klein. En estos últimos treinta años se ha profundizado la preparación matemática con respecto a aquella estadística, despertándose mayor interés por la modelística teórica respecto a aquella aplicada.



Robert Engle al recibir el nóbel de economía

Hipótesis teóricas y modelos empíricos

El objetivo de los siguientes acápit es abordar los problemas que presenta la utilización de los modelos empíricos para rechazar (o menos) una hipótesis teórica. En esa perspectiva, cabrían dos precisiones: a) el procedimiento de comprobación de una hipótesis teórica difícilmente puede reconducirse a la verificación mecánica de una hipótesis estadística (el valor de los parámetros de la ecuación de un modelo); b) el modelo especificado debe tener una determinada relación con los datos y satisfacer una serie de requisitos estadísticos antes de ser utilizados en el proceso de verificación teórica.

Entre los principales aportes de Granger y Engle destaca su esfuerzo por recomponer esos dos componentes fundamentales del instrumental econométrico. En el caso de los modelos empíricos, junto a los parámetros relevantes para la verificación de las hipótesis teóricas, existen parámetros “libres” (o de dis-

turbo) que pueden diferir en función de los objetivos del modelo. Su presencia refleja la existencia de una pluralidad de modelos que poseen similar estructura formal con propiedades estadísticas diferentes.

Varias “corrientes econométricas” cuestionan precisamente la idoneidad de los modelos denominados estructurales, contruidos sobre sistemas de ecuaciones simultáneas. Como se conoce, esos modelos -cuyas primeras

elaboraciones remontan a los trabajos de la *Cowles Commission*- se caracterizan, entre otros, por la presencia de los siguientes elementos: a) están constituidos por sistemas de ecuaciones simultáneas; b) la estimación de los parámetros se basa en el método de máxima verosimilitud; c) la identificación y distinción entre variables endógenas y exógenas del modelo se establece *a priori* así como las relaciones de causalidad.

El propio Koopmans advertía las dificultades que enfrenta ese tipo de modelos y que tienen relación con: a) la distinción artificial -y, en cualquier caso, establecida *a priori*- entre variables endógenas y exógenas; b) el tratamiento del modelo en presencia de rupturas estructurales; y, c) la validez -sólo asintótica-

del método de máxima verosimilitud. Si bien esos problemas fueron conocidos, el análisis de sus consecuencias fue abordado en profundidad a partir de los años ochenta por parte de tres corrientes metodológicas de la moderna econometría, cuyas diferencias de enfoque reflejan las distintas posiciones frente a los tres aspectos mencionados (Gambetta, G. - Orsi, R., 1991).

La primera corriente es liderada por Sims, quien señala que la ausencia de una solución satisfactoria al primer problema es la causa por la que la mayoría de modelos estructurales son inadecuados: muy pocas variables podrían ser genuinamente clasificadas como exógenas, por lo que los modelos estructurales basados en sistemas de ecuaciones simultáneas resultan *aparentemente* identificados. La alternativa para este enfoque consistiría en la construcción de modelos en los que todas las variables participan de manera simétrica y en los que todas son tratadas como endógenas. Los modelos propuestos por Sims (conocidos como Vectores Auto Regresivos, VAR) son sustancialmente formas reducidas en las cuales cada variable endógena depende de sus propios valores rezagados (*lags*) y de todas las demás variables endógenas. El surgimiento de los modelos VAR implicó -como puede intuirse- un serio cuestionamiento a la práctica econométrica generalmente utilizada en la construcción de los modelos estructurales que consistía en especificar y estimar -uno a la vez- los parámetros de las ecuaciones de comportamiento.

Utilizando los modelos VAR, la comprobación de las hipótesis teóricas sería posible, en general, únicamente si se prueba previamente la existencia de una “causalidad a la Granger” y su dirección; es decir, si se comprueba la existencia de una relación de causa-efecto entre las variables, identificada como una precedencia temporal de una variable sobre la otra. Esa relación es definida como un nexo entre una variable al tiempo t y otra variable al tiempo $t+1$, de modo que la previsión de la segunda es más robusta si se tiene en cuenta la primera.

La teoría económica no es objeto de verificación directa a partir de datos observados. Lo que se puede comprobar empíricamente es la validez o pertinencia de los modelos descriptivos mas no la de una teoría económica. ¿Es posible interpretar los test que resultan de esos modelos como pruebas para validar o rechazar una hipótesis teórica?



La mayoría de las series temporales macroeconómicas siguen una tendencia estocástica de forma que una distorsión temporal tiene un efecto duradero. Estas series temporales son denominadas no estacionarias y difieren de las estacionarias pues estas últimas no crecen en el tiempo y más bien fluctúan alrededor de un valor dado. Granger demostró que los métodos estadísticos utilizados para las series estacionarias podían conducir a resultados erróneos cuando se aplican a series no estacionarias. Su aporte consiste en haber puesto en evidencia que combinaciones específicas de series temporales no estacionarias podían exhibir estacionariedad, permitiendo por tanto la correcta inferencia estadística. Granger llamó a este fenómeno cointegración. A partir de ese concepto, desarrolló métodos econométricos ahora imprescindibles en el análisis de los sistemas en que la dinámica a corto plazo es afectada por grandes distorsiones aleatorias y la dinámica a largo plazo está restringida por relaciones económicas de equilibrio.

La segunda corriente (Leamer) acepta en principio el enfoque estructural en el diseño de los modelos y la especificación y estimación de los parámetros de las ecuaciones una por una, mientras rechaza la utilización de métodos de estimación basados en la máxima verosimilitud. La validez de los *test* obtenidos mediante ese método estaría subordinada a un conjunto de resultados extremadamente sensibles a los errores de especificación y, por consiguiente, serían poco confiables. Rechazar una hipótesis estadística en base al valor estimado de los parámetros supone, de acuerdo a Leamer, disponer de una medida de la variabilidad de los parámetros generada en los eventuales errores de especificación del modelo. El conocimiento de esa variabilidad permite verificar si el rechazo de una hipótesis se debe a la variabilidad de los datos o a la presencia de errores de especificación.

Los planteamientos de esta corriente son atractivos aunque poco practicables; en efecto, el análisis se torna complejo al aumentar el número de parámetros y modificar las especificaciones del modelo.

Un tercer grupo de investigadores liderados por Hendry (entre los cuales puede citarse también a Engle) tienen una actitud más bien constructiva frente a los tres problemas señalados: se trataría de superar el enfoque tradicional de la *Cowles Commission* introduciendo nuevos elementos generados en la moderna econometría aplicada e integrar los resultados originales con las nuevas contribuciones teóricas que tienen en cuenta los planteamientos de las dos corrientes metodológicas recién citadas.

Desde el punto de vista práctico, se reconoce que la especificación de una ecuación (sobre todo en el caso de los modelos macroeconómicos) no es simultánea a las demás ecuaciones del modelo, aun si entre las variables explicativas se encuentran variables endógenas. En el enfoque de Sims, basado en la estimación de formas reducidas, la presentación de los resultados debe estar acompañada por gráficos o cuadros que ilustren la respuesta de cada variable endógena frente a las condiciones iniciales de las demás y a las eventuales “innovaciones” o *shocks*. Esos resultados permiten evaluar la existencia de una relación causal (“a la Granger”) que se deduce del valor de los parámetros, su dimensión cuantitativa y su *timing*.

En particular, cuando se adoptan pruebas estadísticas con la *t* y la *F*, es necesario asegurarse que no existan relaciones “contaminadas”, es decir, que las variables asociadas a los parámetros que interesan sean estacionarias, o en el caso de variables no estacionarias, que entre esas variables exista una relación que las conduzca a ser conjuntamente estacionarias (cointegración).

En el enfoque de Leamer es necesario establecer una medida de lo que se denomina “fragilidad” de las estimaciones obtenidas con el propósito de depurar la variabilidad de las estimaciones la parte originada en eventuales errores de especificación. Finalmente, Hendry sugiere evaluar la evidencia empírica mediante el cálculo de numerosos *test* que posibilitarían establecer y aislar los errores de especificación.



Clive Granger al recibir el nóbel de economía

En síntesis, y bajo determinadas condiciones, parecería factible someter a verificación econométrica algunas hipótesis teóricas, aunque evitando el mecanicismo consistente en la pretensión de medir una hipótesis teórica con los parámetros de una ecuación estadística.

Política económica y econometría

En la conducción de la política económica (el “gobierno de la economía”), el elemento cuantitativo debería estar siempre presente, tanto en la fase descriptiva en la que se evalúan las condiciones de partida como en la etapa de cuantificación de los efectos de ciertas medidas. En lo que se refiere a las relacio-

nes entre econometría y política económica, su espectro es extremadamente amplio, por lo que en estas líneas se hará referencia exclusivamente a los aspectos estabilizadores de la política económica orientados a reducir la amplitud de las fluctuaciones cíclicas, reducir las presiones inflacionarias y garantizar el pleno empleo. Es hacia ese tipo de medidas estabilizadoras, por lo general, que suelen dirigirse las críticas más vehementes por parte de quienes pregonan las bondades del mercado y que tienen relación con su oportunidad y eficiencia, por un lado, y con la utilización de instrumentos cuantitativos capaces de orientar la acción de quienes deben adoptar esas decisiones.

Bajo el supuesto de que el país posea soberanía y autonomía en la gestión de la política económica -supuesto claramente cuestionable en el caso ecuatoriano- los argumentos que se presentan en esta nota pretenden justificar la existencia y la utilidad de los modelos (macro) económicos, aún en contextos caracterizados por la destrucción del instrumental disponible. La adopción del esquema de dolarización significó la eliminación de todos los mecanismos de gestión cambiaria y monetaria, con la excepción del encaje bancario cuyo porcentaje es actualmente de apenas 4%.

En cuanto a los “grandes objetivos” de la política económica, se sigue persiguiendo -con distintos matices e intensidades- el crecimiento, la eficiente asignación de recursos (en particular, el empleo de la fuerza de trabajo) y la estabilidad económica. Obviamente, tanto entre los economistas como entre ciertos responsables de la política económica, existe cada vez mayor conciencia sobre el significado, las interacciones y las limitaciones de esas metas así como la convicción de que esos objetivos no constituyen necesariamente argumentos de una “gran función de utilidad social objeto de optimización” por parte de *policy makers* desinteresados y preocupados por las necesidades de la colectividad. Aún si esa visión ingenua de la acción de la política económica -presente sobre todo en los libros de texto- ha sido sustituida por interpretacio-

nes “micro” -basadas principalmente en la teoría de juegos- la persecución de esos objetivos debe inexorablemente “hacer las cuentas” con variables “macro”.

En lo que se refiere a los instrumentos, éstos no son “datos” pues dependen de la organización institucional en cada país; lógicamente, si esta institucionalidad varía frecuentemente -como en el caso ecuatoriano- los instrumentos utilizados deberían adecuarse rápidamente para lograr esos grandes objetivos de la política económica. En particular, contextos de liberalización o apertura comercial y financiera, así como el propio esquema de dolarización, imponen la necesidad de crear un nuevo instrumental de política económica. Independientemente del debate sobre la utilidad, la eficacia y las modalidades que puedan asumir las políticas macroeconómicas, éstas nunca han dejado de existir. La insurgencia de dificultades para enfrentar los *shocks* de oferta más bien ha generado en los responsables de la política económica una mayor preocupación para reaccionar a las señales provenientes del sistema económico. Esa información -ciertamente limitada, fragmentaria e imperfecta- debe ser obviamente filtrada e interpretada. De ahí la creciente necesidad de análisis cuantitativos sobre el estado de la economía, sobre sus tendencias, sobre su reacción a estímulos externos, sobre las restricciones e interrelaciones, etc.

En muchos países, ese requerimiento ha sido satisfecho con el instrumental ofrecido por los modelos econométricos, cuya adaptación y utilización debió tener en cuenta los cambios ocurridos en los sistemas económicos, el desarrollo de la teoría económica y las innovaciones en los métodos econométricos. En este último caso, esos modelos han ido incorporando técnicas de especificación dinámica, procedimientos de diagnóstico y comprobación estadística tales como los “filtros” empleados para el análisis de las series temporales, etc.

En otros términos, y a pesar de sus limitaciones, los grandes modelos econométricos (o estructurales) construidos con propósitos pre-

visionales y de simulación de política económica siguen siendo útiles, pues agregan y organizan gran cantidad de información y constituyen instrumentos flexibles (cuando no son utilizados mecánicamente) para realizar evaluaciones cuantitativas. No se debería y no se podría esperar que esos modelos ofrezcan -por las razones señaladas- toda la evidencia empírica de las hipótesis teóricas que están en la base del modelo; lo que no se puede negar, en cambio, es su valor organizativo y de síntesis de los postulados teóricos y de las observaciones estadísticas que pueden orientar la adopción de medidas de política económica.

Cabe insistir en ese aspecto: un modelo es sólo una aproximación (quizá “heroica”) a una realidad compleja. Su validez radica precisamente en presentarse como una suerte de “maqueta” que posibilita dimensionar cuantitativamente las acciones y los efectos de la política económica. Y aunque siguen siendo herramientas *ad hoc* (es decir, construidas para propósitos particulares), en su defensa es posible afirmar que, en última instancia, toda hipótesis teórica así como los esquemas analíticos utilizados para describir, interpretar y orientar el comportamiento micro y macroeconómico son construcciones *ad hoc*.

Sin embargo, *ad hoc* no quiere decir “arbitrario”. En el caso de los grandes modelos elaborados a partir de los aportes de Klein y Tinbergen, generalmente basados en el esquema analítico de derivación keynesiana y construidos a partir de ciertas simplificaciones esenciales que permiten comprender algunos procesos macroeconómicos (crecimiento, inflación, desocupación, ciclo, etc.), el conjunto de supuestos *ad hoc* permite concentrar la atención sobre los grandes objetivos y los instrumentos clave para lograrlos.

Muchos modelos econométricos han sido objeto de críticas por la arbitrariedad de las especificaciones o su incoherencia interna. No obstante, esas críticas pueden extenderse a todos los instrumentos de análisis cuantitativo. Lo que quizá es más relevante es la posibilidad de reencontrar las hipótesis teóricas en las que se fundamenta.

Al respecto, existen dos estrategias de investigación: la primera, asociada a la denominada “nueva economía clásica” de Lucas y Sargent, quienes afirman que en los modelos estructurales muchos “parámetros” no son explicados sino simplemente objeto de una estimación econométrica. Sugieren la

.....
Surge la inquietud de conocer si los fracasos de la gestión macroeconómica en Ecuador se deben a errores de especificación de los modelos econométricos estructurales, a la dificultad para modelar la racionalidad de los agentes económicos o a la "destreza" de ciertos policy maker para utilizar una sencilla hoja de cálculo.



.....
 las preferencias individuales y las condiciones tecnológicas de la producción de bienes y servicios.

Como se podrá notar, se trata de un enfoque con un considerable *a priori* ideológico (mercados en permanente equilibrio, asignación óptima de los recursos, información perfecta, etc.) cuya mayor simplificación consiste en la presencia de un *agente representativo*, lo que implica a su vez la existencia de funciones de utilidad idénticas para todos los consumidores y técnicas de producción idénticas para todas las empresas.

Al respecto, otro economista galardonado con el Premio Nóbel en 1978, el estadounidense Herbert Simon, señalaba que

necesidad de regresar a los “principios básicos” representados por la existencia de agentes racionales que optimizan sus decisiones en un mercado permanentemente en equilibrio. El elemento estocástico constituye un elemento natural, aunque distribuido de manera “normal” y conocido *a priori* por todos individuos. Los parámetros, objeto de la estimación econométrica, representan

“las buenas previsiones tienen dos requisitos generalmente difíciles de satisfacer. En primer lugar, demandan o una comprensión teórica del fenómeno objeto de previsión como fundamento del propio modelo de previsión o alternativamente fenómenos que sean suficientemente regulares como para poderlos extrapolar. Puesto que la segunda condición es raramente satisfecha por los datos que representan el comportamiento humano, las previsiones serán buenas -en términos generales- sólo cuando sean buenas las teorías económicas. El segundo requisito para la previsión consiste en disponer de datos confiables sobre la situación inicial, punto de partida para efectuar la extrapolación”.

Esa condición de regularidad se encuentra a la base de la estrategia de investigación propuesta por Sims quien -como se anotó- rechaza la utilización de los modelos estructurales y se pronuncia a favor de modelos reducidos en los que no exista una distinción *a priori* entre variables endógenas y exógenas, de manera que cada una de ellas pueda expresarse en función de una combinación lineal de los valores rezagados y de sus “innovaciones” (modelos VAR). Ese tipo de estrategia de investigación propuesta por Sims -y en general, de los intentos de *measurement without theory*- traduce una profunda desconfianza en la capacidad de la teoría económica para identificar los parámetros de los modelos estructurales.

Esa propuesta, basada sobre la hipótesis según la cual las variables pueden ser descritas por un sistema de procesos estocásticos estacionarios, no permite conocer las condiciones iniciales o de partida de un sistema económico. Los vectores autoregresivos, si bien posibilitan generar previsiones de corto plazo en ausencia de rupturas estructurales, no podrían ser utilizados como guías de acción de la política económica precisamente por no ofrecer “una comprensión teórica del fenómeno objeto de previsión”.

Otra introducción

El debate académico “modelos estructurales *versus* modelos reducidos” no está concluido.

No obstante, a pesar de las críticas y de los nuevos paradigmas de investigación, el papel de los modelos macroeconómicos estructurales sigue siendo preponderante entre los instrumentos cuantitativos para orientar las medidas de política económica tal vez porque poseen elementos cruciales que no pueden prescindirse en el “gobierno de la economía” como es el caso de:

- a) los parámetros “libres” que reflejan las restricciones, los procesos de ajuste, las imperfecciones, la información imperfecta, etc., existentes en la realidad económica de un país;
- b) las instituciones, los estabilizadores automáticos, los regímenes históricos de las políticas, los canales a través de los cuales fluyen los impulsos de política económica;
- c) las no linealidades derivadas tanto de las condiciones de identificación del modelo como de la organización institucional, de la presencia de ecuaciones contables y relaciones técnicas, etc. que constituyen información esencial para la toma de decisiones en materia económica; y,
- d) los cambios estructurales y shocks que se registran en las economías.

Por su parte, la econometría de las expectativas racionales y las autoregresiones vectoriales evidenciarían su limitación principal al no permitir que se intervenga sobre “el modelo” con el juicio, el conocimiento y la experiencia de los economistas. No se trata tampoco de dar rienda suelta a la imaginación: los modelos estructurales, entre otras virtudes, permiten bosquejar esa necesaria línea limítrofe - frecuentemente violentada- entre reglas y discrecionalidad. Y es precisamente en esa “zona

gris” donde interviene tanto en la política como en los modelos el factor humano.

Como se observa, el modelo (cualquiera que sea su orientación teórica) no es una alternativa ni un obstáculo para la adopción de medidas de política económica; es sólo un instrumento, a veces complejo pero siempre objetivo, en las manos de un economista capaz (Okun, 1975). Surge entonces la inquietud de conocer si los fracasos de la gestión macroeconómica en Ecuador se deben a los errores de especificación de los modelos econométricos estructurales, a la dificultad para modelar la racionalidad de los agentes económicos ecuatorianos mediante vectores autoregresivos o, finalmente, a la “destreza” de ciertos *policy maker* para utilizar una sencilla hoja de cálculo.

Bibliografía

- Artus, P., Deleau, M., Malgrange, P., 1986, *Modelisation macroeconomique*, Economica, París.
- Gambetta G., Orsi, R. 1991, “Formulazione empirica di ipotesi teoriche e loro valutazione econometrica”, en Faliva, Mario, *Il ruolo dell'econometria nell'ambito delle scienze economiche*, Il Mulino, Bologna, pp.9-38.
- León, P., Falconi, J., Marconi, S., 1989, *Economía y premios nobel*, Edipuce, Quito.
- Medio, Alfredo, 1993, *Analisi dinamica in economia: modelli non-lineari e lineari stocastici*, Bologna.
- Okun, A. M., 1975, “Uses of Models for Policy Formulation”, en *The Brookings Model: Perspective and Recent Developments*, North Holland, New York.

Feminismo, fundamentalismo islámico y la política de la contrainsurgencia¹

Saba Mahmood y Charles Hirschkind

Antes de ser expulsados del poder en Afganistán, los Talibán eran vistos en occidente como un régimen retrógrado cuya misoginia intensa y odio a todas las cosas modernas eran típicos del fundamentalismo islámico. Algunas estrellas de Hollywood y la organización Mayoría Feminista (Feminist Majority) hicieron una campaña para “terminar con la discriminación de género en Afganistán”, pero pasaron por alto el papel que Estados Unidos había jugado en la promoción de grupos extremistas islámicos en la región, equipándolos con armas, y creando un ambiente político en el cual la emergencia de los Talibán era un resultado predecible. Saba Mahmood y Charles Hirschkind, de la Universidad de California en Berkeley, cuestionan los supuestos que guiaron la campaña de la Mayoría Feminista y exploran un prejuicio en contra de la religión y la tradición que nubla la visión occidental sobre el mundo islámico.

Durante una noche fresca y con brisa en marzo de 1999, un buen número de estrellas de Hollywood se manifestaron para mostrar su

Mahmood, Saba y Charles Hirschkind, 2004, “Feminismo, fundamentalismo islámico y la política de la contrainsurgencia”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 128-135.

1 Una versión más extensa y anterior de este artículo fue publicada en *Anthropological Quarterly*, Vol. 75, No. 2, 2002, pp. 339-354. Traducción: María Moreno. Revisión: Carmen Martínez Novo.

apoyo a la campaña de la Mayoría Feminista (Feminist Majority) contra el trato brutal del Talibán a las mujeres afganas. La persona que encabezaba esta campaña era Mavis Leno, la esposa de Jay Leno, quien se había lanzado al activismo político al escuchar sobre la grave situación de las mujeres afganas que vivían bajo el brutal régimen del Talibán. Los miembros de la Mayoría Feminista no sabían que Leno convertiría la grave situación de las mujeres afganas bajo el régimen Talibán en un caso célebre: no sólo las estrellas de Hollywood se unieron a las filas de la campaña que vino a ser llamada “Detengamos el Apartheid de Género en Afganistán”, sino que un importante número de revistas para mujeres (como *Glamour*, *Jane*, *Teen*, etc.), además de publicaciones feministas como *Sojourner*, *Off our back* y *Ms.*, publicaron artículos sobre la grave situación de las mujeres afganas bajo el régimen del Talibán. La Mayoría Feminista afirma que fue su trabajo el que eventualmente disuadió a los oficiales de la compañía Unocal de abandonar los planes para desarrollar una tubería de gas natural en Afganistán, y el que convenció a un Bill Clinton amigable a Hollywood de condenar al régimen del Talibán.

Lo que nos sorprende de esta campaña fue el estudiado silencio sobre el papel crucial que Estados Unidos jugó para crear las condiciones miserables en las cuales estaban viviendo las mujeres afganas. Aunque la Mayoría Feminista y algunas de las publicaciones para mujeres apuntaban hacia la guerra civil como un importante antecedente de la desgracia ac-



Gonzalo Vargas / Antonio Mena

tual de las mujeres afganas, hubo pocos intentos de conectarla con el masivo apoyo militar y económico que Estados Unidos, como parte de su estrategia de Guerra Fría, había provisto al más extremista de los grupos religiosos militantes de Afganistán, lo cual había preparado las condiciones para que los Talibán llegaran al poder.

Dada su masiva popularidad, la campaña de la Mayoría Feminista sirvió como elemento clave en la construcción del régimen Talibán como un enemigo particularmente merecedor de “nuestra” cólera debido a su duro trato a las mujeres. Después de los ataques del 11 de Septiembre, los cuerpos de las mujeres afganas vestidas con la burqa se convirtieron en el signo visible de un enemigo invisible que nos amenazaba no sólo a “nosotros”, en tanto ciudadanos de Occidente, sino a toda nuestra civilización. Como dijo Laura Bush en su mensaje de radio a la nación del 17 de noviembre de 2001: “[Nosotros,] la gente civilizada de todo el mundo, manifestamos nuestro horror, no sólo porque nuestros corazones se duelen por las mujeres y niños de Afganistán, sino también porque en Afganistán vemos el mundo que los terroristas quisieran imponernos al resto de nosotros.”

En el contexto de esta intensa preocupación por las mujeres afganas, es llamativo cuán silenciosa ha estado la mayoría de norteamericanos sobre las bajas civiles resultantes de la campaña de bombardeo estadounidense. En diciembre de 2001 -dos meses después del comienzo de la ofensiva militar estadounidense- el sitio web de la Mayoría Feminista seguía enfocado neciamente en los males del gobierno talibán, sin mencionar a los cientos de miles de víctimas de tres años de sequía que fueron puestos aún en mayor riesgo de inanición debido a que el bombardeo estadounidense restringió severamente la entrega de ayuda en alimentos. La Mayoría Feminista no intentó sumarse a los llamados que hicieron algunas organizaciones humanitarias -incluyendo la Misión de Mujeres Afganas- para detener el bombardeo de tal forma que la comida pudiera ser transportada a

estos 2.2 millones de afganos antes de que llegara el invierno.

El punto central no son las deficiencias y omisiones de la campaña de la Mayoría Feminista, sino los supuestos y actitudes que hicieron posibles tales omisiones. Estas no son específicas de la Mayoría Feminista sino que es-

El punto central no son las deficiencias y omisiones de la Mayoría Feminista, sino los supuestos y actitudes que hicieron posibles tales omisiones: actitudes sobre el lugar adecuado para la moralidad religiosa pública y sobre cómo se supone que dicha moralidad modele y constriña el comportamiento de las mujeres.



tán ampliamente presentes en la opinión pública estadounidense: actitudes sobre el lugar adecuado para la moralidad religiosa pública en las modernas sociedades islámicas y, en particular, sobre cómo se supone que dicha moralidad modele y constriña el comportamiento de las mujeres. El Talibán se ha convertido, de alguna manera, en un fuerte símbolo de todo lo que la opinión pública liberal considera en estos días como lamentablemente equivocado en las sociedades islámicas, prueba de la intensa misoginia hace tiempo atribuida al Islam y, más categóricamente, a aquellos movimientos dentro del Islam a los que se denomina fundamentalistas. Que de los escombros dejados por el juego de las políticas de las superpotencias, desarrollado sobre los cuerpos y comunidades afganas, nosotros sólo podamos identificar las maquinaciones misóginas del fundamentalismo islámico, testifica el poder que tiene esta imagen y la fuerza que ejerce en nuestra imaginación política.

Contrainsurgencia

Es extraño cómo el creciente debate público sobre la intervención estadounidense en la guerra civil de Afganistán no ha alterado el circuito cerrado de la opresión a las mujeres, la maldad del Talibán y el fundamentalismo islámico. De nuevo debemos recordar algo de esta impresionante historia. Los intereses estadounidenses se despertaron en lo que hasta entonces había sido una parte descuidada del suroeste asiático cuando la Unión Soviética invadió Afganistán en 1979. El presidente Jimmy Carter firmó un decreto con el propósito de comenzar operaciones encubiertas en Afganistán para acosar a las fuerzas soviéticas de ocupación a través del suministro de fondos, armas y otras formas de apoyo a los combatientes afganos conocidos como los mujahidín. Para 1986, bajo la administración de Reagan, este proyecto había crecido vertiginosamente, convirtiéndose en la mayor operación encubierta de la historia de los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial. En total, los Estados Unidos encauzaron más de 3.000 millones de dólares a los mujahidín, y Arabia Saudita, uno de los aliados más leales de los Estados Unidos, proveyó una ayuda financiera similar, si no superior.

Durante toda la guerra entre la Unión Soviética y Afganistán, los críticos de las operaciones encubiertas de la CIA expresaron principalmente dos denuncias: primero, que el grueso de la ayuda estadounidense fue encauzado a los grupos islámicos más extremistas y conservadores de la oposición afgana; segundo, que como consecuencia indirecta de las operaciones de la CIA, la región afgana-paquistaní se había convertido en el mayor productor de heroína y en un considerable mercado para armas ilícitas. Esta política de apoyar a grupos islámicos extremistas en la región, y dotarles de los equipos militares y de inteligencia más sofisticados, había creado gradualmente, en un período de diez años, el clima político en el cual la aparición del régimen Talibán era un resultado predecible. Aunque el Talibán no llegó al poder hasta

1995, bastante después de que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética se hubieran retirado de la región, los métodos del Talibán no eran muy diferentes de los de aquellos grupos a los cuales Estados Unidos y sus aliados habían ayudado. Tampoco son diferentes las prácticas de la Alianza del Norte, a la cual Estados Unidos apoyó -aunque con vacilaciones- durante su campaña en contra del Talibán.

La red de armas establecida entre Estados Unidos, la inteligencia norteamericana (Inter-Services Intelligence), la agencia de inteligencia de Pakistán y los mujahidín era notoriamente corrupta, y muchas de las armas que proveía la CIA terminaron siendo vendidas en el mercado abierto o canalizadas a grupos de combatientes ya conocidos por sus tácticas excesivamente violentas en contra de los no combatientes que habitaban en el área de conflicto. La CIA se hizo de la vista gorda sobre esta fuga de armas, interpretándola como el costo necesario de una operación encubierta y, al hacerlo, convirtió a la región en una de las áreas más fuertemente armadas del mundo. Además, cuando los mujahidín afganos ganaban control sobre las zonas liberadas de Afganistán, pedían a sus partidarios que cultivaran opio para apoyar su resistencia. Bajo la protección de la CIA y de Pakistán, los militares paquistanés y los combatientes de la resistencia afgana abrieron laboratorios de heroína en la frontera entre los dos países. Para 1981 esta región suministraba el 60 por ciento de la demanda estadounidense de heroína. En Pakistán los resultados fueron particularmente siniestros: el número de adictos a la heroína ascendió de un puñado en 1979 a un millón doscientos mil personas en 1995.

Enfocarse exclusivamente en el Talibán como la raíz de los problemas de Afganistán obscurece tanto la causa de esos problemas como su solución. Es típico de las afirmaciones de la Mayoría Feminista decir que “Afganistán, bajo el gobierno del Talibán, se convirtió en el productor número uno en el mundo de opio y heroína ilegal”. Debido a que el Talibán no llegó al poder sino hasta 1995, y que Afganistán ya era para 1985 el

mayor proveedor de heroína en el mundo, esta afirmación era cuando menos una tergiversación de los hechos. Por el contrario, de acuerdo a las Naciones Unidas, el Talibán eliminó la producción de heroína de las áreas bajo su control durante su primer año en el poder. El estrecho enfoque de la Mayoría Feminista sobre el gobierno Talibán y su silencio con respecto a la canalización de ayuda estadounidense a los grupos afganos más brutales y violentos (de los cuales el Talibán era sólo uno), parece arrojar una sombra sobre la integridad de su campaña. Por lo menos surge la pregunta de por qué las condiciones de guerra, militarización e inanición fueron consideradas menos injuriosas para las mujeres que la falta de educación, de empleo y, más notoriamente, de vestimentas occidentales.

El silencio de la Mayoría Feminista sobre estos temas estaba emparejado a una representación altamente selectiva y limitada de la vida afgana bajo el régimen Talibán, que filtraba toda la información que hubiera contribuido a un entendimiento más matizado de la situación de las mujeres afganas. Por ejemplo, el decreto Talibán de prohibir la entrada de niñas y mujeres a las escuelas sólo afectó a una pequeña minoría de habitantes urbanos, dado que la mayoría de la población vive en áreas rurales donde las escuelas son casi inexistentes: aproximadamente el 90 por ciento de la población femenina y el 60 por ciento de la población masculina en Afganistán es analfabeta. De igual manera, apenas se mencionó que la política del Talibán de desarmar a la población -y la estricta vigilancia de todas las áreas más importantes bajo su control- había hecho posible por primera vez en muchos años que las mujeres salieran de sus casas sin temor de ser violadas (por supuesto, ser golpeadas por una variedad de transgresiones morales seguía siendo una clara posibilidad). Por lo tanto, aunque las políticas de los Talibán habían empeorado las condiciones para las mujeres urbanas, no afectaron sustancialmente la vida de la mayoría de mujeres rurales, ya sea porque muchos de los edictos del Talibán ya reflejaban hechos de la vida rural,

o porque aquellos edictos nunca fueron implementados. Tomar en cuenta estas realidades demanda una estrategia más matizada de parte de quien desee ayudar a las mujeres afganas a largo plazo. Ya antes de que empezara el bombardeo, una consecuencia de la campaña de la Mayoría Feminista fue la dramática reducción de la ayuda humanitaria a Afganistán, hecho que sufrieron más duramente las mujeres y los niños, los miembros más vulnerables de la población. Cuando algunos de quienes estaban preocupados protestaron por este resultado, fueron reprendidos por ser blandos con los Talibán. Parecía que cualquier intento de ampliar la discusión más allá de las prácticas reconocidamente brutales de los Talibán estaba condenado a ser etiquetado como antitético a los intereses de las mujeres.

Fundamentalismo

Afganistán y Pakistán han sido completamente transformados por los papeles para los que fueron reclutados durante el conflicto de la Guerra Fría. Una amplia distribución de armas, el entrenamiento militar y la creación de un floreciente tráfico de droga con su concomitante actividad criminal -todo esto en circunstancias de pobreza desesperada- han tenido un impacto radical en las condiciones de la acción política y moral para la gente de la región. Colombia puede servir como una comparación útil al respecto. Como ha sido ampliamente reportado en Estados Unidos, la violencia galopante está directamente ligada a su estatus como uno de los mayores productores y traficantes de narcóticos y a la proliferación de armas asociada con este tráfico. A pesar de que se reconocen el rol de la militarización y las drogas en el caso de la violencia en curso en Colombia, en Afganistán más bien se buscan explicaciones en la sicología del llamado fundamentalismo.

La amplia aceptación de la que goza esta forma de comprender el problema, aún entre feministas como Barbara Ehrenreich, es alar-

mante. En un editorial de noviembre de 2001 en *Los Angeles Times*, Ehrenreich se queja sobre la falta de análisis entre los progresistas del “odio a las mujeres” que los Talibán, y los fundamentalistas islámicos en general, exhiben. Luego procede a ofrecer una explicación para este odio haciendo referencia a una “crisis global de la masculinidad” que supuestamente están enfrentando los hombres del Tercer Mundo, debido a la entrada de las mujeres en espacios de empleo y participación política. Lo que explica la misoginia de los Talibán en particular, sugiere la autora, es la ética masculinista de las *madrasas* (universidades islámicas) en las que sólo se aceptan hombres y por lo tanto están desprovistas de la “influencia potencialmente suavizadora de madres y hermanas”. Dado que Ehrenreich es una experta que frecuentemente ha presentado análisis contundentes de las condiciones materiales de inequidad de género en este país, es sorprendente que cuando concierne al Islam, ella también, tal como la Mayoría Feminista, pueda ofrecer un análisis de las condiciones de vida de las mujeres afganas que apenas topa el contexto de la guerra persistente, la galopante violencia étnica y tribal y la completa desintegración del complicado tejido social de Afganistán que siguió a su participación en la Guerra Fría. En lugar de ello, Ehrenreich fundamenta sus explicaciones en las narrativas populares del impacto psicológico producido por la modernización (“crisis de la masculinidad”) que es ejemplificado por el fundamentalista islámico.

Los parias del mundo

Permítasenos dar un ejemplo de los problemas relacionados con el concepto de “fundamentalismo global”. De manera similar a las mujeres afganas hoy en día, Salman Rushdie se ha convertido en Occidente en un caso célebre desde los años ochenta, cuando el Ayatollah Khomeini emitió un decreto en contra de la vida de Rushdie por haber escrito un libro blasfemo que era supuestamente perjudi-



cial para la sensibilidad musulmana. En octubre de 2001, Rushdie escribió un artículo en el *Washington Post*, del que vale la pena tomar una cita, particularmente a la luz de la autoridad moral que le ha sido concedida en Europa y Estados Unidos como un defensor de las libertades liberales. Refiriéndose a quienes llevaron a cabo los ataques del 11 de septiembre, Rushdie escribe:

“Sea lo que sea lo que los asesinos estaban tratando de lograr, parece improbable que construir un mundo mejor fuera parte de ello. Los fundamentalistas quieren derrumbar mucho más que tan sólo edificios. Esta gente está en contra de -para ofrecer sólo una breve lista- la libertad de palabra, un gobierno responsable, los judíos, los homosexuales, los derechos de las mujeres, el pluralismo, el secularismo, las camisetas cortas, el baile, el no tener barba, la teoría de la evolución, el sexo.”

Continúa después:

“El fundamentalista cree que nosotros no creemos en nada. En su visión del mundo, él tiene sus certezas absolutas, mientras nosotros nos hundimos en complacencias sibiráticas. Para probarle que se equivoca, primero debemos saber que él está equivocado. Tenemos que estar de acuerdo en lo que importa: besarse en lugares públicos, los sánduches de tocino, el desacuerdo, el último grito de la moda, la literatura, la generosidad, el agua,

una distribución más equitativa de los recursos del mundo, el cine, la música, la libertad de pensamiento, la belleza, el amor.”

Esta lista empareja de una manera extraña los principios políticos que se encuentran en el corazón de la política liberal con aquellos seductores íconos de placer que sugieren un agradable sentimiento de auto-reconocimiento y superioridad entre los cosmopolitas. Es como si a Rushdie le preocupara que la seriedad de los primeros no pudiera ser convincente sin el erotismo de los segundos (y aquí anotaríamos que, entre las múltiples violencias que han venido a definir a las mujeres afganas, hay un prenda de vestir que siempre aparece al principio de la lista). La retórica funciona más o menos así: una sociedad en la cual las mujeres no pueden usar minifaldas también está en contra del sufragio adulto; comer sánduches de tocino (o sea, de cerdo) le equipa a uno para disfrutar de la literatura y el cine. En otras palabras, aquellos que han venido a ver al Islam como importante para sus vidas, su política y sus formas de expresión pública -y por lo tanto no comen cerdo, no se besan en público, y no están de acuerdo con la teoría evolucionista- están destinados a vivir en sociedades autoritarias, intolerantes y misóginas. La insinuación implícita es que cualquier desviación de las normas culturales y políticas occidentales se convierte en un peligro para todos los aspectos de nuestras

vidas, desde nuestro sistema político a nuestros placeres privados. Que este argumento se haga ahora, en un momento político en que se les dice a los norteamericanos que estén en alerta constante de “gente que se vea sospechosa”, debería hacernos tomar una pausa y reflexionar.

Sea cual sea el efecto del velo sobre las mujeres que lo usan, también ha obscurecido nuestro campo de visión y nuestra capacidad para reconocer en las sociedades musulmanas algo más que misoginia y violencia patriarcal. Nuestra habilidad para responder a estas formas de violencia dependerá de extender nuestra capacidad de visión.



y Túnez) los partidos políticos islámicos ganaron las elecciones cuando se les permitió participar, y son parte de las voces que luchan por una mayor democratización y liberalización política. En Egipto, por ejemplo, el Partido Laborista (Hizb al-Amal), en coalición con una de las organizaciones islámicas más importantes en el Medio Oriente, la Hermandad Musulmana, presenta regularmente candidatos en las elecciones locales y nacionales. Adicionalmente, en los últimos diez años, los sindicatos egipcios de médicos, ingenieros y abogados han elegido a activistas islámicos para que sean sus líderes y representantes. En muchos casos, son los gobiernos cuasi-seculares de los países musulmanes los que han prohibido la participación de partidos políticos

islámicos (como en los casos de Turquía, Egipto y Túnez) en el proceso electoral.

La religión pública

Frecuentemente se sostiene el argumento de que si el mundo musulmán quiere llegar a ser moderno y civilizado, debe relegar al Islam al espacio de lo privado y lo personal. Se nos ha dicho que cuando se permite a la religión entrar en el debate público y realizar demandas políticas, da como resultado políticas rígidas e intolerantes que son particularmente perniciosas para las mujeres y las minorías.

Uno de los muchos problemas de esta formulación es que ignora las múltiples maneras en que lo público y lo privado están interconectados en la sociedad moderna. Como han reconocido las académicas desde hace algún tiempo, la división entre lo público y lo privado es bastante porosa; los dos están entrelazados íntimamente en todo el mundo. El ejemplo más sorprendente de esta conexión es la reacción que la adopción del velo ha provocado en algunos países europeos y del Medio Oriente. En Francia, por ejemplo, una decisión de las colegialas islámicas de usar tocados en la cabeza fue denunciada como perjudicial para la vida pública francesa; el gobierno francés prohibió los velos en las escuelas públicas en 1994. De manera similar, entre 1998 y 2000 se impidió a más de 25.000 mujeres entrar a los campus de las universidades porque se rehusaron a sacarse sus velos, y cientos de empleadas públicas fueron despedidas, rebajadas de categoría o transferidas por la misma razón. En todas estas instancias se ignoraron los alegatos de las mujeres jóvenes que sostenían que su adopción del velo era una expresión de su fe personal, y no una apología de políticas islámicas censuradas por el Estado. Ambos ejemplos no demuestran solamente que lo privado y lo público están entrelazados sino, de modo más importante, que sólo ciertas expresiones de “fe personal” - y no otras- son toleradas aún en las modernas sociedades liberales. Esto es, lo que queda re-

legado a la esfera de lo personal sigue siendo una decisión *pública*. Por lo tanto, necesitamos cuestionar la idea de que si los musulmanes simplemente privatizan su fe, su comportamiento se volverá aceptable para las sensibilidades seculares.

Una de las razones por las cuales el velo provocó una respuesta tan apasionada entre las feministas en Francia es la suposición de que es un símbolo poderoso del estatus subordinado de las mujeres en el Islam. Algunas feministas francesas apoyaron la prohibición del tocado. En un artículo de 1994 de una intelectual feminista francesa de renombre, Elizabeth Badinter, se señala: “el velo... es el símbolo de la opresión de un sexo. Ponerse jeans raídos, usar el pelo amarillo, verde o azul, este es un acto de libertad con relación a las normas sociales. Ponerse un velo en la cabeza, este es un acto de sumisión. Es una carga para toda la vida de una mujer”. A pesar de que el significado simbólico del velo ha sido discutido frecuentemente, particularmente por aquellos que se oponen a él, la cuestión es mucho más compleja de lo que esta cita sugiere. El velo ha sido cargado con tantos significados en los conflictos políticos y sociales contemporáneos que cualquier adscripción de un significado específico -tal como “símbolo de la opresión a las mujeres”- es poco convincente.

Es interesante que Badinter se oponga a la decisión en favor del uso del velo de muchas jóvenes musulmanas en base a que, en un acto concordante con (y por lo tanto no contestatario a) las normas islámicas de la modestia femenina, no alcanza el status de “un acto de libertad con relación a las normas sociales”. Esto denota el grado hasta el cual el tema normativo del feminismo sigue siendo liberador: se acepta a aquella que desafía las normas sociales (usando jeans raídos y tiñéndose el cabello de azul), pero no a aquella que encuentra

propósito, valor y orgullo en la lucha por vivir de acuerdo con ciertas virtudes tradicionalmente establecidas. La adopción voluntaria de las mujeres de las que son consideradas prácticas patriarcales es explicada frecuentemente por las feministas en términos de falsa conciencia, o de una internalización de valores sociales patriarcales, forzados sobre aquellos que viven en los confines asfixiantes de las sociedades tradicionales. Incluso aquellos análisis que demuestran el funcionamiento de la agencia subversiva de las mujeres en la aprobación de las convenciones sociales, permanecen circunscritos dentro de la lógica de la subordinación y la insubordinación. Una mujer musulmana sólo puede ser una de dos cosas, o descubierta, y por lo tanto liberada, o con velo, y por lo tanto todavía, de alguna manera, subordinada. ¿Pueden ser nuestros brasieres, corbatas, pantalones, minifaldas, ropa interior y trajes de baño tan fácilmente colocados a un lado o al otro de esta división? ¿Pueden ser nuestras actividades diarias y decisiones de vida realmente captadas y entendidas dentro de esta lógica de la libertad o el cautiverio?

Necesitamos desarrollar una forma de pensar sobre las vidas de las mujeres musulmanas más allá de esta simple oposición. Especialmente en momentos de crisis como hoy, cuando tendemos a olvidar que el conjunto particular de deseos, necesidades, esperanzas y placeres que experimentamos no *necesariamente* agotan las posibilidades de desarrollo humano. Necesitamos reconocer que sea cual sea el efecto del velo sobre las mujeres que lo usan, también ha obscurecido nuestro campo de visión y nuestra capacidad para reconocer en las sociedades musulmanas algo más que misoginia y violencia patriarcal. Nuestra habilidad para responder, moral y políticamente, de una manera responsable a estas formas de violencia, dependerá de extender nuestra capacidad de visión.

Déficits democráticos y globalización

Manuel Guedán¹

En medio de la grave crisis, en un periódico argentino apareció un anuncio en el que varias entidades ciudadanas convocaban a un acto. El título era el siguiente: “¡Basta de realidades! ¡Queremos promesas!” Lo tuve que leer dos veces. Creí que estaba equivocado, pero no. Era así. Parece sorprendente pero creo que la frase refleja exactamente un sentimiento que compartimos millones de personas en todo el mundo: los principales partidos políticos y sus líderes carecen de proyectos que sean capaces de generar ilusión y que, al mismo tiempo, resulten creíbles. La capacidad de generar ilusión y la credibilidad pocas veces se dan juntas en los últimos tiempos. A veces, ni siquiera por separado.

Y es que la democracia se ha generalizado en el mundo durante la década de los noventa, pero tenemos que reconocer que los sistemas democráticos presentan serios déficits en todas partes. Repasemos, por ejemplo, la evolución de algunos países europeos: en Francia, en las pasadas elecciones, la desunión de la izquierda y el voto de protesta anti sistema de los trotskistas provocó una subida de Le Pen y el triunfo de un político tradicional de la derecha, salpicado de escándalos en su época de alcalde. Durante la campaña electoral, la prensa norteamericana trató al señor Chi-

Guedan, Manuel, 2004, “Déficits democráticos y globalización”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 136-142.

rac de amigo y aliado, pero ahora que se ha atrevido a discrepar con el señor Bush, el Washington Post se refirió a él como “el ladrón de París”. La falta de participación activa de la ciudadanía, el hastío o el aburrimiento de una gran parte del electorado llevó a unos resultados que no eran, precisamente, los que los propios ciudadanos deseaban.

En Italia, después de las graves crisis políticas por los múltiples casos de corrupción, ganó las elecciones el político-empresario más corrupto del país, y las ganó apoyado, además, en fuerzas políticas de turbio pasado. El vicepresidente del gobierno italiano, Gian Franco Fini, presidente de un partido ex fascista, “cambió” su ideología en un congreso y rompió sus relaciones con los partidos neo fascistas europeos. Pero no se nos debe olvidar que, cuando su partido se proclamaba aún abiertamente de extrema derecha, el señor Fini ya formó parte del primer gobierno de Berlusconi.

En Holanda y en Dinamarca, dos países con larga tradición de tolerancia, ha crecido espectacularmente la extrema derecha xenófoba. En Alemania, el partido conservador está dirigido por su ala más derechista, la CSU bávara. En Austria, la extrema derecha ha gobernado en alianza con la derecha democrática tradicional.

Es posible que a miles de kilómetros de distancia no se perciba con igual intensidad el peligro que representa la participación en el gobierno de un país situado en el corazón de Europa, de la extrema derecha xenófoba, paradójicamente amiga de Sadam Hussein -su líder viajó hace un año a Bagdad con el úni-

¹ Universidad de Alcalá de Henares.

co propósito de estrechar públicamente su mano- pero es que los austriacos, como decía Billy Wilder, “tienen la gran habilidad de hacernos creer que Beethoven era austriaco y Hitler, alemán”.

A mi juicio, tenemos en Europa dos derechas: una conservadora, pero firmemente comprometida con el sistema democrático, y otra decididamente contraria al estado de bienestar, partidaria de disminuir las políticas sociales, de recortar las libertades y activamente xenófoba, partidaria de cerrar las fronteras de Europa a las personas y abrirlas sólo para las mercancías. No es que esta derecha haya nacido ahora. Desde la década de los 70, ha habido neonazis en casi todos los países europeos, pero eran grupos marginales y extraparlamentarios. La novedad radica en que ahora ocu-

enemigo a batir. Porque la historia nos enseña que a las dosis mínimas siguen las dosis máximas y las sobredosis, que desembocan en las dictaduras que todos conocemos. Como dijo Bertolt Brecht refiriéndose al auge del nazismo en Alemania, “primero fueron a por los judíos, y a mi no me afectaba, luego a por los homosexuales, después a por los comunistas, luego a por los socialistas y, después, nos declararon enemigos a todos nosotros, a todos los demócratas”. Las derechas democráticas, que tras la Segunda Guerra Mundial contribuyeron en coalición y consenso a construir estados democráticos con un marcado acento social, deben combatir con energía estas desviaciones fascistas.

Y la izquierda, el otro lado del arco político, debería combatirlo no menos enérgica-



pan puestos en los parlamentos nacionales y tienen alcaldías en muchos pueblos. Su presencia es sólida y, en algunos casos, llegan a condicionar las políticas de los gobiernos.

La derecha conservadora democrática puede adoptar dos actitudes frente a esa derecha xenófoba. Una de ellas es ejemplar, la que asumió el señor Chirac en Francia: un rechazo total, hasta el punto de preferir una derrota electoral en la primera vuelta (como ya le ocurrió en el año 97, contra el señor Jospin). La otra es la adoptada por la derecha austriaca, por Forza Italia o por el señor Stöiber en Alemania, que considera que los enemigos están sólo a su izquierda.

Es muy peligroso participar en este juego tentador de considerar “al otro”, al diferente (emigrante, homosexual, negro, indio, musulmán o, simplemente, disidente), como

mente, empleando para ello sus propios valores y señas de identidad. Pero, al menos en Europa, la izquierda está desorientada. Le está costando trabajo encontrar un discurso propio y adopta, a veces, el discurso de la derecha en cuestiones como la emigración, a la que vincula, en demasiadas ocasiones, con la seguridad. Si no fuera por la ausencia de un discurso propio y la desorientación e insatisfacción de electorado de izquierdas, ¿cómo se puede explicar que un político honesto y eficaz, como Jospin, haya perdido las elecciones a la presidencia de la República francesa frente a Chirac?

Un ejemplo es el debate sobre la guerra contra Irak que ha sido particularmente fuerte en Europa. La socialdemocracia, salvo un sector mayoritario del Partido Laborista británico, adoptó la decisión de que era impres-



cindible agotar todas las vías posibles para desarmar al régimen iraquí sin necesidad de acudir a la guerra. La postura de los socialdemócratas se basó en la defensa de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y el rechazo a una acción unilateral de los Estados Unidos. Esta postura era idéntica, en lo esencial, a la actitud de algunos gobiernos de clara mayoría conservadora, como el francés. En este caso parece que unos y otros han sabido sintonizar con la voluntad de las bases sociales a las que representan.

Volviendo al punto anterior, en el que me refería a la deslegitimación de los partidos políticos, quisiera insistir en que tampoco la izquierda ha entendido la oleada de rechazo a la partidocracia que se va extendiendo, con rasgos muy diferenciados, en Europa y en América Latina. Como señala el sociólogo francés Alain Touraine, “que no hay democracia sin partidos, sin actores propiamente políticos, nadie lo rebate y es imposible hablar seriamente de democracia plebiscitaria. Pero la partidocracia destruye a la democracia al quitarle su representatividad y conduce ya al caos, ya a la dominación de hecho de grupos económicos dirigentes, a la espera de la intervención de un dictador”².

En Europa, como ha quedado de manifiesto en las últimas elecciones al Parlamento Europeo, se viene experimentando un desapego de los ciudadanos respecto a la política, y muy concretamente a los partidos, que son cada vez más parte del problema y no de la

solución. En un gran número de países el mal comportamiento de los partidos ha eclipsado las bondades del régimen democrático. En América Latina el descrédito de los partidos políticos ha contribuido profundamente al cuestionamiento del propio Estado democrático. Y conviene recordar que es consustancial con este sistema que los partidos ordenen las preferencias de los ciudadanos y las trasladen a las instituciones en forma de proyectos de intervención, en definitiva, convertidas en propuestas que resulten tan atractivas para los ciudadanos como para que éstos les den su voto y les permitan gobernar.

Con todos sus defectos, los partidos políticos son la esencia de la democracia y su existencia es lo único que garantiza la posibilidad de elección entre las distintas opciones. Por eso es tan importante que los partidos reflexionen seriamente sobre la crisis de la democracia y traten de impulsar nuevas fórmulas de participación popular eficaces y que ilusionen a los ciudadanos. A la izquierda, particularmente en América Latina, le está costando trabajo renovarse y no ha aprovechado su potencial crítico para elaborar nuevas ofertas y modificar su forma de organización. Eso, seguramente, ha ocurrido porque, como decía un graffiti con el que me encontré en la Ciudad de Guatemala, “cuando tenía las respuestas, le cambiaron las preguntas”. Y a la izquierda las preguntas se las cambiaron cuando cayó el muro de Berlín.

Con la desaparición de uno de los bloques en los primeros años de la década de los 90, comenzaron a alzarse voces que se preguntaban si seguían teniendo sentido los debates

2 Touraine, Alain, 2000, *¿Qué es la democracia?*, Fondo de Cultura Económica, México, pág. 86.

políticos en una economía de mercado y en una democracia liberal que ya no tenía contrincantes. Es más, había voces autorizadas que defendían que la única solución era “más mercado” y que los Estados y la política tenían que apartarse y no estorbar a la libre competencia económica. Pero los años han demostrado algo que ya era obvio para muchos de nosotros: *que el mercado por sí sólo no resuelve los problemas*. Es verdad que la economía de mercado genera riqueza y que ésta es imprescindible, pero también genera desigualdad y provoca que millones de pobres sean arrojados a la cuneta. Sólo un Estado democrático, con fuerte contenido social, es capaz de impedir la exclusión social mediante la implantación de políticas públicas que favorezcan la igualdad. Garantizar a todos los ciudadanos la educación, la salud, la vivienda y, en definitiva, una vida digna, es una obligación del Estado, una tarea que no entra dentro de las “obligaciones” del mercado. Y el cumplimiento de estos objetivos es lo que legitima, ante los ciudadanos, a un Estado de derecho.

En una obra colectiva imprescindible, editada por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), e inspirada por Edmundo Jarquin y Fernando Carrillo, ambos reafirman el papel central que desempeña el Estado en el crecimiento económico: “la importancia de las instituciones y de la política se reconoce cada vez más como factor esencial para lograr crecimiento económico con equidad y sostenibilidad”³. Jarquin y Carrillo, estudiosos y buenos conocedores de la región, afirman en esta obra que es necesario recrear el Estado para acometer dos tareas, a saber: a) garantizar políticas públicas que generen bienestar social y progreso económico, e b) implantar un sistema fiscal eficiente y equitativo.

Por otra parte, tal como subraya Touraine, un sistema abierto, político o económico, es una condición necesaria pero no suficiente de la democracia o del desarrollo económico. “No hay, en efecto, democracia sin la libre elección

de los gobernantes por los gobernados, sin pluralismo político, pero no puede hablarse de democracia si los electores sólo pueden optar entre dos fracciones de la oligarquía, del ejército o del aparato del Estado. Del mismo modo, la economía de mercado asegura la independencia de la economía con respecto a un estado, una Iglesia o una casta, pero hace falta un sistema jurídico, una administración pública, la integración de un territorio, empresarios y agentes de redistribución del producto nacional para que pueda hablarse de sociedad industrial o de crecimiento endógeno”⁴.

La política se legitima socialmente sólo si contribuye a disminuir las incertidumbres que planean sobre la convivencia humana. Por tanto, partiendo de esta concepción, la política es la encargada de gestionar pacíficamente los conflictos para que la democracia los resuelva, con la participación de los ciudadanos, en un proceso que presenta, según el profesor Josep M. Vallés⁵, varias etapas: 1) identificación y selección de los conflictos a regular, 2) debate sobre las alternativas propuestas y 3) decisión final para seleccionar una de ellas. En pocas palabras, la concepción de democracia que defendemos exige dos requisitos: *deliberación* y *decisión*, porque creemos que la política no es sólo decisión, sino que, antes de decidir, debe producirse un diálogo abierto, libre y bien informado. No puede ser considerado un sistema democrático aquel que niegue capacidad política o participación a un grupo o a una comunidad. La democracia, para que sea tal, debe favorecer la máxima equiparación posible entre todos los grupos e individuos.

Las *normas* son otra de las esencias de la democracia. Lo que caracteriza a la dictadura es la arbitrariedad, el no reconocimiento de los derechos a determinados grupos sociales e individuos. La democracia, por el contrario, defiende los derechos de todos y ni el propio Estado puede violarlos. En el siglo III antes

3 Jarquin, Edmundo y Fernando Carrillo, “Democracia en déficit”, BID, Washington, D.C., pág. 4.

4 Touraine, Alain, *Ibid.*, pág. 15.

5 Vallés, Josep M., 2000, *Ciencia Política: una introducción*, Ariel, Barcelona.

de Cristo, Aristóteles decía, refiriéndose a la democracia griega, que ésta era “la forma de gobierno en el que la libertad tenía que ser la norma”. Hoy siguen siendo la libertad y el cumplimiento de las normas sus condiciones *sine qua non* pero, en el siglo XXI, la democracia tiene que ser, además de una democracia *de medios*, una democracia *de fines*, es decir, una democracia sustantiva. Con democracia sustantiva quiero decir que la democracia debe producir equidad social, debe equilibrar las diferencias económicas y sociales que genera el mercado. El estado democrático de hoy día debe tener en cuenta las necesidades de la economía post industrial y de la competencia internacional, sin olvidar la equidad social, que es el origen del estado de bienestar que surgió en Europa después de la Segunda Guerra Mundial.

Uno de los clásicos de la teoría política de nuestra época, Robert Dahl, advierte sin embargo acerca de la importancia de respetar el equilibrio a la hora de valorar los medios y los fines: “llevado a sus extremos, la insistencia de que los resultados sustanciales deben tener precedencia sobre los procesos pasa a ser una lisa y llana justificación antidemocrática del tutelaje, y la ‘democracia sustantiva’ se convierte en un rótulo engañoso para disfrazar lo que de hecho es una dictadura”.⁶

Sobre este tema permítanme que haga una referencia a la experiencia europea de la post guerra. La consolidación de la democracia y el desarrollo económico y social fueron posibles porque se consiguió el consenso entre las fuerzas políticas y sociales. Los empresarios renunciaron a unas ganancias abusivas y aceptaron unos sistemas fiscales progresivos, que permitieron a los Estados desarrollar políticas de bienestar social. A cambio de eso, los trabajadores renunciaron al enfrentamiento permanente y establecieron un sistema regulado de huelga.

Mi país, España, tuvo un proceso diferente. La caída de Hitler no se llevó consigo la

cruenta dictadura del general Franco, que duró 40 años. Salimos de esa dictadura tras largas luchas políticas y sociales y, a la muerte del dictador, se implantó un régimen democrático que se estabilizó, gracias a los pactos entre los partidos políticos y las fuerzas sociales. Se llegó a un acuerdo, por ejemplo, en la forma de Estado: la derecha y el ejército defendieron la monarquía y la izquierda la aceptó, poniendo como condición que ésta adoptara la democracia constitucional. También se produjo un importante pacto económico y social. Los 12 años de gobierno socialista y la entrada de España en la Unión Europea consolidaron un estado de bienestar, con la universalización de la educación y de la salud, algo desconocido hasta entonces en el país.

Para no mantenernos en una situación de desesperanza, quisiera referirme a lo que creo que pueden ser las líneas de reflexión para atajar los déficits democráticos y, siguiendo la obra antes citada del profesor Vallés⁷, me permito hacer estas propuestas:

En primer lugar, tenemos que partir de la base de que el Estado está viviendo una profunda crisis y que sus capacidades se están viendo disminuidas por una serie de factores:

- a) Los procesos de integración regionales le están quitando competencias.
- b) Han nacido otros actores con fuerza (medios de comunicación, multinacionales, ONG, etc.).
- c) Las nuevas tecnologías desbordan las concepciones tradicionales sobre la soberanía de los Estados.

A modo de resumen de este primer punto, podemos afirmar que se ha producido una erosión del propio Estado.

En segundo lugar, hay que afirmar que el Estado es imprescindible en este siglo XXI, pero no es menos cierto que necesitamos un Estado menos dirigista y más catalizador, un Estado que no actúe como monopolio del poder y que sea consciente de que no ostenta

6 Dahl, Robert, 1992, *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona, pág. 196.

7 Vallés, Josep M., *Ibid.*

el poder en exclusiva. Se necesitan Estados que fomenten espacios de participación democrática, de diálogo y de concertaciones. Estados que partan de que no pueden ser ellos los que desempeñen el único papel protagonista. Deben reconocer papeles decisivos a los individuos y a los colectivos. Un Estado que, como dice Touraine, sea movilizador y dinamizador de una sociedad madura a la que, incluso, se le deben facilitar herramientas de control sobre sus actuaciones.

En tercer lugar, se deben reconocer y abordar los déficits del Estado democrático mediante la aplicación de fórmulas nuevas que permitan ampliar la participación ciudadana:

- a) Mayor acceso de los ciudadanos a la información. Un acceso que se puede ver favorecido por las nuevas tecnologías.
- b) Descentralización territorial de la administración.
- c) Regulación del rendimiento de cuentas efectivo por parte de los políticos y los gestores.
- d) Establecimiento de sistemas de coparticipación en la elaboración de políticas públicas.
- e) Establecimiento de sistemas eficaces y transparentes de lucha contra la corrupción.
- f) Creación de nuevos espacios para que puedan participar los ciudadanos no organizados, junto con los sindicatos y las ONG.
- g) Establecimiento de sistemas de consulta popular o referéndum para cuestiones de especial importancia.

En cuarto lugar, la revitalización de la democracia pasa por hacer frente al descrédito de los partidos políticos. Entre otras medidas y teniendo en cuenta la situación de cada país, se debería elaborar una Ley que regule el funcionamiento y la democracia interna de los partidos políticos, así como su financiación pública, para garantizar una plena transparencia de sus ingresos y de sus gastos. Se debería también sancionar el tráfico de influencias y la corrupción.

En quinto lugar, hay que tener en cuenta que una de las principales características del mundo globalizado es la pluralidad de actores. Junto a los Estados han surgido, a veces con mayor fuerza que éstos, los medios de comunicación, las multinacionales, los organismos internacionales, las organizaciones no gubernamentales e, incluso, los propios individuos. Dado el peso que tienen estos nuevos actores en la sociedad internacional y en la toma de decisiones, hay que extender el principio de responsabilidad democrática. Muchas de las decisiones que se adoptan son el resultado de la multitud de actores que interactúan en la compleja sociedad internacional. Pero, ¿a quiénes se les van a pedir responsabilidades en el caso de una crisis bancaria internacional? ¿Qué control político pueden ejercer los miembros de un Parlamento sobre lo que decide el Fondo Monetario Internacional, el G-8 o la OMC?

En la actual sociedad globalizada las responsabilidades se diluyen y es realmente difícil ejercer un control democrático sobre los actores que toman decisiones, máxime cuando, en ocasiones, no son autoridades políticas. ¿No influyen la CNN o los principales fondos de inversión más que muchos Estados? Como señala Dahl, “en la actualidad, las fronteras de un país (incluso de un país tan grande como Estados Unidos) son mucho más circunscriptas que las fronteras de las decisiones que afectan significativamente los intereses fundamentales de los ciudadanos. La vida económica de un país, su medio ambien-

Es verdad que la economía de mercado genera riqueza, pero también genera desigualdad y provoca que millones de pobres sean arrojados a la cuneta. Sólo un Estado democrático, con fuerte contenido social, es capaz de impedir la exclusión social mediante la implantación de políticas públicas que favorezcan la igualdad.





te, su seguridad nacional y su supervivencia dependen mucho en nuestros días (y probablemente cada vez más) de actores y de acciones que están fuera de los límites del país, no sometidas en forma directa a su gobierno”.⁸ Hay, por tanto, que buscar mecanismos para que estos nuevos actores privados rindan explicaciones públicas de sus intervenciones y hay que procurar hacerlo en todas las direcciones posibles: ante los usuarios y los consumidores, ante los accionistas, ante los empleados y ante los Gobiernos. El creciente nivel de instrucción de los ciudadanos y las nuevas tecnologías de la comunicación pueden facilitar este ejercicio de responsabilidad democrática, basada en la transparencia y el intercambio de información.

Como última conclusión, en este nuevo siglo en el que estamos, debemos entender por política, particularmente por política democrática, la intervención colectiva de los ciudadanos para regular las tensiones y los conflictos que les afectan. Esta intervención colectiva seguirá exigiendo la coordinación del esfuerzo de muchos, aunque esta coordinación adopte ahora nuevas formas y maneje nuevos recursos. Touraine destaca al respecto que “sólo unos movimientos sociales fuertes y autónomos, que arrastren tanto a los dirigentes como a los dirigidos, pueden oponer resistencia al dominio del Estado autoritario modernizador y nacionalista a la vez, dado que constituyen una sociedad civil capaz de negociar con aquél, dando así una autonomía real a la sociedad política”.⁹

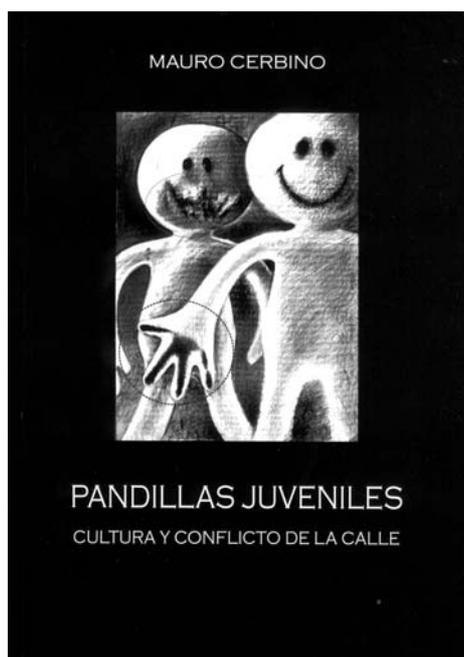
Si hacemos caso a los que dicen que la po-

lítica es ya innecesaria, tendríamos que afirmar que las desigualdades sociales y las diferencias de todo orden han desaparecido de nuestro mundo. O que todos los que le habitan han decidido acabar con ellas. No parece verdad ni lo uno ni lo otro. Es más, cada vez hay más diferencias entre los países ricos y los países pobres y, dentro de los países, entre los que más y los que menos tienen.

En una reciente conferencia internacional, que reunió en Madrid a unos 30 ex presidentes y expertos de todo el mundo, se detectaron varios problemas especialmente graves del momento actual (riesgos medio ambientales, conflictos bélicos locales, avance del sida, brotes de xenofobia, etc.), pero se dedicó especial atención a uno en particular: que la ola democrática que surgió con fuerza en los años 90 se ha detenido en los países en vías de desarrollo. Los países en vías de desarrollo, América Latina, Asia y África, habían acogido la democracia con grandes expectativas, pensando que ésta iba a ser capaz de modificar sus condiciones de vida, de paliar la pobreza y erradicar la corrupción. Pero no ha sido así. Los sistemas democráticos no han generado bienestar social, no han sido capaces de acabar con la corrupción y coexisten con la miseria. Esto ha hecho que aumente la zozobra y que las gentes tengan la sensación de que les han robado el futuro. Y como señalaba recientemente en un editorial el periódico inglés *The Guardian* “un mundo sin optimismo es un mundo peligroso”.

8 Dahl, Robert A., *Ibid.*, pág. 382.

9 Touraine, Alain, *Ibid.*, pág. 31.



Mauro Cerbino,
**Pandillas juveniles: cultura
 y conflicto de la calle**
 Abya-Yala - El Conejo, Quito, Quito, 2004

¿Qué sabemos sobre el mundo de vida de la calle? ¿Es posible entender la racionalidad que guía los comportamientos “alarmantes” con los que frecuentemente son asociados los modos de vida de los pandilleros? ¿Cuál es la frontera que marca la legitimidad e ilegitimidad de la violencia? Mauro Cerbino nos da algunas respuestas a estas preguntas: una multiplicidad de discursos sobre las pandillas dirigidos desde ámbitos institucionales y medios de comunicación suponen una forma de patología social en donde los elementos “dañados” amenazan la ficticia normalidad de una sociedad; una sociedad que, por lo demás, responsabiliza de las situaciones de violencia a determinados sujetos y los convierte en amenaza para el resto del cuerpo social. En un entorno donde las situaciones generadoras de violencia son permanentes y no coyunturales, alarmarse de la “pérdida de valores” que acompaña el crecimiento de la violencia- del que las pandillas serían la más clara muestra- implica una práctica de estigmatización de los sujetos pandilleros que nos

obliga a sospechar de estos discursos y a enfrentarnos a un campo de estudio ante todo difícil y complejo.

Pandillas juveniles nos muestra un buen ejemplo de lo que Foucault denomina el “efecto de verdad”: de cómo el discurso produce la realidad que nombra, es decir, de cómo los sujetos “dañados” existen sólo en cuanto aparece el discurso que los representa como tales. Sin embargo, la miopía está en ver lo que el discurso crea y no ver desde dónde se produce ese discurso y la voluntad que está detrás de producir esa realidad. Lo interesante de este caso es que gran parte de ese discurso normalizante viene de los medios de comunicación. Ellos crean una visión alarmante sobre las pandillas pero, a su vez, son ellos los que, mediante el “rating” que les muestra lo rentable de la crónica roja, seleccionan qué mostrar y cómo mostrar el mundo de las pandillas juveniles. En este sentido, el autor invita a asumir una postura crítica del doble discurso mediático que, por un lado, condena diversos comportamientos y que, por otro, él mismo contribuye a crear.

Esta mirada alarmista es vista por el autor como una luz para indagar sobre la frontera entre la violencia legítima y la ilegítima. Cuando las voces de los medios se autodefinen como voces que representan a la sociedad y gritan en pos de acciones que garanticen la “seguridad ciudadana”, piden “sanciones ejemplares” y claman porque las autoridades actúen con “mano dura” para frenar esta “descomposición social”, delimitan el uso legítimo de la violencia frente la violencia considerada ilegítima de los pandilleros.

Pero, ¿qué dicen sobre esto los pandilleros? Cerbino nos propone: “Explorar, observar, escuchar y comprender a los pandilleros y ex pandilleros en sus formas de comprender y actuar en el mundo”. Es decir, dar la palabra a estos sujetos, en tanto que esta palabra, convertida en relatos, conlleva una suerte de reflexividad en la que contar las experiencias de vida supone significarlas de tal modo que sean presentadas a un oyente. La palabra se convierte en la puerta de

acceso al imaginario que conduce los procesos de reconocimiento y desconocimiento, y es la palabra la que nos da cuenta de los complejos mundos de significación de los jóvenes pandilleros, de cómo representan sus experiencias y las de los “otros”, de otras pandillas, de los adultos, las instituciones, los políticos, de la sociedad en general.

De estos relatos aparece un complejo mundo simbólico que mueve a las pandillas. Aparecen significaciones y valoraciones sobre objetos que se vuelven signos de estatus y reconocimiento y que van desde los zapatos hasta las armas. Aparecen sus valores sobre el honor, la hombría, la solidaridad, su vivencia de la ciudad como exclusión, la importancia del graffiti como marca de su presencia por las calles. En todo ello muestran –también– una socioestética sobre lo corporal como elemento constituyente del mundo simbólico de los jóvenes pandilleros.

Una constante de estos relatos es una fuerte necesidad de reconocimiento, de “ser vistos” de alguna manera y de demostrar que “merecen respeto” y que mucho de este respeto se lo obtiene por ser reconocidos como “peligrosos”. Dentro de la lógica de los pandilleros, elementos como las drogas, el haber matado a alguien o haber estado en la cárcel se convierten en signos de distinción. Pero los relatos hablan también del riesgo, la soledad, del miedo y la muerte...

Esto nos lleva a pensar qué valores guían los discursos pandilleros. El texto nos muestra que el mundo de los pandilleros, frecuentemente calificado desde ámbitos institucionales y medios de comunicación como “antisocial”, responde a muchos de los valores constitutivos del mundo social general, como la masculinidad –que reconoce el valor de virilidad como constitutivo de las pandillas–, el autoritarismo –que marca las relaciones de subordinación y que, ligado al valor de la masculinidad mostrada, encarna en un líder-caudillo cuya voluntad es inobjetable– y el reconocimiento de la familia como una comunidad de pertenencia con

vínculos indisolubles por los que se está dispuesto a todo. Vistos en un contexto más amplio, ¿no son estos mismos valores los que marcan las prácticas políticas a nivel nacional? Esto nos evidencia que los valores que reconocen los pandilleros no son tan distintos de los valores reconocidos como importantes en el resto de la sociedad.

Los límites de la palabra

El énfasis de este estudio está en percibir a las pandillas como activos grupos productores de significados, es decir, que construyen un campo simbólico propio y que, en tanto excluyentes, resignifican muchos de los mensajes hegemónicos. En este sentido, sus prácticas cotidianas encierran una politicidad a través de construir una estética corporal que devuelve los signos de violencia.

Sin embargo, el mundo de vida de los jóvenes pandilleros supone una limitación de la palabra y de la reflexividad que conlleva. En efecto, son sujetos cuyas voces no se escuchan, pero los relatos que nos presenta la etnografía pueden no ser suficientes para comprender las yuxtaposiciones entre las prácticas discursivas y no discursivas. Es decir, los relatos nos muestran la intención de construir una determinada visión del mundo de las pandillas que es necesario cruzar con otros datos de campo, lo que implica preguntarse por los cruces, contradicciones, desfases, complementariedades, entre lo que los sujetos “hacen” y lo que “dicen que hacen”. Pienso en el mundo de las pandillas como un mundo en donde funciona lo que Bourdieu llama el “sentido práctico”; es decir que muchos de los comportamientos sociales funcionan como respuestas no tan reflexivas o premeditadas sino que responden a procesos de internalización y socialización (habitus) que crean ciertos márgenes de respuestas aprendidas.

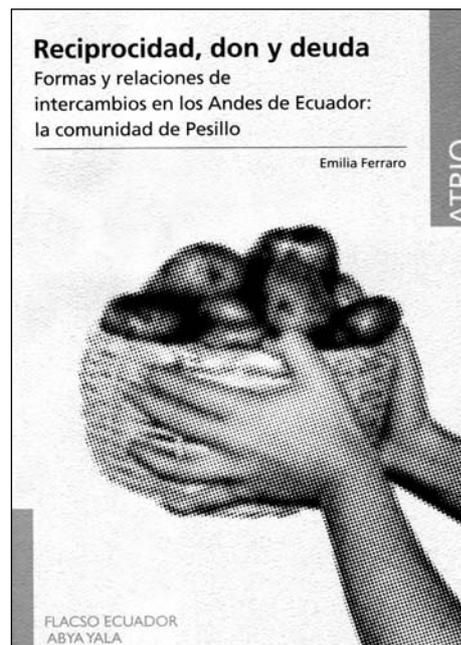
Bajo este enfoque podríamos pensar en la racionalidad normativa que regula los “intercambios de violencia” en el funcionamiento de

las pandillas y que generalmente obedecen a reglas establecidas de venganza y códigos de honorabilidad. En este sentido vale preguntarse por las lógicas que producen los enfrentamientos entre pandillas, qué está en juego en estos enfrentamientos y, por tanto, tratar de comprender estas prácticas como formas de una economía política.

Pensando desde este ángulo, si bien el texto de Cerbino nos muestra las formas de ingresar a las pandillas, los rituales de ingreso y las formas de aceptación del nuevo pandillero, no nos da las mismas pistas para comprender las formas de salir de las pandillas, es decir, de cómo funciona su dinámica de comunidades frente a los “disidentes”, en donde no sólo la cooperación es parte de la pandilla sino también las normas que guían las sanciones y los flujos de violencia. Así podríamos pensar en las pandillas no únicamente como una comunidad emocional que ampara a los individuos brindándoles un espacio de reconocimiento, sino también como un espacio internamente conflictivo, que crea formas de sometimiento (quizá más presente en lo simbólico) y que lleva a algunos jóvenes a buscar salir de las pandillas.

“La calle tiene su argumento, y es que en cada momento, tú debes sobrevivir” nos dice una canción Hugo Hidrovo que puede servirnos para pensar en la conflictividad de la calle, en la urgencia de los individuos por sobrevivir formando o no parte de las pandillas.

Alfredo Santillán



Emilia Ferraro,
Reciprocidad, don y deuda. Formas y relaciones de intercambios en los Andes de Ecuador: la Comunidad de Pesillo,
 Flacso-Ecuador y Abya-Yala, Quito, 2004.

Debemos celebrar toda publicación en el campo de la antropología ecuatoriana como signo de su vitalidad y de vigencia. Pero el libro de Emilia Ferraro, *Reciprocidad, don y deuda*, merece ser tomado en cuenta de manera muy especial porque a mi juicio constituye un aporte inusual y marca un referente muy importante para la disciplina, por un conjunto de razones que a lo largo de mi corta exposición serán detallados. El escenario de la investigación es la comunidad campesina andina de Pesillo, en la región norandina del Ecuador, y el conjunto de hechos que se inscriben en el programa de crédito de la Casa Campesina Cayambe. Este programa cuenta con el reconocimiento de ser uno de los más exitosos, ya sea por la altísima tasa de retorno de los préstamos como por haber contribuido efectivamente a elevar los niveles de calidad de vida y participación de las comunidades.

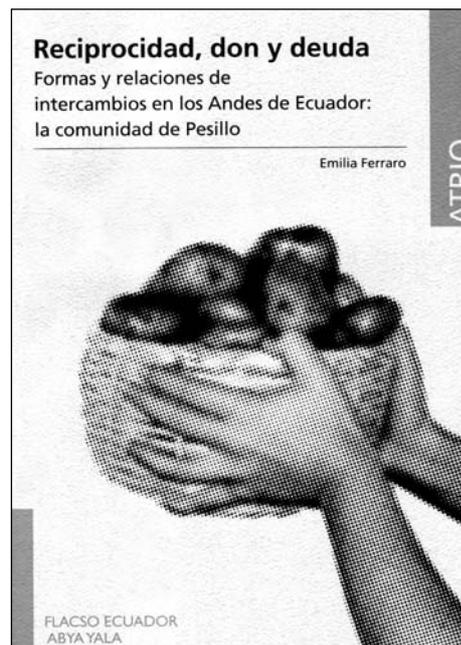
La autora, Emilia Ferraro, realizó trabajos de campo en las comunidades andinas de Cayambe por un periodo considerablemente

las pandillas y que generalmente obedecen a reglas establecidas de venganza y códigos de honorabilidad. En este sentido vale preguntarse por las lógicas que producen los enfrentamientos entre pandillas, qué está en juego en estos enfrentamientos y, por tanto, tratar de comprender estas prácticas como formas de una economía política.

Pensando desde este ángulo, si bien el texto de Cerbino nos muestra las formas de ingresar a las pandillas, los rituales de ingreso y las formas de aceptación del nuevo pandillero, no nos da las mismas pistas para comprender las formas de salir de las pandillas, es decir, de cómo funciona su dinámica de comunidades frente a los “disidentes”, en donde no sólo la cooperación es parte de la pandilla sino también las normas que guían las sanciones y los flujos de violencia. Así podríamos pensar en las pandillas no únicamente como una comunidad emocional que ampara a los individuos brindándoles un espacio de reconocimiento, sino también como un espacio internamente conflictivo, que crea formas de sometimiento (quizá más presente en lo simbólico) y que lleva a algunos jóvenes a buscar salir de las pandillas.

“La calle tiene su argumento, y es que en cada momento, tú debes sobrevivir” nos dice una canción Hugo Hidrovo que puede servirnos para pensar en la conflictividad de la calle, en la urgencia de los individuos por sobrevivir formando o no parte de las pandillas.

Alfredo Santillán



Emilia Ferraro,
Reciprocidad, don y deuda. Formas y relaciones de intercambios en los Andes de Ecuador: la Comunidad de Pesillo,
 Flacso-Ecuador y Abya-Yala, Quito, 2004.

Debemos celebrar toda publicación en el campo de la antropología ecuatoriana como signo de su vitalidad y de vigencia. Pero el libro de Emilia Ferraro, *Reciprocidad, don y deuda*, merece ser tomado en cuenta de manera muy especial porque a mi juicio constituye un aporte inusual y marca un referente muy importante para la disciplina, por un conjunto de razones que a lo largo de mi corta exposición serán detallados. El escenario de la investigación es la comunidad campesina andina de Pesillo, en la región norandina del Ecuador, y el conjunto de hechos que se inscriben en el programa de crédito de la Casa Campesina Cayambe. Este programa cuenta con el reconocimiento de ser uno de los más exitosos, ya sea por la altísima tasa de retorno de los préstamos como por haber contribuido efectivamente a elevar los niveles de calidad de vida y participación de las comunidades.

La autora, Emilia Ferraro, realizó trabajos de campo en las comunidades andinas de Cayambe por un periodo considerablemente

amplio a partir de 1991 desde el interior de los proyectos de desarrollo de la Casa Campesina Cayambe, dirigida entonces por el sacerdote salesiano Javier Herrán. En vista de obtener su PHD en Antropología por la Universidad de Kent (Canterbury, Inglaterra), emprendió la tarea de sistematización y lectura posterior de los datos hasta cristalizar el producto que en esencia ha sido su tesis doctoral la cual, al cabo de algunos años, ha sido felizmente traducida y editada en su totalidad. La investigación de la que se nutre este libro ha marcado, sin duda, aportes posteriores de la autora relacionados con el desarrollo y la antropología económica, éste último un ámbito de debate no tan frecuente en los escenarios de la antropología ecuatoriana.

El tema central es la deuda y las formas de relación que éstas implican y que tienen lugar entre acreedores y deudores (los datos etnográficos resaltan y enfatizan la figura del deudor por sobre el acreedor) en un marco de relaciones verticales jerárquicas. Se la describe no tanto como un fenómeno dual ya que involucra cadenas y redes sociales muy amplias y complejas; más bien, es presentada como fenómeno total, una norma ideal de las relaciones sociales y condición de prosperidad e incremento; la deuda debe ser considerada, por tanto, un modo de vida que condiciona cada aspecto de la comunidad de Pesillo y un factor determinante para la reproducción social y cultural del grupo. A lo largo de la obra, la deuda adquiere progresivamente -en palabras de la autora- el carácter de “noción aglutinante”.

El trabajo de Ferraro caracteriza muy prolijamente el perfil específico de la deuda al punto de hacer de ella una “categoría analítica con pleno derecho” desde una perspectiva sociocultural para un tema tratado, según nos advierte, de manera poco crítica por enfoques donde el peso del análisis ha descansado en una visión unilateralmente económica de los datos. La deuda es descrita distintivamente en relación a otros fenómenos económicos y de circulación de bienes ya mencionados y tomados en cuenta por la antropología.

El rasgo distintivo que la caracteriza consiste en que supone no tanto la circulación de un bien cuanto la transacción de bienes diferidos en el tiempo que implican un valor añadido: el “interés”. Desde este punto de partida, con respecto al *intercambio* y la *reciprocidad*, conceptos clave y referentes insalvables de la antropología andina, la deuda no sólo los incluye y supera: también los hace posibles. Va más allá del *préstamo* por su carácter puntual y ocasional, además de que no genera interés; a diferencia de éste, la deuda posee una fuerza modeladora especial para configurar cuantitativa y cualitativamente relaciones a largo plazo sobre el fondo de transacciones a corto plazo. Con relación al *don*, la autora desarrolla una minuciosa y prolija reinterpretación actualizada -con la inclusión de abundantes precisiones y correcciones- del enfoque y debate maussiano en torno a la deuda al establecer que el tema de fondo, desapercibido para Mauss, no había consistido tanto en el “regalo” cuanto en el valor añadido implícito en todo don que justifica la obligatoriedad de su restitución, es decir, el “interés”.

El mecanismo de la deuda apela a un dinamismo abierto, a un carácter permanentemente inconcluso que le permite estar siempre vigente y reclamar algo pendiente de tal manera que deba ser una y otra vez renovada. Su clausura cierra un ciclo de relaciones y de posibilidades de reproducción y renovación cósmica; por lo tanto, una deuda nunca se cierra, ni con los santos, ni con los individuos, ni con las instituciones; no obstante, reclama un marco ético muy claro en el cumplimiento de obligaciones que involucran a individuos, familias y grupos por igual. Estas relaciones hacen de la deuda una “noción aglutinante” y la proyectan más allá de la economía al vincularlas con otros mecanismos transaccionales y con aspectos rituales y religiosos como escenarios de renovación y de reforzamiento de los vínculos que la hacen posible; por lo tanto, se relaciona muy cercanamente con la fertilidad y con las fuerzas vitales.

La investigación de Emilia Ferraro ofrece nuevas claves de lectura para varios aspectos de las culturas andinas tratados previamente por otros investigadores, algunos de los cuales vale la pena mencionar al menos sumariamente:

- Enriquece la discusión sobre sistema de hacienda y la lectura e interpretación de los gastos ceremoniales -sobre el trasfondo de la racionalidad de la deuda considerada la “piedra angular”-. En este sentido, postula la sustitución del rol de la hacienda en nuevos actores externos poseedores de una entidad jurídica clara: las ONGs y los bancos.
- Aporta nuevos enfoques para comprender las dimensiones institucionales, rituales y religiosas de la cultura fundadas en el dinamismo de la deuda. El sentido y significado que los campesinos atribuyen a diversas prácticas como la vida sacramental, las fiestas y la ritualidad cotidiana de los campesinos, así como a la confluencia de sistemas religiosos diferentes (el andino y el cristiano) pueden ser apreciados de modo diferente desde la noción aglutinante en juego.
- En relación al programa de crédito de la Casa Campesina de Cayambe, que ha servido de telón de fondo de la investigación, los hallazgos le permiten establecer que gran parte de la razón de su éxito consiste, cabalmente, en la confluencia de ámbitos distintos que caracteriza la institucionalidad de la Casa: en ella interactúan espacios religiosos, jurídicos y estatales claramente identificables por los campesinos de Pesillo y, en la línea de sus expectativas, requeridos por el mecanismo de la deuda para desarrollarse y reproducirse exitosamente.
- No se debe dejar de mencionar el alcance teórico del libro y el amplísimo diálogo

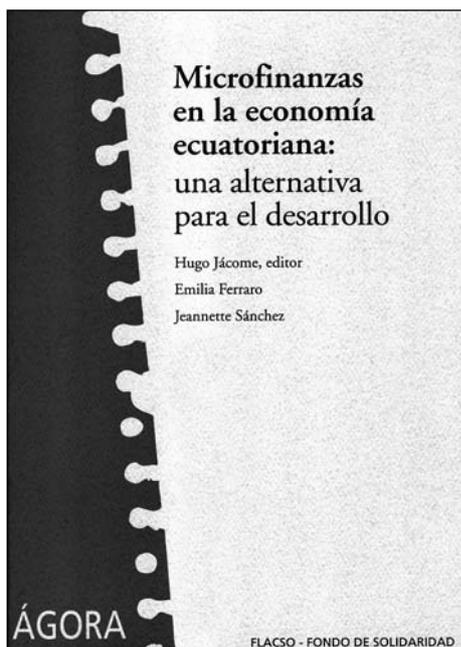
con debates y aportes provenientes de la antropología andina y sobre todo de otros continentes. En este sentido, contribuye a superar el relativo aislamiento de la antropología andina con respecto a los términos de discusión sobre la deuda, el intercambio y la reciprocidad, y evidenciar su escasa incorporación en el circuito de debates más amplios que proveen casos y análisis de otras latitudes.

Es necesario reconocer, además, el alto grado de precisión y detalle en la identificación y sistematización de la información etnográfica relacionada con diversas formas de reciprocidad (prestamano, minga, siembra al partir, *uniguilla*, *chucchir*, fiado), de trueque y de transacciones de carácter comercial como el “suplido” o rituales, como la “rama de gallo” y el “castillo”. Pero si en algún lugar la mirada etnográfica alcanza su punto culminante, éste es sin duda el *Capítulo V* relacionado con la celebración de finados. En él son notables tanto la fuerza narrativa como la calidad literaria de un estilo descriptivo sólo en apariencia, que remite a una estructura profunda capaz de traslucir de inmediato las significaciones en juego a través del relato de lo que ocurre “sobre las tumbas”.

En síntesis, nos encontramos ante un libro que reconcilia y articula con acierto la historia, la teoría y la etnografía, tres dimensiones que han caracterizado desde siempre la buena antropología.

José E. Juncosa

Antropólogo, profesor de la Carrera de Antropología Aplicada de la Universidad Politécnica Salesiana. Este artículo recoge mi intervención en el acto de lanzamiento del libro que tuvo lugar el 16 de abril de 2004 en FLACSO.



Hugo Jácome

**Microfinanzas en la economía ecuatoriana:
una alternativa hacia el desarrollo**

Flacso-Ecuador, 2004

Este es un estudio oportuno e interesante sobre las instituciones microfinancieras en el Ecuador. Dada la continua expansión del sector microfinanciero, especialmente después de la grave crisis económica que golpeó al país en 1999, el estudio ofrece un análisis del rol que este sector desempeña en la reducción de la pobreza, el crecimiento económico y el desarrollo del sector financiero. También plantea preguntas que podrían convertirse en temas de investigación para científicos sociales y servir de alimento para la reflexión de quienes formulan políticas y para donantes internacionales.

El uso de programas y proyectos microfinancieros como una estrategia para enfrentar simultáneamente la reducción de la pobreza y el crecimiento económico no es nada nuevo. Es más, la microfinanzas se ha convertido en una especie de manta para abordar la pobreza y para promover el empoderamiento de la mujer. El Congreso de Microcrédito realizado en Washington en 1997 y el continuo flujo de donaciones a varios proyectos de microfi-

nanzas dan testimonio de la popularidad de las instituciones microfinancieras (MFI por sus siglas en inglés) y de los considerables logros al alcanzar un gran número de hombres y mujeres relativamente pobres en varios países en vías de desarrollo. Instituciones microfinancieras exitosas así como innovaciones pioneras desarrolladas por el *Grameen Bank* y el *BRAC* en Bangladesh, el *BRI* en Indonesia, el *Bancosol* (antiguo Proden) en Bolivia y el *SEWA* en Gujarat-India, entre otros, han ayudado a promover el uso de las microfinanzas por parte de los gobiernos, las organizaciones internacionales y los donantes con el fin de alcanzar los objetivos de desarrollo antes mencionados.

El estudio de Hugo Jácome sobre la experiencia en Ecuador con microfinanzas nos brinda una ilustración más sobre la innovación institucional y la creatividad de la estructura organizacional de estas microfinancieras. Éstas incluyen pequeños préstamos para gente pobre, con tasas de interés, sin colaterales, que son reembolsados en pagos periódicos. El estudio resalta el papel especial del micro crédito para aliviar el problema de escasez de crédito durante las recientes crisis económicas y luego del balance de la dolarización, particularmente en viviendas pobres y en pequeñas y medianas empresas. También llama la atención sobre las cooperativas de ahorro y crédito en áreas urbanas y rurales, que luego de la crisis de la dolarización ayudaron a la recuperación de varios bancos privados en cuanto a reactivación de crédito y capitalización de depósitos de ahorro.

Estos proyectos cooperativos tienen una ventaja sobre otros tipos de programas de microfinanzas, sobre todo, porque sus miembros son los dueños y controlan los programas, y generalmente funcionan de acuerdo a reglamentos democráticos que enfatizan la solidaridad grupal. La regla de una persona un voto es expresión del espíritu de cooperación e igualdad que se difunde en las cooperativas. A pesar de que la mayoría de los miembros no son pobres, también se preocupan por llegar a mucha gente pobre.

A pesar de estar de acuerdo con el punto de vista de Hugo Jácome sobre las cooperativas de crédito, creo también importante prestar atención a la funcionalidad de estas cooperativas en términos de motivación, estructura organizacional, administración, procedimientos y requisitos, así como el tipo de clientela que atienden, frente a otros proyectos de microfinanzas que operan en Ecuador. Hay muchas cooperativas en Filipinas, por ejemplo, que han sido mal utilizadas por instituciones del gobierno y por individuos privados para propósitos políticos y económicos, a través de auto préstamos. Los estudios de A. Braverman y Luis Guasch, Monika Huppi y Gershon Feder han demostrado que el desenvolvimiento de cooperativas en países en vías de desarrollo ha resultado ser diverso, y que para conseguir una mejora ha sido necesario una asistencia técnica y cambios en los marcos reglamentarios y de supervisión.

La naturaleza profunda de los fallos del mercado en el sector financiero realzan el importante papel que juega la reglamentación, el monitoreo y la supervisión. La pregunta relevante, como menciona Joseph Stiglitz, es qué tipo de intervención gubernamental es considerada relevante y adecuada para guiar al sector financiero hacia los objetivos de desarrollo del país. En su estudio, Jácome habla de la problemática bilateral del gobierno con la microfinanzas. Por un lado, el gobierno promueve el uso de instituciones y programas de microfinanzas como un canal para dirigir el crédito hacia las micro, pequeñas y medianas empresas. Por otro lado, intenta regular y controlar las cooperativas de ahorro y crédito al obligarlas a tener los requerimientos mínimos de capitalización del Banco Central del Ecuador, por ejemplo. De acuerdo con Hugo Jácome, estos requerimientos de control y supervisión crean fuertes impedimentos para el desenvolvimiento de las instituciones. Muchos de estos requerimientos, que implican costos financieros, también carecen de adaptación con la naturaleza, la estructura organizacional y los objetivos programáticos del programa o de la organización microfinancie-

ra. Esta regulación no toma en consideración las necesidades del segmento al que van dirigidas las actividades de microfinanzas, complicando el cumplimiento de estos niveles regulatorios exigidos.

Desafortunadamente, el problema de la falta de conocimiento no es sólo aplicado a los supervisores o al gobierno. Se han hecho muchos estudios, generalmente como pre requisitos de donantes, para juzgar el impacto de proyectos de microfinanzas en muchos lugares del mundo en vías de desarrollo. La mayoría de las evaluaciones de impacto se han limitado a medir cuantitativamente la sostenibilidad financiera y el alcance para hogares pobres. En donde fallan la mayoría de evaluaciones es en captar la complejidad del proceso de deuda en el que se envuelven los hogares y en no situar el tema de la necesidad de créditos y ahorro de las viviendas pobres en un contexto institucional más amplio y macroeconómico. Este punto está más elaborado en la discusión sobre el papel del microcrédito en la reducción de la pobreza.

A pesar de la proliferación de programas de microfinanzas en varios países en desarrollo, incluyendo a Ecuador, no está claro en qué medida el crédito se ha dirigido a grupos vulnerables como para tener un impacto significativo en la pobreza. Varios estudios de proyectos de microfinanzas en Asia y en América Latina muestran que el impacto del préstamo de microcréditos varía ampliamente entre áreas rurales y urbanas, y entre los diferentes programas. De hecho, algunos investigadores como Jonathan Murdoch y Linda Mayoux argumentarían que el impacto del microcrédito para el empoderamiento tanto económico y social de los pobres, especialmente mujeres, es marginal y muestra que hay límites para el uso del microcrédito como instrumento para la erradicación de la pobreza. A pesar de estos límites, hay un potencial de contribución real de la microfinanzas, pero su papel no puede ni debe estar desligado un contexto social y económico más amplio. Este último puede establecer los límites al uso instrumental del microcrédito para la erradi-

cación de la pobreza y para la generación de un crecimiento económico sustentable.

Otro punto sugerido por el estudio de Hugo Jácome es que la proporción del total de los fondos de préstamo que ofrecen las organizaciones de microfinanzas es relativamente pequeña, en comparación con el volumen de créditos y la movilización de depósitos en el sector bancario privado del Ecuador. De acuerdo a un estudio reciente de Floro y Messier, utilizando datos de crédito individuales y por hogar, basados en una muestra de 2002 encuestas de 340 trabajadores urbanos informales y sus cónyuges, Hugo Jácome también concluye que los hogares de bajos ingresos no son los principales beneficiarios de los programas de microfinanzas, a pesar de que algunos programas sí cubren ese sector. En los casos en que sí son beneficiarios, los préstamos microfinancieros simplemente no han sido suficientes para cubrir las múltiples necesidades de crédito que tienen estos hogares, como solventar todas sus necesidades de consumo, impactos externos como funerales o gastos médicos, y las necesidades de capital de muchos de estos trabajadores informales.

El estudio de Floro-Messier muestra que estos hogares piden préstamos no sólo a los programas de microcrédito, sino que también piden a prestamistas informales, amigos, familiares e incluso a los bancos en algunos casos. El estudio también demuestra que la mayoría de solicitantes del crédito en la muestra de hogares son mujeres. Los datos también demuestran, sin embargo, que estos préstamos no contribuyen necesariamente a la generación de autoempleo ni al desarrollo de micro o pequeñas empresas como para sacar a los hogares vulnerables de la pobreza. De hecho, Floro y Messier encontraron que sólo la mitad de quienes pidieron préstamos para producción o empresas utilizaron ese dinero para esos fines; hay más probabilidad de que esto suceda en hombres trabajadores independientes que en mujeres trabajadoras independientes. Además, los datos muestran que la tensión préstamo-ingresos es mayor en

mujeres que en hombres. Es evidente que hay diferencias importantes en cuanto a género en el uso del crédito, el peso de la deuda y la vulnerabilidad general que valdría la pena seguir explorando. Cada vez más estudios han explorado la importante contribución potencial del microcrédito para la inserción de las mujeres. Desafortunadamente, muchos programas son bien intencionados pero pobremente diseñados y no toman en cuenta las diferencias en cuanto a intereses y apremios entre hombres y mujeres. A excepción de los proyectos de microfinanzas que mencionan en sus objetivos, algunos de ellos no toman en cuenta la problemática de la inserción de las mujeres de manera explícita en el diseño y en la implementación de los programas. Como resultado de esto, los programas no sólo que pueden tener poco impacto positivo, sino que pueden incrementar la deuda de hogares e incluso reducir seriamente la participación de la mujer. Muchos estudios sobre el tema de la inserción de las mujeres enfatizan sobre la importancia de procesos de participación para un aprendizaje organizacional y para la toma de decisiones, así sean cooperativas de ahorro y crédito o programas de microcrédito.

Finalmente, existen importantes interconexiones entre el crédito, el uso del crédito y la inseguridad económica que enfrentan los hogares como resultado de la expansión de trabajos informales que necesitan ser profundizados. Estas conexiones nos enfrentan a preguntas cruciales no sólo sobre las motivaciones de los programas de microfinanzas, sino sobre los presupuestos que se manejan, sobre la naturaleza del desarrollo y sobre las causas de la pobreza. Un análisis de la agenda de microfinanzas debe comenzar por comprender la naturaleza multidimensional de las vías para alivianar la pobreza y para fortalecer el poder de grupos vulnerables, en especial de mujeres en hogares pobres. En otras palabras, es necesario explorar conceptualmente las dinámicas de la informalidad y demostrar las interconexiones de la inseguridad económica, la demanda y el uso del crédito y las relacio-

nes de género. La incapacidad de reformas políticas económicas recientes en Ecuador para crear empleos estables y la débil protección social significa que los hogares vulnerables enfrentan riesgos que están ligados al mercado e inseguridades que acompañan los períodos de desregularización y liberalización del mercado. Esto significa que muchos hombres y mujeres microempresarios, así como con las pequeñas y medianas empresas, enfrentan un alto nivel de inestabilidad de sus ingresos, por lo que incrementa su necesidad de solventar el consumo y, por lo tanto, su demanda de crédito para cubrir el sustento y mantenimiento del hogar. Dado el rol social de las mujeres y la desigualdad en la división del trabajo, las mujeres empresarias tienden a interiorizar estas necesidades que compiten con las necesidades de crédito de sus empresas, por lo que la productividad de sus negocios se mantiene baja.

Hugo Jácome acierta al afirmar que el microcrédito por sí sólo no puede reducir la pobreza, tampoco puede por sí sólo dar empoderamiento a las mujeres. El rol y el impacto del microcrédito necesitan ser vistos dentro del contexto de las políticas macroeconómicas y las estrategias de desarrollo que condujeron a un aumento de empleos informales. Como lo señala Hugo Jácome, es necesario desarrollar políticas sociales y macroeconómicas más integradas, que apoyen los objetivos de microfinanzas ofreciendo un ambiente de protección social y de estabilidad laboral. Esto es un llamado para los creadores de políticas, investigadores, donantes y organizaciones comunitarias para que colaboren juntos al enfrentar este valioso reto.

María S. Floro

Profesora Asociada, Vassar College, New York University y American University.



Susana Andrade

Protestantismo indígena

Flacso-Ecuador - Abya-yala, Quito, 2004

La expansión del protestantismo en los países de América Latina es un hecho muy notorio, tanto por el porcentaje de los conversos como por la rapidez del avance. Lo que llama la atención es que comunidades comúnmente consideradas como tradicionalistas y apegadas a sus costumbres ancestrales, como las indígenas, hayan sido las más afectadas por el fenómeno.

Susana Andrade analiza este problema centrando su atención en la zona central del Ecuador, la Provincia del Chimborazo y, especialmente, en el Cantón Colta. Obviamente una de las primeras preguntas que ella se plantea es la siguiente: ¿por qué los indios se hacen protestantes? Procediendo con mucha seriedad en el análisis de los hechos, ella llega a relativizar mucho de la teoría corriente, llamada de la "Conspiración". Se trata de un punto de vista muy difundido: desde que la Iglesia Católica Latinoamericana se distanció de los poderes políticos y se convirtió en crítica severa de los mismos, ésta habría dejado de ser una garante confiable del orden constituido. Desde entonces los Estados Unidos habrían hecho lo imposible para debilitarla,

nes de género. La incapacidad de reformas políticas económicas recientes en Ecuador para crear empleos estables y la débil protección social significa que los hogares vulnerables enfrentan riesgos que están ligados al mercado e inseguridades que acompañan los períodos de desregularización y liberalización del mercado. Esto significa que muchos hombres y mujeres microempresarios, así como con las pequeñas y medianas empresas, enfrentan un alto nivel de inestabilidad de sus ingresos, por lo que incrementa su necesidad de solventar el consumo y, por lo tanto, su demanda de crédito para cubrir el sustento y mantenimiento del hogar. Dado el rol social de las mujeres y la desigualdad en la división del trabajo, las mujeres empresarias tienden a interiorizar estas necesidades que compiten con las necesidades de crédito de sus empresas, por lo que la productividad de sus negocios se mantiene baja.

Hugo Jácome acierta al afirmar que el microcrédito por sí sólo no puede reducir la pobreza, tampoco puede por sí sólo dar empoderamiento a las mujeres. El rol y el impacto del microcrédito necesitan ser vistos dentro del contexto de las políticas macroeconómicas y las estrategias de desarrollo que condujeron a un aumento de empleos informales. Como lo señala Hugo Jácome, es necesario desarrollar políticas sociales y macroeconómicas más integradas, que apoyen los objetivos de microfinanzas ofreciendo un ambiente de protección social y de estabilidad laboral. Esto es un llamado para los creadores de políticas, investigadores, donantes y organizaciones comunitarias para que colaboren juntos al enfrentar este valioso reto.

María S. Floro

Profesora Asociada, Vassar College, New York University y American University.



Susana Andrade

Protestantismo indígena

Flacso-Ecuador - Abya-yala, Quito, 2004

La expansión del protestantismo en los países de América Latina es un hecho muy notorio, tanto por el porcentaje de los conversos como por la rapidez del avance. Lo que llama la atención es que comunidades comúnmente consideradas como tradicionalistas y apegadas a sus costumbres ancestrales, como las indígenas, hayan sido las más afectadas por el fenómeno.

Susana Andrade analiza este problema centrandose su atención en la zona central del Ecuador, la Provincia del Chimborazo y, especialmente, en el Cantón Colta. Obviamente una de las primeras preguntas que ella se plantea es la siguiente: ¿por qué los indios se hacen protestantes? Procediendo con mucha seriedad en el análisis de los hechos, ella llega a relativizar mucho de la teoría corriente, llamada de la "Conspiración". Se trata de un punto de vista muy difundido: desde que la Iglesia Católica Latinoamericana se distanció de los poderes políticos y se convirtió en crítica severa de los mismos, ésta habría dejado de ser una garante confiable del orden constituido. Desde entonces los Estados Unidos habrían hecho lo imposible para debilitarla,

dividiendo las comunidades y creando enfrentamientos religiosos, a través de las nuevas iglesias y las llamadas sectas.

Susana Andrade analiza la teoría, pero pone de relieve otros elementos que habrían actuado más en profundidad. Primero: los evangélicos supieron presentar la conversión como una ruptura con un pasado en que la Iglesia Católica había jugado un papel fundamental en la justificación del sometimiento colonial y, a través de las haciendas, había participado directamente en la explotación de los indígenas. Hacerse evangélico se convertía entonces en el camino para entrar a la modernidad, a una vida digna y libre de costumbres esclavizantes, como la borrachera, la afición a las fiestas, el maltrato a las mujeres.

De acuerdo al estudio, el segundo elemento importante que explica el rápido difundirse del protestantismo es su manera de proceder en la organización y administración de la iglesia. El centralismo católico, con su rígido control sobre la doctrina y su interminable sistema de preparación de los sacerdotes, hace casi imposible que un indígena llegue a ocupar puestos de decisión en la estructura eclesial. En cambio, las iglesias protestantes permitieron que en poquísimo tiempo los mismos indígenas obtuvieran el liderazgo, volviéndose prácticamente autónomos de intromisiones externas.

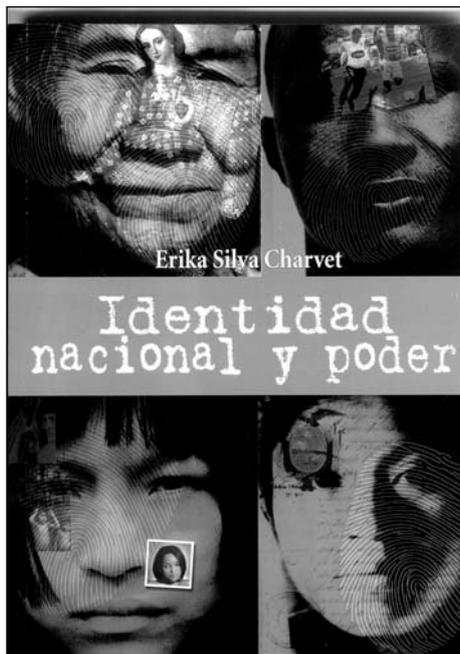
Una parte importante del libro (capítulo II) estudia el papel que tuvo Monseñor Leonidas Proaño en la diócesis de Riobamba, entre los años cincuenta y ochenta del siglo pasado. Susana Andrade no es la primera en hacer notar que nadie puede negar el empeño del Obispo en proponer la elevación del indio, pero su fuerte personalidad y el radicalismo de sus posiciones crearon divisiones en los cuadros pastorales, debilitando notablemente la eficacia de las intervenciones. Intervino además otro factor de mucho peso: Monseñor Proaño era un factor de la Teología de la Liberación, que propugna un esfuerzo comunitario para cambiar las estructuras de opresión. Este planteamiento resulta eficaz si cuenta con tiempos muy largos, mucho de-

sinterés y empeño constante.

La que proponen en cambio los evangélicos es la llamada Teología de Prosperidad, más centrada en la búsqueda del éxito personal, visto como signo tangible de la bendición de Dios. No se puede negar que los evangélicos hayan cosechado resultados positivos tanto con los indígenas que nunca abandonaron la Provincia de Chimborazo, como entre los que migraron a Quito, a la Costa, a Colombia o a Venezuela. Pero Susana Andrade hace notar que, detrás del éxito, siempre acecha el peligro y un triunfo puede contener el germen de una derrota. Los pastores que se empeñaron tanto en congregar a la gente para la lectura de la Palabra de Dios hoy se quejan de que los prósperos comerciantes y otros feligreses tocados por la bendición divina ya no tienen tiempo para participar en el culto a causa de los negocios y los crecientes compromisos, y se vuelven consumistas como todo el mundo.

Lamentablemente el libro deja fuera de su análisis la última década que se caracteriza por la irrupción de los indígenas en la esfera de la política.

P. Juan Bottasso S.D.B



Erika Silva

Identidad nacional y poder,
ILDIS-Abya Yala, Quito, 2004.

El libro de Erika Silva representa un aporte para el análisis y la reflexión sobre identidad a varios niveles. El primero es destacar la importancia de los “discursos”, entendidos no solamente como textualidad, construcción verbal y lingüística, sino en la definición de Todorov¹ como un producto de un contexto particular en el cual intervienen no solamente elementos retóricos y lingüísticos, sino también interlocutores específicos. Un discurso aparece en un tiempo y un espacio definido, bajo la confluencia de determinadas circunstancias y, como añade Escobar, se convierte en una parte constitutiva de la realidad social misma puesto que es a través del lenguaje y del discurso que la realidad social inevitablemente se construye. En este sentido, los ensayos de Erika Silva demuestran muy claramente cómo el discurso sobre la identidad nacional “produce ‘efectos de verdad’ (...) entra a participar en la producción de la realidad”; consecuentemente, produce políticas

1 T. Todorov, 1992, *Simbolismo e interpretación*, Monte Avila Ed., Caracas.

e intervenciones que tienen impactos y efectos concretos en la vida de gente concreta y en la realidad social.²

La pregunta que surge –mejor dicho, una invitación para futuros análisis- es: ¿cómo este discurso sobre la identidad nacional se encarna en la realidad concreta de todos los días? ¿Cómo este discurso viene re-significado por la gente “ordinaria”? Sería interesante –y ciertamente es importante- mover la mirada de la cultura de las elites a las micro prácticas de la cotidianidad. Los estudios que han adoptado este enfoque revelan, por ejemplo, que la cultura en cuanto sistema de significado por el cual todo orden social se comunica, se reproduce y se experimenta, es un espacio privilegiado de ejercicio del poder y, por ende, es una dimensión de toda institución económica, social y política; por tanto, es un espacio privilegiado de la política, que incluye las prácticas políticas “no formales”. Cuando miramos al nivel de las prácticas políticas “ordinarias”, nos damos cuenta que las relaciones entre las representaciones políticas y el ejercicio del poder no son inmediatas, que debemos hacerlas evidentes y que esto es posible sólo a través de una etnografía detallada de las acciones concretas y ordinarias. Hablar de identidad nacional y política, en este momento en el actual Ecuador, significa hablar de las nuevas y múltiples micro-arenas políticas “subalternas” (como las define Nancy Frazer³) pero no por esto menos públicas, en donde se gestan nuevos discursos políticos paralelos, cuyos miembros inventan y hacen circular “contra-discursos” y formulan de esta manera interpretaciones de oposición sobre sus identidades, intereses y necesidades.

2 A. Escobar, “El desarrollo sostenible: diálogo de discursos”, en *Revista Foro* No. 199, pag. 99-100.

3 N. Frazer 1993, citada en S. Alvarez, E. Dagnino y A. Escobar, “Introduction: the cultural and the political in Latin American Social Movements”, en S. Alvarez, E. Dagnino y A. Escobar, editores, *Cultures of Politics, Politics of cultures*, Westview Press, Boulder.

Cómo funciona la identidad

El segundo aporte del libro es proveer un ejemplo concreto de cómo se da y funciona la identidad. El libro, sobre todo el primer ensayo, evidencia que la identidad pertenece al ámbito del flujo, de la fluctuación y del movimiento. Contrariamente a quienes todavía quieren aferrarse a definiciones esencialistas de la identidad y pensarla como “dada” de una vez y para siempre, los análisis de *Identidad nacional y poder* demuestran que la identidad no es inherente a la esencia de las cosas. No existe por sí solo algo llamado “identidad”, desligada de las decisiones que un grupo humano dado toma en un momento histórico preciso en un espacio geo-político concreto. Lo que sí existe son maneras diversas y múltiples de organizar la identidad.

El libro de Erika Silva demuestra claramente que la identidad se define por oposiciones y diferenciaciones con un “otro”, con la alteridad. La alteridad, por ende, es una categoría constitutiva de la identidad y de la naturaleza humana. No podríamos definir el “nosotros” si no hubiese un “otro de mí” con quien confrontarme. La identidad se construye y es posible solamente gracias a la diversidad. Es relacional, se da en un contexto de relaciones con este “otro” del cual el “nosotros” pretende diferenciarse para poder reconocerse como tal: la identidad siempre se constituye en un contexto de relaciones, en un proceso de mutua compenetración y mutua definición. Porque “los otros” también se constituyen en “un nosotros” a partir y a través del mismo proceso que simultáneamente define, afirma y separa. Toda la cuestión de la identidad gira alrededor del “otro” y, como Erika muestra con claridad en los ensayos del libro, la identidad se negocia constantemente.

Pero demarcar el territorio de este “nosotros” significa también adherirse a un sistema de inclusiones y exclusiones: éstas permiten una identificación interna (la pertenencia al grupo) y unas distinciones externas (“los otros”). Y es justamente esta dinámica contradictoria, este juego de inclusiones y exclusio-

nes, entre aceptación y rechazo de la “diversidad”, que a su vez establece la diferencia, lo que convierte al tema de la identidad en un problema, porque si no puede existir identidad sino con alteridad, en una relación dialéctica de mutuo reconocimiento, entonces ¿qué pasa cuando se intenta eliminar esta diversidad, o minimizarla? Es aquí cuando el tema de la construcción de la identidad, que puede parecer un mero ejercicio académico, deja de ser tal cuando nos ponemos a pensar en la situación del mundo en general, y del Ecuador en particular, en la que la geo-política mundial, con su famosa globalización apunta a una supuesta “igualdad” y homogeneización e intentan restar importancia a la existencia de la diversidad. Eliminar la diversidad significa negar la alteridad y esto, a su vez, acarrea una fuerte crisis de identidad. Porque no puede existir identidad (nacional, cultural, sexual, etc.) que no se desarrolle en referencia con otras identidades, en una relación de mutuo reconocimiento. Eliminar a “los otros” significa, entonces, eliminarnos a nosotros mismos.

La pretensión actual de eliminar la diversidad y la diferencia acarrea una “orfandad” identitaria (o supuesta orfandad), que deja espacio a lo que Sánchez-Parga llama una “feudalización identitaria”⁴, es decir, a la emergencia y revitalización de identidades regionales y locales cada vez más microfísicas. Yo creo que ésta puede ser una pauta adicional para leer la crisis de identidad que parece caracterizar al Ecuador y para entender ciertas dinámicas nacionales: porque lo que precede y permite toda definición e identificación identitaria es siempre una reflexión sobre la alteridad, sobre el “otro”. Si no existe esta reflexión sobre el “otro” y el papel que éste juega en nuestra auto-identificación, cualquier reflexión sobre identidad resulta parcial y cualquier intento de construcción de “interculturalidad” está destinado al fracaso.

4 J. Sánchez-Parga, comunicación personal.

Perspectiva histórica

Me parece importante el intento de la autora de reconstruir una arqueología de las ideas, conceptos y formas de Estado que dieron origen al Estado ecuatoriano y a la manera de “hacer política” nacional. Volver al pasado para entender el presente -para entender las formas y relaciones socio-políticas del presente- representa un aporte valioso, sobre todo si volvemos una mirada general al panorama de producción del conocimiento nacional, y nos damos cuenta que hay una gran mayoría de investigaciones y publicaciones que responden al momento, que son absolutamente coyunturales y por ende “dejan intacta la ignorancia”. La mirada histórica sobre el origen del concepto de Estado español, exportado a la región andina con la conquista y colonización, nos confirma lo que desde la antropología se enfatiza desde siempre: que todo modelo social, político y económico tiene un carácter profundamente histórico y que, por ende, todo orden cultural tiene un carácter arbitrario (Escobar, 1998).⁵ Así, resulta claro el “sincretismo” político que se dio cuando la forma de gobierno católico-español se encontró con la forma de gobierno andina. Es el análisis de estas dinámicas, re-significaciones y transformaciones que permite una comprensión más profunda de la realidad social. Y aquí nuevamente me pregunto: ¿qué pasa con la globalización y los proyectos políticos y económicos neoliberales? ¿Qué pasa, en Ecuador como en toda América Latina, cuando el programa civilizatorio neoliberal impone una nueva forma de relaciones entre el estado y la sociedad civil, y avanza una definición distintiva de la esfera política y de sus participantes, basadas en un concepto minimalista de estado y democracia? ¿Cómo el estado “local”, este modelo “histórico” de estado ecuatoriano -a su vez fruto de anteriores transformaciones y cambios- se relaciona y reacciona frente a este “nuevo” modo de concebir lo político y de hacer política? Las políticas neoliberales han

intensificado las desigualdades y han minado las redes de seguridad -por mínimas y precarias que hayan sido- de los Estados de “mal-estar” social de antes, y han redefinido significativamente el terreno de lo político-cultural, debilitando y desestructurando los idiomas de protesta tradicionales: los ajustes estructurales económicos conllevan ajuste estructurales sociales que debemos analizar y que forman parte de lo político y la política.⁶

¿Qué papel juega la economía global en la percepción que los ecuatorianos tienen de sí mismos? ¿Cuánto los efectos de estar dentro de un sistema global, desigual, injusto (que caracteriza a Ecuador como un país “minoritario” sin poder de negociación), entran en juego en configurar y reproducir una identidad nacional desgastada, frágil y ambigua (que se revela en la salida masiva de ecuatorianos hacia nuevos países en busca de una “nueva” identidad, que hace decir al 45% de quienes quedan que quisieran irse de este país y que llega a su expresión máxima cuando acepta eliminar su moneda nacional -símbolo y custodio de la memoria colectiva- y sustituirla por la moneda de un país dominante)?

Estas son preguntas que hay que contestar cuando intentamos entender el “problema” de la identidad nacional, porque son estas tendencias mundiales las que moldean las relaciones políticas internacionales y nacionales. No podemos pensar lo nacional sin referente a lo internacional.

He sido tal vez crítica en mis comentarios, espero que de manera constructiva, pero ésta es justamente la señal que el libro ha despertado en mí no sólo mucho interés sino muchas inquietudes. Me ha hecho pensar y, al final, esto es el verdadero propósito de cualquier libro y que justifica su publicación y difusión.

Emilia Ferraro

Quito, julio de 2004.

5 A. Escobar, “Diálogo de discursos”, op. cit.

6 S. Alvarez, E. Dagnino y A. Escobar, editores, *Cultures of Politics, Politics of cultures*, Westview Press, Boulder.



Fernando Guerrero y Pablo Ospina
El poder de la comunidad: movimiento indígena y ajuste estructural en los Andes ecuatorianos
CLACSO-IEE, Buenos Aires, Quito, 2004.

El libro de Fernando Guerrero y Pablo Ospina tiene como objetivo central analizar el proceso de globalización expresado en el ajuste neoliberal en el Ecuador y en el comportamiento del movimiento indígena en la década del 90. Los autores plantean dos hipótesis: a) el ajuste es el factor que penetra y subvierte las estructuras agrarias y alimenta la movilización étnica y b) el reforzamiento de las identidades étnicas desde las comunidades está vinculado directamente con el proceso de transición a la globalización por medio del surgimiento y consolidación de un liderazgo indígena autónomo (que genera el programa y el discurso que cohesiona la identidad). La globalización de alguna manera facilita un soporte ideológico común para todas las capas indígenas: el de la reafirmación de la etnicidad para hacerle frente a los cambios acelerados y amenazantes de la modernización.

Para los autores, los cambios agrarios, la reforma del Estado y el propio movimiento indígena de los 90 tienen sus raíces en el gran giro histórico que da el país desde los 60, a saber, el declive del sistema de hacienda en la

Sierra. Es allí en donde se descompone una estructura pesada de más de dos siglos de existencia, dejando un vacío en el campo y en la forma de vida de los indígenas. Este vacío querrá ser llenado años después con la oferta de la modernización que se propondrá desde las elites blanco mestizas, pero las promesas no se cumplen y desde el fondo de la sociedad surge un movimiento que plantea, en medio de la crisis de hegemonía del bloque dominante, una propuesta programática y étnica en torno a la plurinacionalidad.

A través de sus diversos capítulos los autores van argumentando en torno a estas dos pistas de reflexión. Veamos algunos de los ejes centrales del libro:

- Los autores piden prestadas varias categorías del análisis de Antonio Gramsci (como la de “hegemonía”), para plantear que el vacío cultural dejado por la hacienda trata de ser cubierto por la oferta de modernización. Sin embargo, esa propuesta de la elite gobernante se queda en ello, en propuesta. Durante el gobierno de Borja las expectativas que se habían hecho los indígenas son frustradas por la parálisis gubernamental y las medidas económicas; allí estalla el levantamiento de los 90, entre las demandas de cambio y las ofertas recortadas del Estado. Y el levantamiento será un acontecimiento histórico en donde un proceso diverso, descentralizado y heterogéneo que surge de lo local encuentra su referente nacional. La CONAIE es más que una causa un “producto” del acontecimiento.
- El libro diferencia dos fases en la década de los 90s: la primera que va hasta 1995 está marcada por la agenda de lucha por la tierra, el agua y otras demandas propias de su base agraria; la segunda va de 1995 a 2002 y es cuando se desencadena la crisis política y económica del país hasta el golpe de Lucio Gutiérrez (un período marcado por la iniciativa indígena). Es en esa fase que toma cuerpo el perfil étnico, cues-

tionador del poder del Estado, y éste convierte al movimiento indígena en actor político nacional.

- Tomando como base el caso de Cotacachi, Guerrero y Ospina estudian los cambios agrarios posteriores a la reforma agraria, en torno a procesos de compra-venta de propiedades en el mercado de tierras. Hay varias ideas que sostienen los autores: en la Sierra los grandes propietarios prosperan en el marco del neoliberalismo, logran frenar la reforma agraria e imponer la liberalización en el agro. En contraparte, la iniciativa indígena logra y mantiene un sector importante de la tierra en manos de los campesinos y consigue detener provisionalmente los procesos de concentración de la propiedad.
- Respecto del problema de la identidad, los autores diferencian los marcadores étnicos que pertenecen a “los círculos interiores” de la identidad -lengua, auto identificación indígena, vestimenta, adscripción a las comunidades-, de la socialización primaria y punto de partida del movimiento de revitalización del movimiento. Es a partir de este núcleo duro de la identidad que se proyecta a los “círculos exteriores de la identidad” configurada por una serie de grupos de la población y los gobiernos locales. Guerrero y Ospina analizan los elementos étnicos a partir de tres fundamentos: la dinámica poblacional, la dinámica organizativa y comunitaria y los itinerarios de la elite indígena en sus historias de vida. Para ello reconstruye los debates en torno a los datos censales, que no alcanzan a dar una visión completa del peso demográfico de la población indígena, y recoge los aportes de Galo Ramón, lo que integra el peso territorial de la población. Los autores cuestionan la visión de los censos que busca reducir a los indígenas a una cantidad y recogen los argumentos de Luis Macas y Fernando Bustamante, quienes coinciden en señalar que la fuerza del movimiento indígena no está tanto en el número cuanto en su cosmovisión o un “*ethos*” de resistencia a la modernidad, una forma distinta de ver el mundo, de organizarse, de relacionarse con la naturaleza, así como una manera diferente de plantear el desarrollo. Se trata de una dimensión cultural que es compartida, no sólo por los indígenas, sino también por amplias capas de mestizos, lo cual explica que el movimiento indígena se haya convertido en el eje fundamental de resistencia al proceso de ajuste, en la medida que aquel expresa una serie de valores y opiniones que los grupos mestizos no son capaces de sostener abiertamente.
- El libro sitúa la cobertura de la extensa red organizativa en que se sustenta el movimiento, que va desde las organizaciones de base hasta las organizaciones nacionales, y plantea el debate en torno a la diversificación que se produce tanto por las modificaciones estructurales de la base social (cambio de ocupación, migración, movilidad de una capa dirigencial) como por una diversificación organizativa (juntas de agua, grupos productivos, etc.) y su relación con una oferta diversificada de programas estatales y de cooperación.
- La obra introduce, también, el debate en torno a las potencialidades de las organizaciones tanto desde una visión “optimista” (según la cual la acumulación de capital social por parte de los indígenas les permite incidir en la transformación de las instituciones y en avances en el campo del desarrollo, en la línea de los trabajos de Víctor Hugo Torres, Galo Ramón, Thomas Carroll) como la visión crítica que plantea que de alguna manera el desarrollo es un campo minado y que el discurso de la cooperación internacional es usado como un recurso para amortiguar los conflictos y bajar el perfil de las organizaciones del campo (siguiendo los trabajos de Luciano Martínez y Víctor Bretón).
- Asimismo, recoge los itinerarios de vida de dirigentes indígenas desde su vivencia

campesina y sus diversos caminos de movilidad a la ciudad, desde la agricultura al comercio, la educación, la organización social o su intervención en el campo del desarrollo y en los gobiernos locales en donde se reafirman los elementos de identidad. Ésta elite será un actor fundamental en la construcción de la identidad, en la formulación del discurso étnico y en la red organizativa y política del movimiento.

- Posteriormente, el libro analiza la reforma política y los hitos principales de la crisis política de finales de los 90, particularmente las caídas de Bucaram y Mahuad y la intervención del movimiento indígena en ese contexto; en el primer caso, como una vertiente secundaria frente al amplio movimiento ciudadano, urbano y serrano que se despliega en el país, y en el segundo, como factor directo que incide junto a las FFAA en el poder.
- Finaliza con algunas conclusiones en torno a la idea de que ese proceso ha sido posible por la presencia de un Estado “transformista”. Aplica la categoría de Gramsci al caso ecuatoriano, el cual tendría características particulares: producir reformas al tiempo de absorber los cambios de manera pacífica, buscando disolver molecularmente la capacidad de resistencia y revolución de los movimientos sociales.

Habría que hacer varios señalamientos sobre el estudio: en primer lugar es una contribución a la comprensión de los cambios agrarios, políticos y al desarrollo del movimiento indígena, especialmente ubicando los conflictos y tendencias que surgen en la década del 90. En ese sentido, el texto aborda un examen de las reformas neoliberales en sus varias facetas contradictorias: por un lado produce una aguda resistencia indígena que, si bien no logra detener la liberalización, preserva un espacio importante para la propiedad campesina. Por otro lado, hay una apertura en el campo legal -reconocimiento de los derechos colectivos- y en el ámbito electoral -con el voto

a los independientes que permite el surgimiento del Pachakutik-. Pero también las reformas implican un fortalecimiento del presidencialismo y un desmontaje de las áreas estatales y sociales.

Un aporte importante tiene que ver con el reconocimiento de una tendencia de fondo respecto a la diversificación del movimiento indígena, lo cual se produce desde hace varias décadas pero se acelera en los 90. Esa diversificación explicaría en buena parte las dificultades actuales del movimiento para contar con una propuesta ideológica y política unificada y coherente. En este campo el libro da elementos para comprender los debates actuales sobre el perfil programático del movimiento (propuesta étnica vs. propuesta amplia de cambios ante la hegemonía neoliberalismo), las alianzas (las potencialidades de unir una base rural o integrar a sectores mestizos), las estrategias (institucionales o de lucha directa) y el propio carácter del Pachakutik (partido indio o partido pluricultural). En ese sentido, el libro indaga las dos lecturas en torno al desarrollo del movimiento indígena: ¿Es comprendido como el eje central de una estrategia de cambio radical y estructural de la sociedad? ¿O es comprendido como un movimiento más modesto en sus aspiraciones de cambio social, que busca afectar las relaciones interétnicas y por esa vía transformar uno de los aspectos de la sociedad?

Los autores van más allá de ciertas lecturas dicotómicas argumentando, junto con Marc Saint-Upéry, que el discurso étnico y el de cambio social no son excluyentes ni antagónicos sino parte de una misma agenda. La utilización de la categoría del transformismo también ayuda a entender un proceso de reformas pero también de compromisos de las capas subalternas. Se podría decir que el estado ecuatoriano es de alguna manera un “Estado transformista” que acepta demandas avanzadas como las de los derechos colectivos así como la constitución de un polo político como el Pachakutik pero buscando “sujetar” al movimiento.

Si bien el análisis sobre el estado transfor-

mista o camaleónico está planteado de manera en gran parte hipotética, es una pista que permite leer la complejidad de los cambios ante los cuales el movimiento indígena no tiene todas las respuestas, lo cual revela sus vacíos en su proyecto étnico y programático.

Realizar un estudio del ajuste y el movimiento indígena deja también algunos vacíos, como es el comportamiento de los sectores dominantes del país y las dificultades en la reforma del Estado. En buena parte el análisis da una lectura evolutiva de la reforma neoliberal, dejando al margen las trabas y obstáculos que esta tiene en el Ecuador. Así, queda fuera del foco del estudio la crisis política y - en particular- los problemas que afectan a las elites dominantes de la Costa y la Sierra, la crisis de los partidos y los problemas de gobernabilidad.

Antes de terminar quiero reafirmar tres elementos adicionales que le hacen más interesante el libro. En primer lugar, combina entradas de varias disciplinas: desde la sociología rural, especialidad de Guerrero, y la antropología y la historia, especialidades de Ospina, de manera que logra mirar la realidad en diversos planos. Además, sistematiza los debates de los 90, tanto de los intelectuales de la academia como del movimiento indígena, lo cual le convierte en una “línea de base” para los debates actuales. Por último, se trata de un libro bien escrito, creativo, con muchas imágenes, con un manejo documentado de las fuentes y una integración viva de los conceptos con la realidad.

Santiago Ortiz